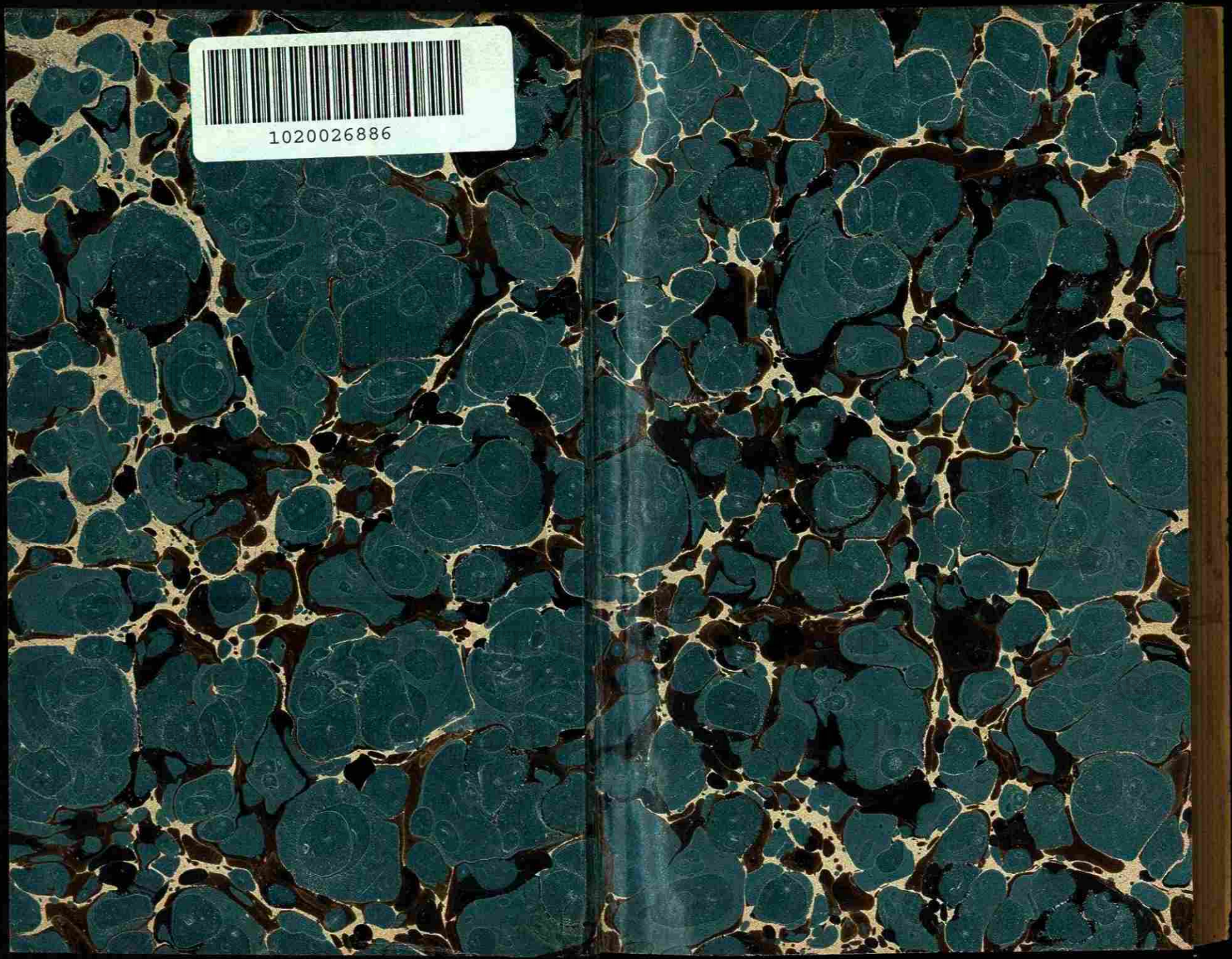
ZOLA

LA DICHA
DE
LAS DAMAS

PQ2497
A88


1020026886

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Á LA DICHA DE LAS DAMAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
Núm. Adq. 30797
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

EMILIO ZOLA

Á

LA DICHA DE LAS DAMAS

PRIMERA VERSION CASTELLANA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

ALFREDO DE CARLOS HIERRO, EDITOR

8—PASEO DE RECOLETOS—8

101174

30797

843
Z.

Biblioteca Recreativa Contemporánea

PQ 2497
A88

OBRAS PUBLICADAS	Madrid — Pesetas	Provincias — Pesetas
La Escuela del Gran Mundo, por Guillermo Graell	2	2,50
Sor Lucila (4.ª edicion), por J. Ortega Munilla	2	2,50
Una Página de amor (5.ª edicion), por Emilio Zola (agotada)	3	3
Don Juan Solo, por J. Ortega Munilla	2	2,50
Solos de Clarin (3.ª edicion) (Leopoldo Alas)	2,50	2,50
Teresa Raquin (4.ª edicion), por E. Zola	3	3
La Reputacion de una mujer, por la Princesa Rattazzi	1,50	1,50
Nana (12.ª edicion), por E. Zola	3	3
Mi tio Barbassou, por E. Uchard	3	3
Concepcion, por Juan Tomas Salvany	2,50	2,50
Los Reyes en el destierro (3.ª edicion), por Alfonso Daudet	2,50	2,50
Numa Roumestan (2.ª edicion), por Alfonso Daudet	3	3
La Literatura en 1881 (3.ª edicion), por A. Palacio Valdés y L. Alas (Clarin)	2	2
L'Assommoir (2.ª edicion), por E. Zola	3	3
El Capitan de los penitentes negros, por P. du Terrail (dos tomos)	3	3
Las Almas impuras, por A. de San Martin	2	2
El Fiacre núm. 13 (2.ª edicion), por J. de Montepin	4,50	4,50
Memorias Autobiográficas de Don Paco (2.ª edicion), por (Perro Paco)	2	2
Cróquis Parisienses, por Federico de la Vega	3	3
La Tribuna, por E. Pardo Bazan	3	3
Soledad, por F. Martin Arrue	2	2
La Ralea (5.ª edicion), por Emilio Zola	3	3
El fondo del tonel, por J. Ortega Munilla, dos tomos	4	4
La Hija de Nana, por Alfredo Sirven y Enrique Leverdier	3	3

MADRID.—Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra»
Paseo de San Vicente, núm. 20

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

A LA DICHA DE LAS DAMAS

I

Dionisia llegó á pié desde la estacion de San Lázaro, donde la habia dejado un tren de Cherburgo, con sus dos hermanos, despues de pasar una noche sobre la dura banqueta de un coche de tercera clase. Llevaba de la mano á Pepé y Juan la seguia, molidos del viaje los tres, indecisos y perdidos en medio del vasto Paris, curioseando en las casas y preguntando en cada plazuela por la calle de la Michodière, en la cual vivia el tio Baudu. Al llegar á la plaza Gaillon, la jóven se detuvo llena de sorpresa.

—¡Oh!—dijo—mira un momento, Juan.

Se quedaron quietos, juntos unos á otros, formando un conjunto negro con los viejos vestidos del luto de su padre medio rotos. Ella, demasiado mezquina de cuerpo para tener veinte años, con un paquetito al brazo, miéntras que, por otro lado, su hermanito, de edad de cinco años, se colgaba á su brazo, y á su espalda el mayor, con sus diez y seis años resplandecientes, se estaba quieto moviendo los brazos.

—¡Bueno!—repitió ella despues de una pausa—hé aquí un almacen.

Esto pasaba en la union de la calle de la Michodière y de la calle Neuve-Saint-Augustin, un almacen de novedades, cuyos aparadores brillaban con puntos vivos en la dulce y pálida mañana de Octubre. Daban las ocho en San Roque, y no habia sobre las aceras más que el Paris matinal, los empleados que iban

á sus oficinas y los comerciantes que abrian sus establecimientos. Delante de la puerta, dos horterillas, subidos en una escalera de dos ramas, acababan de colgar lanerías, miéntras que en un escaparate de la calle Neuve-Saint-Augustin, otro hortera, arrodillado y vuelto de espaldas, plegaba delicadamente una pieza de seda azul. El almacen, áun sin compradores y cuya dependencia acababa apénas de llegar, zumbaba en el interior como una colmena que se despierta.

—¡Cáspita! —dijo Juan.—Esto eclipsa á Valognes... El tuyo no era tan hermoso.

Dionisia movió la cabeza. Habia pasado dos años en casa de Cornaille, primer almacenista de novedades de la ciudad, y este almacen visto de repente, esta casa, enorme para ella, la aprisionaba el corazon, la retenia allí interesada, muda, olvidada de todo. En el lado que daba sobre la plaza Gaillon, la ámplia puerta acristalada subia hasta el entresuelo en medio de complicados adornos cargados de dorados. Dos figuras alegóricas, dos mujeres que sonreian, con el cuello desnudo y vuelto, flanqueaban la muestra: *Á la dicha de las damas.* Más allá seguian los escaparates á lo largo de la calle de la Michodière y de la Neuve-Saint-Augustin, ocupando, ademas de la casa de esquina, cuatro casas más, dos á derecha y dos á izquierda, compradas y arregladas recientemente. Era una extension que la pareció no tener fin, en la fuga de la perspectiva, con las muestras de los pisos bajos y las vidrieras del entresuelo, tras de las que se veia toda la vida interior de los mostradores. Arriba, una señorita vestida de seda afilaba un lápiz, miéntras otras dos, detras de ella, desplegaban piezas de terciopelo.

—*A la dicha de las damas*—leyó Juan con su dulce sonrisa de adolescente que habia tenido ya una aventura de faldas en Valognes.—¿He? Esto tiene gracia, esto es lo que mueve al mundo...

Pero Dionisia se habia quedado absorta ante las muestras de la puerta central. Habia allí, al aire libre de la calle, sobre la acera misma, un cúmulo de ricas mercancías, la tentacion de la puerta, las ocasiones que detenian á los parroquianos al paso. Esto venía de lo alto: piezas de lana y pañería, merinos, chiviots, muletones que caian desde el entresuelo, flotando como banderas y cuyos matices neutros, gris, azul marino, verde aceituna, se cortaban por los blancos de las etiquetas; al lado y guarneciendo los umbrales, pendian igualmente lanas de abrigo, cintas para adornos de vestidos, el color ceniza de la piel del *petit-gris*, la

pura nieve de pecho de cisne, las pieles de conejo, de falso armiño y de marta no ménos falsa. Luégo, más abajo, en los anaqueles, sobre los mostradores, en medio de un apilamiento de retales, desbordaban los artículos de punto vendidos por una futesa; guantes, fichús de lana, amallas, gorritos, chalecos, todo un muestrario de invierno de colores mezclados á rayas con vivas manchas de rojo. Dionisia vió un tartan á cuarenta y cinco céntimos, cuellos de bisonte de América á franco, y mitones á cinco sueldos. Era aquello como una gigante exposicion de feria, y el almacen parecia reventar y arrojar su sobrante á la calle.

El tio Baudu habia sido olvidado; hasta el mismo Pepé, que no dejaba á su hermana de la mano, abria ojos enormes; un carruaje obligó á los tres á quitarse de en medio de la plaza, y maquinalmente tomaron la calle Neuve-Saint-Augustin, siguiendo los escaparates y deteniéndose de nuevo delante de cada muestra. Fueron seducidos al punto por un complicado armazon: en lo alto, paraguas colocados oblícuamente semejaban un techo de cabaña rústica; abajo, medias de seda, colgadas en varillas, mostraban perfiles de pantorrilla, sembradas las unas de ramitos de rosas, y de toda clase de matices las otras, las rojas con puntas bordadas, las de color de carne, cuyo grano satinado tenia la finura de la blonda; por fin, sobre el tapiz del escaparate, los guantes, colocados simétricamente, con sus dedos largos y la palma estrecha de vírgen bizantina, y aquella gracia juvenil de las telas de mujer que no se han usado. Pero sobre todo les hizo detenerse el último escaparate: una exposicion de sedas, satenes y terciopelos se desvanecia en él como en una gamma ligera y vibrante con los delicados tonos de las flores; más arriba aún, terciopelos de negro intenso y de blanco lechoso; más abajo, los satenes azules-rosa, de pliegues vivos, se desvanecian en tonos pálidos de suavidad infinita; más abajo aún, las sedas imitando todos los colores del arco iris, piezas recogidas en capullos, plegadas como en torno de un tallo que se mece, casi vivientes bajo los diestros dedos de los horteras; y entre cada motivo y cada frase de color del escaparate corria un acompañamiento discreto, una ligera banda de foulard crema. En los dos extremos estaban puestas en pilas colosales las dos sedas de que la casa era propietaria exclusiva, el *Paris-Bonheur* y el *Cuir d'Or*, dos artículos excepcionales que debian hacer una revolucion en el comercio de novedades.

—¡Oh! esta faya á cinco francos sesenta céntimos — exclamó Dionisia asombrada ante el *Paris-Bonheur*.

Juan empezaba á fastidiarse. Detuvo á un transeunte:

—¿La calle de la Michodière, caballero?

Cuando le hubieron indicado que era la primera á la derecha, volvieron los tres sobre sus pasos, girando al rededor del almacen. Pero al entrar en la calle se distrajo Dionisia delante de un escaparate en que estaban expuestas las confecciones para señoras. En casa de Cornaille, en Valognes, estaba especialmente encargada de las confecciones. Nunca habia visto nada como aquello, y la admiracion la clavó sobre la acera.

En el fondo, una banda de encaje de Brujas de considerable precio guarnecia un velo blanco rosado; volantes de punto de Alençon en guirnaldas; era de alto abajo como una cascada de todos los encajes, de Malinas, de Valenciennes, aplicaciones de Bruselas, puntos de Venecia, que caian como una nevada. Á derecha é izquierda las piezas de paño formando columnas sombrías que alejaban aún más esta perspectiva de tabernáculo. Allí estaban las confecciones, en aquella capilla, levantada al culto de las gracias de la mujer: un artículo de extraordinaria novedad ocupaba el centro; era un abrigo de terciopelo con guarniciones de piel de zorra plateada; á un lado un cuello de seda forrado de *petit-gris*; á otro un paletó de paño orillado con plumas; en fin, salidas de teatro, de cachemira blanco, con acolchado blanco tambien, guarnecidas de felpa ó plumon de cisne. Habia allí para todos los caprichos, desde las salidas de teatro á veintinueve francos hasta el abrigo de terciopelo marcado mil ochocientos francos. El cuello grueso de los maniquís levantaba las telas; las caderas anchas exageraban la finura del córte, y la ausente cabeza era reemplazada por una gran etiqueta clavada con un alfiler en el rojo muleton del cuello, miéntras que los espejos á un lado y otro del escaparate los reflejaban y multiplicaban al infinito por juego calculado, poblando la calle con aquellas hermosas mujeres en venta, que llevaban en vez de cabezas los precios puestos en grandes cifras.

—¡Famosísimas! — murmuró Juan no hallando otra palabra para expresar su admiracion.

Tambien él se habia quedado inmóvil y con la boca abierta. Todo aquel lujo de mujer le hacia ruborizarse de placer. Tenía la belleza de una muchacha, belleza que parecia haber robado á su

hermana: la piel brillante, los cabellos rizosos, los labios y los ojos como anegados de ternura. Cerca de él y mostrando su asombro parecia Dionisia más débil aún, con su rostro largo y la boca sobrado grande, su color quebrado y su cabello pálido. Pepé, rubio tambien, un rubio de niño, se apretaba contra ella como quien necesita cariño, turbado y admirado por las hermosas damas del escaparate. Estaban tan encantadores aquellos tres rubios pobremente enlutados... aquella muchacha triste, entre un niño precioso y un jóven arrogante, que los transeuntes se volvian sonriendo.

Un instante despues, un hombre grueso, de cabellos blancos y rostro amarillo, que estaba en el umbral de una tienda, al otro lado de la calle, se puso á mirarles. Estaba con los ojos inyectados, la boca contraida, fuera de sí, ante las muestras de *Á la Dicha de las Damas*, cuando la vista de la jóven y de sus hermanos acabó de irritarle. ¿Qué hacian aquellos tres bobos bostezando de aquel modo ante la farándula de un charlatan?

—¿Y el tio? — dijo bruscamente Dionisia como despertando sobresaltada.

— Estamos en la calle de la Michodière — dijo Juan. — Debe vivir por aquí.

Se volvieron y levantaron la cabeza. Entónces, justamente delante de ellos, sobre el hombre grueso, apercibieron un letrero cuyas letras amarillas habian sido desteñidas por la lluvia: *Al Viejo Elbeuf, paños y franelas: Baudu, sucesor de Hauchecorne.* La casa, revocada de amarillo, como avergozada entre los grandes hoteles Luis XIV que la flanqueaban, no tenía más que tres ventanas en la fachada; y estas ventanas, cuadradas, sin persianas, estaban sencillamente guarnecidas de alféizar de hierro y dos barras en cruz. Pero lo que llamó sobre todo la atencion de Dionisia en aquella desnudez de la casa, fué la tienda del piso bajo, como ahogada bajo el techo, y soportando un entresuelo aplastado con aspecto de prision. Una portada del color de la muestra, de un verde botella que el tiempo habia matizado de ocre y negro, guarnecia dos escaparates negros, polvorientos, en los que se distinguian vagamente piezas de tela amontonadas. La abierta puerta parecia dar sobre la húmeda oscuridad de un sótano.

— Aquí es — dijo Juan.

— Bueno, pues es preciso entrar—declaró Dionisia. — Vamos, Pepé, vén.

Los tres se turbaron, embargados por su timidez. Cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

murió su padre, á consecuencia de la misma fiebre que se habia llevado á la madre un mes ántes, el tio Baudu, en medio de la emocion producida por aquel doble duelo, escribió á su sobrina que tendria siempre en su casa un sitio el dia en que quisiese tentar fortuna en París. Aquella carta contaba un año de fecha, y ya la jóven se arrepentia de haber abandonado á Valognes por un capricho, sin avisar á su tio. Éste no les conocia por no haber estado nunca allá abajo desde que salió jóven para entrar como dependiente en casa de Hauchecorne el pañero, con cuya hija habia acabado por casarse.

—¿El señor Baudu?—preguntó Dionisia, decidiéndose al fin á dirigirse al hombre grueso, que les miraba todavía sorprendido de sus atavíos.

—Yo soy—respondió.

Dionisia se puso encarnada, y balbuceó:

—¡Ah! tanto mejor... Yo soy Dionisia, y aquí están Juan y Pepé. Ya veis, hemos venido, tio.

Baudu pareció fuertemente sorprendido. Sus grandes cejas rojizas vacilaban en su cara amarilla, y sus palabras, que salian lentamente de los labios, le embarazaban. Estaba evidentemente á cien leguas de aquella familia que se le venía encima.

—¡Cómo, cómo! ¡Sois vosotros!—repetia.—¿Pero no estabais en Valognes? ¿Por qué no estais en Valognes?

Con su voz dulce y un poco temblorosa dióle ella explicaciones. Despues de la muerte de su padre, que se habia arruinado en su tintorería, quedó ella como madre de los dos niños. Lo que ganaba en casa de Cornaille no bastaba para mantener á los tres. Tambien Juan trabajaba en casa de un ebanista, restaurador de muebles antiguos; pero no ganaba ni un sueldo. Tomó, sin embargo, aficion á las antigüedades, tallaba figuritas en madera, y hasta un dia que encontró un trozo de marfil se entretuvo en hacer una cabeza que habia examinado un forastero; y justamente este forastero era el que les habia decidido á abandonar á Valognes, esperando encontrar en París colocacion para Juan en casa de un tallista de marfil.

—Ya comprendeis, tio, que Juan entrará desde mañana como aprendiz en casa de su nuevo maestro. No se me pide nada, y estará alimentado y le darán casa. Ahora he pensado que Pepé y yo no serémos muy gravosos, ni tendrémos aquí más desgracia que en Valognes.

Pero lo que ella ocultaba era la escapatoria amorosa de Juan, las cartas escritas á una muchacha noble de la villa, los besos cambiados por encima de una tapia, todo un escándalo que la habia obligado á marchar. Acompañaba, sobre todo, á su hermano á París para velar sobre él, presa de terrores maternales delante de aquel niño vicioso, tan hermoso y tan alegre, al que todas las mujeres adoraban.

El tio Baudu no se daba cuenta exacta de aquello, y volvió á sus preguntas. Sin embargo, cuando la oyó hablar de sus hermanos la tuteó.

—¿Tu padre no os ha dejado nada? Pues yo creia que le quedaban aún algunos sueldos. ¡Ah! bien le aconsejaba yo en mis cartas que no se quedase con aquella tintorería. Tenía un hermoso corazon, pero ni dos dedos de cabeza, y te has quedado con ese par de mozos en los brazos, y has tenido que proveer al mantenimiento de ese mundo en pequeño.

Su cara biliosa se habia aclarado y no tenía ya los ojos sanguinolentos con que miraba á *La Dicha de las Damas*. De pronto se apercibió de que obstruia la entrada.

—Bueno—dijo—entrad, puesto que habeis venido... entrad; más vale eso que no gandulear delante de ciertas estupideces.

Y despues de haber dirigido á los escaparates de enfrente una última y colérica mueca, dejó libre el paso á los niños, penetrando el primero en la tienda, y llamando á su mujer y á su hija.

—¡Isabel, Genoveva, venid, que aquí hay álguien que desea veros!

Pero Dionisia y los pequeños dudaron un momento ante las tinieblas de la tienda; cegados por la clara luz de la calle, movian los párpados como ante el umbral de un tabuco desconocido, tentando con sus piés el suelo, por instintivo miedo á algun escalon traidor. Unidos aún por este vago temor, apretándose los unos contra los otros, el pequeño siempre entre las faldas de la jóven, y detras el mayor, hicieron su entrada con una gracia sonriente é inquieta. La claridad de la mañana recortaba la negra silueta de sus trajes de luto, en algun tiempo negro lecho de sus cabellos rubios.

—Entrad, entrad—repetia Baudu.

En pocas palabras puso al corriente á la señora Baudu y su hija. La primera era una mujer menuda y anémica, pálida, con cabellos blancos, cejas blancas y labios blancos. Genoveva, en la que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

degeneracion maternal se agravaba, tenia la debilidad y falta de valor de una planta nacida á la sombra; y por eso sus magníficos cabellos negros y abundantes, puestos como por milagro en aquella escuálida cara, la daban un triste encanto.

—¡Entrad—dijeron á su vez las dos mujeres—¡Sed bienvenidos!

Hicieron sentar á Dionisia detras de un mostrador. Pepé se subió en seguida sobre el regazo de su hermana, miéntras que Juan, apoyado en la anaquelería, se colocaba detras de ella. Se tranquilizaron examinando la tienda, á cuya oscuridad se habian acostumbrado sus ojos. Ya la veian bien, con su techo bajo y ahumado, sus mostradores de pino, relucientes por el uso, y sus anaquelerías seculares de fuertes cerraduras. Pilas de mercancías oscuras subian hasta cerca del techo. El olor de los paños y los tintes, un acre olor de sustancias químicas, parecia mayor por la humedad del piso. En el fondo arreglaban piezas de franela dos dependientes y una señorita.

—Este caballerito tal vez tomaria algo de buena gana—dijo la señora Baudu sonriendo á Pepé.

—No, gracias—respondió Dionisia.—Hemos tomado una taza de leche en un café delante de la estacion.

Y como Genoveva mirase el paquetito que habia dejado en el suelo, añadió:

—He dejado nuestra maleta allá abajo.

Se puso encarnada. Comprendia que no se encuentra siempre la suerte al paso. Ya en el wagon, cuando el tren salió de Valognes, se sintió llena de pena y de miedo. Por esto, al llegar, dejó la maleta é hizo almorzar á los niños.

—Veamos—dijo Baudu de pronto—hablemos poco y bien. Te escribí, es cierto, pero ya hace un año, y tú ves, hija mia, que los negocios no andan muy bien de un año á esta parte...

Se detuvo cortado por una emocion que no queria dejar ver. La señora Baudu y Genoveva bajaron los ojos con aire resignado.

—¡Oh!—continuó Baudu—esto es una crísis que pasará, estoy tranquilo..... He disminuido mi dependencia; sólo hay ahora tres, y en realidad, éste no es el mejor momento para tomar uno más... En fin, no puedo tenerte como te ofrecí, hija mia.

Dionisia le escuchaba ansiosa y pálida. Él insistió, añadiendo:

—Esto no te conviene, ni á nosotros tampoco.

—Está bien, tio—dijo al cabo Dionisia penosamente.—Procuraré buscar por ahí.

Los Baudu no eran mala gente, aunque se quejaban siempre de su mala suerte. En los tiempos en que prosperaba su comercio tenian cinco muchachos, de los que murieron tres á los veinte años; el cuarto se habia echado á perder, y el quinto acababa de irse á Méjico mandando un buque. No les quedaba más que Genoveva. Pero toda esta familia habia costado mucho, y Baudu se habia arruinado, comprando una casa en Rambouillet, pais de su suegro. Así era que la amargura se mezclaba en su lealtad mániática de viejo comerciante.

—Debe tenerse más prevision—dijo enfadándose poco á poco de su propia dureza.—Pudiste haberme escrito, y yo te hubiera respondido que siguieras allá abajo. Cuando supe la muerte de tu madre.... ¡pardiez! te dije lo de costumbre en tales casos. Pero tú te encajas aquí sin decir palabra... ¡Esto es bastante fastidioso!

Levantaba la voz y sentia así alivio. Su mujer y su hija seguian con la vista en tierra, como gente sumisa que jamas se permite intervenir. Miéntras Juan se ponia pálido, Dionisia estrechaba contra su pecho á Pepé aterrado, y dejó caer dos gruesas lágrimas.

—Está bien, tio—repetia—nos irémos.

De pronto se detuvo. Reinó un silencio embarazoso. Baudu dijo con tono borroso:

—Yo no os pongo en la puerta de la calle. Puesto que estais aquí, dormiréis esta noche, y despues verémos.

Entónces comprendieron la señora Baudu y Genoveva que tal vez ellas podrian arreglar las cosas. Todo quedó arreglado. No habia para qué ocuparse de Juan, puesto que al dia siguiente entraba de aprendiz. En cuanto á Pepé, estaria perfectamente en casa de la señora Gras, una vieja que vivia en un gran piso bajo, calle de Orties, donde admitia á pension completa niños menores de diez años por cuarenta francos al mes. Dionisia dijo que tenía para pagar la primera mensualidad. No quedaba más que ella, y ya se la encontraria colocacion en el barrio.

—¿No necesitaba Vincarel una dependiente?—dijo Genoveva.

—¡Toma, es verdad!—respondió Baudu.—Irémos á verle despues de almorzar. Hay que hacer las cosas en caliente.

Un parroquiano turbó aquella plática de familia. La tienda quedó oscura y vacía. En el fondo los dos dependientes y la señori-

ta continuaban en su tarea, cuchicheando. Se presentaron tres señoras, y Dionisia se quedó sola un momento. Besó á Pepé con el corazon triste ante la idea de su próxima separacion, y el niño, travieso como un gatito, escondió su cabeza sin decir palabra. Cuando volvieron la señora Baudu y Genoveva le encontraron muy formal, y Dionisia les aseguró que nunca metia más ruido que entónces: estaba callado los dias enteros, viviendo de caricias. Hasta la hora de almorzar hablaron las tres de los niños, de la casa, de la vida de París y de provincias, en frases cortas y vagas, como parientes que no se conocen bien. Juan se habia ido á la puerta de la tienda y se distraia con la gente que pasaba por las aceras, y sonriendo á las muchachas que cruzaban.

Á las diez apareció una criada. Ordinariamente se servia la mesa para Baudu, Genoveva y el primer dependiente, y se hacia una segunda mesa para que almorzáran á las once la señora Bandu, el otro dependiente y la señorita.

—¡Á la mesa!—dijo el pañero dirigiéndose á su sobrina.

Se reunieron todos en el estrecho comedor, en la trastienda, y como el primer dependiente se retardase, le gritó Baudu:

—¡Colomban!

El jóven se excusó diciendo que habia querido dejar arregladas las franelas. Era un jóven de veinticinco años, grueso, pesado, pero mañoso. Su honrada cara con su boca grande tenía dos ojos vivos é inteligentes.

—¡Qué diablo, hay tiempo para todo!—decia Bandu, que, sentado cómodamente, cortaba un trozo de carne fiambre con la prudencia y la destreza del patron que pesa los menores trozos á ojo de buen cubero con diferencia de ménos de un gramo.

Sirvió á todos y cortó por sí mismo el pan. Dionisia habia tomado á Pepé para hacerle comer con formalidad. Pero aquel oscuro comedor le tenía intranquilo y miraba á su hermana sintiendo opresion en el corazon, él, que estaba hecho á las piezas ventiladas y claras de su provincia. Una sola ventana habia sobre un patinillo interior que comunicaba con la calle por el oscuro portal de la casa. Aquel patio frio y nauseabundo era como fondo de pozo al que llega una débil claridad. Los dias de invierno habia que encender gas en el comedor. Cuando el tiempo evitaba este gasto, áun era más triste. Bastó un instante á Dionisia para hacer que sus ojos distinguieran claramente los manjares en su plato.

—Hé aquí un mocito que tiene excelente apetito—dijo Baudu observando que Juan habia comido ya su racion.—Si trabaja como come, será un bravo mozo... Pero tú no comes, hija mia; y dime, ahora que podemos hablar un poco, ¿cómo es que no te has casado en Balognes?

Dionisia dejó el vaso que llevaba á los labios.

—¡Casarme yo, tio! No penseis en ello. ¿Y los pequeños?

Acabó por reirse; ¡tan disparatada le pareció la idea! Por otra parte, ¿para qué la querria ningun hombre, sin un sueldo, más flaca que una cogujada y nada bonita? No, nunca se casaria; ya tenía dos hijos.

—Te engañas—la decia el tio.—Una mujer necesita siempre de un hombre. Si hubieses encontrado un buen muchacho, no habrias caido con tus hermanos en las calles de París como bohemios.

Se interrumpió para cortar de nuevo, con parsimoniosa equidad, un plato de patatas con manteca que trajo la criada. Luégo, señaló con la cuchara á Genoveva y Colomban:

—Mira—dijo.—Éstos dos se casarán por la primavera, si la temporada de invierno es buena.

Así era la patriarcal costumbre de la casa. El fundador, Aristides Finet, dió su hija Deseada á su primer dependiente Hauchecorne. Él, Baudu, llegado á la calle de la Michodière con siete francos en el bolsillo, se casó con Isabel, la hija de Hanchecorne, y pensaba á su vez ceder la casa y su hija Genoveva á Colomban cuando lo permitieran los negocios. Si retrasaba un matrimonio decidido hacia tres años, era por escrúpulos de probidad: habia recibido la casa en próspera situacion, y no queria de ningun modo pasarla á manos de un yerno, con ménos parroquia ó con operaciones dudosas.

Siguió Baudu por presentar á Colomban, que era de Rambouillet, como el padre de la señora Baudu, y hasta existia entre ellos lejano parentesco. Era un mozo trabajador que desde hacía diez años sudaba en la tienda, y habia subido por grados valientemente. Ademas, no era ningun desconocido. Su padre era el buen Colomban, veterinario conocido en todo Sena y Oise, artista en su género, y de tan buen diente, que comia de todo.

—¡Gracias á Dios!—dijo el pañero como por remate á esto—si el padre se come y se bebe su fragua, el hijo ha sabido aprender aquí lo que vale el dinero.

Miéntras hablaba, examinaba Dionisia á Colomban y Genoveva.

Estaban en la mesa uno junto á otro, tranquilos, sin ruborizarse, sin sonreir. Desde que entró en la casa contaba el jóven con aquel enlace. Habia recorrido todas las etapas; hortera, dependiente admitido, al fin, en las confidencias de la familia, siempre paciente, con la vida arreglada como un reloj y viendo en Genoveva un honrado y excelente negocio. La certeza de que seria suya le impedia desearla. La jóven, por su parte, se acostumbró á amarle, con el reposo de su carácter contenido, con una profunda pasion ignorada de ella misma, fundada en su vida arreglada y quieta.

—Cuando se puede y se quiere—dijo Dionisia sonriéndose para hacerse amable.

—Si, siempre se acaba por eso—declaró Colomban, silencioso hasta entónces.

Genoveva dijo á su vez despues de mirarle un buen espacio:

—En entendiéndose, todo va bien.

Sus ternuras habian anidado en aquel piso bajo del París viejo, como una flor de sótano. Desde hacia diez años no conocia Genoveva á otro que á él, viviendo todo el dia á su lado, detras de las pilas de paño, en el fondo de las tinieblas de la tienda. Mañana y tarde se codeaban en el angosto comedor, fresco y húmedo como la boca de un pozo. No hubiesen estado más ocultos, más perdidos en pleno campo, bajo el follaje. Sólo una duda, un temor celoso debia revelar á la jóven que se habia dado por entero y para siempre, en medio de aquella oscuridad cómplice, por inopia del corazon y fastidio del cerebro.

Dionisia creyó descubrir una sombra de naciente inquietud en la mirada de Genoveva á Colomban, y dijo con cortesania:

—¡Bah! cuando se ama hay siempre inteligencia.

Baudu velaba autoritariamente sobre la mesa. Habia distribuido rajas de queso, y para obsequiar á sus parientes pidió un segundo postre, un tarro de dulce de grosella; esplendidez que pareció sorprender á Colomban.

Pepé, formal hasta entónces, se condujo mal ante el dulce. Juan, con el oido atento miéntras se habló de matrimonio, miraba á la prima Genoveva, á la que encontraba endeble, pálida, comparándola para si á un conejo blanco que tuviese orejas negras y ojos rojos.

—Bastante se ha hablado, y hay que dejar el puesto á los otros—dijo el pañero dando la señal de levantarse de la mesa—no es razonable abusar porque se permita un excesillo.

La señora Baudu, el otro dependiente y la señorita, fueron á sentarse á su vez á la mesa. Quedóse de nuevo sola Dionisia, cerca de la puerta, y esperando á que su tio pudiese llevarla á casa de Vinçard. Pepé jugaba á sus piés, y Juan volvió á su observatorio á la puerta de la calle. Durante cerca de una hora observó lo que sucedia á su alrededor. De vez en cuando entraba un parroquiano; apareció una señora, luégo otras dos. La tienda conservaba su olor á vejez, su penumbra, en la que parecia llorar su abandono el comercio sencillo y honrado. En cambio, al lado opuesto de la calle, la seducia el almacen *Á la Dicha de las Damas*, del que veia los anaqueles por la puerta abierta. El cielo estaba nublado: habia en el aire frescura de lluvia á pesar de la estacion, y en aquel dia en que flotaba como polvo solar en el ambiente, el gran almacen vivia en la triunfante agitacion de la venta.

Imaginó Dionisia que veia una máquina funcionando á alta presion, cuyo impulso llegase hasta los entresuelos. No eran aquellos los frios escaparates de por la mañana. Ahora parecian como templados y vibrantes por la trepidacion del interior. La gente miraba, y las mujeres paradas se apretaban ante los cristales como una multitud codiciosa. Las telas parecian tener vida en aquella animacion de la calle: los encajes como que se estremecian ocultando en su caida las profundidades del almacen con aire de misterio; las mismas piezas de pañeria, espesas y apiladas, tenian seducciones para el transeunte; las confecciones ondulaban sobre los maniquíes que parecian animarse, sobre todo, la manteleta de terciopelo, flexible y pegada como si estuviese sobre espaldas de carne. Pero el calor como de fábrica que desprendia el almacen surgia principalmente de la venta, del movimiento de los mostradores que se adivinaba tras de las paredes. Habia allí como el rechinar de una máquina que funciona, hormigueo de parroquianas agrupadas delante de los aparadores, y como aturdidas ante las mercancías casi desdeñosamente arrojadas en las cajas. Y todo esto reglamentado y organizado con mecánico rigor: todo un mundo de mujeres trabajando con la fuerza y la exactitud de un engranaje.

Dionisia sufria la tentacion desde por la mañana. Aquel almacen tan inmenso para ella, y en el que veia entrar en una hora más gente que en casa de Cornaille en seis meses, la aturdia y la atraia; habia en su deseo de penetrar en él como un miedo vago que la seducia. Al propio tiempo la causaba sentimiento de malestar la tienda de su tio. Era un desden irreflexivo, una instintiva re-

pugnancia hácia aquel glacial agujero del antiguo comercio. Todas sus atenciones, su inquieta entrada, la fria acogida de sus parientes, el triste almuerzo bajo aquel dia nublado, su espera en medio de la soñolienta soledad de aquella vieja y agonizante casa, se resumian en una sorda protesta, en un vivo deseo de luz y de vida. Y á pesar de su buen corazon se volvian sus ojos hácia *La Dicha de las Damas* como si sintiese la necesidad de templarse en el ir y venir de aquella gran venta.

—Ahí entra gente, al ménos—dijo sin pensarlo.

Pero se calló al apercibir cerca de ella á los Baudu. La señora Baudu, que habia acabado de almorzar hacia rato, estaba allí, pálida siempre y con los ojos fijos en el monstruo; se resignaba, pero no sin que un sentimiento de desesperacion muda hinchase sus párpados al verle siempre al otro lado de la calle. En cuanto á Genoveva, observaba con creciente inquietud á Colomban, quien, no creyéndose vigilado, estaba en éxtasis con las miradas puestas en las muchachas que despachaban las confecciones, y cuyo departamento se veia detras de los cristales del entresuelo. Baudu, con la cara desdeñosa, se limitó á decir:

—No es oro todo lo que reluce. ¡Paciencia!

Y apretaba los labios de miedo de estallar. La familia rechazaba evidentemente la ola de amargura que le subia á la garganta. Un sentimiento de amor propio les impedia descubrirse tan pronto delante de aquellos niños llegados por la mañana.

—Bueno—añadió Baudu—vamos á casa de Vinçard. Las plazas se ocupan, y tal vez mañana fuera tarde.

Hizo un esfuerzo y se sustrajo al espectáculo de la venta de enfrente. Pero ántes de salir ordenó al segundo dependiente que fuese á la estacion en busca de la maleta de Dionisia, y la señora Baudu, por su parte, se encargó de cuidar de Pepé, añadiendo que aprovecharia un momento para llevarlo á la calle de Osties para ver á la señora Gras y entenderse con ella. Juan prometió á su hermana que no abandonaria la tienda.

—En dos minutos estamos allí—decia Baudu, bajando la calle Caillou con su sobrina.—Vinçard se ha creado una especialidad en sedas y áun hace negocio. Pasa trabajos, como todos, pero es un raposo que tiene una avaricia de perro. Creo que piensa en retirarse á causa de su reuma.

El almacen estaba en la calle Neuve-des-Petits-Champs, cerca del pasaje Choiseul. Era claro y estaba adornado con lujo enteramente moderno, poco ámplio y pobre en géneros. Baudu y Dionisia hallaron á Vinçard en conferencia con dos caballeros.

—No hay que molestarse—dijo el pañero.—No tenemos prisa y esperarémos.

Y yéndose discretamente á la puerta, é inclinándose hácia la jóven, añadió:

—El flaco es segundo del departamento de sedas en *La Dicha de las damas* y el más grueso es un fabricante de Lyon.

Dionisia comprendió que Vinçard alababa su almacen á Robineau, el dependiente de *La Dicha de las damas*. Con aire franco y cara sonriente daba su palabra de honor con la facilidad de aquel á quien los juramentos no quitan el sueño. Segun él, su almacen era una mina de oro, y en lo mejor de su arenga se interrumpia para quejarse de aquellos padecimientos suyos que le obligaban á renunciar á su suerte. Pero Robineau, nervioso y agitado, le interrumpió impaciente; sabía la crísis por que atravesaban las novedades, y citó una especialidad en sedas arruinada por la vecindad de *La Dicha*. Vinçard, enardecido, levantó la voz:

—¡Pardiez! La ruina de ese necio de Vabre fué fatal..... Su mujer se lo comia todo. Ademas, aquí estamos á más de quinientos metros, miéntras que Vabre estaba allí al lado de la puerta.

Gaujeau, el fabricante de sedas, intervino, y de nuevo bajaron la voz. Acusó á los grandes almacenes por arruinar la fabricacion francesa. Tres ó cuatro hacen la ley y reinan como dueños sobre el mercado. Dejó entender que el único medio de combatirles era favorecer el pequeño comercio, las especialidades sobre todo, á las que pertenecia el porvenir. Ofreció en consonancia créditos á larga fecha á Robineau.

—Ya veis cómo se ha conducido *La Dicha* con vos. No se han estimado vuestros servicios, como si se tratase de una máquina. Se os prometió la plaza de primero hace tiempo, y Bouthemont, venido de fuera sin título alguno, se alzó con ella.

Todavía le dolia á Robineau aquella injusticia. Dudaba de establecerse, diciendo que el dinero no era suyo, sino de su mujer, que habia heredado sesenta mil francos. Sentia escrúpulos ante esta suma, y decia que ántes se cortaria ambas manos que arriesgarla en negocios dudosos.

—No me decido—dijo al fin.—Dejadme tiempo para reflexionar, y ya volverémos á hablar de ello.

—Como querais—repuso Vinçard ocultando su disgusto con

aire sencillo. — No tengo interes en traspasar, y sin mis padecimientos.....

Y yéndose al centro del almacen exclamó:

— ¿En qué puedo serviros, señor Baudu?

El pañero, que oia todo atentamente, presentó á Dionisia, contó lo que le pareció de su historia y dijo que habia trabajado dos años en provincias.

— Y como sé que necesitabais una buena oficiala, me dije que.....

Vinçard afectó gran disgusto.

— ¡Oh! Esto es una jugarreta de la suerte. He buscado una oficiala durante ocho dias, y no hace dos horas que he ajustado una.

Hubo una pausa. Dionisia parecia consternada. Entónces Robineau, que pareció mirarla con interes, apiadado sin duda por su aspecto modesto, se permitió intervenir.

— En nuestra casa creo que hace falta una en la seccion de confecciones.

Baudu dijo sin poderse contener:

— ¡En vuestra casa! ¡De ningun modo!

Y se quedó perplejo. Dionisia se puso escarlata. ¡Entrar en aquel almacen! Nunca se atreveria..... La sola idea la llenaba de orgullo.

— ¿Por qué no? — replicó Robineau sorprendido. — Yo creo que seria una suerte para esta señorita. Por mi parte le aconsejo que se presente mañana por la mañana á la señora Aurelia, la primera oficiala. Lo peor que puede suceder es que no haga falta.

Para ocultar su disgusto interior empezó el pañero á decir frases vagas. Conocia á la señora Aurelia y á su marido Lhomme, el cajero, un hombre grueso cuyo brazo derecho habia sido fracturado por un ómnibus. Luégo, volviéndose bruscamente á Dionisia, dijo:

— En fin, ése es negocio tuyo y no mio. Eres libre.....

Y salió, despues de saludar á Gaujeau y Robineau. Vinçard le acompañó hasta la puerta, renovando el cuento de sus desdichas. La jóven se quedó en medio del almacen intimidada, deseando obtener del dependiente noticias más completas. Pero no se atrevió á preguntar; saludó sencillamente y dijo:

— Gracias, caballero.

En la calle no dirigió Baudu la palabra á su sobrina. Marchaba deprisa llevándola como á remolque. Iba á entrar en su casa, ya llegado á la calle de la Michodière, cuando un tendero vecino le llamó por señas desde su puerta. Dionisia se detuvo para esperarle.

— ¿Qué hay, padre Bourras? — preguntó el pañero.

Bourras era un viejo de cabeza bíblica, barbudo y de abundante melena, con dos ojos vivos bajo gruesas pestañas. Tenía comercio de bastones y paraguas, hacia composturas y esculpia él mismo los puños, lo que le habia dado cierto renombre artístico en el barrio. Dionisia ojeó la estantería de la tienda, en la que se alineaban los bastones y paraguas. Levantó la vista y se admiró de la casa: era una ruina cogida entre *La Dicha de las Damas* y un gran hotel Luis XIV, puesta no se sabe cómo en aquella hendidura estrecha, en el fondo de la cual se hundian sus dos pisos de poca altura. Sin los apoyos de ambos lados hubiera caido con sus techos carcomidos y su hendida fachada llena de grietas que rasgaban la muestra.

— Ya sabeis que escribí á mi casero á fin de comprarle la casa — dijo Bourras mirando fijamente al pañero con sus vivos ojos.

Baudu calló y se encogió de hombros. Hubo una pausa miéntras se miraban con aire importante.

— Es preciso prevenirse para todo — murmuró al fin.

Bourras sacudió sus cabellos y su larga barba.

— Que compre la casa y la pagará cuatro veces más de lo que vale. Os juro que miéntras yo viva no tendrá de ella ni una piedra. Mi arrendamiento durará aún doce años..... ¡Verémos!

Era una declaracion de guerra. Bourras se volvia hácia *La Dicha de las Damas*, que ninguno habia nombrado. Baudu movió silenciosamente la cabeza, atravesó la calle y entró en su casa con las piernas temblonas y murmurando:

— ¡Señor..... señor!

Dionisia lo oyó y siguió á su tio. La señora Baudu entró al mismo tiempo con Pepé, participando que la señora Gras tomaria al niño cuando se quisiera; Juan habia desaparecido y su hermana se inquietaba. Cuando volvió con la fisonomía animada y hablando apasionadamente del boulevard, ella le miró con aire apenado que le hizo ruborizarse. Habian traido ya su maleta y quedó convenido que se acostarian en la buhardilla.

— ¿Qué hay de casa de Vinçard? — preguntó la señora Baudu.

El pañero contó su viaje en balde, añadiendo que habian indicado una colocacion á su sobrina, y tendiendo el brazo hácia *La Dicha de las Damas*, exclamó con un gesto de desprecio:

— ¡Ahí..... ahí enfrente!

Toda la familia puso mala cara. Por la noche, la primera mesa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

era á las cinco. Dionisia y los dos niños se sentaron con Baudu, Genoveva y Colomban. Un mechero de gas alumbraba y calentaba el pequeño comedor, lleno del aroma de las comidas. Aquélla fué silenciosa; á los postres, la señora Baudu, impaciente, abandonó la tienda para ir á sentarse junto á su sobrina, y entónces la ola contenida desde por la mañana saltó en duras increpaciones al monstruo.

—Ese es negocio tuyo, eres libre—repitió Baudu—no queremos obligarte á nada...

Con frases cortadas contó la historia de aquel Octavio Mouret. ¡Una suerte loca! Muchacho venido á París desde el Mediodía con la agradable audacia de un aventurero, y desde el siguiente dia de su llegada tenía á su cargo mil historias de faldas, una explotacion contínua de la mujer, el escándalo de un delito *infraganti* del que áun se hablaba en el barrio. Luégo la conquista brusca é inexplicable de la señora Hédouin, que le llevó en dote *La Dicha de las Damas*.

—¡Pobre Carolina!—interrumpió la señora Baudu.—Era algo parienta mia. ¡Ah! si hubiese vivido, de otro modo irian las cosas; no dejaria que nos arruinasen. Él fué quien la mató, sí, sus construcciones. Un dia al visitar las obras cayó en un agujero, y tres dias despues se moria. ¡Ella, que nunca habia estado enferma, tan tiesa, tan hermosa!... Hay sangre suya en las piedras de esa casa.

A través de las paredes señalaba al gran almacen con su mano pálida y temblorosa. Dionisia, que escuchaba como quien escucha un cuento de hadas, tembló ligeramente. El miedo que en el fondo de su tentacion habia, era acaso producido por la sangre de aquella mujer, que creia ver sobre el enladrillado del sótano.

—Se diria que aquello le trajo la suerte—añadió la señora Baudu sin nombrar á Mouret.

Pero el pañero se encogió de hombros burlándose de aquellas supersticiones. Volvió á empezar su historia, explicando comercialmente la situacion. *La Dicha de las Damas* fué fundada en 1822 por los hermanos Deleuze. Al morir el mayor, su hija Carolina se casó con un fabricante de tejidos, Cárlos Hédouin; y al quedarse más tarde viuda, volvió á casarse, esta vez con Mouret. Aportóle la mitad del almacen. Tres meses despues murió sin hijos el tio Deleuze, de modo que cuando Carolina se dejó los huesos en aquellos cimientos, llegó Mouret á ser heredero único, y solo propietario de *La Dicha*. ¡Suerte increible!

—Es un hombre emprendedor, un vividor peligroso que revolveria el barrio si le dejáran—continuó diciendo Baudu.—Sospecho que siendo Carolina un poco novelesca se encantó con los proyectos extravagantes de ese caballero. En un punto la decidió á que comprasen la casa de la izquierda, despues la de la derecha, y cuando se vió solo compró dos más, de modo tal que engrandeciéndose el almacen llegará á tragarnos á todos un dia.

Se dirigia á Dionisia, pero hablaba para sí más bien, por necesidad febril de satisfacerse con aquella historia que le dolia. En la familia él era el bilioso violento, siempre con los puños cerrados. La señora Baudu intervenia poco, inmóvil en su silla; Genoveva y Colomban, con la vista baja, comian distraidamente migajas de pan. Hacia calor en la pequeña habitacion, especie de bochorno que hizo dormir á Pepé sobre la mesa y cerró los ojos de Juan.

—¡Paciencia!—exclamó Baudu acometido de imprevista cólera;—acabará por comerse la gallina de los huevos de oro... ¡Sí, las gentes honradas arrolláran á la canalla, solamente cruzándose de brazos y esperando el golpe final! Mouret pasa una crisis, lo sé. Ha debido emplear sus ganancias en esas locuras de engrandecimiento y reclamo. Para encontrar capitales ha invitado á la mayoría de sus empleados á que depositen en su casa sus economías. Así está él hoy sin un sueldo, y si la venta no se triplica como cree, ya le veréis bajo la bancarrota. No soy malo, pero el dia en que esto suceda os doy palabra de honor de que pongo iluminaciones.

Prosiguió con tono vengativo, como si de la quiebra de *La Dicha de las Damas* dependiese la dignidad del comercio comprometida. ¿Se habia visto jamas aquello? ¡Un almacen de novedades en que se vende de todo, un bazar! Así el personal era un monton de pisaverdes que maniobraban como en una estacion, que trataban al género y á los clientes como si fuesen paquetes, intimidados por el jefe con una palabra, sin afecciones, sin arraigo, sin arte. Tomó á Colomban por testigo, sí, á Colomban, educado en la buena escuela, que llegó á saber poco á poco los perfiles del oficio. El arte no estaba en vender mucho sino en vender caro. Podia decir tambien cómo se le habia tratado, cómo habia llegado á ser de la familia, cuidado cuando caia enfermo, lavado y planchado, vigilado paternalmente, querido en fin.

—Cierto, cierto—decia Colomban á cada frase de su principal.

—Tú eres el último—dijo Baudu enternecido.—Despues de

ti, nadie. Tú me consuelas, porque si á ese embrollo le llaman comercio, prefiero no verlo, prefiero retirarme.

Miraba Genoveva al dependiente con la cabeza sobre el hombro como si su espesa cabellera negra pesase demasiado sobre su frente pálida. Habia en su mirada deseo de ver si Colomban, tratrabajado por el arrepentimiento, enrojecia bajo los elogios. Pero como hombre hecho á las marrullerías del negocio, guardaba su exterior tranquilo, su aspecto bonachon y su fruncimiento astuto en los labios.

Baudu siguió más alto, acusando á aquella tropa de enfrente, á aquellos salvajes que se hacian pedazos en su lucha por la vida, de intentar la destruccion de la familia. Citó á sus vecinos los Lhomme, padre, madre é hijo, los tres empleados allí, gentes sin hogar, siempre fuera, no comiendo en casa más que los domingos, haciendo vida de fonda. Su comedor no era grande ciertamente, y podia ser más claro y ventilado; pero al ménos su vida estaba allí, vivia entre la ternura de los suyos. Hablando recorria la pieza con la vista, y temblaba al pensar que aquellos salvajes podrian un dia, si llegaban á arruinar su casa, desalojarle de aquel tabuco en que se abrigaba con su mujer y su hija. Á pesar de la seguridad que afectaba cuando anunciaba el golpe final, se sentia aterrado en el fondo y veia el barrio invadido y devorado poco á poco.

—No digo esto por retraerte—repuso tratando de calmarse.—Si en tu interes entra el colocarte ahí, yo seré el primero que te diga: hazlo.

—Lo creo, tio—repuso Dionisia aturdida y con el deseo de verse en *La Dicha*, á pesar de todo.

Baudu, con los codos sobre la mesa, la fascinaba con la mirada.

—Vamos á ver... Dime si es razonable que un simple almacen de novedades se ponga á vender no importa el qué. Ántes, cuando el comercio era honrado, las novedades comprendian las telas, y nada más; pero ahora sólo se piensa en subir por encima de todos y comer con todo. Por eso se queja el barrio, porque las tiendas pequeñas comienzan á sufrir terriblemente. Este Mouret las arruina. Mira: *Bedoré y Hermanos*, la gorreria de la calle Gaillon, ha perdido la mitad de su parroquia. En casa de la señorita Tatiu, la lencera del pasaje Choiseul, han tenido que bajar los precios para sostener la competencia. El efecto de esta racha, de esta peste, se hace sentir hasta la calle Neuve-des-Petits-Champs, de la que he dicho que los señores Vaupouille hermanos no podrán sostenerse. Lenceros que venden pieles, ¡eh? ¡Tiene gracia! Esa es otra idea de Mouret.

—¡Y hasta los guantes!—dijo la señora Baudu.—¿No es eso monstruoso? ¡Una seccion de guantería! Ayer, cuando pasé por la calle Neuve-Saint-Augustin, vi á Quinette en su puerta con aire tan triste, que no me atreví á preguntarle cómo iba el negocio. Ese pobre Quinette se quedará, al fin, sólo con la limpieza de guantes.

—Y los paraguas tambien—siguió Baudu.—Esto es el acabóse. Bourras está persuadido de que Mouret ha querido apurarle, porque ¿á quién se le ocurre mezclar los paraguas con las telas? Pero Bourras es firme, y no se dejará acogotar. Me parece que nos reirémos un dia de éstos.

Habló de otros comerciantes, pasando revista al barrio. Confesaba, á pesar suyo: si Vinçard traspasaba, las demas debian poner su barba en remojo, porque Vinçard era como los ratas, que huyen de la casa que va á desplomarse. Luégo hacía planes, entreveia una alianza del pequeño comercio para tener á raya al coloso. Dudó en hablar de sí propio con las manos agitadas y la boca contraida por un movimiento nervioso, hasta que, al fin, se decidió.

—Yo no me puedo quejar hasta ahora. Mouret no tiene aún más que telas de señora, telas ligeras para vestidos y paños fuertes para abrigos. Á mi casa vienen á buscar géneros de hombre, terciopelos de caza y gabanes, sin contar las franelas y muletones, de los que no tiene un surtido como el mio. Él ha creido quemarme la sangre poniendo la seccion de pañería ahí enfrente. Ya has visto la estantería, enfrente de mi misma puerta. Pone ahí sus mejores confecciones entre pilas de paños, como un reclamo de titiritero para atraer á los niños. Á fe de hombre honrado, me avergonzaria de emplear semejantes medidas. Desde hace cerca de cien años es conocido *El Viejo Elbœuf*, y no necesita poner en su puerta lazos para coger incautos. Miéntras yo viva seguirá la tienda así, con sus cuatro muestrarios á derecha é izquierda, y nada más.

Toda la familia se emocionó. Genoveva se permitió hablar despues de una pausa.

—Nuestra parroquia nos quiere, papá. Hay que esperar. Hoy han venido las señoras Desforges y Boves, y espero venga la señora Marty, á llevar franelas.

— Ayer recibí pedido de la señora Bourdelais — dijo Colomban. — En verdad que me habla de un *cheviot* inglés que dan ahí enfrente diez sueldos más barato que nosotros, y que es lo mismo que el nuestro, segun parece.

— ¡Y decir — murmuró la señora Baudu con su voz cansada— que nosotros hemos conocido esa casa del tamaño de un pañuelo de bolsillo!... Cuando los Deleuze la fundaron, querida Dionisia, sólo tenian un escaparate sobre la calle Neuve-Saint-Augustin, en el que se apretaban dos piezas de indiana entre tres de percal. La tienda era tan pequeña, que no podia moverse uno en ella. En aquella época estaba *El Viejo Elbœuf* tal como le ves ahora. ¡Ah! ¡todo ha cambiado, todo!

Movió la cabeza. En sus palabras lentas palpitaba el drama de su vida. Nacida en *El Viejo Elbœuf*, llegó á querer hasta sus piedras húmedas; no vivia más que por él y para él. Frente á aquella su casa, en otro tiempo gloriosa, vió levantarse con no interrumpida tortura otra que, al pronto despreciada, fué luégo igual en importancia, despues superior, y amenazadora por último. Era para ella una herida siempre abierta, muriendo lentamente con *El Viejo Elbœuf* humillado, viviendo aún en virtud del impulso recibido, pero presintiendo que la muerte de la tienda sería la suya, y que se extinguiria cuando la tienda se cerrára.

Quedaron todos silenciosos. Baudu repiqueteaba con los dedos sobre el hule. Experimentaba como una laxitud, como pesar de haberse desahogado. En el general disgusto toda la familia gustaba las amarguras de su historia. Jamas les habia sonreido la suerte. Cuando estaban educados los niños y parecia soplar la fortuna, vino bruscamente la ruina con la competencia. Áun quedaba la casa de Rambouillet, aquella casa de campo, á la que pensaba retirarse el pañero desde hacia diez años. Una ganga, segun decia; una finca que tenia que reparar á menudo, que se decidió á alquilar, y dió con inquilinos que no pagaban. Allí empleó sus últimas ganancias, en aquel vicio único que se permitió su probidad meticulosa de comerciante chapado á la antigua.

— ¡Ea! — dijo de pronto. — Estamos hablando de más, y hay que dejar la mesa á los otros.

Pareció despertar todo el mundo. El mechero de gas gemia en el ambiente adormecido y caliente de la pequeña salita. Todos se levantaron de golpe, rompiendo aquel penoso silencio. Pepé dormia tan bien, que se estiró sobre unas piezas de muleton, y Juan, que bostezaba, se fué á la puerta de la calle.

— En suma, tú harás lo que quieras — repitió de nuevo Baudu á su sobrina. — Nosotros te informamos y nada más..... Tus asuntos son tuyos.

La obligaba con la mirada esperando una respuesta decisiva. Dionisia, más apasionada de *La Dicha de las Damas* con aquellas historias, en vez de arredrarse guardaba su aire tranquilo y dulce con la testaruda voluntad normanda en el fondo. Se limitó, pues, á decir:

— Verémos, tio.

Habló de irse á acostar temprano con sus hermanos, porque estaban cansadísimos. Pero áun no eran más que las seis y deseaban estar aún un poco en la tienda. Se hizo de noche: encontró oscura la calle mojada por una fina lluvia que caia desde que se puso el sol. Fué una sorpresa para ella: la calle estaba llena de charcos, corrian los arroyos de agua enlodada, barro espeso y pisado cubria las aceras. Veia el desfile confuso de los paraguas chocándose, semejantes en las tinieblas á grandes alas sombrías. Retrocedió en seguida, sintiendo frio y con el corazon oprimido ante la tienda mal alumbrada y lúgubre á tal hora. Un aliento húmedo, el aliento del viejo barrio, llegaba de la calle. Parecia que el gotear de los paraguas caia sobre los mostradores, y que el empedrado con su barro y sus charcos entraba enmoheciendo el piso bajo, blanqueado por el salitre. Se la aparecia la vision del antiguo París mojado, sintiendo asombro al contemplar la gran ciudad tan glacial y tan fea.

Pero al otro lado de la calle encendia *La Dicha de las Damas* sus largas filas de mecheros de gas. Se adelantó como atraida y templada por aquel foco de ardientes luces. La máquina seguia trabajando, arrojando vapor en un postrer rechinamiento, miéntras los dependientes plegaban las telas y los cajeros contaban la venta. Era aquello, á traves de los cristales, como un bullir vago de claridades, un interior confuso de fábrica. Tras la cortina de lluvia que caia tomaba aquella aparicion el aspecto de un horno gigantesco en el que se veian pasar las negras sombras de los fogoneros sobre el rojo fuego de las hornillas. Los escaparates se mojaban, no distinguiéndose enfrente más que el nevado de los encajes, cuya blancura avivaban las bombas esmeriladas de la batería de gas. En aquel fondo de capilla se destacaban vigorosa-

mente las confecciones, y el gran abrigo de terciopelo guarnecido de zorro plateado semejaba el perfil de una mujer sin cabeza que corria á una fiesta en el incógnito de las tinieblas de París.

Dionisia cedió á la seduccion y llegó hasta la puerta sin cuidarse de las gotas que la mojaban. Á aquella hora de la noche, con su brillar de horno, acabó de conquistarla *La Dicha de las Damas*. En la gran ciudad, negra y muda bajo la lluvia, en aquel París que desconocia, brillaba como un faro y parecia como la luz y la vida de la ciudad. Soñaba en su porvenir, en el continuo trabajo para educar á los niños, en otras cosas, no sabia cuáles, cosas lejanas que deseaba y temia á un tiempo mismo. La idea de aquella mujer muerta sobre los cimientos se la apareció; tuvo miedo pensando ver sangre en aquellas luces. Luégo la tranquilizó la blancura de los encajes: sintió brotar la esperanza en su corazon, miéntras que la fina lluvia la refrescaba las manos y calmaba en ella la fiebre del viaje.

— Allí está Bourras — dijo detrás de ella una voz.

Se inclinó y vió al comerciante inmóvil en la esquina, delante del escaparate, en el que habia visto por la mañana la ingeniosa construccion hecha con bastones y paraguas. El viejo de cabeza bíblica se habia deslizado en la sombra para hartarse los ojos con aquella triunfante instalacion, sin sentir que la lluvia le mojaba la cabeza y corria á lo largo de los cabellos.

— Va á coger una enfermedad — repitió la voz.

Al volverse vió Dionisia de nuevo detras de ella á los Baudu. Á pesar suyo y haciendo lo mismo que Bourras, á quien encontraban tonto por esto, se ponian ante aquel espectáculo que les partia el corazon. Era una racha que habia que aguantar. Genoveva, muy pálida, tenía la certeza de que Colomban miraba las sombras de las oficialas que pasaban detrás de los cristales del entresuelo, y miéntras Baudu se tragaba la ira, se llenaban silenciosamente de lágrimas los ojos de su mujer.

— Entónces..... ¿te presentarás mañana? — acabó por preguntar el pañero lleno de dudas, pero temiendo que su sobrina estuviere conquistada como todos.

Ella dudó un poco y dijo dulcemente:

— Sí, tio; á ménos que esto os disguste.....

II

Al dia siguiente, á las siete y media, se encontraba Dionisia delante de *La Dicha de las Damas*. Quiso presentarse ántes de llevar á Juan á casa de su maestro que vivia léjos, en lo alto del faubourg del Temple. Pero hecha á madrugar, habia bajado demasiado pronto; apénas empezaban á llegar los dependientes, y temiendo ser ridícula, y llena de timidez, paseó un poco por la calle Caillou.

El viento frio habia secado el piso. De todas las calles iluminadas por la pálida luz de aquel dia plomizo, desembocaban á buen paso los dependientes con el cuello del gaban subido y las manos en los bolsillos, como sobrecogidos por aquel primer frio del invierno. La mayor parte iban solos y se hundian en el fondo del almacen, sin hablar ni mirar á sus compañeros; otros iban de dos en dos ó de tres en tres, hablando alto á lo largo de la acera, y todos con igual impulso, y ántes de entrar arrojaban en el arroyo su cigarro.

Dionisia notó que muchos de aquellos hombres la miraban al paso. Aumentó su timidez, y no sintiéndose con fuerza para seguirles, resolvió no entrar hasta que no cesase el desfile, ruborizándose á la idea de ser empujada en la puerta por tantos hombres. Pero el desfile continuaba, y para sustraerse á las miradas dió una vuelta por la plaza. Cuando volvió encontró plantado delante de *La Dicha de las Damas* un muchacho alto, pálido y desmadejado, que desde hacía un cuarto de hora parecia esperar como ella.

— Señorita — acabó por decir con voz balbuciente — ¿sois acaso oficiala en la casa?

Se quedó ella tan emocionada de oir que aquel muchacho desconocido la dirigia la palabra, que no supo qué responderle.

— Es que..... veréis..... — siguió él embrollándose más. — Ten-

mente las confecciones, y el gran abrigo de terciopelo guarnecido de zorro plateado semejaba el perfil de una mujer sin cabeza que corria á una fiesta en el incógnito de las tinieblas de París.

Dionisia cedió á la seduccion y llegó hasta la puerta sin cuidarse de las gotas que la mojaban. Á aquella hora de la noche, con su brillar de horno, acabó de conquistarla *La Dicha de las Damas*. En la gran ciudad, negra y muda bajo la lluvia, en aquel París que desconocia, brillaba como un faro y parecia como la luz y la vida de la ciudad. Soñaba en su porvenir, en el continuo trabajo para educar á los niños, en otras cosas, no sabia cuáles, cosas lejanas que deseaba y temia á un tiempo mismo. La idea de aquella mujer muerta sobre los cimientos se la apareció; tuvo miedo pensando ver sangre en aquellas luces. Luégo la tranquilizó la blancura de los encajes: sintió brotar la esperanza en su corazon, miéntras que la fina lluvia la refrescaba las manos y calmaba en ella la fiebre del viaje.

— Allí está Bourras — dijo detrás de ella una voz.

Se inclinó y vió al comerciante inmóvil en la esquina, delante del escaparate, en el que habia visto por la mañana la ingeniosa construccion hecha con bastones y paraguas. El viejo de cabeza bíblica se habia deslizado en la sombra para hartarse los ojos con aquella triunfante instalacion, sin sentir que la lluvia le mojaba la cabeza y corria á lo largo de los cabellos.

— Va á coger una enfermedad — repitió la voz.

Al volverse vió Dionisia de nuevo detras de ella á los Baudu. Á pesar suyo y haciendo lo mismo que Bourras, á quien encontraban tonto por esto, se ponian ante aquel espectáculo que les partia el corazon. Era una racha que habia que aguantar. Genoveva, muy pálida, tenía la certeza de que Colomban miraba las sombras de las oficialas que pasaban detrás de los cristales del entresuelo, y miéntras Baudu se tragaba la ira, se llenaban silenciosamente de lágrimas los ojos de su mujer.

— Entónces..... ¿te presentarás mañana? — acabó por preguntar el pañero lleno de dudas, pero temiendo que su sobrina estuviere conquistada como todos.

Ella dudó un poco y dijo dulcemente:

— Sí, tio; á ménos que esto os disguste.....

II

Al dia siguiente, á las siete y media, se encontraba Dionisia delante de *La Dicha de las Damas*. Quiso presentarse ántes de llevar á Juan á casa de su maestro que vivia léjos, en lo alto del faubourg del Temple. Pero hecha á madrugar, habia bajado demasiado pronto; apénas empezaban á llegar los dependientes, y temiendo ser ridícula, y llena de timidez, paseó un poco por la calle Caillou.

El viento frio habia secado el piso. De todas las calles iluminadas por la pálida luz de aquel dia plomizo, desembocaban á buen paso los dependientes con el cuello del gaban subido y las manos en los bolsillos, como sobrecogidos por aquel primer frio del invierno. La mayor parte iban solos y se hundian en el fondo del almacen, sin hablar ni mirar á sus compañeros; otros iban de dos en dos ó de tres en tres, hablando alto á lo largo de la acera, y todos con igual impulso, y ántes de entrar arrojaban en el arroyo su cigarro.

Dionisia notó que muchos de aquellos hombres la miraban al paso. Aumentó su timidez, y no sintiéndose con fuerza para seguirles, resolvió no entrar hasta que no cesase el desfile, ruborizándose á la idea de ser empujada en la puerta por tantos hombres. Pero el desfile continuaba, y para sustraerse á las miradas dió una vuelta por la plaza. Cuando volvió encontró plantado delante de *La Dicha de las Damas* un muchacho alto, pálido y desmadejado, que desde hacía un cuarto de hora parecia esperar como ella.

— Señorita — acabó por decir con voz balbuciente — ¿sois acaso oficiala en la casa?

Se quedó ella tan emocionada de oir que aquel muchacho desconocido la dirigia la palabra, que no supo qué responderle.

— Es que..... veréis..... — siguió él embrollándose más. — Ten-

go el pensamiento de ver si me quieren, y vos podiais haberme dado alguna noticia.

Estaba tan cortado como ella, y se arriesgó á hablarla.

—Con mucho gusto —respondióle ella por fin —pero estoy tan adelantada como vos, porque tambien pienso presentarme hoy.

Se ruborizaron ambos y sus dos timideces se miraron frente á frente, como seducidos por la identidad de sus situaciones, sin atreverse á desear el uno al otro buen éxito. Luégo, y sin añadir nada más, se separaron sencillamente, aguardando de nuevo á pocos pasos uno del otro.

Los dependientes seguian entrando. Dionisia les oia hablar cuando pasaban, mirándola, por su lado. Crecia su turbacion al verse así en espectáculo, y se decidia ya á dar una vuelta de media hora por el barrio, cuando la vista de un jóven que llegaba rápidamente por la calle de Port-Mahon la detuvo un minuto. Debia ser jefe de seccion, porque todos los dependientes le saludaban. Era alto, blanco, de cuidada barba; ojos color de oro viejo, aterciopelados, con los que miró un instante á la jóven al atravesar la plaza. Entró indiferente en el almacen y ella quedó inmóvil, llena de singular emocion, en la que habia más malestar que encanto. Tuvo decididamente miedo, y bajó lentamente la calle Caillou y luégo la de San Roque, esperando hacer provision de valor.

Aquel jóven era algo más que jefe de seccion: era Octavio Mouret en persona. No habia dormido aquella noche, porque, al salir de una reunion en casa de un agente de cambio, fué á cenar con un amigo y dos mujeres reclutadas en los bastidores de un teatrillo. Su gaban abotonado ocultaba su traje y su corbata blanca. Subió deprisa á su casa, se mudó, y cuando fué á sentarse en su despacho del entresuelo estaba fresco, con la mirada viva y tan vigilante como si hubiese dormido diez horas. El despacho, desahogado y amueblado de pino viejo y reps verde, tenía por único adorno un retrato, el de la señora Hédouin, de la que áun hablaba el barrio. Desde que murió guardaba Octavio para ella tierna memoria, como reconocido á la fortuna que le entregó con su mano. Así que, ántes de ponerse á firmar, dirigió al retrato una sonrisa de hombre feliz. ¿No trabajaba delante de ella, despues de sus calaveradas de jóven viudo, al salir de los dormitorios á que le llevaba la necesidad del placer?

Llamaron, y, sin esperar permiso, entró un jóven alto y delgado, de finos labios y nariz afilada, correcto en su persona, con los cabellos alisados, en los que se veian hebras grises. Mouret levantó la cabeza, y, sin dejar de firmar, dijo:

—¿Se ha dormido bien, Bourdoncle?

—Bien, gracias —contestó el jóven, que andaba á cortos pasos, como si estuviese en su casa.

Bourdoncle era hijo de un arrendatario de los alrededores de Limoges, y habia empezado en *La Dicha de las Damas* al propio tiempo que Mouret, cuando el almacen ocupaba apénas el ángulo de la plaza Caillou. Inteligente y activo, pareció en aquel tiempo que sustituia á su compañero, ménos sério, más descuidado, de apariencia más aturdida, siempre entre faldas; pero carecia del genio de aquel provenzal apasionado, de su audacia, de su gracia victoriosa. Ademas, y por instinto, se habia inclinado ante él obediente, sin luchar, desde el primer momento. Cuando Mouret indujo á sus dependientes á que le confiasen sus ahorros, Bourdoncle fué de los primeros en hacerlo, confiándole hasta la inesperada herencia de una tia. Poco á poco, y pasando por todos los grados, desde hortera hasta segundo dependiente y jefe de mostrador de sedas, llegó á ser segundo del principal, el más querido y consultado, uno de los seis consócios que le ayudaban á manejar *La Dicha de las Damas*, lo que era como el Consejo de Ministros de un rey absoluto. Cada uno de ellos tenía á su cargo una provincia, y Bourdoncle la superior inspeccion.

—¿Y vos? —repuso familiarmente —¿habeis dormido bien?

Cuando Mouret dijo que no se habia acostado, movió la cabeza murmurando:

—Pésima higiene.

—¿Por qué? —contestó alegremente el otro.—Estoy ménos cansado que vos. Teneis las cejas hinchadas de sueño; os entorpeceis..... ¡Divertios, eso os removerá las ideas!

Esta era siempre su amistosa disputa. Bourdoncle habia jubilado á sus queridas, porque, segun decia, le impedian dormir. Al presente hacía gala de odiar á las mujeres, teniendo fuera encuentros de que no hablaba, tan poco espacio ocupaban en su vida, y contentándose con explotar en el almacen á las parroquianas, despreciando la frivolidad de éstas que les hacía arruinarse por necias chucherías. Mouret, al contrario, afectaba éxtasis quedándose plantado alegremente delante de las mujeres y siempre en pos de amores nuevos; sus golpes de Tenorio eran como un

reclamo para la venta: algo que envolvia á todo el sexo en la misma caricia para mejor deslumbrarle y tenerle á merced suya.

—He visto á la señora Desforges anoche—dijo.—Estaba deliciosa en el baile.

—¿No cenasteis despues con ella?—preguntó el sócio.

Mouret se escandalizó.

—¡Oh! es honradisima, querido..... Cené con Elvira, la de *Folies*. Torpe como un pato, ¡pero tan diablillo!.....

Tomó otro paquete de firma y continuó escribiendo. Bourdoncle seguia paseando á paso menudo, y fué á echar una mirada sobre la calle Neuve-Saint-Augustin por los altos cristales. Luégo se volvió y dijo:

—Ya sabeis que se vengarán.

—¿Quiénes?—preguntó Mouret, olvidado de lo que habian hablado.

—Pues..... las mujeres.

Mouret dejó entrever el fondo de su brutalidad bajo el aspecto de adoracion sensual. Con un encogimiento de hombros pareció decir que las echaria por tierra como sacos vacíos el dia que le hubiesen ayudado á hacer su fortuna. Bourdoncle repitió friamente:

—Se vengarán..... Vendrá una que vengará á las demas. Esto es axiomático.

—¡No hay miedo!—exclamó Mouret exagerando su acento provenzal.—Esa no ha nacido todavia, y si viniese, ya sabeis.....

Levantó la pluma, hundiéndola en el espacio como si atravesase un corazon invisible. El socio volvió á pasearse, inclinándose como siempre ante la superioridad del principal, cuyo genio, lleno de profundidades, le desconcertaba. Él, tan igual, tan lógico, sin pasiones, sin caidas, no comprendia esa fuerza que busca el éxito en este París „que premia al más atrevido.

Hubo una pausa; no se oia más que la pluma de Mouret. Luégo, y á instancia de éste, dió Bourdoncle informes sobre la venta de novedades para invierno que debia tener lugar el próximo lúnes. Era asunto serio, en el que jugaba la casa su fortuna, porque algo habia de cierto en las murmuraciones del barrio. Mouret fantaseaba con la especulacion con rumbo tal y tan gran deseo de lo colosal, que todo parecia deber hundirse á su paso. Tenia un nuevo modo de ser para el negocio, una aparente fantasía comercial que ya en tiempos inquietaba á la señora Hédouin, y

que ahora, á pesar de los primeros éxitos, seguia preocupando á los consocios. Se acusaba en voz baja al principal de ir sobrado aprisa y de haber aumentado los almacenes ántes de contar con igual aumento de clientela. Se temió, sobre todo, al verle poner todo el contenido de la caja á un azar, llenando de bote en bote las anaquelerías con géneros y sin reservar ni un sueldo. Así, para aquella venta de novedades, y fuera de las sumas considerables pagadas por obras de albañilería, hubo que arrostrar todo el capital. Se trataba una vez más de vencer ó morir. En medio de aquel pánico guardaba él su alegria, su certeza del éxito, como hombre querido de las mujeres, que no pueden dejarle en la estacada. Cuando Bourdoncle se permitia hacerse eco de los temores á propósito del vuelo exagerado dado á ciertas secciones cuyos negocios eran dudosos, él se sonreia con confianza, diciendo:

—Dejad hacer, querido; la casa es pequeña aún.

El otro se aterraba. ¡Pequeña la casa! ¡Una casa que contaba con diez y nueve secciones y tenia cuatrocientos tres empleados!

—No cabe duda—replicó Mouret—de que nos tendrémos que ensanchar ántes de ocho meses. Pienso sériamente en ello. Anoche me prometió la señora Desforges que en su casa veria á una persona que..... Pero ya hablarémos de esto cuando madure la idea.

Acabó de firmar, se levantó y dió dos amistosos golpes en la espalda del asociado. Aquel terror de gentes prudentes en torno suyo le divertia. En un acceso de brusca franqueza, con los que anonadaba á sus íntimos, declaró que era en el fondo más judío que todos los judíos juntos. Tenía de su padre, á quien se parecia física y moralmente, el dón de conocer el valor del dinero; y si habia heredado de su madre aquella silueta fantástica, era acaso el lado mejor de su suerte, porque sentia en sí la fuerza invencible de su audacia.

—En fin, ya sabeis que se os seguirá hasta lo último—concluyó Bourdoncle.

Ántes de bajar al almacen á echar el vistazo reglamentario, perfilaron algunos detalles. Examinaron el modelo de un nuevo cuaderno que Mouret habia ideado para las notas de débito. Habiendo notado que el género pasado de moda se vendia más cuanto mayor era la prima dada al dependiente, habia basado sobre aquella observacion un nuevo negocio. Interesó en lo sucesivo á sus dependientes en la venta de todos los géneros, fijándoles un

tanto por ciento sobre el menor retal ó el más pequeño objeto vendido por ellos; mecanismo que habia obrado una revolucion en las novedades y creado entre los dependientes una lucha por la existencia, de que se beneficiaban los principales. Aquella lucha era entre sus manos el principio favorito, la fórmula que aplicaba constantemente. Mitigaba las pasiones, ponia á flote las fuerzas, dejando que el pez grande se comiera al chico, y engordando él con esta batalla de intereses. El modelo del cuaderno fué aprobado. En la parte superior y en el talon y matriz se veia la indicacion de la seccion y el número del dependiente; luégo, y en ambos lados tambien, columnas para anotar la medida, clase del género y precio: el dependiente firmaba la nota ántes de mandarla al cajero. De aquel modo la comprobacion era facilísima; bastaba confrontar los talones de la caja con las matrices que tuviera el dependiente. Á fin de semana recogia éste su tanto por ciento y su prima, sin error posible.

—Nos robarán ménos—dijo Bourdoncle satisfecho.—Habeis tenido una idea excelente.

—Pues áun he pensado en otra cosa esta noche—continuó Mouret;—sí, querido, esta noche, en la cena. Deseo dar á los empleados de contabilidad una pequeña prima por cada error que hallen en las notas de débito al confrontarlas. Ya comprenderéis que no descuidarán ni una, y que si no ven errores, los inventarán.

Se rió, miéntras el otro le miraba admirado. Aquella aplicacion nueva de la lucha por la existencia le seducia; tenia el génio del mecanismo administrativo, y soñaba con organizar la casa de modo que espolease los apetitos ajenos en provecho de los propios. Cuando se quiere sacar de las gentes todo lo que valen, decia á menudo, es preciso ponerlas en lucha con sus necesidades.

—Está bien, bajemos—dijo Mouret.—Hay que ocuparse de la venta próxima. La seda llegó ayer, ¿verdad? Fué Bouthemont á recibirla.

Bourdoncle le siguió. La oficina de recepcion estaba en el subsuelo del lado de la calle Neuve-Saint-Augustin. Junto á la abertura del sótano descargaban los camiones. Despues de pesadas las cajas, bajaban por una rampa rápida, cuyo herraje rechinaba al roce de los fardos y las cajas. Todo entraba por aquella trampa: era un tragar contínuo, una cascada de tejidos que caian con

ruido. En las épocas de buena venta, sobre todo, la rampa ocultaba en el sótano toda una marea de sederías de Lyon, lanas de Inglaterra, telas de Flándes, percales de Alsacia, indianas de Rouen. Muchas veces tenian que formar fila los camiones, y los paquetes hacian al caer en aquella sima el ruido sordo de la piedra arrojada al pozo.

Al pasar, se detuvo Mouret un instante delante de la rampa que funcionaba. Filas de cajas bajaban solas, sin que se viese qué brazos las empujaban, como una lluvia. Luégo aparecieron los fardos, girando sobre sí mismos como piedras rodadas. Mouret miraba sin decir palabra, pero chispeaban sus ojos viendo aquel torrente de mercancías, cuyo paso valia miles de francos por minuto. Nunca tuvo tan clara idea de la comenzada batalla. Aquel monton de géneros era el que se trataba de lanzar á los cuatro vientos de París. Continuó su inspeccion sin desplegar los labios.

En la penumbra gris que bajaba por las claraboyas, varios hombres recibian el envío, miéntras otros abrian las cajas y fardos en presencia de los jefes de seccion. Una agitacion especial llenaba el fondo del subsuelo, en donde pilares de fundicion sostenian las bovedillas, y cuyos desnudos muros no tenian ni una mancha de humedad.

—¿Está todo, Bouthemont?—preguntó Mouret, aproximándose á un jóven de ancha espalda, ocupado en confrontar el contenido de una caja.

—Sí, señor, debe estar todo—contestó el jóven;—pero tengo que hacer para toda la mañana.

El jefe de seccion consultó con un vistazo la factura sobre un gran mostrador, en el que los dependientes colocaban una por una las piezas de seda que salian del bulto. Detrás de ellos se alineaban otros mostradores, llenos igualmente de género, que examinaba un pequeño ejército de dependientes. Era un desenvolver general, una aparente confusion de telas reconocidas, plegadas, marcadas, todo entre el confuso hervir de las voces.

Bouthemont, especialidad en su género, tenía una cara redonda de muchacho alegre, barba negra como la tinta y ojos castaños. Nacido en Montpellier, alegre, dicharachero, era flojo para la venta; pero no tenía rival comprando. Enviado á París por su padre, que tenía allá abajo un almacen de novedades, se negó obstinadamente á volver á la tierra cuando su padre juzgó que sabria lo bastante para sucederle. Desde entónces nació una es-

pecie de rivalidad entre padre é hijo: el primero, hecho á su pequeño negocio de provincia, indignado de ver á un simple dependiente ganar el triple que él; el segundo, riéndose de la rutina del viejo, haciendo sonar sus ganancias y revolviendo la casa á cada viaje. Como los demas jefes de mostrador, Bouthemont añadia á sus 3.000 francos de sueldo fijo un tanto por ciento sobre la venta. Montpellier, sorprendido y respetuoso, confesaba que Bouthemont hijo se habia embolsado el año precedente cerca de 15.000 francos. Aquello no era más que empezar, y la gente profetizaba al exasperado padre que la cifra aumentaría.

En tanto, examinaba Bourdoncle una de las piezas de seda con aire atento de persona competente. Era un *fayá* rayado de azul y plata, el famoso *Paris-Bonheur*, con el que Mouret contaba dar un golpe decisivo.

—Es verdaderamente bueno—murmuró el socio.

—Tiene más vista que buena calidad—dijo Bouthemont;—no hay quien nos haga esto mejor que Dumonteil. En mi último viaje, cuando me indispuse con Gaujean, quiso poner éste 100 obreros á fabricar este modelo; pero pedia 25 céntimos más por metro.

Casi todos los meses salia Bouthemont á las fábricas, viviendo temporadas en Lyon, hospedándose en los mejores hoteles y con órden de tratar á los fabricantes á cuerpo de rey. Gozaba de absoluta libertad, compraba como le parecia, bajo la confianza de que todos los años aumentaba el negocio de su seccion en una cifra de antemano fijada. Sobre esta cifra cobraba su tanto por ciento. Su situacion en *La Dicha de las Damas*, como la de los demas jefes sus colegas, era la de un comerciante especial en aquel conjunto de negocios y comercios diversos.

—¿Entónces está decidido que le marquemos 5 francos 60 céntimos? Ya sabeis que éste es casi el precio de compra.

—Sí, sí, 5 con 60—dijo vivamente Mouret—y si fuese yo solo los daria con pérdida.

El jefe de seccion se rió de buenisima gana.

—Por mi parte, hecho. Esto triplicará la venta, y como mi interés es el de llegar á los grandes cobros.....

Pero Bourdoncle estaba serio y con los labios fruncidos. Él cobraba su tanto por ciento sobre el beneficio total y no le convenia bajar el precio. Precisamente su intervencion recaia sobre el precio, porque Bouthemont, en su deseo de aumentar la cifra de venta, despachaba con pequeña ganancia. Por otra parte, renacian sus inquietudes ante las combinaciones del *reclamo*, que no entendia, y se atrevió á mostrar su repugnancia diciendo:

—Si la damos á 5,60 es como darla en pérdida, porque hay que cubrir los gastos, que son grandes. En todas partes se venderá á 7 francos.

Mouret se amoscó, y poniendo la mano abierta sobre la seda, exclamó nerviosamente:

—Yo sé por qué quiero hacer este regalo á nuestras parroquianas. No comprenderéis nunca á la mujer, querido. Han de arrancarnos de las manos esta seda.

—Sin duda—replicó tercamente el socio—y cuanta más se nos lleven más perderémos.

—Perderémos algunos centimos en el género, lo sé. ¿Y luégo? ¡Pues luégo tendrémos la desgracia de atraer á las mujeres, y una vez en la casa, seducidas por nuestros géneros, vaciarán sus bolsillos sin contar! Mi objeto, amigo mio, es deslumbrarlas, y eso se hace con un artículo-cebo que forme época. Despues podeis vender los demas artículos tan caro como querais: creerán que lo pagan barato. Por ejemplo, nuestro *cuir d'or*, ese tafetan á 7 francos 50, que se vende en todas partes á este precio, va á parecer aquí una ganga y cubrirá la pérdida del *Paris-Bonheur*... Veréis, veréis...

Estaba elocuente.

—Oidme: quiero que en ocho dias el *Paris-Bonheur* haga sensacion en la plaza. Es nuestro golpe final, el que decidirá de la vida ó la muerte. No se hablará más que de él, y el listado azul y plata se conocerá de un extremo á otro de Francia. Veréis qué golpe para nuestros competidores. El comercio en pequeño sufrirá rudo golpe. ¡Boca abajo todos esos covachuelistas que esconden sus reumatismos en sus cuevas!

En torno del principal los dependientes escuchaban sonriendo. Le gustaba hablar y comunicar á los demas su fiebre creadora. Bourdoncle cedió de nuevo. Entre tanto se habia vaciado la caja y dos hombres desclavaban otra.

—Los fabricantes son los únicos que no se rien—dijo entónces Bouthemont.—En Lyon están furiosos contra vos, porque dicen que nuestras baraturas les arruinan. Ya sabeis que Gaujean me ha declarado la guerra y ha jurado que abrirá créditos á larga fecha á las casas modestas ántes que aceptar mis precios.

Mouret se encogió de hombros.

—Si Gaujean no es razonable—respondió—se quedará en la estacada. ¿De qué se quejan? Se les paga en seguida, tomamos cuanto fabrican, y lo ménos que pueden hacer es trabajar para quien les tiene más cuenta. Y ademas basta que el público se aproveche de ello.

El dependiente vació la segunda caja miéntras Bouthemont apuntaba las piezas, consultando la factura. Otro dependiente, al extremo del mostrador, las marcaba en seguida con cifras conocidas, y hecha la comprobacion, la factura, firmada por el jefe de seccion, subia á la caja central. Mouret miró aún un momento aquel trabajo, aquella actividad del desembalaje que amenazaba inundar el subsuelo, y luégo, sin añadir una palabra, se alejó con aspecto de general satisfecho de sus tropas, seguido de Bourdoncle.

Atravesaron lentamente el subsuelo; de trecho en trecho arrojaban las claraboyas pálidas claridades, y en el fondo de los oscuros rincones y á lo largo de los estrechos pasillos ardian sin cesar los mecheros de gas. En estos pasillos estaban las reservas, huecos cerrados por portillos en los que cada seccion encerraba el exceso de sus artículos. Al pasar echó el principal una ojeada al calorífero que debia encenderse el lúnes por primera vez, y al reten de bomberos que custodiaban un contador gigante encerrado en una jaula de hierro. La cocina y los comedores, antiguos sótanos trasformados en salitas, estaban á la izquierda, hácia la esquina de la plaza Caillou. Por fin llegó al otro extremo del subsuelo, al servicio de distribucion. Los paquetes que los parroquianos no se llevaban bajaban hasta allí, puestos en tableros por compartimientos que representaban los diversos barrios de Paris. Despues, y por una ancha escalera que caia justamente frente *El Viejo Elbœuf*, se subian á los carruajes que estacionaban junto á la acera. En el mecanismo de *La Dicha de las Damas* esta escalera de la calle Michodière expedia sin cesar las mercancías que tragaba la rampa de la calle Neuve-Saint-Augustin despues de pasar por los engranajes de los mostradores.

—Campion—dijo Mouret bruscamente al jefe del departamento, antiguo sargento de lacio aspecto—¿por qué razon no se han llevado por la tarde seis pares de sábanas compradas ayer por una señora á eso de las dos?

—¿Dónde vive esa señora?—preguntó el empleado.

—Calle de Rivoli, esquina á la de Argel. La señora Desforges.

Á aquella hora de la mañana estaban vacios los tableros de distribucion, y los compartimientos sólo contenian algunos paquetes dejados la víspera. Miéntras Campion buscaba entre éstos despues de consultar un registro, Bourdoncle miraba á Mouret pensando en que aquel diablo de hombre lo sabia todo y de todo se ocupaba, lo mismo en las mesas de los restaurants que en las alcobas de sus queridas. El jefe del departamento descubrió al fin la equivocacion; la caja habia dado un falso número y el paquete no habia llegado.

—¿Qué caja es ésa?—dijo Mouret—¿la caja 10?

Y volviéndose al consocio, añadió:

—La caja 10 es de Alberto, ¿no es eso? Vamos á decirle dos palabras.

Pero ántes de dar una vuelta por el almacen quiso subir al servicio de expediciones, que ocupaba gran parte del segundo piso. Allí llegaban todos los pedidos de provincias y el extranjero, y por la mañana iba á ver la correspondencia. Ésta crecia de dia en dia desde hacia dos años. Lo que habia ocupado al principio diez empleados necesitaba ya más de treinta. Los unos abrian las cartas; otros las leian en una misma mesa, y otros las clasificaban dándolas un número que correspondia á un casillero. Cuando se mandaban las cartas á las diferentes secciones, y éstas remitian los géneros, se colocaban en los casilleros con su número de órden. Sólo quedaba la comprobacion y embalaje en el fondo de una pieza vecina, en donde varios obreros clavaban y enfardaban de la mañana á la noche.

Mouret hizo su pregunta habitual:

—¿Cuántas cartas, Levasseur?

—Quinientas treinta y cuatro—respondió el jefe del servicio. —Cuando llegue la venta del lúnes temo no tener bastante gente. Ayer apénas podiamos con el trabajo.

Bourdoncle movió satisfecho la cabeza: no contaba con aquellas quinientas treinta y cuatro cartas. En torno á la mesa abrian y leian los empleados con ruido incesante de papel arrugado, miéntras comenzaba el vaiven de géneros en los casilleros. Era uno de los servicios más complicados y considerables de la casa: se vivia en fiebre perpétua, porque era preciso que los pedidos hechos en el dia saliesen por la tarde.

—Se os dará la gente que necesiteis, Levasseur—contestó al fin Mouret, que de una ojeada se enteró del buen estado del ser-

vicio.—Ya sabeis que cuando hay trabajo no escaseamos la gente.

En la parte superior de la casa estaban las habitaciones en que dormian los dependientes. Mouret no subió; bajó á la caja central, instalada cerca de su despacho. Era una pieza cerrada por una mampara de vidrio, en la que se veia una enorme caja de hierro empotrada en el muro. Dos cajeros reunian allí las cuentas que subia por la noche Lhomme, el primer cajero, haciendo los pagos á los fabricantes, á la dependencia y á cuantos de la casa se mantenian. La caja comunicaba con otra pieza en que otros empleados comprobaban las facturas. Habia aún otra oficina: seis jóvenes inclinados sobre pupitres negros y teniendo á sus espaldas colecciones de registros, hacian la cuenta del tanto por ciento de los dependientes, coleccionando las notas de débito. Este nuevo servicio no funcionaba bien.

Mouret y Bourdoncle atravesaron la caja y oficina de comprobacion. Cuando en la última oficina se sorprendieron los empleados que reian, Mouret no les riñó, y les explicó el sistema de la prima que pensaba darles por cada error que viesen en las notas de débito. Cuando se marchó cesaron de reir los empleados, y se pusieron á trabajar con ardor en busca de los errores.

Ya en el almacen, fuése Mouret derecho á la caja 10, en donde Alberto Lhomme se pulia las uñas esperando la clientela. Se solia decir, «la dinastía de los Lhomme», desde que la señora Aurelia, la principal de las confecciones, despues de hacer á su esposo primer cajero, obtuvo una plaza para su hijo, un buen mozo pálido y vicioso que no podia estar en parte alguna, y que la daba disgustos contínuos. Mouret se detuvo. Le repugnaba comprometer su popularidad en oficios de gendarme, guardando por gusto y táctica su papel de dios amable. Tocó ligeramente en el codo á Bourdoncle, el hombre impecable, el hombre-cifra que se encargaba siempre de las ejecuciones.

—Señor Alberto—dijo el último severamente—habeis equivocado las señas de un paquete que no se ha enviado. Esto no puede seguir así.

El dependiente quiso defenderse apelando al testimonio del mozo que hizo el paquete. El mozo, llamado José, pertenecia tambien á la dinastía de los Lhomme como hermano de leche de Alberto, y debia su plaza á la señora Aurelia. Como el jóven quisiese hacerle decir que el error fué de la compradora, balbuceó sobándose la barbilla de su rostro curtido, constreñido entre su

conciencia de viejo soldado y la gratitud hácia sus protectores.

—Dejad á José tranquilo—dijo Bourdoncle—y no me contesteis sobre todo. Teneis verdadera suerte en que apreciemos los servicios de vuestra madre.

Lhomme el viejo acudió. Desde su caja, situada cerca de la puerta, veia la de su hijo, en la seccion de guantería. Canoso y algo abotagado por su vida sedentaria, tenía el rostro como iluminado por el reflejo de la plata que contaba sin cesar. Su brazo manco no le hacia falta para esta operacion, y era curioso verle comprobar las cuentas; de tal modo se deslizaban los billetes y la moneda en su mano izquierda, única que le quedaba. Hijo de un cobrador de Chablis, vino á Paris como dependiente-escribiente en casa de un negociante del *Port-aux-Vins*. Viviendo en la calle Cuvier, se casó con la hija de su portero, cortador alsaciano, y desde entónces se sometió á su mujer, cuyas facultades comerciales le admiraban. Cobraba ella más de doce mil francos en las confecciones, y él sólo cinco mil de sueldo fijo. Su deferencia hácia una mujer que tal suma traia á casa, se extendia hasta su hijo, que venía de ella.

—¿Qué hay?—dijo.—¿Ha faltado Alberto?

Entónces y segun su costumbre, entró Mouret en escena para hacer de príncipe magnánimo. Cuando Bourdoncle se hacía temer cuidaba él de su popularidad.

—Una tontería—dijo—mi querido Lhomme—nuestro Alberto es un aturdido que debia tomaros por modelo.

Luégo cambió de conversacion mostrándose amable.

—¿Y el concierto del otro dia? ¿Estabais bien colocado?

El viejo cajero se ruborizó. No tenía más que aquel vicio, la música, vicio secreto que satisfacia á solas corriendo á los teatros y audiciones. Á pesar de su manquedad, tocaba la trompa, gracias á un ingenioso sistema de palancas. Como la señora Lhomme detestaba el ruido, envolvia su instrumento en una tela, gozándose en las extrañas notas que emitia. Esto y el dinero de su caja eran su mundo, fuera parte de su respeto hácia su mujer.

—Muy bien colocado, sí..... sois muy bueno—contestó con los ojos brillantes.

Mouret, que gustaba de satisfacer las propias pasiones, daba muchas veces á Lhomme los billetes que le hacian tomar las damas protectoras, y acababa de seducirle, diciendo:

—¡Ah, Beethoven! ¡ah, Mozart..... qué música!

30797
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sin aguardar respuesta se alejó, uniéndose á Bourdoncle, que se disponia á recorrer las secciones. En la rotonda central, y en un espacio separado, se hallaba la seda. Los dos siguieron la galería de la calle Neuve-Saint-Augustin, que ocupaban las telas blancas de un extremo á otro. Nada anormal hallaron, y pasaron lentamente entre los respetuosos dependientes. Volvieron por entre el algodon y el género de punto: todo en órden. Pero en las lanas, á lo largo de la galería perpendicular á la calle Michodière, volvió á tomar Bourdoncle su aspecto de gran ejecutor viendo á un jóven apoyado en un mostrador con aire de gandul. Este jóven, llamado Lienard, hijo de un rico comerciante de novedades de Angers, bajó la frente ante la reprimenda: el único temor de su vida de pereza y placeres era el de ser llamado por su padre. Empezaron á llover las observaciones, y la galería de la calle Michodière recibió el chaparron. En los paños, un hortera debutante, que dormia en la casa, habia vuelto despues de las doce; en la pasamanería, otro á quien se encontró fumando un cigarrillo en el sótano. En la guantería estalló la tempestad en la cabeza de uno de los pocos parisienses de la casa, el hermoso Mignot, como le llamaban, hijo ilegítimo de una cualquiera. Su delito era el de haber escandalizado en el refectorio quejándose de la alimentacion. Como habia tres mesas, á las nueve y media, diez y media y once y media, lo explicó diciendo que como era de la tercera le tocaban siempre las salsas.

—¡Cómo! ¿no es buena la comida?—dijo con aire sencillo Mouret.

No daba más que un franco cincuenta por dia y cubierto al cocinero, terrible auvernés que áun así encontraba medio de llenarse los bolsillos. El alimento era realmente pésimo; pero Bourdoncle se encogió de hombros: un hombre que tenía que servir cuatrocientos almuerzos y cenas en tres séries, no podia hacer primores.

—No importa—dijo bondadosamente el principal;—quiero que mis empleados tengan alimento sano y abundante. Hablaré al cocinero.

Y así se dió carpetazo á la reclamacion de Mignot. Volvieron á su punto de partida, cerca de la puerta, entre las corbatas y los paraguas, y recibieron el parte de uno de los cuatro inspectores encargados de la vigilancia interior. El padre Jouve, antiguo capitan condecorado en Constantina, áun buen mozo, con su nariz

sensual y su majestuosa calva, les señaló á un dependiente que por una simple indicacion de su parte le llamó *viejo chocho*. El dependiente fué despedido en el acto.

El almacen estaba vacío de compradores. Únicamente las mujeres del barrio atravesaban las galerías desiertas. En la puerta, el inspector que anotaba la entrada de los dependientes acababa de cerrar su registro, anotando aparte los morosos. Era el momento en que los empleados se instalaban en sus secciones, que los mozos habian barrido y arreglado desde las cinco. Cada cual se quitaba su sombrero y su gaban, ahogando un bostezo y con la cara llena de sueño. Los unos cambiaban frases mirando al aire y preparándose para el dia; otros, sin apresurarse, quitaban las sargas verdes que cubrian el género y las plegaban, y aparecian las pilas de telas simétricamente arregladas. Todo el almacen estaba en órden y como alegrado por la luz del dia, esperando que la racha de la venta lo conmoviese con la confusion de telas, paños, sedas y encajes.

Bajo la viva luz de la rotonda central, en la sedería, hablaban dos dependientes. El uno, jóven y agradable, de fuerte cintura y rosado color, se ocupaba en casar los colores de la seda en una anaquelería interior. Se llamaba Hutin, hijo de un cafetero de Ivetot, y habia sabido en diez y ocho meses llegar á ser uno de los primeros en la venta, por una natural flexibilidad y cariño, que ocultaba un apetito feroz, comiendo de todo, pero sin deseo para el placer.

—¡Yo que vos, Favier, le hubiera dado de cachetes; palabra de honor!—le decia al otro, mozo alto y bilioso, seco, amarillo, nacido en Besançon de una familia de tejedores, y que ocultaba bajo un aspecto frio una voluntad inquieta.

—No se adelanta nada con eso de dar de cachetes—dijo con flema.—Vale más esperar.

Ambos hablaban de Robineau, que era el encargado de vigilar á los dependientes miéntras el jefe de la seccion estaba en el subsuelo. Hutin minaba bajo cuerda al segundo, cuya plaza deseaba. Para hacerle dimitir, el dia que la plaza de primero, que se le prometió, estuvo libre, imaginó que pasase Bouthemont á ella; pero Robineau se apercibió y al presente era un batallar diario. Hutin soñaba con amotinar contra él la seccion y obligarle á irse á fuerza de malquerencias y vejaciones. Lo hacía con su aspecto amable, y excitaba sobre todo á Favier, que estaba con él y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parecia dejarse llevar, pero con bruscas reservas, en las que palpitaba una aversion personal y muda.

— ¡Chist! Diez y siete — dijo vivamente á su compañero, advirtiéndole con esta exclamacion convenida de la aproximacion de Mouret y Bourdoncle.

Éstos continuaban su revista atravesando la rotonda. Se detuvieron pidiendo explicaciones á Robineau acerca de un *stock* de terciopelos, cuyos cartones apilados obstruian un mostrador, y como aquél dijere que faltaba sitio:

— Ya os lo dije, Bourdoncle — dijo Mouret sonriendo. — El almacen es pequeño. Cualquier dia habrá que tirar las paredes hasta la calle Choiseul..... Ya veréis los apuros el próximo lúnes.

Y á propósito de aquella gran venta que se preparaba, interrogó á Robineau y le dió órdenes. Sin dejar de hablar seguia con la mirada el trabajo de Hutin, que seguia colocando sedas azules junto á sedas grises y amarillas, echándose atrás para juzgar de la armonía de los tonos. Mouret intervino bruscamente.

—¿Pero porqué cuidais tanto la vista?—dijo.—No tengais miedo, y dejad ciego al público si es preciso. ¡Así: rojo, verde, amarillo!

Tomó las piezas y las manejó y arrugó colocándolas en arco iris brillante. Todos convinieron en que el principal era el primero para colocar el género en París, un revolucionario que habia fundado la escuela de lo brutal y gigantesco en la ciencia de disponer la mercancía. Preferia que las telas se presentasen como caidas de cajas rotas, y cuyos colores se encendiesen los unos en los otros. Al salir del almacen, decia, deben dolerles los ojos á los compradores. Hutin, que era al revés, de la escuela de la simetría, buscada en los matices, le miraba propagar aquel incendio sobre un mostrador sin permitirse la menor observacion, pero con los labios plegados por una mueca de artista á quien semejante procedimiento no agradaba.

— Ahí está — dijo Mouret acabando. — Esperemos y veréis el lúnes si atrae á las mujeres ó no.

Justamente al reunirse á Bourdoncle y Robineau se detuvo un momento, admirada ante el escaparate, una mujer. Era Dionisia. Despues de dudar una hora en la calle, se habia decidido á entrar. Estaba emocionada hasta el punto de no comprender las explicaciones más claras. Los dependientes, á quienes preguntó balbuceando por la señora Aurelia, le indicaron la escalera del entresuelo, y ella torcia á la izquierda cuando la habian dicho que á la derecha. Recorria el piso bajo de seccion en seccion entre la curiosidad malévola de los empleados. Sentia al mismo tiempo deseos de desahogarse llorando y ganas de admirarlo todo. Se sentia perdida en el monstruo cuya máquina descansaba aún, temblando de ser cogida entre sus engranajes cuando funcionase. La imágen de la tienda oscura y estrecha de *El Viejo Elbœuf* la hacia parecer mayor el vasto almacen, como si fuese una ciudad con sus monumentos, sus plazas y sus calles, entre las que parecia imposible que encontrára su camino.

Áun no se habia atrevido á arriesgarse en medio de la seccion de sederías, cuyo techo acristalado, mostradores lujosos y aspecto de iglesia la imponian respeto. Cuando entró al fin, para escapar á las risas de los dependientes de la ropa blanca, se vió frente á frente del escaparate de Mouret, y á pesar de su azoramiento se despertó en ella la mujer al ver el deslumbrante flamear de las sederías.

— Mira — dijo Hutin al oido de Favier — la grulla de la plaza Caillou.

Mouret, afectando escuchar á Bourdoncle y Robineau, estaba en el fondo halagado por la admiracion de aquella modesta jóven, como una marquesa que se conmueve ante el deseo brutal de un carretero que pasa. Dionisia levantó los ojos y se turbó más aún cuando reconoció al jóven que tomaba por jefe de seccion. Creyó que la miraba severamente. No sabiendo por dónde alejarse, se dirigió al primero que vió, á Favier, que estaba cerca de ella.

—¿La señora Aurelia?.....

Favier respondió secamente:

— Primer piso.

Dionisia tenia prisa por sustraerse á las miradas de tanto hombre, y volvia de nuevo la espalda á la escalera, cuando Hutin cedió á su instinto galante. Él, que la habia tratado de grulla, la detuvo con el aire más amable del mundo.

— Por aquí, señorita, si teneis la bondad.....

Dió algunos pasos delante de ella y la condujo al pié de la escalera que estaba á la derecha de la rotonda, bajo la galería. Ya allí, la hizo una inclinacion, sonriéndola como sonreia á todas las mujeres.

— Torced á la izquierda, arriba. Las confecciones están enfrente.

Esta cortesía cariñosa conmovió profundamente á Dionisia. Era como un socorro fraternal que la llegaba.

Levantó los ojos y contempló á Hutin; todo la agradó en él: su rostro, sus miradas, su voz de consoladora dulzura. Hinchóse de agradecimiento su corazon, y contestó con algunas palabras amistosas é incoherentes:

—Sois muy bueno..... no os molesteis..... gracias mil, caballero.

Hutin se reunió á Favier, al que dijo en voz baja:

—¡Qué sosa! ¿he?

Ya arriba, se encontró la jóven en plena seccion de confecciones. Era una vastísima pieza rodeada de armarios altos de pino tallado; sus cristales, de una pieza, daban á la calle de la Michodière. Cinco ó seis mujeres con trajes de seda, coquetamente arreglados los flequillos del cabello, trabajaban charlando. Una de ellas, alta y esbelta, con la cabeza levantada y aire de caballo desbocado, estaba recostada en un armario, como rendida de cansancio.

—¿La señora Aurelia?—preguntó Dionisia.

La oficiala la miró sin responder, como desdeñándola por su modesto aspecto. Luégo se dirigió á una de sus camaradas, una paliducha de aspecto inocente y aburrido, preguntándola:

—Señorita Margarita, ¿sabeis dónde está la señora Aurelia?

La interpelada, que se ocupaba en arreglar género, no se dignó levantar la vista.

—No sé dónde está, señorita Clara—dijo apénas con el extremo de los labios.

Reinó el silencio. Dionisia estaba inmóvil, sin que nadie se ocupase de ella. Esperó un instante y luégo se arriesgó á hacer una nueva pregunta:

—¿Creeis que tardará la señora Aurelia?

La segunda de la seccion, mujer delgada y fea, que Dionisia no habia visto, con pronunciadas mandíbulas y cabello duro, la dijo desde un armario en donde revisaba etiquetas:

—¿Es á la misma señora Aurelia á quien deseais ver?

Y preguntando á Margarita, añadió:

—¿No está en los sótanos?

—No, señora Federica—contestó la interpelada.—No dijo nada, de modo que no puede estar léjos.

Dionisia siguió sin sentarse, á pesar de que habia allí sillas para los compradores; pero como nada la decian, permaneció en pié, no obstante que las piernas se negaban á sostenerla. Evidentemente habian adivinado aquellas señoritas que era pretendiente á oficiala, y la examinaban y desnudaban de reojo, sin benevolencia, con la sorda hostilidad de quien estando sentado á la mesa se niega á hacer sitio á un recien venido. Su turbacion crecia, y atravesando la pieza lentamente se puso á mirar á la calle para disimularla. Enfrente vió *El Viejo Elbœuf*, con su fachada grieteada y sus escaparates lóbregos, y la pareció tan horrible visto desde el punto de lujo y de vida en que lo veia, que sintió casi remordimientos.

—¿Habeis visto sus botinas?—cuchicheó detras de ella Clara dirigiéndose á Margarita.

—¿Y el vestidito, hija?.....

Sin quitar ojo de la calle se sentia devorada Dionisia. No sintió cólera por ello; tampoco ella encontró hermosa á ninguna de las dos, lo mismo á la alta, Margarita, con su moño de rojo cabello sobre su cogote de caballo, que la pequeña, Clara, con su cútis de leche ágria que matizaba su rostro liso y como sin huesos. Clara Prunaire, hija de un almadreñero de Viret, echada á perder por los mayordomos del castillo de Mareuil cuando la Condesa la tomó á su servicio, fué luégo á un almacen de Langres; y se vengaba al presente en Paris con los hombres, de los puntapiés con que el viejo Prunaire la molia los riñones. Margarita Vachon nació en Grenoble, en donde su familia tenía tienda de telas, y fué enviada á *La Dicha de las Damas* para cubrir un desliz, un niño hecho por casualidad. Se portaba bien y debia volver á Grenoble á dirigir la tienda de sus padres y á casarse con un primo que la esperaba.

—Me parece—dijo Clara—que ésta no pesará mucho aquí.

Se callaron al ver entrar á una mujer de unos cuarenta y cinco años. Era la señora Aurelia, mujer robusta, sofocada dentro de su traje de seda negra; su corpiño, tirante por el exceso macizo de carnes de la espalda, brillaba como una armadura. Tenía dos ojos grandes é inmóviles bajo pestañas negras, boca severa, mejillas anchas y un tanto caidas, y en su aspecto majestuoso de primera de la seccion tomaba su rostro la hinchazon de una mascarilla del César.

—Señorita Margarita—dijo con irritado tono—¿por qué no habeis enviado ayer al taller el modelo del abrigo?

—Habia que hacer un retoque, señora—contestó la oficiala.—La señora Federica lo guardó.

La aludida sacó de un armario el modelo y siguió la explicacion. Todo cedia ante la señora Aurelia cuando debia defender su autoridad. Vanidosa hasta el punto de no quererse llamar por su nombre de Lhomme, que no la gustaba, y de renegar de la casa de su padre, del que hablaba como de un cortador de sastreria, no era buena más que para las que caian aduladoramente en adoracion ante su persona. En otro tiempo, en el taller de confeccion que quiso montar por su cuenta, se habia agriado, traqueteada por la mala suerte, exasperada al sentirse abandonada por la fortuna, y ahora, á pesar de su éxito en *La Dicha de las Damas*, en donde ganaba doce mil francos al año, parecia guardar ojeriza al mundo, mostrándose dura con las que empezaban, tal como se habia mostrado la vida para ella.

—¡Basta de palabras! — dijo al fin secamente. — No sois más razonable que las demas, señora Federica..... Que se haga en seguida ese retoque.

Durante esta explicacion habia dejado Dionisia de mirar á la calle. No le cabia duda de que aquélla era la señora Aurelia; pero, asustada por sus voces, se quedó inmóvil esperando. Las dos oficialas habian vuelto á su quehacer, satisfechas por haber enzarzado á las dos jefes. Pasaron algunos minutos sin que nadie sacase á la jóven de su penosa situacion. Por fin se apercibió la señora Aurelia de que estaba allí, y al verla inmóvil la preguntó qué deseaba.

—¿La señora Aurelia?

—Soy yo.

Dionisia tenía la boca seca y las manos frias, acobardada como un niño que tiembla ante el castigo. Balbuceó su peticion, que casi no se entendia. La señora Aurelia la miraba fijamente, sin que un solo pliegue de su máscara de emperador se moviese.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte años, señora.

—¡Veinte años! ¡Si apénas representais dieciseis!

Las oficialas levantaron la cabeza para escuchar el interrogatorio con aire de piedad desdeñosa. Dionisia se apresuró á añadir:

—Es que soy fuerte.

La señora Aurelia encogió sus amplios hombros y añadió friamente:

—Bien quisiera apuntaros, porque lo hacemos con todo el que se presenta..... Señorita Margarita, dadme el registro.

No se encontró al pronto: debia tenerlo sin duda el inspector Jouve. Miéntras Margarita fué por él, se presentó Mouret, siempre seguido de Bourdoncle. Acababan dando vuelta por las secciones del entresuelo. Habian revistado los encajes, los chales, las pieles, los mueblajes, la lencería, y acababan por las confecciones. La señora Aurelia se separó y habló con ellos acerca de un pedido de gabanes que pensaba hacer; por lo general ella compraba directamente y bajo su responsabilidad; pero para las compras de importancia consultaba á la Direccion. Bourdoncle le contó en seguida la nueva distraccion de su hijo Alberto, que pareció irritarla; aquel chico la mataria. Al ménos el padre no era fuerte, pero observaba buena conducta. Toda la dinastía de los Lhomme, de que era ella jefe indiscutible, la daba mucho que hacer.

Mouret se sorprendió de volver á hallar á Dionisia, y se inclinó para preguntar á la señora Aurelia qué hacía allí la jóven, y cuando la primera dijo que se presentaba como oficiala, se escandalizó Bourdoncle.

—Eso será broma —dijo. —Es muy fea.

—No tiene mucho de bonita —repuso Mouret sin atreverse á defenderla, pero acordándose del éxtasis de la juventud ante su escaparate.

Llegó el registro, y la señora Aurelia volvió junto á Dionisia. Ésta no gustaba decididamente. Estaba bien con su modesto vestido de lana negra, y aunque éste era nimio detalle, porque la casa proveia de traje de seda negro, parecia tener el rostro triste. Sin exigir que fuesen bonitas, se las queria agradables para la venta, y bajo las miradas de aquellos señores que la estudiaban y reconocian como borrico comprado en feria, acabó Dionisia de perder el aplomo.

—¿Vuestro nombre?—preguntó la primera.

—Dionisia Baudu.

—¿Edad?

—Veinte años y cuatro meses.

Y repitió, atreviéndose á levantar la vista hasta Mouret, el pretendido jefe de seccion, que encontraba siempre, y cuya presencia la turbaba:

—No tengo aire de ello, pero soy fuerte.

Todos sonrieron, miéntras Bourdoncle se miraba las uñas impaciente. La frase cayó en medio de un silencio embarazoso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿En qué casa habeis estado en París?—volvió á preguntar a primera.

— Acabo de llegar de Valognes.

Este fué un nuevo desastre. *La Dicha de las Damas* exigia ordinariamente que sus oficialas tuviesen práctica de un año en cualquiera casa de París. Dionisia lo creyó perdido todo, y sin los niños, sin el deber que tenia de trabajar para ellos, se hubiera ido, poniendo fin á aquel inútil interrogatorio.

—¿Dónde estuvisteis en Valognes?

—En casa de Cornaille.

—Le conozco; buena casa—dijo Mouret.

Nunca acostumbraba á intervenir en aquel enganche de empleados; las jefes de seccion eran responsables de su personal.

Pero con su delicado sentimiento de la mujer, adivinaba en la jóven oculto encanto, cierto dón de gracia y ternura que ella misma ignoraba. El buen nombre de la casa en que habia servido era de gran peso y decidia de la admision. La señora Aurelia continuó con voz más dulce:

—¿Y por qué salisteis de casa de Cornaille?

—Por razones de familia—respondió Dionisia brevemente, poniéndose colorada.—Hemos perdido á nuestros padres, y he tenido que seguir á mis hermanos. Hé aquí un certificado.

Era éste excelente, y comenzaba á tener esperanza, cuando la desconcertó una última pregunta.

—¿Teneis otras referencias en París? ¿Dónde vivis?

—En casa de mi tio—murmuró, dudando en nombrarle por temor de que no aceptasen á la sobrina de un competidor.—En casa de mi tio Baudu... ahí enfrente.

Mouret no pudo contenerse, é intervino por segunda vez.

—¡Cómo! ¿Sois sobrina de Baudu? ¿os envia él?

—¡Oh, no, señor!

Dionisia se sonrió: tan singular le pareció la idea. Se transfiguró. Estaba sonrosada, y su sonrisa, en su boca un poco grande, era como una luz que iluminaba el rostro. Sus ojos grises se encendieron con ternura, sus mejillas marcaron dos encantadores hoyitos, y hasta sus cabellos parecieron alegrarse en aquel despertar de todo su sér.

—¡Pues no es fea!—dijo bajo Mouret á Bourdoncle.

El socio no convino en ello. La señorita Clara se mordió los labios, miéntras que Margarita volvia la espalda. Unicamente la señora Aurelia pareció ablandarse y aprobó lo que decia Mouret.

—No sé por qué no os ha traido vuestro tio, cuando su recomendacion bastaba. Se dice que nos estorba, pero somos más fuertes de espíritu. Si él no ha podido daros plaza en su casa, le probarémos que apénas llegasteis la obtuvisteis en la nuestra. Decidle que sigo queriéndole, y que no me culpe á mí, sino á las nuevas condiciones del negocio, y que acabará por hundirse si persiste en sus manías antiguas.

Dionisia se puso pálida. Aquel era Mouret; nadie le habia nombrado, pero se nombraba él mismo. Ella lo adivinaba, y se explicaba por qué aquel hombre la habia impresionado en la calle, en la seccion de las sederías y la impresionaba entónces. Esta emocion, en la que no podia leer, pesaba grandemente sobre su corazon. Todas las historias contadas por su tio volvian á su memoria, agigantando á Mouret y rodeándole de una leyenda, haciendo de él el dueño de la terrible máquina cuyos engranajes la habian apresado desde por la mañana. Detrás de su airosa cabeza y su barba cuidada, veia la mujer muerta, aquella señora Hédouin, cuya sangre habia enrojecido las piedras del cimiento. Entónces sintió el mismo frio de la víspera, y creyó sencillamente que tenía miedo á Mouret.

La señora Aurelia cerró el registro. Necesitaba una sola oficiala y tenía diez pedidos; pero deseaba demasiado agradar al principal para dudar. La peticion de Dionisia seguiria su curso: el inspector Jouve se informaria, daria cuenta, y entónces decidiria la primera de la seccion.

—Está bien, señorita—dijo majestuosamente para reservar su autoridad;—se os avisará.

La turbacion detuvo aún un momento á Dionisia. No sabía de qué modo salir entre toda aquella gente. Por fin dió las gracias á la señora Aurelia, y al pasar junto á Mouret y Bourdoncle, saludó. Éstos no se ocupaban ya de ella, y sí de examinar el modelo de abrigo con la señora Federica, y apénas le devolvieron la cortesía. La señorita Clara hizo una mueca despreciativa mirando á Margarita, como profetizando mal recibimiento en la seccion á la debutante. Sin duda Dionisia sintió tras de sí aquella indiferencia y mala voluntad, porque bajó la escalera tan turbada como la habia subido, presa de singular angustia y preguntándose si debia ó no alegrarse de haber entrado. De todas sus impresiones dos subsistian y como que borraban á las otras: la sensacion profun-

da que la habia hecho Mouret, y la amabilidad de Hutin, único goce de aquella mañana, recuerdo encantador que la llenaba de agradecimiento. Cuando atravesó el almacen, le buscó con la vista para darle gracias, y se entristeció al no verle.

—¿Qué tal, señorita, hay buenas noticias?—la preguntó una voz conmovida cuando llegó á la calle.

Se volvió y vió al jóven pálido y desmadejado que la habia dirigido la palabra aquella mañana. Tambien él salia de *La Dicha de las Damas*, y parecia más turbado que ella por el interrogatorio que acababa de sufrir.

—¡Dios mio! ¡si no sé nada!—respondióle ella.

—Como yo, entónces. ¡Tienen un modo de hablar y mirar ahí dentro! He venido para la seccion de encajes, y salgo de casa de Crevecœur, calle Mail.

Estaban otra vez uno frente al otro, y no sabiendo cómo despedirse, se pusieron encarnados. Luégo, para decir algo que saliese del exceso de su timidez, preguntó el jóven:

—¿Cómo os llamais, señorita?

—Dionisia Baudu.

—Bueno; pues yo me llamo Enrique Deloche.

Entónces sonrieron, y cediendo á la fraternidad de sus situaciones se tendieron las manos.

—¡Buena suerte!

—¡Sí, buena suerte!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Los sábados, de cuatro á seis, ofrecia la señora Desforges una taza de té y pastas á los amigos íntimos que iban á verla. La habitacion estaba en la confluencia de las calles de Rívoli y Argel, y los salones tenian luces al Jardin de las Tullerías.

Aquel sábado, cuando el criado iba á introducirle en el gran salon, apercibió Mouret en la antesala, por una puerta abierta, á la señora Desforges, que atravesaba el saloncito. Se detuvo al verla y entró para saludarla con aire ceremonioso; pero cuando el criado cerró la puerta, tomó vivamente la mano de la jóven, que besó con ternura.

—¡Ten cuidado, hay gente allí!—le dijo ella en voz baja, señalando á la puerta del salon.—He venido á buscar un abanico para enseñarlo.

Y con el extremo del tal abanico le dió alegremente á Mouret un golpecito en el rostro. Era una mujer morena, un poco gruesa, con dos hermosos ojos. Mouret la retuvo la mano y la preguntó:

—¿Vendrá?

—Sin duda—respondió ella;—me lo ha prometido.

Se referian al baron Decker, director del *Crédito Inmueble*. La señora Desforges, hija de un consejero de Estado, era viuda de un negociante de Bolsa, que la habia dejado una fortuna, conocida por unos y exagerada por otros. Viviendo aún su esposo (decíase) se mostró agradecida al baron Decker, cuyos consejos financieros refluian en provecho de la casa, y muerto el marido debieron continuar las relaciones, pero siempre discreta y prudentemente. La señora Desforges no bullia, y se la recibia en la alta burguesía en que habia nacido. Áun al presente, en que la pasion del banquero, hombre escéptico, era casi paternal, se permitia tener amantes, que él la toleraba; pero ella hacia esto con tacto y me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da que la habia hecho Mouret, y la amabilidad de Hutin, único goce de aquella mañana, recuerdo encantador que la llenaba de agradecimiento. Cuando atravesó el almacen, le buscó con la vista para darle gracias, y se entristeció al no verle.

—¿Qué tal, señorita, hay buenas noticias?—la preguntó una voz conmovida cuando llegó á la calle.

Se volvió y vió al jóven pálido y desmadejado que la habia dirigido la palabra aquella mañana. Tambien él salia de *La Dicha de las Damas*, y parecia más turbado que ella por el interrogatorio que acababa de sufrir.

—¡Dios mio! ¡si no sé nada!—respondióle ella.

—Como yo, entónces. ¡Tienen un modo de hablar y mirar ahí dentro! He venido para la seccion de encajes, y salgo de casa de Crevecœur, calle Mail.

Estaban otra vez uno frente al otro, y no sabiendo cómo despedirse, se pusieron encarnados. Luégo, para decir algo que saliese del exceso de su timidez, preguntó el jóven:

—¿Cómo os llamais, señorita?

—Dionisia Baudu.

—Bueno; pues yo me llamo Enrique Deloche.

Entónces sonrieron, y cediendo á la fraternidad de sus situaciones se tendieron las manos.

—¡Buena suerte!

—¡Sí, buena suerte!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Los sábados, de cuatro á seis, ofrecia la señora Desforges una taza de té y pastas á los amigos íntimos que iban á verla. La habitacion estaba en la confluencia de las calles de Rívoli y Argel, y los salones tenian luces al Jardin de las Tullerías.

Aquel sábado, cuando el criado iba á introducirle en el gran salon, apercibió Mouret en la antesala, por una puerta abierta, á la señora Desforges, que atravesaba el saloncito. Se detuvo al verla y entró para saludarla con aire ceremonioso; pero cuando el criado cerró la puerta, tomó vivamente la mano de la jóven, que besó con ternura.

—¡Ten cuidado, hay gente allí!—le dijo ella en voz baja, señalando á la puerta del salon.—He venido á buscar un abanico para enseñarlo.

Y con el extremo del tal abanico le dió alegremente á Mouret un golpecito en el rostro. Era una mujer morena, un poco gruesa, con dos hermosos ojos. Mouret la retuvo la mano y la preguntó:

—¿Vendrá?

—Sin duda—respondió ella;—me lo ha prometido.

Se referian al baron Decker, director del *Crédito Inmueble*. La señora Desforges, hija de un consejero de Estado, era viuda de un negociante de Bolsa, que la habia dejado una fortuna, conocida por unos y exagerada por otros. Viviendo aún su esposo (decíase) se mostró agradecida al baron Decker, cuyos consejos financieros refluian en provecho de la casa, y muerto el marido debieron continuar las relaciones, pero siempre discreta y prudentemente. La señora Desforges no bullia, y se la recibia en la alta burguesía en que habia nacido. Áun al presente, en que la pasion del banquero, hombre escéptico, era casi paternal, se permitia tener amantes, que él la toleraba; pero ella hacia esto con tacto y me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sura tan delicados, con una ciencia del mundo tan rectamente aplicada, que salvaba todas las apariencias, y nadie se hubiera permitido dudar alto de su buen nombre. Encontró á Mouret en casa de unas amigas de ambos, y le detestó al principio. Luégo se entregó como vencida por el brusco amor con que se la atacaba, y maniobrando al principio con astucia para conservar al Baron, se sintió poseida luégo de ternura verdadera y profunda. Le adoraba con la violencia de una mujer de treinta y cinco años que sólo confiesa veintinueve, desesperada al verle más jóven que ella y temiendo perderle.

—¿Lo sabe todo? — volvió á preguntar Mouret.

— No; mas le explicaréis el negocio — contestó ella, cesando de tutearle.

Ella le miraba pensando que nada sabia cuando así la utilizaba para con el Baron, creyéndole simplemente antiguo amigo suyo. Él tenia la mano de ella entre las suyas, la llamaba su buena Enriqueta, y ésta sintió naufragar su corazon. Apoyó silenciosamente sus labios en los de él y le dijo en voz baja:

—¡Chist! me esperan. Entra detras de mí.

Se oian voces en el salon, apagadas por los cortinajes. Abrió la puerta, que dejó sin cerrar, y entregó el abanico á una de las cuatro señoras que habia sentadas en el centro de la pieza.

— Ahí está — dijo. — La doncella no lo hubiera hallado jamas.

Y añadió, volviéndose alegremente:

— Entrad, señor Mouret. Pasad por el saloncillo y será ménos solemne vuestra aparicion.

Mouret saludó á aquellas señoras, á quienes conocia. El salon, con su mueblaje Luis XVI, de brocatel rameado, con bronces dorados, con cierta intimidad mujeril á pesar de la altura del techo, dejaba ver por las dos ventanas los castaños de las Tullerías, cuyas hojas barria el viento.

— No es feo este *chantilly* — dijo la señora Bourdelais, que tenía el abanico.

Era una rubita de treinta años, fina nariz y ojos vivos, amiga de colegio de Enriqueta, y se habia casado con un subjefe del Ministerio de Hacienda. Era de antigua familia burguesa y manejaba su casa y sus tres hijos con actividad, gracia y sentido práctico de la vida.

—¿Has pagado el retazo á veinticinco francos?— Siguió diciendo, mirando el encaje malla por malla.—¿Dices que en seis á una obrera del país? No, no es caro; pero has tenido que montarlo.

— Claro — repuso la señora Desforges. — La montura me costó doscientos francos.

La señora Bourdelais se rió. ¡Enriqueta llamaba ganga á aquello! ¡Doscientos francos por una montura sencilla de marfil con cifra, y por un trozo de *chantilly* que la habia hecho ahorrar cien sueldos! Habia por ciento veinte francos abanicos iguales y montados ya, en una casa de la calle Poissonnière, que citó.

El abanico corrió de mano en mano. La señora Guibal apénas lo miró. Era una mujer alta y delgada, de pelo rojo, de rostro indiferente, en el que dos ojos grises tenian reflejos egoistas. Nunca se la veia con su marido, un abogado conocidísimo, que, segun decian, hacia por su parte una vida completamente suya.

—¡Oh! — dijo la de Guibal, dando el abanico á la señora de Boves. — No he comprado dos en toda mi vida, porque tiene una tantos de regalo.....

La Condesa contestó con ironía:

—¡Qué feliz sois, querida, en tener un marido tan galante!

É inclinándose sobre su hija, muchacha de veinte años y medio, la dijo:

— Mira qué bonito trabajo el de la cifra, Blanca. La cifra ha debido hacer subir la montura.

La de Boves habia pasado de los cuarenta. Era una soberbia mujer, de aspecto de diosa, con un rostro regular y ojos soñadores. Su marido, inspector de remontas, se casó con ella por su hermosura. Parecia encantada de la finura de la cifra, como si un deseo hiciese palidecer su mirada.

— Señor Mouret — dijo de pronto — decidnos vuestro parecer. ¿Es cara la montura en doscientos francos?

Mouret estaba de pié y sonriente en medio de las cinco mujeres, interesándose con lo que las preocupaba. Tomó el abanico, lo examinó, é iba á hablar cuando el criado dijo desde la puerta:

— La señora Marty.

Entró una mujer delgada, fea y compuesta con complicada elegancia. No tenía edad: sus treinta y cinco años podian ser cuarenta ó treinta, segun la fiebre nerviosa que la animase. Un saquito de cuero rojo pendia de su mano derecha.

— Dispensadme, querida Enriqueta — dijo — con este saquito..... Al venir á veros entré en *La Dicha*, y como áun hago locuras, no he querido dejarlo en el coche por miedo á que me lo roben.

Apercibió á Mouret y le dijo riendo:

—¡Ah, caballero! No lo decia por haceros propaganda, porque ignoraba que estuvieseis ahí... Teneis ahora encajes magníficos.

Esto separó su atencion de el abanico, que el jóven dejó sobre el velador. Las señoras se morian por saber qué habia comprado la señora Marty. Era conocida por su prurito por gastar, su debilidad ante la tentacion y su estricta honradez, incapaz de ceder ante un amante, pero inerme delante de cualquier trapo. Hija de un empleadillo, arruinaba al presente á su esposo, profesor de quinto año en el Liceo Bonaparte, quien tenía que correr la ceca y la meca hasta doblar su sueldo de seis mil francos para sufragar el presupuesto, siempre creciente, de su casa. Pero no abria su saquito, y se puso á hablar de su hija Valentina, niña de catorce años, una de sus más queridas coqueterías y á la que surtia como ella con las últimas novedades, cuya tentacion no sabía resistir.

—Ya sabeis—dijo—que este invierno se hacen á las jóvenes los vestidos con un pequeño encaje. Por eso, cuando he visto un precioso valenciennes.....

Se decidió al fin á abrir el saquito, y ya las señoras alargaban el cuello cuando se oyó el timbre de la antesala.

—Debe ser mi marido—dijo la de Marty con turbacion.—Tiene que venir por mí cuando salga del Liceo.

Cerró vivamente el saquito y lo ocultó en la butaca con un movimiento instintivo. Las damas se sonrieron y ella se avergonzó de su precipitacion; volvió á poner el saquito sobre las rodillas, diciendo que los hombres ni entendian ni debian saber nada de aquellas cosas.

—El señor de Boves y el señor de Vallagnosc—anunció el criado.

Aquello fué asombroso. La de Boves no contaba con su esposo. Éste, guapo mozo, con los bigotes á la imperial y el aire militar, que tanto gustaba en las Tullerías, besó la mano á la señora Desforges, á la que conoció de jóven en casa de su padre. Se apartó para que su compañero, hombre alto y anémico, pudiese á su vez saludar á la dueña de la casa. Pero apénas se reanudó la conversacion cuando se oyeron dos exclamaciones:

—¡Cómo! ¿Eres tú, Pablo?

—¡Toma! ¡Es Octavio!

Mouret y Vallagnosc se tendieron las manos, miéntras la señora Desforges se sorprendia. ¡Cómo! ¿Se conocian? Sí; habian crecido juntos en el colegio de Plassans, y lo raro era que no se hubiesen encontrado ántes allí.

Hablando y sin soltarse de las manos pasaron al saloncito cuando llegaba el criado con el té y servicio de china sobre bandeja de plata, que colocó junto á la de Desforges, sobre un velador de mármol con filete de cobre. Se acercaron las señoras, hablando alto con frases interminables que se cruzaban, miéntras el señor de Boves, inclinándose á ratos, decia alguna palabra con su galantería de buen funcionario. Aquella pieza, tan alegre de mobiliario, se alegraba áun más con aquella conversacion mezclada de risas.

—¡Ah, este viejo Pablo!—repetia Mouret.

Se sentó cerca de Vallagnosc, sobre un canapé, solos en el fondo del saloncito, coquetamente tapizado de seda boton de oro, léjos de oidos importunos y sin ver á las señoras, á quienes oian por la abierta puerta. Hablaron mirándose á los ojos y dándose palmaditas sobre las rodillas. Toda su juventud despertaba: el viejo colegio de Plassans con sus dos corredores, sus húmedos pasillos, el refectorio en que tanto bacalao se comia y el dormitorio en donde volaban las almohadas de cama á cama en cuanto se dormia el celador. Era Pablo de antigua familia, nobleza arruinada; siempre el primero en clase, y puesto por el profesor como ejemplo, prediciéndole gran porvenir. Octavio, al contrario, siempre el último en clase, hecho un holgazan y arrojándose fuera á placeres violentos. Á pesar de la diferencia de caractéres, les unió estrecho compañerismo, haciéndoles inseparables hasta tomar el bachillerato, el uno gloriosamente, el otro á duras penas, despues de dos pruebas inútiles. Luégo les separó el girar de la vida, y volvian á hallarse al cabo de diez años, más viejos.

—¿Qué eres ahora?—preguntó Mouret.

—Pues..... nada.

Vallagnosc tenía, á pesar del encuentro, el aire aburrido, y como Mouret, algo asombrado, insistiese:

—Pero, en fin, tu harás algo.....

—Nada—respondió.

Octavio se rió. Nada no era mucho. Frase á frase acabó por saber la historia de Pablo, historia comun á todos los jóvenes sin fortuna, que creen deber á su orígen el dedicarse á las profesiones liberales, y que bajan al fondo de una vanidosa medianía,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creyéndose dichosos cuando no se mueren de hambre con los cajones de la mesa llenos de diplomas. Él habia hecho esto por tradicion de familia; luégo quedó con el cargo de su madre viuda, que no sabía cómo colocar á sus dos hijas. Se avergonzó al fin de ser gravoso, y dejando á las tres mujeres que viviesen con los restos de la fortuna, habia venido á ocupar un destino modesto en el Ministerio del Interior, donde se habia incrustado como un molusco en su concha.

—¿Cuánto ganas?—preguntó Mouret.

—Tres mil francos.

—¡Pero eso es una lástima, amigo querido, y me apena por tí! ¡Cómo! ¡un chico tan fuerte, que nos cacheteaba á todos! ¿Y no te dan más que 3.000 francos despues de tenerte embrutecido cinco años? Eso no es justo. ¿Sabes lo que soy yo?—añadió.

—Sí—dijo Vallagnosc—me han dicho que estás en el comercio. ¿No es tuya esa gran casa de la plaza Caillou?

—Sí, justamente.

Mouret levantó la cabeza y le dió á su amigo golpecitos en las rodillas, repitiendo con la alegría del que no se avergüenza por el oficio que le enriquece.

—¿Te acuerdas de que era un haragan, aunque jamas me creí más inepto que cualquiera de aquéllos? Cuando me hice bachiller por contentar á mi familia, pude muy bien llegar á ser médico ó abogado como otros; pero esos oficios me daban miedo. Entonces arrojé al viento la piel de asno, y te aseguro que me he cascado bien la cabeza en los negocios.

Vallagnosc sonrió con embarazo y murmuró al fin:

—Tu título de bachiller te servirá de bien poco para despachar telas.

—Á fe mia—repuso Mouret jovialmente;—todo lo que pido es que no me estorbe. Ya sabes por tí que cuando se va con él entre los piés se adelanta poco, se va á paso de tortuga, miéntras los demas corren á toda máquina.

Notando luégo que su amigo parecia sufrir, le tomó las manos y continuó:

—Vamos á ver: no quiero disgustarte, pero confiesa que tus diplomas no han satisfecho ninguna de tus necesidades. Ten entendido que mi jefe de la seccion de sedería cobrará este año más de 12.000 francos; es muchacho de gran inteligencia, que se ha limitado á la ortografía y las cuatro reglas. Los dependientes ordinarios ganan en mi casa de 3 á 4.000 francos, más que tú, sin haber gastado, como tú, en instruirse, ni haberse lanzado al mundo con la promesa firmada para conquistarle. No todo es ganar dinero. Entre los pobres diablos hartos de ciencia que llenan las profesiones liberales sin tener qué comer, y los muchachos prácticos trabajados por la vida, que saben á fondo su oficio..... yo no dudo, á fe mia, por éstos contra aquéllos, y creo que entienden mejor su época.

Estaba elocuente. Su voz se habia templado é hizo volver la cabeza á Enriqueta, que servia el té. Cuando él la vió sonreir en el fondo del salon y apercibió á dos de las damas que escuchaban, repitió su primera frase.

—En fin, excelente amigo, en todo chicuelo que empieza hoy hay un gérmen de millonario.

Vallagnosc se estiró blandamente sobre el canapé. Tenía los ojos medio cerrados, en una postura de cansancio y desden, en la que un átomo de afectacion se mezclaba al decaimiento real de su raza.

—¡Bah!—murmuró—no merece tanto la vida.

Y como le mirase Mouret con profunda sorpresa, añadió:

—Todo llega y no llega nadie. Permanezcamos, por tanto, con los brazos cruzados.

Entónces mostró su pesimismo ante las dificultades y desengaños de la vida. Pensó por un momento en la literatura, y de su trato con los poetas le quedó hastío. Convino en la inutilidad de gastar fuerzas, en el fastidio de las horas, vacías por igual, en la necedad final de la vida. No creia en los placeres, como no fuera en el de hacer daño.

—Vamos á ver—dijo por fin—¿te diviertes tú?

Mouret estaba estupefacto.

—¡Que si me divierto!—exclamó.—¿Qué diantre cantas ahí? Me divierto, sin duda, y cuando siento que todo cruje, me enfurezco. Tengo pasiones y no tomo la vida tranquilamente: esto me interesa por ella.

Dió una ojeada hácia el salon y dijo, bajando la voz:

—He tenido mujeres que me han aborrecido, ciertamente. Pero cuando tengo una, la tengo, ¡qué diablo! Esto no se ve siempre; pero cuando sucede, tomo mi parte, te lo aseguro. Y no son las mujeres las primeras de quienes me burlo. El querer, el obrar, el crear, en fin. Tienes una idea, te sacrificas á ella, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hundes á martillazos en ajenos cerebros, la ves crecer y triunfar..... ¡Ah, sí, me divierto!

Todo el placer de la accion, toda la alegría de la existencia palpitaban en sus palabras. Repitió que era hijo de su tiempo. Era preciso estar mal conformado y tener el cerebro y los miembros inmóviles para no luchar cuando el siglo entero se arrojaba al porvenir. Despreció á los desesperados, á los hastiados, á los pesimistas, á todos esos enfermos de nuestras ciencias primerizas, que tomaban aires llorones de poetas ó aspectos de filósofos escépticos en el centro del inmenso laboratorio contemporáneo. ¡Bonito papel el de bostezar ante el trabajo de los demas!

—Ese es mi único goce—dijo Vallagnosc friamente.

El ardimiento de Mouret se apagó, y siguió afectuosamente:

—Este Pablo siempre el mismo, siempre paradógico. No nos hemos hallado para reñir. Felizmente cada uno tiene sus ideas. Pero te he de enseñar mi máquina en movimiento, y verás que no es cosa tan tonta. Dame noticias. ¿Están bien tu madre y tus hermanas? ¿No estuviste para casarte en Plassans hace seis meses?

Un movimiento brusco de Vallagnosc le detuvo, y como éste mirase inquieto al salon, hizo él lo mismo, y vió que la señora Boves no les quitaba ojo. La señorita Blanca, alta y bien formada, se parecia á su madre, pero con la cara ménos majestuosa y más llena. Ante una discreta pregunta, dijo Pablo que no habia nada aún y que tal vez nada habria nunca. Habia conocido á la jóven en casa de la señora Desforges, á donde acudia mucho el anterior invierno, pero poco en el presente, lo que explicaba que no hubiese encontrado á Octavio. Los de Boves le recibian y él gustaba sobre todo del padre, hombre amabilísimo, viejo vividor, que cobraba su retiro. No habia grandes recursos, dado que la señora de Boves no habia aportado más que su belleza de Juno, y la familia vivia mal con el escaso producto de una casa de labor hipotecada, á lo que se sumaban los 9.000 francos que cobraba el Conde como inspector general de remontas. Y aquellas dos señoras, madre é hija, se veian reducidas muchas veces á recomponerse sus vestidos.

—¿Entónces, por qué.....—preguntó sencillamente Mouret.

—Pues..... te lo diré—exclamó Vallagnosc con cansado movimiento de párpados.—Porque hay esperanzas: confiamos en la buena voluntad de una tia.

Mouret, que no quitaba ojo de la de Boves, sentada junto á la señora de Guibal, interesado y con la sonrisa equívoca de un hombre en campaña, se volvió á su amigo y guiñó los ojos con aire tan significativo, que este último añadió:

—No, nada de eso..... por ahora al ménos. Lo malo es que su servicio le llama á los cuatro extremos de Francia, á los depósitos de sementales, y que puede sacar mil pretextos para quitarse de en medio. El mes pasado, y miéntras su mujer le creia en Perpignan, vivia él en un hotel, en el fondo de un barrio extraviado, con una profesora de piano.

Hubo una pausa. El jóven, que vigilaba los galanteos del Conde con la señora de Guibal, siguió en voz baja:

—Á fe mia, casi tienes razon..... tanto más cuanto que la dama no es muy áspera á lo que cuentan. Se dice que cierto oficial..... Pero mirale; es cómico eso de magnetizarla con el rabo del ojo. ¡La vieja Francia, querido! Adoro á ese hombre, y bien puede decir que si me caso con su hija será por él.

Mouret se reia divertidísimo. Preguntó más á Vallagnosc, y cuando supo que la primera idea de aquel enlace partió de la señora Desforges, saboreó mejor la historia. Aquella buena Enriqueta se daba un goce de viuda casando á las gentes. Cuando habia provisto á las niñas rogaba á los papás que escogiesen amigas entre la sociedad de su casa; pero esto con las mejores formas y sin dar motivo de escándalo. Mouret, que la amaba como hombre activo y ocupado, hecho á poner en guarismos sus ternuras, sentia en aquel momento por ella verdadera amistad.

En aquel instante se presentó en la puerta del saloncito, seguida de un anciano de más de setenta años, al que no habian visto entrar los dos amigos. Las señoras levantaban la voz á ratos, acompañadas del tintinar de las cucharillas en las tazas de china, y de tiempo en tiempo, en medio de un corto silencio, el golpe de una taza vivamente dejada sobre el velador. Un brusco rayo de sol poniente, que apareció al borde de una nube, doró las copas de los castaños del jardin, y entró por las ventanas en polvo de oro, que encendió el brocatel y el bronce de los muebles.

—Por aquí, querido Baron—dijo la señora Desforges;—os presento al señor Octavio Mouret, que tiene deseo vivísimo de mostraros su admiracion.

Y volviéndose á Octavio, añadió:

—El señor baron Decker.

Los labios del viejo bocetaron una sonrisa. Era hombre pequeño y vigoroso, de cabeza alsaciana, cuyo cútis velado se iluminaba al menor pliegue de la boca ó al más pequeño fruncir de los párpados. Desde hácia quince dias resistia á los deseos de Enriqueta, que le pedia aquella entrevista, y no porque sintiese celos exagerados, resignado, como hombre de espíritu fuerte, á hacer su papel de padre, sino porque aquél era el tercer amigo que Enriqueta le presentaba, y temia á la larga el ridículo. Así, pues, al abordar á Octavio tuvo la sonrisa del protector rico, que quiere mostrarse amable, pero no hacer el bobo.

—Caballero — dijo Mouret con su entusiasmo proverbial — la última operacion de *El Crédito Inmueble* ha sido sorprendente. No sabeis el placer que tengo en estrecharos la mano.

—Sois muy amable, caballero, muy amable—repetia el Baron sonriendo.

Enriqueta les miraba con sus claros ojos y sin embarazo alguno. Estaba entre ambos con la cabeza alta y yendo de uno á otro. Con su traje de encajes, que dejaba ver sus delicadas muñecas y su cuello, tenia alegre aspecto al verles tan de acuerdo.

— Os dejo hablar, señores — dijo.

Luégo dijo á Pablo, que permanecia de pié:

—¿Quereis una taza de té, de Vallagnosc?

—Con mucho gusto, señora.

Ambos se fueron al salon.

Mouret ocupó su sitio en el canapé cuando lo hizo el Baron. En seguida atacó el asunto que le urgia. Habló de la nueva via, de la prolongacion de la calle Reaumur, en la que iba á crear una seccion bajo el nombre de calle del Dix-Decembre, entre la plaza de la Bolsa y la de la Ópera. La utilidad pública hacia diez y ocho meses se habia declarado, nombrado el jurado de expropiacion. Todo el barrio se apasionaba por aquella enorme apertura, interesándose por la fecha de empezar los trabajos y por las casas destinadas á la demolicion. Hacia tres años que él esperaba aquellos trabajos, primero por un movimiento más activo en los negocios, y luégo por ambiciones de engrandecimiento que no se atrevia á confesar: tales proporciones tomaba su sueño. Como la calle del Dix-Decembre debia cortar la calle Choiseul y de la Michodière, veia ya á *La Dicha de las Damas* invadir el solar rodeado por estas calles y la de Neuve-Saint-Augustin, imaginándosele ya con una fachada de palacio sobre la nueva via, dominador y dueño

de la ciudad conquistada. De aqui su vivo deseo de conocer al baron Decker cuando supo que *El Crédito Inmueble*, por un contrato con la Administracion, tomaba á su cargo el abrir la calle del Dix-Decembre, á cambio de obtener la propiedad de los solares resultantes.

—¿Entregaréis—decia, tratando de parecer sencillo—hecha la calle, con aceras, alcantarillado y alumbrado? ¿Bastarán los solares para indemnizaros? Es curioso eso, muy curioso.

Llegó, al fin, al punto delicado. Supo que *El Crédito Inmueble* compraba secretamente las casas en que se encontraba *La Dicha de las Damas*, no sólo las que habian de demolerse, sino tambien las que debian quedar en pié. Olfateaba en aquello el proyecto de algun futuro establecimiento, y se inquietaba por los ensanches con que soñaba, temblando ante la idea de chocar con una sociedad poderosa y propietaria de inmuebles que no ocultaria. Este temor le habia empujado á buscar un compromiso entre el Baron y él, el amable compromiso de una mujer tan poderosa entre los hombres de natural galante. Pudo haber visto al hacendista en su despacho para hablar del gran negocio que queria proponerle; pero se sentia más fuerte en casa de Enriqueta, sabiendo cuánto aproxima la posesion comun de una querida. Estando los dos en su casa, respirando su amado perfume; tenerla cerca para convencerles con una sonrisa, le pareció una certeza del éxito.

—¿No habeis comprado el antiguo hotel Duvillard, esa antigua construccion que está medianera conmigo?—preguntó al fin bruscamente.

El baron Decker dudó un poco y negó al fin. Pero Mouret se rió mirándole á la cara, y empezó á maniobrar como una buena persona que lleva el corazon en la mano.

—Señor Baron, puesto que he tenido el honor de conoceros, preciso será que me confiese con vos. No os pido vuestros secretos, pero os confiaré los mios, seguro de que están en buenas manos. Necesito, ademas, de vuestros consejos: hace tiempo que no me atrevia á ir á veros.

Se confesó efectivamente, contando cómo empezó, y sin ocultar la crisis qne atravesaba en medio de sus triunfos. Todo desfiló: los ensanches sucesivos, los beneficios puestos en el negocio, las sumas aportadas por sus empleados, el riesgo de la casa, á cada nueva gran venta en las que se jugaba el capital como á una carta. No pedia fondos porque tenía una fe fanática en su clientela. Su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ambicion era mayor: proponia al Baron una asociacion á la que *El Crédito Inmueble* aportaria el colosal palacio que él veia en sueños, miéntras que daria, por su parte, su genio y los fondos del comercio creado ya. Nada le parecia más fácilmente realizable.

—¿Qué haréis de vuestros solares é inmuebles?—preguntaba con insistencia.—Debeis tener, sin duda, una idea ú otra; pero estoy seguro de que vuestra idea no vale lo que la mia. Pensad en ello. Construimos sobre los solares una galeria de venta, demolemos los inmuebles, y abrimos los almacenes más vastos de Paris, un bazar que hará millones.

Y dejó escapar esta confesion de su pecho:

—¡Ah! ¡si yo pudiera pasarme sin vos! Pero lo teneis todo, y yo no tendria los necesarios anticipos. Vamos, es necesario que nos entendamos; lo contrario sería un asesinato.

—¡Cómo correis, querido!—respondió el Baron.—¡Qué imaginacion!

Movia la cabeza sonriendo, y decidido á no devolver confidencia por confidencia. El proyecto de *El Crédito Inmueble* era el de crear en la calle del Dix-Decembre una competencia al Gran Hotel, un establecimiento lujoso que llamase á los extranjeros por su posicion central. Por otra parte, como el hotel debia ocupar solamente parte de los solares, áun podia el Baron acoger la idea de Mouret sobre la superficie sobrante. Pero habia conocido á dos amigos de Enriqueta y aflojaba un poco en su papel de protector complaciente. Á pesar de ser apasionado por los jóvenes de genio y de valor, el golpe de audacia comercial de Mouret le admiraba más que le seducia. ¿No era una operacion fantástica é imprudente la de aquel gigantesco almacen? ¿No se arriesgaba á una bancarota cierta al extender fuera de medida el comercio de novedades? En fin, que rehusaba.

—La idea es seductora—decia;—pero es idea de poeta. ¿Dónde hay clientela para llenar semejante catedral?

Mouret le miró un instante en silencio, como asombrado de que no aceptase. ¿Era posible? ¡un hombre de tanto olfato que sentia el dinero á gran profundidad! Y de golpe, con elocuentísimo gesto, señaló á las señoras del salon, exclamando:

—¡Esa es la clientela!

Palidecia el sol, y el polvo de oro era un matiz rubio cuyo adios se desvanecia en los tonos de los cortinajes. Á la aproximacion

del crepúsculo invadia dulce intimidad el salon. Miéntras el señor de Boves y Pablo Vallagnosc hablaban ante una de las ventanas mirando á lo léjos el jardin, se habian aproximado las señoras, formando en el centro un círculo de faldas, del que salian risas, palabras breves, preguntas y respuestas vivas, toda la pasion de la mujer por el gasto y los trapos. Hablaban de *toilettes*, y la de Boves describió un vestido de baile:

—Primero una sobrefalda seda color malva y volantes de Alençon de treinta centímetros.....

—¡Es posible!—interrumpió la señora de Marty.—¡Hay mujeres felices!

El Baron, que habia seguido el gesto de Mouret, miró á las señoras por la abierta puerta. Las escuchaba con un oido, miéntras el jóven, ansioso por convencerle, le explicaba el mecanismo del nuevo comercio de novedades, basado en la renovacion contínua del capital, que pasaria en géneros sobre los mostradores el mayor número posible de veces al año. De este modo y en este año habia pasado su capital de quinientos mil francos cuatro veces, produciendo dos millones de negocio. Una miseria; pero que podria duplicarse, porque estaba seguro de hacer pasar el capital en ciertas secciones hasta quince ó veinte veces.

—Ya comprendeis, señor Baron: todo el mecanismo es éste. Es sencillo, pero he tenido que encontrarlo. No necesitamos gran movimiento de fondos. Nuestro esfuerzo debe dirigirse á deshacernos lo ántes posible de la mercancía comprada, reemplazándola por otra, lo que saca otros tantos de interes al capital. Así podemos contentarnos con un pequeño beneficio; como nuestros gastos generales se elevan á la enorme cifra de diez y seis por ciento, y sólo fijamos una ganancia de veinte por ciento, es realmente el beneficio de cuatro. Cuando se opere sobre considerables cantidades de mercancías..... ¿á qué seguir? No hay nada más claro.

El Baron volvió á mover la cabeza. Él, que habia acogido las combinaciones más atrevidas, y cuyas temeridades se citaban aún, sin contar los primeros ensayos de alumbrado por gas, estaba inquieto y no cedia.

—Entiendo—respondió.—Vendeis barato para vender mucho, y vendeis mucho para vender barato. Pero es preciso vender, y vuelvo á mi pregunta: ¿Á quién vendeis? ¿cómo manteneis tan colosal venta?

Una voz brusca, venida del salon, cortó las explicaciones de

Mouret. Era la de la señora de Guibal, que preferia los volantes Alençon al tableado.

—Pero, querida—decia la de Boves—el tableado va recubierto tambien; no he visto nada más rico.

—Me dais una idea—replicó la señora Desforges.—Tengo algunos trozos de Alençon: me falta para el adorno.....

Se apagaron las voces, no siendo más que un murmullo balbuciente. Se oian guarismos, las compras avivaban el deseo, y aquellas señoras adquirian encajes á manos llenas.

—¿Eh?—dijo Mouret en cuanto pudo hablar—se vende lo que se quiere cuando se sabe vender. Nuestro triunfo está ahí.

Entónces, con su meridional verbosidad y con frase ardiente, describió el nuevo comercio. Primero, la potencia duplicada de la reunion de artículos, las mercancías acumuladas en un punto, sosteniéndose entre sí. Nada de antiguo, siempre el artículo de estacion, y de mostrador en mostrador, la compradora se veia cogida, comprando aquí la tela, allá el hilo, en otra parte el abrigo, sin contar lo imprevisto, el capricho de lo inútil ó lo bonito. Ponderó en seguida el precio en cifras conocidas. La gran revolucion de las novedades empezó por esto. Si el pequeño comercio agonizaba era porque no podia sostener la lucha del bajo precio. Ahora tenía lugar la competencia á los ojos del público. Un paseo por los escaparates establece el precio: cada almacen baja, contentándose con un pequeño beneficio; nada de añagazas ni golpes afortunados de largo tiempo preparados, sobre una tela vendida en el doble de su precio. Operaciones corrientes, un tanto por ciento regular sobre todos los géneros, la suerte fiada al regular funcionar de una venta tanto más ámplia cuanto que se hace á la luz del sol... ¿no era una creacion admirable?

Revolucionaba el mercado y trasformaba á París, porque salia de la carne y la sangre de la mujer.

—Tengo la mujer; el resto es cosa mia—dijo con tono brutal arrancado por la pasion.

Á aquella exclamacion pareció vacilar el Baron. Su sonrisa fué ménos irónica y miró al jóven, seducido por su fe, sintiendo por él un principio de ternura.

—¡Chist!—murmuró paternalmente.—Os van á oir.

Las señoras hablaban á la vez, de tal modo excitadas que no se oian unas á otras.

La de Boves acababa la descripcion de su *toilette* de *soirée*: una

túnica seda malva drapeada y cogida con puntas de encaje; el cuerpo escotado, muy bajo y con puntas de encaje tambien en la espalda.

—Veréis—decia—me he hecho un cuerpo igual con saten.

—Yo—interrumpió la señora de Bourdelais—he querido más terciopelo..... ¡qué ganga!

—¿Á cómo la seda?—preguntó la de Marty.

Todas las voces sonaron juntas. La de Guibal, Enriqueta y hasta Blanca compraban, cortaban y arreglaban. Era un saqueo de telas, un pillaje de almacenes, un apetito de lujo que salia en *toilettes* soñadas, un goce tal por los trapos, entre los que vivian como el aire tibio necesario á su existencia.

Mouret miró al salon, y en breves frases, dichas al oido del Baron como una confidencia amorosa entre hombres, acabó de explicarle el mecanismo del gran comercio moderno. Entónces apareció la explotacion de la mujer. Todo la electriza: el capital renovado sin cesar, el conjunto de géneros diversos, la baratura que llama, el precio en cifras conocidas que tranquilizan. La mujer, que se disputaban en competencia los almacenes, que aturdian por sus escaparates y sus gangas. Habian despertado nuevos deseos en su carne, tentacion inmensa en que sucumbia empezando por compras de buena ama de casa y viéndose luégo devorada por la coquetería. Doblando la venta democratizaban el lujo, siendo un terrible agente de gasto, trabajando en complicidad con la manía de la moda. Si en la casa era reina adulada en sus debilidades y rodeada de cuidados, en el almacen era la reina enamorada que paga con una gota de sangre cada capricho. Bajo la gracia de su galantería dejaba Mouret ver la brutalidad del judío que vende una mujer: la elevaba un templo, la incensaba con una legion de dependientes, creando el rito de un nuevo culto, no pensando más que en ella, imaginando para ella las mayores seducciones, y cuando la mujer habia vaciado su bolsillo y cedido en sus nervios, sentia por ella el desprecio del hombre hácia la querida que acaba de entregarse á él.

—Tened á la mujer—dijo bajo y riendo atrevidamente—y venderéis el mundo.

El Baron comprendia ya. Algunas frases habian bastado: adivinaba el resto, y una explotacion tan galante le enardecia, removiendo su pasado de vividor. Guiñaba los ojos con aire de inteligencia, acabando por admirar al inventor de aquel mecanismo para devorar mujeres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era notable, sí; pero expuso la idea misma de Bourdoncle, idea que le sugirió su vieja experiencia:

—¿Y estais cierto de conquistarlas?

Mouret se encogió desdeñosamente de hombros. Le pertenecian, eran su propiedad, no siéndolo él de ninguna. Cuando hubiese sacado de ellas su fortuna y sus placeres, las arrojaria en monton á los que áun pudieran explotarlas. Era un desden razonado de meridional y de especulador.

—Bueno, querido Baron—dijo en conclusion, ¿quereis venir conmigo? ¿Os parece posible el negocio de los solares?

El Baron estaba medio conquistado, pero no queria comprometerse aún. Una duda quedaba en el fondo de la fascinacion que sentia, é iba á responder evasivamente, cuando un llamamiento apresurado de las señoras le evitó este trabajo. Las voces decian, entre ligeras risas:

—¡Señor Mouret, señor Mouret!

Y como éste, contrariado, se hiciera el sordo, la de Boves se puso en pié y llegó á la puerta del salon.

—Os llaman, señor Mouret. No es galante esconderse en los rincones para hablar de negocios.

Mouret se decidió á ir, con un aspecto de alegría que maravilló al Baron. Se levantaron los dos y pasaron al salon.

—Estoy á sus órdenes, señoras—dijo al entrar, con la sonrisa en los labios.

Murmullo triunfal le recibió. Adelantó y las señoras le hicieron sitio entre ellas. Acababa de ponerse el sol tras los árboles del jardin, llegaba la noche y la sombra invadia poco á poco el salon. Era la dulce hora del crepúsculo, ese minuto de discreta voluptuosidad en las casas parisienses, entre la claridad que se apaga en la calle y la luz de las lámparas no bien encendidas. El señor de Boves y Vallagnosc, siempre en la ventana, proyectaban sobre la alfombra un trozo de sombra. Inmóvil entre la claridad de la otra ventana se veia al señor de Marty, que habia entrado discretamente hacía un momento, con su pobre perfil, su redingot, su rostro descolorido en el profesorado, y al que la conversacion de aquellas damas acababa de aburrir.

—¿Es, por fin, el lúnes la gran venta?—preguntó precisamente la de Marty.

—Sin duda, señora—respondió Mouret con su voz fina de actor, que usaba siempre que hablaba con mujeres.

—Ya sabeis que irémos todas. Se dice que preparais maravillas—dijo Enriqueta.

—¡Oh, maravillas!—contestó Mouret con tono de modesta fatuidad.—Trato sencillamente de ser digno de vuestros votos.

Le anonadaron á preguntas. La de Bourdelais, la de Guibal y hasta Blanca querian saber algo.

—Vamos, dadnos detalles—dijo la de Boves.—Nos haceis morir de curiosidad.

Le rodearon, cuando Enriqueta hizo notar que áun no habia tomado ni una taza de té. Cuatro mujeres se pusieron á servirle á condicion de que contestaria pronto. Enriqueta servía, la de Marty tenía la taza y las de Boves y Bourdelais se disputaban el honor de ponerle azúcar. Luégo, cuando rehusó sentarse y se puso á beber lentamente el té en pié, todas le rodearon en un estrecho círculo de faldas, sonriéndole con las cabezas levantadas.

—Vuestra seda *Paris-Bonheur*, de que hablan todos los periódicos.....—empezó impaciente la señora de Marty.

—Un artículo extraordinario—respondió Mouret.—Una faya de grano grueso, flexible y sólida. No la encontraréis más que en nuestra casa, porque hemos comprado la propiedad exclusiva.

—¡Seda buena á cinco francos sesenta céntimos!—dijo la de Bourdelais entusiasmada.—¡Es increible!

Esta seda tenía en su vida lugar considerable desde que se hicieron los reclamos. Hablaban de ella dominadas por el deseo y la duda. Bajo la charla curiosa con que pesaban sobre el jóven aparecian sus temperamentos particulares de compradoras. La de Marty, llevada por su frenesí de gastar, lo tomaba todo en *La Dicha de las Damas*, sin mirar; la de Guibal se paseaba horas enteras sin comprar nada y dando simplemente gusto á la vista; la de Boves, escasa de medios, torturada siempre por la envidia y guardando ojeriza al género que no podia adquirir; la de Bourdelais, con su olfato de burguesa astuta y práctica, se iba derecha á las gangas, comprando con tal destreza en los grandes almacenes, que ni sentia fiebres ni dejaba de realizar economías; Enriqueta, por último, como mujer elegante, sólo adquiria allí ciertos artículos: guantes, género de punto y lencería.

—Tenemos otros tejidos que asombran por su baratura y riqueza—siguió Mouret con su voz armoniosa.—Os recomiendo nuestro *Cuir d'Or*, tafetan de un brillo incomparable. En sedas de fantasía hay dibujos caprichosísimos, escogidos entre mil por

nuestro comisionista, y si es en terciopelos encontraréis la coleccion más rica en matices. Os advierto que este invierno se llevará mucho el paño. Veréis nuestras chiviots y ratinas.....

Las damas no le interrumpian, cerrando áun más el círculo, con la boca entreabierta por leve sonrisa y el rostro sin una contraccion, como una aproximacion de sus seres hácia el tentador. Se adormecian sus ojos y ligero estremecimiento corria por sus cuerpos. Y él guardaba su calma de conquistador entre el ambiente perfumado que subia de ellas. Continuó bebiendo entre cada frase un sorbito de té, cuyo aroma debilitaba aquel ambiente acre, en el que habia algo de embriagador. Ante una seduccion tan dueña de sí misma y bastante fuerte para jugar así con la mujer sin embriagarse con ella, sintió crecer su admiracion el baron Decker, que no quitaba ojo del jóven.

—¿Vais á pedir paños, segun eso?—replicó la de Marty con el rostro embellecido por la pasion y la coquetería.—He de verlos.

La señora de Bourdelais, que miraba con sus claros ojos, dijo á su vez:

—La venta de retales es el juéves en vuestra casa, ¿verdad? Esperaré para vestir á mi chiquillería.

Y añadió volviendo su fina cabeza rubia hácia la dueña de la casa:

—¿Sigue vistiéndote Sauveur?

—Sí—respondió Enriqueta.—Sauveur es cara, pero no hay en París quien sepa hacer un corpiño como ella. Y tiene, ó tiene el señor Mouret, mejor dicho, los dibujos más bonitos, dibujos que no se ven en todas partes.

Mouret sonrió discretamente y dió á entender que la señora Sauveur compraba las telas en su casa. Tomaba algunos dibujos directamente en las fábricas, asegurando la propiedad de ellos; pero en sederías negras, por ejemplo, aprovechaba las ocasiones de *La Dicha de las Damas*, haciendo acopios, que vendia duplicando ó triplicando el precio.

—Estoy seguro de que sus compradores se nos llevarán nuestra *Dicha de las Damas*. ¿Cómo suponeis que pague esta seda más cara en fábrica que en nuestra casa? La damos perdiendo, bajo palabra de honor.

Aquel fué el golpe final. La idea de vender género con pérdida avivaba en ellas el deseo de la mujer que compra creyendo que roba al vendedor. Mouret las supuso incapaces de resistir la baratura.

—Pero no todo lo damos por nada—exclamó alegremente tomando el abanico de la señora Desforges de encima del velador.—Por ejemplo: no sé qué habrá costado este abanico.....

—El chantilly veinte francos y doscientos la montura—dijo Enriqueta.

—Bien; el chantilly no es caro. Nosotros lo tenemos igual á dieciocho francos. Pero la montura, querida señora, es un robo inícuo. Yo me comprometo á tener uno igual por noventa francos.

—Ya lo dije yo—exclamó la de Bourdelais.

—¡Noventa francos!—dijo la de Boves.—Preciso es no tener un sueldo para pasarse sin él.

Cogió el abanico y lo examinó nuevamente con su hija Blanca. En su rostro y en sus ojos soñadores se veia la envidia contenida ante un capricho que no podia satisfacer. Por segunda vez dió la vuelta al abanico entre un cúmulo de observaciones. El señor de Boves y Vallagnosc habian abandonado la ventana. Miéntras el primero volvia á colocarse detras de la señora de Guibal, cuyo corpiño abria con el pensamiento, el jóven Vallagnosc se inclinaba sobre Blanca tratando de hallar una palabra amable.

—Esta montura blanca con este encaje negro es un poco triste, ¿no es cierto?

—Yo he visto—repuso ella con tono grave y sin que su rostro se animase—uno de nácar y pluma blanca..... ¡Qué bonito!

El señor de Boves, que vió la mirada de deseo con que su mujer seguia al abanico, terció, al fin, en la conversacion.

—Estos chirimbolos en seguida se rompen.

—No me hableis de eso—dijo la de Guibal con su gesto sonrosado—estoy cansada de componer los mios.

Desde hacia un rato movia la señora de Marty su saquito sobre las rodillas, excitada por la conversacion. No habia podido enseñar aún sus compras, y sentia como deseo sensual de mostrarlas. Olvidó bruscamente á su marido, abrió el saquito y sacó unos cuantos metros de encaje arrollados sobre carton.

—Este valenciennes es para mi hija—dijo.—Tiene tres centímetros y es precioso, ¿verdad? Un franco noventa céntimos.

El encaje pasó de mano en mano. Mouret afirmó que vendia aquellas guarniciones á precio de fábrica. La señora de Marty habia cerrado el saquito como para esconder cosas que no se en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señan; pero ante el éxito del valenciennes no pudo resistir al deseo de sacar un pañuelo.

— Tenian tambien este pañuelo..... *aplicacion* de Brusélas, querida. ¡Oh, una ganga, veinte francos!

El saco pareció inagotable á partir de aquel momento. Enrojecia de placer la dama, con el pudor de la mujer que se desnuda, á cada nuevo artículo que salia. Una corbata de blonda española en treinta francos. No la queria tomar; pero la juró el dependiente que era la última y que iban á subirse; un velito de chantilly: un poco caro, cincuenta francos; pero ella hacia cualquier cosa por su hija.

— Los encajes son preciosos — repetia con su risa nerviosa; — cuando estoy dentro compraria el almacen.

— ¿Y esto? — la preguntó la de Boves examinando un retal de *guipur*.

— Es un entredos; tiene veintiseis metros. Á franco el metro, ya veis.....

— ¿Qué diablos vais á hacer? — dijo sorprendida la señora Bourdelais.

— Á fe mia, no lo sé..... Pero tiene un dibujo tan mono.....

Entónces levantó la cabeza y apercibió el aterrado rostro de su marido. Habia palidecido áun más, y todo su semblante tenía la angustia resignada del infeliz que asiste al derrumbamiento de su sueldo, penosamente ganado. Cada nuevo trozo de encaje era un desastre, amargos días de enseñanza devorados, el esfuerzo continuo de su vida disolviéndose en un hogar necesitado. Ante el azoramiento de su mirada quiso ella esconder el pañuelo, el velito, la corbata, pasando por cima sus manos febriles y repitiendo con risas forzadas:

— Vais á hacer que me riña mi marido..... Te aseguro, amigo mio, que he sido aún juiciosa, porque habia una puntilla de quinientos francos..... ¡maravillosa!

— ¿Por qué no la comprasteis? — dijo tranquilamente la señora de Guibal; — Marty es el más galante de los hombres.

El profesor tuvo que inclinarse, diciendo que su mujer era dueña de sí. Pero ante el peligro que suponia aquella puntilla, le corrió frio por la espalda, y como Mouret afirmase que los nuevos almacenes aumentarian el bienestar de la clase media, le miró de un modo terrible, con la mirada del débil que odia al fuerte.

Entre tanto aquellas señoras seguian desdoblando las piezas de encaje, curiosas y admiradas de la finura del tejido.

Y asediaban á Mouret cada vez más, y lo atolondraban con nuevas preguntas. Como iba oscureciendo, cada vez tenía que inclinar más la cabeza, rozar casi con su barba los cabellos de ellas, para examinar un dibujo ó indicar una cualidad de la tela. Pero áun en aquella vaga voluptuosidad del crepúsculo, áun en medio de aquel perfume embriagador de sus escotes, permanecia siendo dueño de ellas por el entusiasmo que afectaba. Parecia mujer, y ellas sentíanse penetradas y poseidas por aquel conocimiento delicado que tenía de su manera de ser, y, seducidas, se abandonaban; miéntras que él, seguro de tenerlas á merced suya, aparecia brutalmente amo, como el rey despótico de la fábula.

— ¡Oh señor Mouret, señor Mouret! — balbuceaban voces misteriosas y enardecidas en medio de las tinieblas del salon.

Los últimos reflejos del dia iban apagándose en los adornos de metal del mobiliario. Solamente las telas nuevas conservaban un reflejo de nieve sobre las oscuras faldas de aquellas señoras, que parecian algo así como devotas arrodilladas en derredor del jóven. Todavía advertíase cierta claridad al lado de la tetera, claridad vaga é indecisa como la luz de una mariposa ardiendo en una alcoba impregnada por el perfume del té.

Pero de repente el criado entró con dos lámparas, y el encanto desapareció en seguida. El salon estaba claro y alegre.

La señora Marty guardaba sus compras en el fondo del saco de mano; la señora de Boves chupaba todavía un bombon, miéntras que Enriqueta, que se habia levantado, charlaba á media voz con el Baron en el hueco de una ventana.

— Es encantador — dijo el Baron.

— ¿Verdad que sí? — contestó ella á su pesar, con una involuntaria exclamacion de mujer enamorada.

Él sonrió, mirándola con paternal indulgencia. Era la primera vez que la veia entusiasmada hasta aquel punto; y con harta nobleza de carácter para disgustarse por ello, sentíase sólo compadecido viéndola entre las garras de aquel mozo tan tierno y tan perfectamente frio. Creyó deber darle la voz de alerta, y murmuró en tono de broma:

— ¡Cuidado, hija mia, porque se os comerá á todas!

Un rayo de celos brilló en los hermosos ojos de Enriqueta. Quizá comprendia que Mouret no habia hecho más que servirse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de ella para entrar en relaciones con el Baron; pero jurábase á sí misma volverlo loco, por lo mismo que su amor de hombre atareado tenía el facilísimo encanto de una cancion lanzada á los cuatro vientos.

—¡Oh!—respondió afectando bromear á su vez;—el cordero acaba siempre por comerse al lobo.

Entónces el Baron, muy divertido, la animó con un movimiento de aprobacion.

Acaso fuera ella la mujer destinada á vengar á las demas.

Cuando Mouret, despues de haber recordado á Vallagnosc que queria enseñarle la máquina, se acercó para despedirse, el Baron lo retuvo en el hueco de la ventana que caia al jardin, invadido en aquel momento por la oscuridad de la noche. Al fin cedia á la seduccion; habia tenido fe al verlo en medio de aquellas mujeres. Conversaron un momento en voz baja, y despues el banquero añadió:

—Bueno, examinaré el negocio..... y es cosa hecha, si vuestra venta del lúnes reviste la importancia que decís.

Diéronse las manos, y Mouret, muy satisfecho, se marchó, porque no podia comer bien la noche que no echaba una ojeada á la nota de ingreso de *La Dicha de las Damas*.

IV

Aquel lúnes, 10 de Octubre, un sol esplendoroso de triunfo rompió las densas nubes cargadas de lluvia que desde hacía una semana entristecian á París.

La noche ántes todavía habia estado cayendo sin cesar un agua menudita, la humedad de la cual tenía enfangadas las calles; pero desde muy temprano aquella mañana el aire habia secado las aceras, y luégo el cielo azul adquirió la alegre diafanidad que tiene en los dias de primavera.

Por eso, desde las ocho de la mañana *La Dicha de las Damas*, alumbrado por los rayos de aquel hermoso sol, lucia en sus magníficos escaparates su brillante coleccion de novedades de invierno. En la puerta flotaban banderas, piezas de lana de varios dibujos agitabánse al aire fresco de la mañana, animando la plaza Caillou que por aquel lado tenia el aspecto de una feria; miéntras que en una y otra calle á las que hacía esquina exhibia en los escaparates sus magníficas instalaciones, cuyos brillantes colores se avivaban más por efecto de la limpieza extraordinaria de sus cristales de gran tamaño. Aquello era un derroche de color, la alegría de la calle y un gran mercado abierto á todo el mundo para recrear la vista.

Pero á hora tan temprana entraba poca gente; algun que otro cliente muy ocupado durante el dia y alguna que otra vecina deseosa de evitar el jaleo y la aglomeracion de gente de por la tarde. Tras de las piezas de tela que lo empavesaban veíase el almacen vacío; los dependientes esperando arma al brazo á los parroquianos, con sus pisos de madera brillantes como espejos á fuerza de encerarlos y con sus mostradores atestados de mercancía. Los transeuntes atareados de por la mañana dirigian apénas alguna que otra mirada á los escaparates sin acortar el paso. En la esquina de la calle Nueve-Saint-Augustin y la plaza Caillou, donde los coches de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL

de ella para entrar en relaciones con el Baron; pero jurábase á sí misma volverlo loco, por lo mismo que su amor de hombre atareado tenía el facilísimo encanto de una cancion lanzada á los cuatro vientos.

—¡Oh!—respondió afectando bromear á su vez;—el cordero acaba siempre por comerse al lobo.

Entónces el Baron, muy divertido, la animó con un movimiento de aprobacion.

Acaso fuera ella la mujer destinada á vengar á las demas.

Cuando Mouret, despues de haber recordado á Vallagnosc que queria enseñarle la máquina, se acercó para despedirse, el Baron lo retuvo en el hueco de la ventana que caia al jardin, invadido en aquel momento por la oscuridad de la noche. Al fin cedia á la seduccion; habia tenido fe al verlo en medio de aquellas mujeres. Conversaron un momento en voz baja, y despues el banquero añadió:

—Bueno, examinaré el negocio..... y es cosa hecha, si vuestra venta del lúnes reviste la importancia que decís.

Diéronse las manos, y Mouret, muy satisfecho, se marchó, porque no podia comer bien la noche que no echaba una ojeada á la nota de ingreso de *La Dicha de las Damas*.

IV

Aquel lúnes, 10 de Octubre, un sol esplendoroso de triunfo rompió las densas nubes cargadas de lluvia que desde hacía una semana entristecian á París.

La noche ántes todavía habia estado cayendo sin cesar un agua menudita, la humedad de la cual tenía enfangadas las calles; pero desde muy temprano aquella mañana el aire habia secado las aceras, y luégo el cielo azul adquirió la alegre diafanidad que tiene en los dias de primavera.

Por eso, desde las ocho de la mañana *La Dicha de las Damas*, alumbrado por los rayos de aquel hermoso sol, lucia en sus magníficos escaparates su brillante coleccion de novedades de invierno. En la puerta flotaban banderas, piezas de lana de varios dibujos agitabánse al aire fresco de la mañana, animando la plaza Caillou que por aquel lado tenia el aspecto de una feria; miéntras que en una y otra calle á las que hacía esquina exhibia en los escaparates sus magníficas instalaciones, cuyos brillantes colores se avivaban más por efecto de la limpieza extraordinaria de sus cristales de gran tamaño. Aquello era un derroche de color, la alegría de la calle y un gran mercado abierto á todo el mundo para recrear la vista.

Pero á hora tan temprana entraba poca gente; algun que otro cliente muy ocupado durante el dia y alguna que otra vecina deseosa de evitar el jaleo y la aglomeracion de gente de por la tarde. Tras de las piezas de tela que lo empavesaban veíase el almacen vacío; los dependientes esperando arma al brazo á los parroquianos, con sus pisos de madera brillantes como espejos á fuerza de encerarlos y con sus mostradores atestados de mercancía. Los transeuntes atareados de por la mañana dirigian apénas alguna que otra mirada á los escaparates sin acortar el paso. En la esquina de la calle Nueve-Saint-Augustin y la plaza Caillou, donde los coches de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL

bian luégo colocarse en fila, no habia á las nueve más que dos carruajillos. Solamente los habitantes del barrio, los tenderos sobre todo, alborotados por aquel lujo de banderolas y de penachos, formaban grupos á las puertas de sus casas en las esquinas y murmuraban amargamente; lo que más les indignaba era uno de los cuatro carruajes que Mouret acababa de lanzar por París, y que en aquel momento se hallaba á la puerta de salida por la calle de la Michodière; carruajes pintados de verde, con muchos adornos amarillos y encarnados, y cuyos costados llenos de barniz tornaban al sol reflejos de oro y de púrpura. El que se hallaba á la puerta, reluciente de nuevo, con un cartel con el nombre de la casa en cada uno de sus costados y con otro grande en la trasera donde estaba anunciada la venta del dia, se alejó al trote largo de un soberbio caballo, cuando lo hubieron atestado de paquetes y encargos que habian quedado allí del dia ántes; y Bandu, que temblaba de rabia en el quicio de la puerta de *El Viejo Elbeuf*, lo contempló hasta perderlo de vista en el boulevard, pensando que iba á pasear por toda la ciudad el nombre aborrecido. Poco á poco fueron llegando algunos carruajes y poniéndose en fila. Cada vez que entraba una cliente notaba movimiento entre los criados del almacen, que se hallaban formados en la puerta luciendo su librea, compuesta de pantalon y casaca verde y chaleco á rayas amarillas y encarnadas; y allí estaba el inspector Jouve, un capitan retirado, vestido de levita y corbata blanca, luciendo en el ojal de la solapa una cruz como emblema de sus antiguos méritos, recibiendo á las señoras con aire grave y cortés, y acercándose á ellas para indicarles los distintos departamentos. Luégo las clientes desaparecian en el vestíbulo, trocado en un salon á la oriental.

Desde la puerta, aquello era una maravilla, una serie de sorpresas, que á todas las entusiasmaba. La idea habia sido de Mouret. Él fué el primero á quien le ocurrió comprar en Oriente en muy buenas condiciones una coleccion de tapices antiguos y nuevos, tapices de esos que hasta entónces solamente algun que otro comerciante de antigüedades vendia á precios muy altos; é iba á inundar el mercado de ellos, porque los cedia casi por lo que costaban, sin más idea que atraer á su casa por ese medio á los ricos aficionados al arte. Desde la plaza Caillou veíase aquel salon oriental formado solamente con tapices, alfombras y *portières* que un ejército de criados habia colocado por órden suya y bajo su direccion. En primer lugar, el techo estaba cubierto de tapices

de Smirna, cuyos complicados dibujos se destacaban sobre fondos rojos. Luégo, de las cuatro paredes colgaban *portières* magníficos: unos de Karamania y de Siria, jaspeados de verde, de amarillo y de bermellon; otros de Diarvekir más comunes y al tacto tan bruscos, que parecian de paño burdo; y otros más, que podian servir de *portières* y cortinajes, producciones famosas de la industria de Hispahan, de Teheran y de Kermancha, de Sehumaka y de Madrás, extraño conjunto de flores y de palmas fantasía inspirada en el jardin de algun ensueño. En el suelo, una coleccion admirable de alfombras; allí en el centro una de agra, obra de arte maravillosa, de fondo blanco, de ancha cenefa, de azul pálido, con adorno color de violeta de un gusto exquisito. Despues por todas partes verdaderas maravillas; alfombras de la Meca, que parecian terciopelo; tapices de los que se usan en las mezquitas de Daghestan, con sus dibujos simbólicos; tapices del Kurdistan, sembrados de flores deshojadas; y por fin, en un rincon, amontonadas sin órden ni concierto, alfombras de Ghevods, de Coula y de Kirchee, desde quince francos en adelante. Aquella especie de tienda de bajá suntuoso estaba amueblada con cojines y divanes de un marcado gusto oriental: tambien hallábanse representadas allí Turquía, Arabia, Persia, las Indias, aquello era haber vaciado los palacios, haber saqueado las mezquitas y los bazares. El similor predominaba contrastando con los colores sombríos de los tapices, y bajo la influencia de aquel lujo de arte de paises bárbaros y del olor fuertísimo que habian conservado las telas, aparecíanse á uno visiones del Oriente.

Por la mañana á las ocho, cuando Dionisia, que precisamente iba á empezar su trabajo aquel lúnes, llegó al salon oriental, quedóse atónita, no supo encontrar la entrada del almacen y acabó de turbarse ante aquella decoracion de harem puesta delante de la puerta. Un mozo la condujo hasta dejarla en poder de la señora Cabin, encargada de la limpieza y vigilancia de los cuartos, la cual la instaló en el número siete, á donde ya habian subido su equipaje. Era su cuarto una estrecha celda aboardillada, que tenía junto al lecho su ventanucho y que estaba amueblada con una cama pequeña, un armario de nogal y dos sillas. Veinte cuartitos parecidos se alineaban á lo largo de un interminable corredor como el de un convento, donde dormian veinte de las treinta y cinco señoritas de la casa que no tenian familia en París, miéntras que las otras quince habitaban fuera, muchas de ellas en

la casa de tías ó de primas postizas. En seguida Dionisia se quitó el vestidillo de lana raido del cepillo y remendado, que era el único que llevára de Valognes. Luégo se puso el uniforme de su seccion, un vestido de seda negro que habian arreglado á su medida y que estaba encima de la cama. Aun habia quedado un poco grande para ella y ancho de los hombros; pero tanto se apresuraba á impulsos de su emocion, que no se paró en aquellos pormenores de coquetería. No habia usado nunca vestido de seda, y cuando bajó con él como niño con zapatos nuevos, contemplaba el relucir de la falda, y sentia así como cierta vergüenza al oir los crujidos de la tela.

Cuando llegó abajo, al entrar en su departamento estalló una disputa y oyó que Clara, con voz aguda, decia:

—Señora, yo he llegado ántes que ella.

—No es verdad —respondia Margarita.—Me ha empujado en la puerta; pero yo tenía ya el pié en el salon.

Tratabáse de inscribirse en el turno para la venta.

Las dependientes se apuntaban en una pizarra por el órden en que iban llegando, y cada vez que una de ellas despachaba á álguien, volvia y apuntaba su nombre á la cola. La señora Aurelia acabó por dar la razon á Margarita.

—¡Siempre las mismas injusticias!—gritó Clara furiosamente.

Pero la entrada de Dionisia reconcilió á las dos muchachas. Una y otra la miraron y se sonrieron.

¡Qué manera de vestirse! La jóven fué á inscribirse en la pizarra, donde su nombre se hallaba el último. La señora Aurelia, que la examinaba con inquietud, no pudo menos de decir:

—Hija mia, en ese vestido caben muy á gusto dos como vos. Es menester que lo estrecheis... Y, ademas, no sabeis vestiros. Venid, venid á que os arregle un poco.

Y se la llevó delante de uno de aquellos espejos de cuerpo entero que alternaban con los grandes armarios donde se guardaban las confecciones, como ahora se dice. El anchuroso salon, rodeado de esos espejos y de esos armarios de roble tallado, guarnecido de una alfombra de moqueta rameada, parecia el salon de un hotel donde á cada momento está entrando y saliendo gente. Aquellas señoritas completaban el parecido, vestidas con su uniforme de seda, y paseando sus gracias, sin sentarse nunca en ninguna de las sillas que habia por allí, reservadas para las clientes nada más. Todas tenian entre dos ojales de la chaquetilla, y

como clavado en el pecho, un lápiz grande que asomaba su punta afilada, y saliendo de un bolsillito á propósito veíase sobre el negro del vestido la mancha blanca del librito talonario de ventas. Algunas se permitian alhajas, sortijas, alfileres, cadenas; pero su gran coquetería, el lujo dentro de la impuesta uniformidad de su tocado era el pelo, aumentado con añadidos y crepé cuando hacía falta, pero siempre peinado y rizado y cuidado con exquisito esmero.

—Tiraos un poco del delantero—repetia la señora Aurelia. —Eso es; al ménos no tendréis joroba. ¡Y qué peinado, cuando con ese pelo, si quisierais, estariais soberbia!

Y en efecto, el cabello era la única belleza de Dionisia. Rubio, oscuro, le llegaba suelto casi á los talones, y el peinarse le molestaba tanto, que la muchacha se contentaba con retorcerlo formando un rodete que sujetaba con una peina de cuerno. Clara, muy envidiosa de aquel pelo, fingia reirse del primitivo peinado de su compañera. Habia llamado por señas á una de la seccion de ropa blanca, muchacha que tenía la cara muy larga, pero que resultaba bastante agradable. Las dos secciones estaban en contínua hostilidad, pero á veces aquellas señoritas se ponian de acuerdo para burlarse de la gente.

—Mirad, señorita Paulina, mirad esas crines—repetia Clara, á quien Margarita tocaba con el codo, fingiendo tambien que no podia contener la risa.

Pero Paulina, por lo visto, no estaba para bromas. Hacia un instante que miraba á Dionisia y recordaba al verla lo que ella habia tenido que sufrir en su seccion durante los primeros meses de estar allí.

—¡Y bien! ¿qué? ¡Ya quisieran todas tener esas crines!

Y se volvió al departamento de ropa blanca, dejando á las otras dos con la boca abierta. Dionisia, que la habia oido, la dirigió una mirada de gratitud, miéntras que la señora Aurelia le entregaba un librito talonario puesto á nombre suyo, diciéndole:

—Vamos, mañana os arreglaréis mejor... Y ahora, tratad de tomar pronto las costumbres de la casa, y esperad á que os toque el turno de venta. El dia de hoy va á ser atareado, y podrémos juzgar de lo que sois capaz.

Sin embargo, el departamento continuaba vacío, porque tan temprano pocas clientes subian á las secciones de confeccion.

Aquellas muchachas procuraban descansar, preparándose para el trabajo de por la tarde. Entónces Dionisia, intimidada al pensar que todas tenian la vista fija en ella, sacó punta á su lápiz por hacer algo, y en seguida, imitando á las demas, se lo clavó en el pecho entre dos ojales del cuerpo del vestido. Procuraba darse valor, porque era necesario conquistar su plaza. El dia ántes le habian dicho que entraba en el almacen sin sueldo fijo, y que no habia de tener más que el tanto por ciento y la merma en las ventas que hiciese. Pero tenía esperanzas de llegar á mil doscientos francos de aquel modo, porque no ignoraba que las buenas vendedoras sacaban hasta dos mil cuando querian trabajar.

Su presupuesto estaba arreglado; cien francos al mes le permitian pagar la pension de Pepe y mantener á Juan, que no ganaba un céntimo. Ella podria vivir tambien y hasta comprarse algun vestido y alguna ropa blanca. Pero para conseguir aquel salario tenía que mostrarse trabajadora y fuerte, despreciar las malas voluntades que se desencadenarian en torno de ella, batirse con valor, y si era preciso, arrancar su parte á sus compañeras. Así estaba excitándose á la lucha mentalmente, cuando un muchacho jóven y alto que pasaba por delante del mostrador le sonrió; y cuando conoció á Deloche, que habia entrado el dia ántes tambien en la tienda, le devolvió su sonrisa, satisfecha de encontrarse con un amigo y considerando de buen agüero aquel saludo.

Á las nueve y media una campana habia llamado para almorzar á las de la primera mesa. Luégo otro repique llamó á las de la segunda. Y las clientes no llegaban. La segunda maestra de la seccion, la señora Frederic, que en su sombría rigidez de viuda se complacia en mirarlo todo por su aspecto más desastroso, juraba y perjuraba que aquél era un dia perdido; no iban á ir ni cuatro gatos; lo mismo daba cerrar los armarios y marcharse; prediccion que ponia de mal talante á Margarita, avara por naturaleza, miéntras que Clara, con sus aires de caballo desbocado, soñaba ya con un dia de campo en el bosque de Vessières si tronaba la casa. Cuanto á la señora Aurelia, silenciosa y grave, paseaba tranquilamente por el salon desierto, como general que tiene responsabilidad en la victoria ó en la derrota de su ejército.

Á eso de las once se presentaron algunas señoras. Habia llegado para Dionsisia el turno para vender, cuando se presentó una parroquiana.

—Ahí está esa provincianota, ya sabeis—murmuró Margarita.

La aludida era una mujer de cuarenta y cinco años, que de cuando en cuando hacía un viajecito á París desde el riñon de una provincia lejana. En su pueblo se pasaba los meses ahorrando cuartos, y luégo, apénas se bajaba del wagon, se plantaba en el bazar y se gastaba bonitamente sus economías. Rara vez hacía pedidos por el correo, porque queria ver, tener el goce de tocar la mercancía y de proveerse hasta de agujas, que, segun su dicho, allá en su pueblo costaban un ojo de la cara. Todos los de la tienda la conocian, sabian que se llamaba la señora Boutarel, y que vivia en Albi, sin sentir curiosidad por lo demas, ni ocuparse de su situacion ni de su existencia.

—¿Va bien, señora?—preguntaba con amabilidad la señora Aurelia, que se habia acercado á ella.—¿Qué deseais? Van á despacharos en seguida.

Luégo, volviendo la cabeza, añadió:

—¡Señoritas!

Dionisia se aproximó, pero Clara se habia precipitado. De ordinario mostrábase perezosa en la venta, despreciando el dinero, que ganaba en mayor proporcion y sin trabajo fuera de allí; pero la idea de arrebatar una buena cliente á su nueva compañera la aguijoneaba.

—Perdonad, me toca á mí.

La señora Aurelia la detuvo con una mirada severa, y murmuró:

—No hay turno que valga; aquí no manda nadie más que yo. Cuando hayais aprendido más, entónces despacharéis á las parroquianas conocidas.

La muchacha retrocedió, y al sentir que las lágrimas acudian á sus ojos, quiso ocultar aquel exceso de sensibilidad y se volvió de espaldas fingiendo mirar á la calle. ¿Irian á impedirla que vendiera? ¿Irian á ponerse todas de acuerdo para que no despachára? Acometióle el miedo al porvenir, y se sintió anonadada entre aquellos bajos intereses que la rodeaban. Cediendo á la amargura de su abandono, con la frente pegada al helado cristal del escaparate, miraba á la tienda de *El Viejo Elbœuf*, y pensaba que tal vez hubiera debido suplicar á su tio que la dejase allí; tal vez revocaria su resolucion, porque, á la verdad, le encontró el dia ántes muy conmovido. Y ahora, ahora, veíase sola en aquel inmenso

establecimiento, sin el cariño de nadie y despreciada de todos. Pepe y Juan, que no se habian movido nunca de su lado, tenian que vivir en casa extraña; ¡qué desesperacion! Dos lágrimas como nueces que pugnaba por contener le hacian ver la calle como á traves de una espesa niebla. Entre tanto, á espaldas suyas oiase el murmullo de las voces.

—Éste me parece muy feo—decia la señora Boutarel.

—No lo crea la señora. La espalda le está pintada... á ménos que prefiera una esclavina á un abrigo.

Dionisia se estremeció al contacto de una mano que se apoyaba en su brazo y oyendo á la señora Aurelia que la interpelaba severamente:

—¡Conque es decir que ahora no haceis nada, y os entreteneis en mirar á la gente que pasa por la calle! ¡Oh! lo que es así no podemos continuar.

—¡Pero si no me dejan vender, señora!

—Teneis otras cosas que hacer. Empezad por el principio... entreteneos en doblar.

Á fin de contentar á las pocas señoras que habian ido aquella mañana, se habian revuelto ya todos los armarios, y sobre los dos anchurosos mostradores de roble que habia á los lados del salon veianse esparcidos sin órden ni concierto multitud de abrigos, y esclavinas, y capas, y mantones, y trajes de todas hechuras y de todas clases. Dionisia, sin contestar una palabra, empezó á tirar de ellos, á doblarlos cuidadosamente y á colocarlos de nuevo, clasificándolos en los armarios y anaqueles correspondientes. La pobre no protestaba, porque sabia que era necesario allí una completa obediencia pasiva, y esperar á que cualquiera quisiera permitirle vender algo, como habia esperado en un principio. Y seguia doblando y doblando telas, cuando apareció Mouret. Aquello fué para ella una sacudida extraordinaria; sin saber por qué, se sonrojó y se sintió poseida de su pasado temor, creyendo que iba á hablarle. Pero él no la veia siquiera, ni se acordaba de aquella muchacha, á la cual habia protegido merced á la impresion del momento.

—¡Señora Aurelia!—dijo Mouret con voz de mando.

Estaba un poco pálido, pero en sus ojos, sin embargo, veiase una expresion resuelta. Al dar una vuelta por las diferentes secciones del establecimiento las habia visto desiertas, y la posibilidad de una derrota acababa de aparecer, á su pesar, en su imaginacion, quebrantando aquella fe extraordinaria que tenía en su buena estrella. Cierto que acababan de dar las once, y por experiencia sabia que la gente no solia concurrir mucho hasta por la tarde; pero, sin embargo, los síntomas empezaban á ponerlo en cuidado; otras veces, cuando se anunciaban nuevos surtidos de artículos, habia mucha animacion desde por la mañana, y ahora no veia siquiera á señoras sin sombrero ni tocado alguno, detalle que indicaba que vivian en la vecindad. Como todos los grandes generales en el momento de reñir una batalla decidida, se sentia acometido de cierta debilidad, de cierto temor supersticioso, á despecho de la frescura escéptica que le era habitual. La cosa no iba bien, sentíase perdido, no podia decir por qué, pero creia leer el anuncio de su derrota en la cara de las señoras que pasaban por allí.

Precisamente en aquel momento la señora Boutarel, que era de las que siempre compraban algo, se iba diciendo:

—No, no teneis nada que me guste... Ya verémos si me decido.

Mouret la miró marcharse. Luégo, al ver que la señora Aurelia acudia á su llamamiento, la llevó aparte y cruzó con ella en voz baja algunas palabras rápidas.

La maestra frunció el entrecejo; evidentemente contestaba que no se vendia nada.

Por un momento estuvieron frente á frente, como si él se hallára poseido de una de esas dudas que á veces los generales ocultan al soldado, y despues Mouret dijo en voz alta y con tono resuelto:

—Si necesitais más gente, traeros una aprendiza del taller, que al fin algo ayudará.

Y continuó, desesperado, su paseo de inspeccion. Desde por la mañana andaba huyendo de Bourdoncle, cuyas reflexiones y tristes profecías le irritaban. Al salir del departamento de ropa blanca, donde la venta iba todavía peor, le acometió y no tuvo más remedio que oir la expresion de sus temores. Entónces le envió á los demonios sencillamente, con aquella brutalidad que en sus horas de mal humor empleaba hasta con los más encopetados empleados de la casa.

—¡Andad al diablo!.. Todo va divinamente... y al fin tendré que acabar por plantar en la calle á los asustadizos y desconfiados.

Mouret, solo, se puso de pié en lo alto del tablado que habia en el vestíbulo, desde donde se dominaba todo el almacen, viendo á un lado y á otro los departamentos del piso bajo, y allá más léjos los del entresuelo. La demarcacion de arriba le pareció terrible; en la seccion de bordados una vieja hacía revolver todas las cajas de carton, sin comprar nada, miéntras que una cursi que habia en el departamento de ropa blanca se entretenia en escoger cuellos postizos á diez y ocho sueldos. Abajo, en las galerías cubiertas, que se hallaban alumbradas por la claridad que entraba de la calle, observó que iban siendo más numerosos los compradores.

Aquello era un paseo, un lento desfile por delante de los mostradores; en los departamentos de mercería y de sombreros habia una porcion de mujeres en chambra; pero en los de ropa blanca y trajes de lana no habia casi nadie.

Los mozos de almacen, con sus casacas verdes, cuyos numerosos botones dorados relucian que daba gusto, esperaban con las manos cruzadas á que llegase gente. De cuando en cuando pasaba algun inspector con aire ceremonioso y estirado, de levita negra y corbata blanca. Y el corazon de Mouret estaba oprimido, sobre todo viendo la paz sepulcral del vestíbulo; la luz entraba por lo alto á traves de los cristales de una inmensa claraboya, que producian una claridad bajo la cual los departamentos de sedería dormitaban en medio de un imponente silencio, como el que hay en las iglesias. Los pasos de algun dependiente, el murmullo de algunas palabras dichas en voz baja, el roce de un vestido que pasaba, eran los únicos ligerísimos ruidos casi apagados en medio del pegajoso calor de las estufas. Y sin embargo, llegaban algunos carruajes, oíase el detenerse brusco de los caballos y el cerrar ruidoso de las portezuelas. De la parte afuera llegaba el rumor confuso de las voces de muchos curiosos que se agolpaban delante de los escaparates. Pero al ver á los cajeros inactivos mudando de posicion en los sillones que tenian en sus casillas, al advertir que las cuevas de cerrar paquetes seguian ociosas, ó mejor dicho, ocupadas solamente por las cajas de carton y sus ovillos de hilo encarnado y sus grandes pliegos de papel color de ceniza, Mouret, indignado de tener miedo, creyó que aquella inmensa maquinaria se paraba, y sentia el corazon en un puño y helado de frio.

—Mira, Favier, mira—murmuró Hutin—qué cara de pocos amigos tiene el amo.

—¡Esto es un borrascon!—respondió Favier.—¡Cuando pienso que áun no he vendido ni una hilacha!

Los dos andaban á caza de parroquianos, y no hacian más que cambiar frases como esas, pero sin mirarse uno á otro. Los demas dependientes de la seccion se ocupaban en confrontar etiquetas bajo la direccion de Robineau, miéntras que Bouthemout conferenciaba con una muchacha delgaducha, hablando á media voz y dándose aires de estar recibiendo un pedido importantísimo.

En derredor de todos ellos, sobre anaqueles muy elegantes, las piezas de seda, envueltas en camisas de papel de seda, se apilaban semejando libros de extraño tamaño. Y los aparadores veíanse atestados de moarés, de satenes, de terciopelos de todos colores. Era aquel departamento elegante donde se hallaban los objetos de puro lujo.

—Para el domingo necesito cien francos—replicó Hutin.—Si no gano doce francos siquiera un dia con otro, me fastidio... ¡Y yo que habia contado con la decantada exhibicion de novedades!

—¡Caracoles! Eso de cien francos es cosa difícil. Yo me contento con cincuenta ó sesenta... ¿Os permitís tener mujeres de lujo?

—No por cierto, querido. Es una tontería: hice una apuesta y he perdido... Tengo que convidar á dos hombres y á dos mujeres... ¡Por vida de Dios! Á la primera que pase, la hago que compre á la fuerza veinte metros de *Paris-Bonheur*.

Estuvieron charlando un momento más, contándose lo que habian hecho el dia ántes y lo que pensaban hacer ocho dias despues. Favier jugaba en las carreras de caballos; Hutin se paseaba en bote y preferia las artistas de café cantante. Pero los dos se veian aguijoneados por el mismo afan de dinero; reñian por el dinero desde el lúnes al sábado, para luégo comérselo todo el domingo. En la tienda, aquélla era la preocupacion constante, una lucha de todas las horas, de todos los momentos. ¡Y aquel pícaro de Bouthemout, que acababa de chuparse el pedido de la señora Sanveur, aquella mujer delgaducha! Un negocio de lo ménos tres ó cuatro docenas de piezas, porque la modista en cuestion tenía buenas tragaderas. En aquel momento tambien Robineau le habia soplado una parroquiana á Favier.

—¡Oh! lo que es á ése le arreglaré yo las cuentas—replicó Hutin, que aprovechaba todas las ocasiones para amotinar el departamento contra aquel hombre, cuya plaza deseaba ocupar.—

¡Los jefes y subjefes de seccion no debian vender! ¡Ya veréis, si yo algun dia soy subjefe, qué bien me porto con todos vosotros!

Y aquel hombrecillo se fingia amable y bonachon con una habilidad extraordinaria. Favier no pudo ménos de dirigirle una mirada oblícua; pero conservó su flema de hombre bilioso y se contentó con responder:

—Sí, ya lo sé... yo por mí no deseo otra cosa. Luégo, al ver que se acercaba una señora, añadió en voz baja:

—Ojo, que ahí viene una para vos.

Era una señora cursi, con vestido encarnado y sombrero amarillo. Hutin adivinó en seguida que no compraria nada. Se escondió con viveza detras del mostrador fingiendo atarse el cordon de uno de sus zapatos, miéntras murmuraba:

—¡Ah! ¡no, por vida mia! Que te despache otro... No estoy yo por perder mi turno tontamente.

Robineau comenzó á llamarle:

—¿Á quién toca, señores? ¿Al señor Hutin? ¿Dónde está el señor Hutin?

Y como éste no respondiera, corrió turno y tocó despachar la cursi al que le seguia. Ésta se limitó á pedir algunas muestras con los precios, con lo que entretuvo al dependiente más de veinte minutos, concluyendo por marearlo. Únicamente el subjefe habia visto á Hutin alzarse detras del mostrador. Cuando llegó una nueva parroquiana, al dirigirse á ella el jóven, le detuvo diciéndole con aire severo:

—Vuestro turno ha pasado. Os llamé, y como estabais detras de...

—Pero, señor, yo no lo he oido.

—Basta. Apuntaos en la lista... Vamos, señor Favier, á vos os toca.

Favier, satisfecho del resultado de aquella aventura, dirigió á su amigo una mirada de excusa.

Hutin, con los labios blancos, volvió la cabeza á otro lado. Estaba rabioso, conocia perfectamente á la parroquiana, una rubia adorable, que iba con frecuencia al establecimiento, donde entre los dependientes se le conocia por *La Hermosa Dama*, sin que se supiera nada de ella, ni áun siquiera su nombre. Compraba mucho, lo hacía llevar á su coche y desaparecia. Alta, elegante, vestia con exquisito gusto, y parecia muy rica y de clase distinguida.

—¿Qué tal vuestra *cocotte?*—dijo Hutin á Favier cuando éste volvió de la caja, hasta donde habia ido á acompañar á la señora.

—¡Oh! ¡una *cocotte!*—exclama.—No, tiene el aire muy elegante... Debe ser la esposa de un bolsista ó de un médico; yo no sé, pero me parece que ha de ser algo de eso.

—¡Quita, quita! es una *cocotte*... Á pesar de sus aires de persona distinguida, ¡quién puede asegurar esas cosas hoy!

Favier se puso á hojear su cuaderno de notas.

—No importa—replicó;—le he vendido por valor de doscientos noventa y tres francos. Esto hace cerca de tres francos para mí.

Hutin se mordió los labios y descargó su furor contra los cuadernos de notas, cuya invencion es una broma, pues sólo sirven para embarazar las faltriqueras. Entre ellos habia una sorda rivalidad. Favier, de ordinario, afectaba reconocer cierta superioridad en Hutin, á quien no despreciaba ocasion de zaherir por detras. Á éste le causaban envidia aquellos tres francos ganados sin trabajo por un dependiente á quien consideraba muy inferior á él. ¡Un buen dia, ciertamente! Si continuaba así, no iba á ganar ni para pagar á sus convidados el agua de Setlz. Se paseaba ardiendo de coraje por delante de los mostradores, apretando los dientes hasta querer romperlos, envidioso hasta de su jefe, ocupado en dirigir á la jóven flaca, á la que repetia:

—Y bien, ¿habeis entendido? Decidle que procuraré hacer todo lo posible para alcanzar este nuevo favor aún del señor Mouret.

Hacia largo rato que éste no se hallaba en el entresuelo, de pié y al lado del pasamano. De pronto apareció en lo alto de la escalera que conducia al piso bajo y desde donde se dominaba tambien toda la casa. Su rostro se iba animando; volvia á recobrar la fe y se iba creciendo ante el gentio que poco á poco llenaba el establecimiento. Al fin, habian llegado los apretones esperados, la animacion de por la tarde, en la cual habia dejado de creer un momento á causa de la fiebre que lo dominaba; todos los dependientes estaban en sus sitios, porque un tercer toque de campana habia indicado que acababan de almorzar los de la tercera mesa; quizás pudiera repararse el perjuicio de aquella desastrosa mañana, al que sin duda habia contribuido un terrible chaparron que cayó á eso de las nueve, porque el cielo habia adquirido de nuevo la diafanidad que tenia á primera hora ántes de la lluvia. Los salones del entresuelo estaban animadísimos, y várias veces tuvo que echarse á un lado para dejar pasar; grupos de señoras que subian á los departamentos de ropa blanca y de confeccion, mién-

tras que á su espalda, en los de bordados y chales, oia hablar de fuertes sumas. Pero lo que más le tranquilizaba era el aspecto de las galerías de la planta baja. En la seccion de mercería no cabia ya un alma más; y llenas estaban tambien la de ropa blanca y las de telas de lana: el desfile iba siendo cada vez más compacto, compuesto casi en su totalidad de señoras de sombrero. En el vestíbulo, donde se hallaba la sedería, multitud de señoras se habian quitado los guantes para palpar mejor las piezas de *Paris-Bonheur*, y hablaban á media voz como si estuvieran en un salon. Tampoco dejaba de fijarse en el ruido que se oia fuera, el rodar de los carruajes, el roce de los portiers, el murmullo de la multitud: sentia á su alrededor la máquina puesta en movimiento, el ir y venir, el ruído de los cajones, las mesas donde los criados del establecimiento se ocupan en empaquetar los géneros, hasta los golpes dados al soltar en los sótanos los paquetes devueltos, cuyo ruido hacia retemblar toda la casa. En medio de aquella batahola el inspector Jouve se paseaba con aire grave, acechando á los rateros.

—¡Toma! ¡eres tú!—dice Mouret, al reconocer á Paul de Vallagnosc, al que conducia un criado.—No, tú no me arruinarás. Ademas, no tienes que hacer más que seguirme, si es que deseas ver; hoy estoy sobre la brecha.

Ocultaba sus inquietudes. El público acudia; ¿pero se obtendria de la venta el resultado apetecido? Llevaba á Paul de un lado á otro, charlando y riendo alegremente.

—Parece que quiere alegrarse un poco—dijo Hutin á Favier.—No creas que estoy para bromas; hace unos cuantos dias que estoy de malas, de véras. Acabo de sufrir una derrota, esa *tejera* ha concluído por no comprarme nada.

Y señalaba con la barba á una señora que dirigia miradas de disgusto á todos los vestidos. No llegaria á apuntar mil francos, no vendia nada; de ordinario, ganaba siete ú ocho francos de tanto por ciento, que unido á lo que le daban, venía á salir, por término medio á doce francos por dia. Favier no llegaba más que á ocho, y hé aquí que aquel animal le arrebataba su comida, porque acababa de vender un vestido. ¡Un dependiente que no habia sabido jamas enganchar á un parroquiano! ¡Esto era desesperante!

—Los boneteros y buhoneros parece que están haciendo su agosto—murmuró Favier, refiriéndose á los encargados en el

despacho de gorras, y en seguida Hutin, que escrudriñaba con su mirada todo el establecimiento, dijo de pronto:

—¿Vos conoceis á la señora Desforges, la íntima amiga del principal? Vedla, aquella morena que está en la guantería, á la que Mignot prueba los guantes.

Se calló, y despues continuó á media voz, como si hablára á Mignot, del que no apartaba los ojos:

—Vamos, vamos, buen hombre; frótale bien los dedos, puede ser que adelantes algo. ¡Ya conocemos, ya conocemos el género de tus conquistas!

Existia entre él y el guantero cierta competencia; los dos presumian de galantes y de coquetear con las parroquianas. Él no podia vanagloriarse de ninguna conquista que mereciera la pena; Mignot, segun se contaba, vivia con la mujer de un comisario de policía que se habia enamorado de él perdidamente, miéntras que Hutin habia realmente conquistado en su dependencia á una pasamanerista que se dejaba llevar á los hoteles que gozaban en el barrio de una reputacion dudosa; pero ellos querian pasar por héroes de misteriosas aventuras, dando á entender que recibian citas de las condesas miéntras hacian compras.

—Debierais hacer que os compre algo—dijo Favier con aire socarron.

—¡Es una buena idea!—replicó Hutin.—Pero si viene por aquí yo la enredaré, ¡me hacen falta cien sueldos!

En la guantería una fila de señoras estaban sentadas delante del estrecho mostrador forrado de veludillo verde con adornos de metal niquelado en las esquinas; los dependientes, siempre sonriendo, amontonaban delante de ellas las cajas planas, de color rosa, que dejaban sobre el mostrador.

Mignot, inclinando su esbelta figura, procuraba dar las más dulces inflexiones á su gangoso acento parisiense.

Habia vendido ya á la señora Desforges una docena de pares de guantes, seis blancos y seis claros, de los *Bonheur*, la especialidad de la casa. Ademas tres pares de piel de Suecia. Se hacia probar, por temor de que la medida no fuera exacta, unos de piel de Sajonia.

—¡Oh, á la perfecion, señora!—repetia Mignot.—El seis y cuarto sería demasiado grande para una mano como la vuestra.

Inclinado sobre el mostrador, le sujetaba la mano cogiéndole los dedos uno á uno, haciendo resbalar el guante y estirándolo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con habilidad suma; descansaba por un momento y proseguia de nuevo, sin dejar de mirarla como para poder adivinar en su semblante cierta emocion voluptuosa. Pero ella, con el codo apoyado en el cojincillo de terciopelo, y con el puño levantado, le entregaba los dedos con el mismo aire de indiferencia que empleaba al entregar á su doncella el pié para que le abrochára la botina. Aquel no era un hombre; al servirse de él lo hacia del modo que le era familiar cuando se trataba de personas de su servidumbre; ni siquiera le miraba.

—¿Os molesto, señora?

Se limitó á contestar con un movimiento negativo de cabeza. El olor de los guantes de Sajonia, ese olor como de piel y de almizcle, la conmovia de ordinario y á menudo se confesaba riendo su aficion á este olor ambiguo, en el que hay algo del que exhalan ciertos animales cuando están en celo, y del que suelen echar en las cajas de polvos de arroz. Delante de aquel dependiente vulgar el olor de los guantes no le habia producido efecto ni hecho sentir el más ligero estremecimiento de sensualidad miéntras se los habia estado probando.

—¿Desea algo más la señora?

—Nada, gracias. Podeis llevarlo á la caja número diez para la señora Desforges, ¿estais?

Como era antigua parroquiana, tenía la costumbre de dar su nombre en una caja, á la que mandaba llevar todas sus compras, sin hacerse acompañar por ningun dependiente. Cuando se hubo alejado, Mignot se volvió á su vecino, con los ojos entornados, queriendo de este modo darle á entender que acababan de pasar entre él y la parroquiana cosas extraordinarias.

—¡Eh!—dijo con aire socarron;—le hubiera estado probando guantes toda mi vida.

La señora Desforges continuó haciendo sus compras; se dirigió hácia la izquierda y se detuvo en el departamento de ropas blancas para comprar algunas rodillas; dió la vuelta y continuó por el de lanas, situado al fondo de la galería. Como estaba contenta de su cocinera, queria regalarle un vestido. El departamento de lanas se hallaba ocupado por una inmensa muchedumbre; las jóvenes *bourguesas* se extasiaban palpando las telas y se absorbian haciendo cálculos. Tuvo necesidad de tomar asiento unos instantes. En las cajas se amontonaban las piezas, que los dependientes, no sin grandes esfuerzos, bajaban una á una. No se podia escoger

entre los géneros que habia sobre los mostradores, por estar llenos hasta el punto que las piezas resbalaban y caian. Aquello era un mar de colores; lanas de todas clases, grises, azules, amarillas, entre las que brillaban con su vária confusion los colores escoceses sobre el fondo bajo de las franelas. Las etiquetas blancas de las piezas parecian como los grandes copos de una nevada.

Detras de una pila de encajes, Lienard coqueteaba con una jóven obrera enviada por su ama para recoger unos merinos. Odiaba estos dias de mucha venta que le cansaban los brazos, trataba de huir del trabajo; muy recomendado por su padre, no hacía caso del despacho, y se limitaba á hacer únicamente lo indispensable para no ser despedido.

—Escuchad, señorita Fanny—decia.—Vos estais siempre deprisa. ¿Quedariais contenta de la vicuña del otro dia? Ya iré á dar una vuelta por vuestra casa.

La obrera se marchó riendo. Lienard se encontró delante de la señora Desforges, á la que no pudo ménos de preguntar:

—¿Qué es lo que desea la señora?

Queria un vestido de poco precio y fuerte. Lienard, para no cansarse los brazos, lo cual era uno de sus cuidados, se puso á buscar un vestido entre los que se hallaban desplegados sobre el mostrador. Los habia de cachemira, de sarga, de vicuña, y juraba que no existia nada mejor, y que eran todos de duracion suma. Mas ninguno de estos tejidos acababan de satisfacer á la parroquiana. Habia visto en una casa una escocesa azulada, y era lo que deseaba ver. Al fin se decidió y concluyó por bajar el vestido, pero lo encuentra demasiado basto. Despues siguió uno de felpa, otro diagonal; todo el surtido que habia en lanas, las que iba tocando por simple curiosidad, sólo por gusto, dispuesta á comprar al fin cualquiera cosa. El dependiente tuvo necesidad de bajar las cajas que se hallaban más altas; ya le dolian sus espaldas; el mostrador habia quedado cubierto con las cachemiras y los encajes, con las ricas pieles de gamuza, con los plumones y con las vicuñas. Todas las telas iban pasando, sin que por su parte hiciera la menor señal de comprar ninguna. Ademas, le habia tambien enseñado las granadinas y las gasas de Chambery. Despues que hubo visto bastante dijo:

—¡Oh, Dios mio! Lo primero era mucho mejor. Sí, ya se ve, para una cocinera... Sí, sí, el de sarga con puntillas pequeñas, de á dos francos.

Despues dejó á Lienard, que estaba pálido de cólera:

—Podeis llevarlo á la caja número diez. Para la señora Desforges.

Cuando se alejó de allí, vió á la señora Marty acompañada de su hija Valentina, hermosa jóven de unos catorce años, delgada y atrevida, que se permitia dirigir á las mercancías miradas codiciosas.

—¡Cómo! ¿Sois vos, mi querida amiga?

—Adios, amiga mia... ¿Eh? ¡qué concurrencia!

—¡Oh! no me hableis de eso, estoy medio asfixiada...

—¡Un acontecimiento! ¿Habeis visto el salon oriental?

—¡Soberbio, inaudito!

Sin dejar de recibir codazos, atropelladas por la creciente multitud de jóvenes *bourguesas* que se detenian ante los géneros, se pasmaban ante la exposicion de tapices.

La señora Marty dijo deseaba comprar un vestido y un manton; pero como no estaba aún resuelta, habia hecho le enseñáran unas colchas de lana.

—Cuidado, mamá—dijo Valentina—eso es demasiado visto.

—Venid á la sedería—dice la señora Desforges.—Es preciso ver el famoso *Paris-Bonheur*.

La señora Marty vacila un instante. Todo aquello sería muy caro y ella habia ofrecido á su esposo que sería prudente. Empleó más de una hora en comprar un manguito y unas golas para ella, y algunas camisas para su hija. Y concluyó por decir al dependiente que le enseñára las colchas.

—Bueno, voy á la sedería. Aquí no hay todo lo que necesito.

El dependiente cogió los géneros ya separados y marchó delante de las señoras.

En la sedería, la multitud era mayor aún; los apretones eran, sobre todo, delante del escaparate interior, preparado por Hutin, y donde Mouret habia dado algunos toques de mano maestra. Éste se hallaba situado en el fondo del vestíbulo, y al rededor de una de las columnas que sostenian la montera de cristales, á manera de una cascada de géneros, un lienzo con varios cogidos caia desde lo alto hasta llegar al entarimado. Los rasos claros y la seda de colores pálidos brillaban en primer término; los rasos Reina, los del Renacimiento, con sus tonos nacarados y sus aguas; las sedas ligeras y trasparentes como el cristal, el verde Nilo, color de cielo indiano, el rosa de Mayo y el azul Danubio. Despues estaban los tejidos más fuertes; los rasos maravillosos, las sedas duquesas de colores oscuros, desenvolviéndose artísticamente, y en la parte de abajo, como echadas en monton, hallábanse las telas más fuertes y más tupidas, los damascos brochados, sedas con mezcla de lana, y despues multitud de terciopelos de todas clases y de todos los colores, negros, blancos, con fondo de tal ó cual color y flores sobrepuestas, formando contraste y como reflejándose en un lago inmóvil donde parecian danzar reflejos de cielo y de paisaje. Una porcion de mujeres, pálidas de placer, se asomaban á él como para mirarse en sus aguas.

Todas, á la vista de aquella catarata extraña, parecian sentir miedo de ser cogidas y arrastradas por la corriente de aquel lujo asiático y estupendo, y al mismo tiempo como si deseáran caer en él.

—¡Cómo! ¡estás tú aquí!—dijo la señora Desforges al encontrarse con la señora Bourdelais, que se hallaba delante de un mostrador.

—¡Ya lo creo! ¡Buenos dias!—respondió, estrechándole al mismo tiempo las manos.—Pues sí, he venido á ver un poco.

—¡Eh! es prodigioso este establecimiento. Es un sueño.....

—¡Y el salon oriental! ¿has visto el salon oriental?

—¡Sí, sí, sorprendente!

Pero bajo el entusiasmo, que era la nota saliente del dia, la señora Bourdelais conservaba su sangre fria de mujer de gobierno. Examinaba con todo cuidado una pieza de *Paris-Bonheur*, porque habia ido exclusivamente para aprovechar la venta excepcional de esta tela, la que encontró realmente ventajosa. Sin duda quedó satisfecha, pues pidió veinticinco metros, con lo que se proponia interiormente tener bastante para sacar un vestido para ella y un abrigo para su hija.

—¡Cómo! ¿te marchas ya—dijo la señora Desforges—sin acompañarnos á dar una vuelta?

—No, gracias; me esperan en casa. No he querido arriesgarme á traer los niños con esta bulla.

Se marchó precedida del dependiente que llevaba los veinticinco metros de seda, que dejó en la caja número diez, donde el jóven Albert se mareaba con tantos pedidos de factura como se hacian. Cuando el dependiente pudo acercarse, despues de haber apuntado con un pedazo de lápiz en su libro de ventas lo que habia vendido, lo dictó al cajero, el que á su vez lo inscribió en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

registro talonario, arrancó la hoja, y despues de haberle puesto el sello de recibido, la clavó en un cuelga-papeles.

—Ciento cuarenta francos—dijo Albert.

La señora Bourdelais pagó y entregó su tarjeta, porque como habia ido á pié no queria ocuparse las manos.

Terminada la operacion de la caja, José se puso á empaquetar la seda, lo que una vez hecho, arrojó el paquete en un cesto con ruedas, que fué llevado al servicio del departamento, lleno poco á poco con las mercancías del almacen, que parecia querer tragarlos á manera de una presa.

En el departamento de sedas era tal la multitud, que la señora Desforges y la señora Marty no pudieron encontrar un dependiente desocupado.

Quedaron de pié y envueltas entre la multitud de señoras que contemplaban los géneros, los palpaban y se pasaban dos horas sin decidirse. Pero sobre todo, para lo que comenzaba á dibujarse un gran éxito era para el *Paris-Bonheur*, en torno del cual empezaba á notarse un agrupamiento y un entusiasmo de esos que deciden en un dia, en un momento, de una moda. Todos los dependientes estaban midiendo seda de aquella; por debajo de los sombreros de señora se veia el brillar de los ojos, siguiendo el movimiento incesante de dedos que iban poniendo la tela en las marcas de metal que sobre el mostrador señalaban los metros; oíase el ruido de las tijeras mordiendo el tejido, y todo esto sin detenerse ni un momento, sin cesar, sin tomarse tiempo de respirar siquiera, como si todos aquellos dependientes no fueran bastante á dar abasto á tanto y tanto como aquellas señoras pedian.

—La verdad es que no es fea por cinco francos.

—Sesenta—dijo la señora Desforges, que habia conseguido apoderarse de una pieza en un rincon del mostrador.

La señora Marty y su hija Valentina experimentaban cierta desilusion. Los periódicos habian hablado tanto de ella, que esperaban encontrar algo más elegante y mejor.

Pero Bonthemout acababa de ver á la señora Desforges, y con objeto de hacer la córte á una persona á quien se suponia en gran predicamento con el amo de la casa, se aproximó con aquella amabilidad algo fingida que le era característica.

¡Cómo! ¡no le despachaban! ¡Semejante descuido era imperdonable! Debia ser un poco indulgente, porque estaban tan ocupados que verdaderamente nadie sabía ya dónde tenía la cabeza. Y al mismo tiempo buscaba sillas por entre las faldas de las demas parroquianas, sonreia con aire bonachon y vulgar, en el que habia mucho del amor brutal á la mujer, lo cual parecia no desagradar á Enriqueta.

—Mirad—murmuró Favier, dirigiéndose á Hutin, miéntras iba á sacar de una caja un carton con muestras de terciopelo;—mirad á Bonthemont que os sopla á vuestra parroquiana.

Hutin se habia olvidado de la señora Desforges, porque estaba fuera de sí por haber tenido que aguantar por espacio de un cuarto de hora la terrible charla de una vieja que acabó por no comprarle, despues de hacerle revolver todo, más que una vara de seda para un vestido. En los momentos de apuro, cuando habia mucho que hacer, no se cuidaban del turno y cada cual despachaba á todas las parroquianas que podia. Así es que Hutin iba ya á dirigirse á la señora Boutarel, que se disponia á pasarse el resto de la tarde en *La Dicha de las Damas*, donde habia estado tres horas aquella mañana, cuando la observacion de Favier le produjo una brusca sacudida. ¿Se habia de quedar sin la amiga del principal, á la que se habia prometido sacarle cien sueldos? Seria el colmo de la mala suerte, porque áun no habia hecho tres francos con todas aquellas otras cursis.

Precisamente Bonthemout estaba repitiendo en aquel momonto:

—¡Á ver, señores, venga uno por aquí!

Entónces Hutin endosó la señora Boutarel á Robineau que estaba desocupado.

—Mirad, señora, dirigíos al subjefe y os responderá mejor que yo.

Y se precipitó, hizo que le entregára el dependiente de la seccion de lanas las compras hechas allí por la señora Marty, á quien áun acompañaba aquél, esperando órdenes. Aquel dia, una irritacion nerviosa debia engañar su instinto extraordinario. Generalmente, con una mirada dirigida á una mujer tenia bastante para saber si compraria, y cuánta cantidad. Luégo dominaba á la parroquiana, se apresuraba para concluir con ella á fin de poder servir á otra, y le imponia su gusto, convenciéndola de que mejor que ella misma sabía él la tela que pudiera convenirle.

—¿Qué clase de seda, señora?—preguntó con la mayor amabilidad.

Y apénas habia abierto la boca la señora Desforges, replicó:

—Ya sé, ya sé lo que deseais y lo que os conviene.

Cuando la pieza de *Paris-Bonheur* estuvo desdoblada en un rincon del mostrador entre otra porcion de piezas de seda, la señora Marty y su hija se aproximaron. Hutin, un poco en cuidado, comprendió que se trataba primero de una compra para éstas.

En voz baja se cambiaban palabritas entre las señoras, que el dependiente no podia oir bien. De seguro la señora Desforges daba consejos á su amiga.

—Es claro—murmuraba ésta—que una seda de cinco francos sesenta no puede ser nunca como una de quince, ni como una de diez.

—Es muy endeblilla—repetia la señora Marty—y me temo que para un abrigo resultaria de poco cuerpo.

Esta observacion le hizo intervenir, sonriéndose con la exagerada satisfaccion del hombre que no puede equivocarse, que es infalible.

—Pero, señora, la ligereza es precisamente la condicion principal de esta seda. No se arruga á pesar de parecer endeble. Creo que es precisamente lo que necesitais.

Las señoras, impresionadas por aquella aseveracion, guardaban silencio. Habian vuelto á coger la tela y estaban examinándola nuevamente, cuando sintieron que les tocaban en el hombro.

Era la señora Guibal, que hacia una hora andaba de una parte á otra de los almacenes, como quien va de paseo, recreando la vista con todas aquellas riquezas, sin comprar siquiera una vara de tela.

Empezaron de nuevo allí las conversaciones.

—¡Cómo! ¿sois vos?

—Sí, yo soy, un poquillo dolorida de los empujones que he recibido.

—¿Verdad? Hay muchísima gente, y no se puede andar. ¿Y el salon á la oriental?

—¡Magnífico!

—¡Divino! ¡qué éxito tan grande!.. Esperad un poco y subiréis conmigo allá arriba.

—No, gracias; acabo de bajar.

Hutin esperaba, ocultando su impaciencia tras aquella sonrisa que jamas se borraba de sus labios. ¿Irian á estarse allí todavia? Las señoras no se ocupaban de él. Por fin, la señora Guibal se

alejó, continuó su paseo, dando vuelta con verdadera fruicion á todo el departamento de sedería.

—Yo que vos, compraria el abrigo hecho—dijo la señora Desforges, volviendo bruscamente;—*el Paris-Bonheur* no costaria más barato.

—Es verdad que con los adornos y las hechuras...—murmuró la señora Marty.—Ademas, se puede escoger mejor.

Las tres se habian puesto en pié. La señora Desforges replicó, volviéndose á Hutin:

—Tened la bondad de acompañarnos al departamento de confecciones.

El dependiente se quedó perplejo, porque no estaba acostumbrado á tales derrotas. ¡Cómo! ¡aquella señora no compraba! ¡le habia engañado su instinto! Abandonó á la señora Marty é insistió con Enriqueta, poniendo en juego todos sus recursos de vendedor. Entónces le preguntó con una voz llena de seducciones:

—¿Y vos, señora, no deseais ver nuestros rasos y nuestros terciopelos?.. Tenemos un surtido extraordinario y verdaderas gangas.

—Gracias, otro dia—respondió ésta con la mayor tranquilidad, y sin mirarlo más de lo que habia mirado á Mignot.

Hutin no tuvo más remedio que volver á coger los paquetes de la señora Marty para acompañarla al departamento de confeccion. Pero su enojo tuvo aún nueva exacerbacion al ver que Robineau estaba vendiendo á la señora una buena cantidad de varas de seda. Decididamente, no tenia olfato ni ganaria tres cuartos.

—Al primer piso, señoras—dijo, sin dejar de sonreir.

No era cosa fácil ganar la escalera. Masa compacta de cabezas inundaba las galerías y el centro como un lago desbordado. La batalla por el negocio tronaba allí; los dependientes sujetaban aquel pueblo de mujeres que se adelantaban unas á otras. Era llegada la hora formidable del mediodía, cuando el volante de la máquina ordenaba el ir y venir de compradoras y las sacaba el dinero del bolsillo. En la seccion de seda, sobre todo, era locura; habia tanta gente, que Hutin no podia dar un paso; y Enriqueta, sofocada, levantó los ojos y vió á Mouret en lo alto de la escalera contemplando su victoria. Sonrió, esperando que bajára á buscarla. Pero él apénas la distinguia entre el gentio; estaba con Vallagnosc, enseñándole la casa con la cara radiante de triunfador. La trepidacion interior sofocaba los ruidos de fuera: no se oia ni el

rodar de los coches ni el ruido de las puertas. Fuera de allí sólo existia para Mouret el enorme París que habia de proveerle de compradoras. En el ambiente inmóvil y pesado, embalsamado por el olor de las telas, aumentaba el rumor. El pisar contínuo, las frases cien veces repetidas, el ruido del oro sonando sobre los mostradores, las cestas rodando sin cesar y dejando caer sus cargas de paquetería en los insaciables sótanos... Bajo el fino polvo se confundia todo, no conociéndose la division de las secciones; la de mercería parecia inundada; más léjos, un rayo de sol, cayendo sobre la de la lencería, parecia una flecha de oro clavada en la nieve; en la guantería y lanería era una masa compacta de sombreros y peinados, ocultando las perspectivas del almacen; no se distinguian las *toilettes*, sobresaliendo únicamente los sombreros adornados de plumas y cintas; algunos sombreros masculinos ponian sobre aquello motas negras, miéntras los rostros de las mujeres, con la fatiga y el calor, tomaban la trasparencia de la camelia. Gracias á sus codos vigorosos abrió Hutin un camino á las damas, marchando delante de ellas. Cuando subieron la escalera no estaba Mouret: habia metido á Vallagnosc en pleno gentío para acabar de aturdirle, y deseando darse á sí mismo aquel baño de éxito. Perdia con gusto el aliento al sentir sobre su cuerpo el abrazo de toda su clientela.

—Á la izquierda, señoras—dijo Hutin, siempre previsor, á pesar de su irritacion.

Arriba el obstáculo seguia. Estaba invadida hasta la seccion de muebles, tan tranquila de ordinario. Las secciones de chales, pieles y lencería hervian de gente. Al pasar la seccion de encajes tuvieron aquellas señoras otro encuentro, el de la señora de Boves y su hija Blanca, ocupadísimas con los géneros que Deloche las presentaba. Hutin tuvo que hacer otra estacion con el paquete en la mano.

—¡Buenos dias! Me acordaba de vos.

—Pues yo os busqué; pero ¿quién encuentra á nadie entre tanta gente?

—Esto es magnífico, ¿verdad?

—Aturde, querida. Hace rato que estamos de pié.

—¿Comprais?

—No, miramos.

Efectivamente, la señora Boves, que no llevaba dinero más que para el coche, hacía sacar cartones de encajes por el gusto de verlos y tocarlos. Conoció en Deloche al dependiente primerizo que no sabe resistir á los caprichos de las mujeres, y abusaba de su aturdida amabilidad, hacía media hora pide que pide. El mostrador desbordaba, y ella hundia la mano en aquella ola creciente de guipures, malinas, valenciennes y chantillys, con los dedos temblando de deseo y encendido el rostro de gozo sensual, miéntras Blanca, influida como su madre, tenía muy pálido su rostro fofo.

La conversacion seguia. Hutin las hubiera pegado; estaba inmóvil esperando sus antojos.

—¡Toma!—dijo la de Marty;—¿buscais corbatas y pañuelos como los que os enseñé el otro dia?

Era cierto. La de Boves, envidiosa de los encajes de la de Marty, desde el sábado no pudo resistir el deseo de pasar siquiera sus manos por ellos, pues el abandono en que la tenía su marido no la permitia llevárselos. Se ruborizó ligeramente y dijo que Blanca habia querido ver las corbatas de blonda española. Y luégo añadió:

—¿Vais á las confecciones? Bueno, pues voy en seguida. ¿Esperais en el salon oriental?

—Sí, en el salon oriental. ¡Soberbio!

Se separaron sonriendo entre la confusion producida por la venta de entredoses y puntillas á bajo precio. Félix Deloche, con aire ocupado, seguia vaciando cajas ante la madre y la hija. El inspector Jouve se paseaba despacio, con su aspecto militar, por entre los grupos hacinados delante de los mostradores, mostrando su decoracion y velando sobre aquellas preciosas mercancías, tan fáciles de esconder bajo un paletó ó en una manga. Al pasar por detras de la señora de Boves, sorprendido al verla con el brazo hundido en el monton de malinas y valenciennes, miró fijamente sus manos febriles.

—Á la derecha, señoras—dijo Hutin, volviendo á emprender la marcha.

Estaba fuera de sí. ¿No era bastante hacerle perder venta abajo, sino que se detenian á cada paso en el almacen? En su irritacion entraba el ódio de las secciones de telas contra los artículos confeccionados; siempre en la lucha, disputándose los clientes y arrebatándose su tanto por ciento y sus primas. La seda, más aún que la lanería, se irritaba cuando habia que llevar á alguna señora á las confecciones, cuando se decidia por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un abri-go despues de hacerse enseñar los tafetanes y las fayas.

—¡Señorita Clara!—dijo al fin Hutin con enfado cuando llegaron á la seccion.

Pero ésta pasó sin escucharle, ocupada con una venta. La seccion estaba llena, y la gente la atravesaba de cabo á cabo, entrando y saliendo por las puertas de los encajes y de la ropa blanca, que estaban una frente á otra. En el fondo se movian los compradores de ropa hecha, probándosela ante el espejo, y con las manos en las caderas. La moqueta roja apagaba el ruido de las pisadas, y el rumor del piso bajo se extinguia, y quedaba como un murmullo discreto en aquel salon invadido por un ejército de mujeres.

—¡Señorita Margarita!—gritó Hutin.

Como ésta no se daba prisa, añadió entre dientes, para no ser entendido:

—¡Hato de monas!

Tenía ojeriza á las oficialas, porque se rompia las piernas á fuerza de llevarlas parroquianas, cuya ganancia, decia, vendimiaban ellas.

Era una guerra sorda que ellas seguian con igual empuje, y en que desaparecian el deseo y los sexos, no quedando frente á frente más que los intereses encontrados, irritados por la fiebre del negocio.

—¿Qué, no hay nadie?—preguntó Hutin.

De pronto vió á Dionisia. Estaba ocupada en el desplegado desde por la mañana; la habian dejado algunas ventas dudosas, que no llegó á hacer por fin. Cuando la apercibió estaba ocupada en desembarazar un mostrador de un monton de trajes, y corrió hácia ella.

—Tomad, señorita, y servid á estas señoras.

La puso vivamente en los brazos los géneros de la señora Marty, que estaba aburrido de llevar encima. Volvióle su sonrisa, como dependiente experimentado que gozase con el embarazo en que ponia á aquellas señoras y la jóven. Ésta se quedó muda ante aquella inesperada venta que se la presentaba. Por segunda vez se la aparecia Hutin como un amigo siempre pronto á ir en su ayuda. Brillaron de gratitud sus ojos, y le siguió con tierna mirada, miéntras él manejaba los codos para llegar pronto á su seccion.

—Deseo ver abrigos—dijo la señora Marty.

Dionisia preguntó qué género de abrigo queria. La de Marty no lo sabía, no habia formado idea, y queria ver los modelos de la estacion.

La jóven, cansada y aturdida con la gente, perdia la cabeza; habia servido á poca gente en casa de Cornailles, en Valognes; ignoraba el número de los modelos y su lugar en los armarios. No acababa de contestar á las dos amigas, que se impacientaban, cuando la señora Aurelia apercibió á la de Desforges, cuyas relaciones con Mouret debia saber, porque se apresuró á ir sonriendo.

—¿Sirven á estas señoras?

—Sí, aquella jóven que busca allá abajo—respondió Enriqueta;—pero no parece muy al corriente, y no encuentra nada.

La primera acabó de anonadar á Dionisia, diciéndola á media voz:

—Ya veis que no servís. Estaos quieta, os lo ruego.

Y añadió llamando:

—¡Un abrigo, señorita Margarita!

Se quedó allí miéntras Margarita enseñaba los modelos. Ésta usaba para con las compradoras un tono secamente cortés, una actitud desagradable de jóven que gasta vestido de seda, en roce con todas las elegancias, á las que odiaba. Cuando oyó decir á la señora Marty que no queria gastar más de doscientos francos, hizo un gesto de compasion. ¡Oh! la señora se limitaba mucho, pues con doscientos francos no era fácil hallar cosa conveniente. Y arrojó sobre un mostrador los abrigos ordinarios con un ademan que queria decir: ¡Pobretona! La señora Marty no gustó de ellos, y dijo al oido de la de Desforges:

—¿No os agrada más ser servida por hombres? Se está más á gusto.

Margarita trajo un abrigo de seda con azabaches, que trató con más respeto, y la señora Aurelia llamó á Dionisia. Estaba inmóvil y con las manos cruzadas, desesperando de ser bien vista nunca en la casa. Iba á despedírsela sin duda, y los niños se quedarian sin pan. El rumor de la gente hervia en su cerebro, y sentia vacilar sus miembros, rendidos por los brazados de vestidos, especie de trabajo que nunca habia hecho. Se acercó y dejó que Margarita colocase sobre ella el abrigo como sobre un maniquí.

—Teneos derecha—dijo la señora Aurelia.

En seguida se olvidaron de Dionisia, porque acababa de entrar

Mouret con Vallagnosc y Bourdoncle. Saludó á las señoras y recibió la enhorabuena por su magnífica exposicion de novedades de invierno; se elogió el salon oriental. Vallagnosc, que acababa su paseo por las secciones, estaba más sorprendido que admirado. En cuanto á Bourdoncle, felicitaba á Mouret, olvidando que era de la casa, para borrar el recuerdo de sus dudas y sus persecuciones de aquella mañana.

—Sí, esto marcha; estoy contento —decia Mouret con el rostro radiante y respondiendo con una sonrisa á las tiernas miradas de Enriqueta.—Pero os entretengo, señoras...

Todas las miradas se fijaron en Dionisia, quien era manejada por las manos de Margarita, que la hacía volverse lentamente.

—¿Qué os parece?—preguntó la señora Marty á la de Desforges.

Ésta la aconsejaba, erigida en árbitro de la moda.

—No está mal... Tiene un córte original, pero poco gracioso en el entallado.

—Hay que verlo—dijo la señora Aurelia—sobre la señora misma. Ya comprendeis que no hace efecto sobre la señorita, que lleva poco vestido. Erguíos, señorita, y dadle toda su gracia.

Sonrieron todos, y Dionisia se puso pálida. Tenía vergüenza de verse convertida en una máquina que se examinaba y de la que se burlaban impunemente.

La señora Desforges, cediendo á inexplicable antipatía hácia el dulce rostro de la jóven, añadió malévolamente:

—Sí, estaria mejor si el traje de la señorita fuese ménos ancho.

Y miró á Mouret con la sonrisa burlona de la parisien á quien divierte el traje charro de una provinciana. Mouret sentia la caricia enamorada de aquella mirada, aquel triunfo de la mujer feliz con su hermosura, y por gratitud de hombre adorado creyó deber burlarse á su vez, á pesar de que su naturaleza galante sufria la influencia del secreto encanto de la jóven.

—Ademas—dijo—se necesita estar peinada.

Aquello fué un colmo de risa en todos. Margarita aventuró un ligero fruncimiento de labios de jóven bien educada que se contiene; Clara abandonó una venta para solazarse á su gusto, y hasta algunas oficialas de la ropa blanca se acercaron, atraidas por el rumor.

En cuanto á aquellas señoras, se divertian más discretamente, con aire de mujeres de mundo, miéntras el imperial perfil de la señora Aurelia estaba serio, como si los indómitos cabellos y los hombros virginales de la jóven hubiesen deshonrado el tono serio de su seccion.

Dionisia palideció áun más en medio de todas las que se burlaban de ella. Se sentia violenta y sin defensa ante aquellas miradas que caian sobre ella. ¿Qué habia hecho ella para que así se mofasen de su abundante cabello y su talle delgado? Sufria sobre todo con la risa de Mouret y de la señora Desforges, sintiendo en el corazon un dolor desconocido.

Era bien mala aquella señora para emprenderla así con una pobre muchacha que nada la habia hecho, y Mouret la inspiraba un miedo en que se fundian otros sentimientos que no podia analizar. En su abandono de esclava, herida en su pudor de mujer y rebelándose contra la injusticia, tuvo que ahogar los sollozos que la apretaban la garganta.

—¡Que se peine mañana! ¡esto es indecente!—decia el terrible Bourdoncle á la señora Aurelia, azuzado por la antipatía que cobró desde el primer dia á la jóven.

La primera quitó el abrigo de los hombros de Dionisia, y la dijo en voz baja:

—¡Buen principio, señorita! Si habeis querido enseñarnos de lo que sois capaz... no se puede ser más tonta.

Dionisia se fué al monton de trajes, por miedo de estallar en llanto ante sus burladores. Allí al ménos estaba confundida entre la gente, y el cansancio la impedia pensar. Bruscamente sintió junto á sí á Paulina, oficiala de la ropa blanca, que ya por la mañana habia tomado su defensa. Lo habia visto todo y murmuró á su oido:

—No seais tan sensible, hija mia. Olvidaos de ésta, que no será la última. Yo, como os he dicho, soy de Chartres, sí, Paulina Cugnot, y mis padres son tahoneros allí... Pues bien, me hubieran comido los primeros dias si no me hubiese puesto tiesa. Conque valor, y dadme la mano, que ya hablarémos cuando querais.

Esta mano que la tendian aumentó la turbacion de Dionisia. La apretó furtivamente, y se dió prisa á cargar unos paletós, temiendo que se la riñera más si se sabia que tenía una amiga.

Entre tanto, la señora Aurelia colocaba el abrigo á la señora Marty, exclamando:

—¡Maravilloso! ¡divino! Ya parece otra cosa.

La de Desforges declaró que ningun otro la estaria mejor. Se saludaron; Mouret se despidió, y Vallagnosc, que apercibió en los encajes á la señora de Boves y su hija, se apresuró á ir á ofrecer su brazo á la madre. Margarita pedia en una de las cajas del entresuelo las compras de la señora Marty, la cual pagó y dió órden de que se las llevaran al coche. La de Desforges encontró sus compras en la caja 10.ª Áun se encontraron otra vez en el salon oriental. Se iban atacadas de un acceso de admiracion parlanchina. La misma señora Guibal se animaba.

—¡Oh, delicioso!

—¿No es cierto que es un verdadero haren? Y no muy caro.

—¡Los smyrna! ¡qué colores! ¡qué finura!

—¿Y este kurdistan?.. ¡Ved un Delacroix!

El gentío se aclaraba. Habia sonado la campana con una hora de intervalo para las dos primeras mesas, y se iba á servir la tercera. En las secciones, desiertas poco á poco, sólo quedaban raros compradores retardados, á quienes la fiebre de gastar hacia olvidar la hora. De fuera llegaba el rodar de los últimos coches entre la voz de París, especie de ronquido de ogro satisfecho que digeria los paños, las sedas y los encajes con que se le atracaba desde por la mañana. Dentro, y á la luz del gas que alumbraba los sacudimentos últimos de la venta, parecia como un campo de batalla animado en aquella lucha del negocio. Los dependientes, ahitos de cansancio, campaban por sus cajas y mostradores, que parecian asolados por una tempestad. Apénas se circulaba por las galerías de la planta baja, obstruidas por las sillas esparcidas; habia que arreglar en la guantería una pila de cajas que Mignot habia dejado derrumbarse; en la lanería lo mismo: Lienard dormitaba sobre un mar de piezas ó pilas áun en pié, parecidas á casas arrasadas por una inundacion, y más léjos, la lencería habia caido al suelo como nieve: se tropezaba contra rollos de servilletas, y se pisaban los ligeros flecos de las toallas. Arriba, iguales estragos que en las secciones del entresuelo. Las pieles llenaban el suelo, y las confecciones se amontonaban como capotes de tropa fuera de uso; los encajes y la ropa blanca, arrugados y por el suelo, hacian pensar en un pueblo de mujeres que se hubiese desnudado allí en un ímpetu de deseo; miéntras abajo, en el fondo de la casa, el servicio de expedicion estaba en plena actividad, removiendo los paquetes que iban llevándose los carruajes, último estremecimiento de aquella formidable máquina. En la seda habianse despachado á su gusto los compradores: allí sí que se circulaba libremente: la seccion estaba vacia porque el colosal surtido del *Paris-Bonheur* habia sido devorado, como el campo bajo la nube de langosta. En medio de aquel vacío examinaban Hutin y Favier sus cuadernos de venta, calculando su tanto por ciento. Favier habia hecho quince francos, y Hutin solamente trece, lo que le tenía disgustado con su mala suerte. Sus ojos se encendian con la pasion de la ganancia, y todo el almacen escribia cifras y ardia en la misma fiebre, con la alegría brutal de las noches de combate.

—Y bien, Bourdoncle—dijo Mouret—¿teneis miedo áun?

Estaba en su sitio favorito, en la meseta de la escalera del entresuelo, contra la barandilla, y sonreia victoriosamente ante el despojo de telas que desde allí veia. Sus temores de por la mañana, aquel instante de debilidad que nadie conoceria nunca, le hostigaba más aún. Estaba ganada la batalla, el pequeño comercio del barrio hecho trizas, y conquistado el baron con sus millones y sus terrenos. Miéntras miraba á los cajeros inclinados sobre sus registros y alineando cifras, y oia el ruido del oro cayendo sobre los cepillos de cobre, veia ensancharse *La Dicha de las Damas* y prolongar sus galerías hasta la calle del Dix-Decembre.

—¡Eh, Bourdoncle!—repitió—ya veis que la casa es pequeña; si no, hubiéramos vendido el doble.

Bourdoncle se inclinaba, contento por haberse engañado. Pusiéronse sérios de pronto. Como todas las noches, Lhomme, el primer cajero, acababa de centralizar las notas de cada seccion; despues de sumarlas formaba la nota total y subia en seguida esta nota á la caja central en una cartera y en sacos, segun la clase de numerario. Aquel dia dominaba el oro y la plata, y subia lentamente la escalera llevando tres sacos enormes. Privado de su brazo derecho, apretaba con el izquierdo contra el pecho los sacos para no dejarlos caer. Se le oia respirar fuerte de léjos, y pasaba rendido, pero soberbio, en medio de los respetuosos dependientes.

—¿Cuánto, Lhomme?—preguntó Mouret.

—Ochenta mil setecientos cuarenta y dos francos diez centimos—respondió.

Una sonrisa de gozo corrió por *La Dicha de las Damas*. La cifra circuló de boca en boca. Era la mayor que una casa de novedades hubo hecho en un dia.

Por la noche, cuando Dionisia subió á acostarse apoyándose en las paredes del estrecho pasillo, y una vez encerrada en su cuartito, se echó sobre el lecho martirizada por el dolor de los piés. Largo rato miró alelada la mesa-tocador, el armario, toda aquella desnudez de fonda pobre; allí habia de vivir, y su primer dia pasaba fatigoso é interminable. No tendria valor para volver á empezar. Luégo notó que estaba vestida de seda, y sintió la necesidad infantil de ponerse su vestido de lana, que estaba sobre una silla, ántes de guardarlo. Cuando lo hubo hecho la ahogó la emocion, y las lágrimas que contenia durante todo el dia rompieron al fin en caliente rio. Habia vuelto á caer sobre el hecho, y conmovida ante el recuerdo de los dos niños, lloraba sin cesar y sin fuerza ni para descalzarse, ébria de cansancio y de tristeza...

V

Al dia siguiente, haria poco más de media hora que Dionisia habia bajado á la seccion, cuando la señora Aurelia le dijo con su voz breve:

—Señorita, os esperan en la Direccion.

La muchacha se encontró á Mouret solo y sentado en el sillon forrado de reps verde. Acababa de acordarse de *la mal peinada* como la llamaba Bourdoncle, y por más que no le era grato el papel de mentor, se le ocurrió llamarla para hacerle algunas advertencias, si, como era de esperar, continuaba con su aspecto de lugareña. El dia ántes, á pesar de su broma, habia sentido delante de la señora Desforges molestado su amor propio al ver que se comentaba la poca elegancia de una de sus dependientes. Esto le produjo un sentimiento mitad de simpatía y mitad de cólera.

—Señorita — comenzó diciéndole — habeis sido admitida por respetos á vuestro tio, y es necesario que no nos coloqueis en la triste necesidad...

Se detuvo; delante de él, y al otro lado del bufete, Dionisia se encontraba de pié, pálida y silenciosa. El vestido de seda no le estaba ya tan ancho, ceñia su redondo talle y modelaba las correctas líneas de sus hombros de vírgen; sus cabellos, anudados en gruesas trenzas, aunque todavía algo salvajes, prometian corregirse. Despues de haberse dormido vestida, con los ojos secos de lágrimas, la muchacha se levantó á eso de las cuatro, avergonzada de aquella crísis de sensibilidad nerviosa, se puso inmediatamente á estrechar el vestido y se pasó una hora delante del espejillo arreglándose el cabello, pero sin poder conseguirlo de la manera que hubiera deseado.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios! — exclamó Mouret; — estais hoy mucho mejor. Solamente, todavía estos diablos de mechones...

Se levantó y se puso á arreglarle el peinado con la misma con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por la noche, cuando Dionisia subió á acostarse apoyándose en las paredes del estrecho pasillo, y una vez encerrada en su cuartito, se echó sobre el lecho martirizada por el dolor de los piés. Largo rato miró alelada la mesa-tocador, el armario, toda aquella desnudez de fonda pobre; allí habia de vivir, y su primer dia pasaba fatigoso é interminable. No tendria valor para volver á empezar. Luégo notó que estaba vestida de seda, y sintió la necesidad infantil de ponerse su vestido de lana, que estaba sobre una silla, ántes de guardarlo. Cuando lo hubo hecho la ahogó la emocion, y las lágrimas que contenia durante todo el dia rompieron al fin en caliente rio. Habia vuelto á caer sobre el hecho, y conmovida ante el recuerdo de los dos niños, lloraba sin cesar y sin fuerza ni para descalzarse, ébria de cansancio y de tristeza...

V

Al dia siguiente, haria poco más de media hora que Dionisia habia bajado á la seccion, cuando la señora Aurelia le dijo con su voz breve:

—Señorita, os esperan en la Direccion.

La muchacha se encontró á Mouret solo y sentado en el sillon forrado de reps verde. Acababa de acordarse de *la mal peinada* como la llamaba Bourdoncle, y por más que no le era grato el papel de mentor, se le ocurrió llamarla para hacerle algunas advertencias, si, como era de esperar, continuaba con su aspecto de lugareña. El dia ántes, á pesar de su broma, habia sentido delante de la señora Desforges molestado su amor propio al ver que se comentaba la poca elegancia de una de sus dependientes. Esto le produjo un sentimiento mitad de simpatía y mitad de cólera.

—Señorita — comenzó diciéndole — habeis sido admitida por respetos á vuestro tio, y es necesario que no nos coloqueis en la triste necesidad...

Se detuvo; delante de él, y al otro lado del bufete, Dionisia se encontraba de pié, pálida y silenciosa. El vestido de seda no le estaba ya tan ancho, ceñia su redondo talle y modelaba las correctas líneas de sus hombros de vírgen; sus cabellos, anudados en gruesas trenzas, aunque todavía algo salvajes, prometian corregirse. Despues de haberse dormido vestida, con los ojos secos de lágrimas, la muchacha se levantó á eso de las cuatro, avergonzada de aquella crísis de sensibilidad nerviosa, se puso inmediatamente á estrechar el vestido y se pasó una hora delante del espejillo arreglándose el cabello, pero sin poder conseguirlo de la manera que hubiera deseado.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios! — exclamó Mouret; — estais hoy mucho mejor. Solamente, todavía estos diablos de mechones...

Se levantó y se puso á arreglarle el peinado con la misma con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fianza que habia tratado de hacerlo el dia ántes la señora Aurelia.

— Procurad que esté así, detras de la oreja. El rodete está demasiado alto.

Ella se dejaba arreglar sin desplegar los labios. Á pesar de su propósito de ser fuerte, en la creencia de que habia sido llamada para ser despedida, estaba temblando desde su llegada al gabinete. La afectuosa acogida de Mouret no le habia devuelto la tranquilidad. Continuaba asustada, y en su turbacion se podia adivinar el temor natural que sentia en presencia del hombre de cuya voluntad dependia todo su porvenir. Cuando él la sintió estremecerse al tocarle con las manos en la nuca, hizo un movimiento de satisfaccion, porque lo que más sentia sobre todo era perder la fuerza de su autoridad.

— En fin, señorita — dijo volviéndose al mismo sitio en que se hallaba ántes — procurad de cuidar vuestro tocado. No estais ya en Valognes, y es preciso estudieis á nuestras parisienses. Ya que el nombre de vuestro tio os ha abierto las puertas de esta casa, es preciso que procureis realizar lo que de vos me he prometido. Desgraciadamente, aquí no participan en este punto todos de mi opinion... Pero ya estais advertida, ¿no es eso? No me dejeis por embustero.

La trataba como á una niña, con más compasion que cariño. Su curiosidad femenil estaba excitada por la mujer turbada que veia nacer en aquella niña torpe y desgarbada. Miéntras la sermoneaba, la muchacha se habia fijado de pronto en el retrato de la señora Hedouin, con su rostro bello y sonriente, rodeado de un marco de caña dorada, y sentia reproducirse su malestar, no obstante las palabras de consuelo que le dirigia. Esta señora era la muerta de quien en el barrio se decia que habia sido asesinada para fundar la casa con su propia sangre.

— Pedeis retiraros — dijo al fin, sentándose y tomando de nuevo la pluma.

Se marchó, y al llegar al corredor lanzó un suspiro de desahogo.

Desde este dia Dionisia manifestó su gran valor. Bajo las estrañas crísis de su sensibilidad ejercia sin cesar su accion el razonamiento y ese valor de quien se siente débil y solo, obstinándose en cumplir el deber que se habia impuesto. Se hacía notar poco, pero marchaba siempre á su objeto, vencia todos los obstáculos con una dulzura invencible, con sencillez y naturalidad, porque así era su manera de ser; su cara de niña apacible

triunfaba de todas las iras, y sus débiles manos concluian por tomar la dureza del acero.

Al principio se le hacian insoportables los trabajos de la seccion. Los paquetes de vestidos le cansaban los brazos hasta tal punto, que durante las seis primeras semanas, por las noches, al volverse en el lecho, lanzaba gritos: tenía los hombros molidos y dolorido todo el cuerpo. Lo que más le hacía sufrir eran los zapatos, aquellos gruesos zapatos que habia traido de Valognes, y que la falta de dinero le impedia sustituir por unas botinas delgadas. Siempre de pié, sin parar desde por la mañana hasta por la noche, reprendida si la veian apoyarse un instante en algun mueble, tenía hinchados los piés, aquellos piececitos de niña que parecian modelados en los brodequines del tormento; los talones ardian en fiebre, y la planta se cubrió de ampollas, cuya piel se pegaba á las medias: fué aquello una dislocacion de todo el cuerpo, de los miembros y los órganos solicitados por aquella laxitud de las piernas, sin contar los profundos desarreglos propios de su sexo que se traslucian en su pálido rostro. Ella, tan frágil y espigada, resistió, miéntras otras oficialas que estaban con ella tuvieron que dejar las novedades, atacadas de enfermedades especiales. Su gracia en el sufrimiento y la terquedad de su valor la sostuvieron sonriente y entera á fuerza de fuerzas, y agotada por un trabajo al que hubieran sucumbido los hombres.

Su tortura era la de tener en contra suya á la seccion. Al martirio físico se unia la sorda persecucion de sus compañeras, á las que no habia podido desarmar despues de dos meses de dulzura y paciencia. Las palabras duras y las crueles bromas de aquella campaña herian su corazon, necesitado de ternura. Se la dieron bromas de mal género sobre su desgraciado debut; las palabras *galocha* y *cabeza de azadon* circulaban, así como aquello de que las que se equivocaban en una venta eran enviadas á Valognes; en una palabra, pasaba como la jumenta de la seccion. Despues, cuando se reveló como notable vendedora al corriente del mecanismo de la casa, hubo como un asombro de indignacion, y desde entónces se convino en no cederla ninguna parroquiana séria. Margarita y Clara la perseguian con rencor instintivo, apretando las filas para no ser vencidas por aquella recien venida, á la que temian afectando desden. En cuanto á la señora Aurelia, estaba mortificada por la reserva de la jóven, que no se dignaba mirarla con admiracion, y la abandonaba al ódio de sus favoritas, de las preferidas

de su corazon, siempre en adoracion y ocupadas en rodearse de adulacion contínua, de la que necesitaba para inflarse. La segunda de la seccion, la señora Federica, pareció no entrar en el complot; pero debió ser por inadvertencia, pues se mostró igualmente dura cuando notó que sus buenas maneras podrian producir el vacio á su alrededor. El abandono fué completo, y todas se encarnizaron con la *mal peinada*, y ésta venció en aquella lucha contínua, pues se sostuvo, aunque dificilmente, en la seccion.

Tal era entónces su vida. Debia sonreir valientemente, metida en un traje de seda que no era suyo del todo, y agonizaba de fatiga, mal alimentada, mal tratada y bajo la contínua amenaza de una despedida brutal. Su único refugio era su cuarto, solo lugar en que se abandonaba á crísis de llanto cuando habia sufrido durante el dia. Caia un frio terrible del zinc de la techumbre, cubierta con las nieves de Diciembre, y tenía que hacerse un ovillo en su cama de hierro, poniendo sobre ella todos sus vestidos, llorando bajo el cobertor para que las lágrimas no se le helasen en el rostro. Mouret no la dirigia la palabra. Cuando encontraba la severa mirada de Bourdoncle durante el servicio temblaba, porque adivinaba en él un enemigo natural que no la perdonaria la más mínima falta. En medio de aquella hostilidad general la asombraba la extraña benevolencia del inspector Jouve, quien, si la hallaba en falta, sonreia buscando una palabra amable. Dos veces la evitó reprensiones, sin que ella le demostrase su gratitud, más turbada aún por su amabilidad que agradecida por su proteccion.

Una noche, despues de cenar, estando las oficialas arreglando los armarios, vinieron á decirla que un jóven preguntaba por ella abajo. Bajó muy inquieta.

—¡Eh!—dijo Clara—la *mal peinada* tiene un doncel.

—Ganas se necesitan...—dijo Margarita.

En la puerta encontró Dionisia á su hermano Juan. Le habia prohibido terminantemente presentarse en el almacen de aquel modo, porque era de mal efecto. No se atrevió á reñirle al verle fuera de sí, sin sombrero, sofocado por haber llegado corriendo desde el faurbourg del Temple.

—¿Tienes diez francos?—balbuceó.—¡Dame diez francos ó soy hombre perdido!

Aquel galopin de cabellos rubios estaba tan simpático con su linda cara de niña al lanzar aquella exclamacion melodramática,

que ella hubiera sonreido sin la angustia que la produjo la petidion del dinero.

—¡Cómo, diez francos!—murmuró;—pues ¿qué pasa?

Él se puso colorado, y contó que habia encontrado á la hermana de un compañero. Dionisia le hizo callar al ver su perplejidad y sin querer saber más. Dos veces habia hecho empréstitos semejantes; pero la primara vez se trataba de veinticinco sueldos, y la segunda de treinta; siempre contando cuentos de faldas.

—No puedo darte diez francos—repuso Dionisia;—el mes de Pepé no está pagado y tengo el dinero justo; apénas me quedará para comprar unas botinas que me hacen falta. No tienes juicio, Juan.

—Entónces estoy perdido—dijo él con un gesto trágico.—Escucha, hermanita: se trata de una morena alta; fuimos al café con el hermano, y yo creia que el gasto...

Ella le interrumpió nuevamente, y al ver llanto en los ojos de Juan, sacó su portamonedas y de él una pieza de diez francos, que le puso en la mano; acto seguido se rió Juan.

—Ya sabía yo... Pero, palabra de honor: una y no más. Sería un miserable...

Y se marchó á escape despues de besarla locamente en las mejillas. Los empleados del almacen se maravillaban.

Aquella noche durmió poco Dionisia. Desde su entrada en *La Dicha de las Damas* era el dinero su preocupacion. Seguia al tanto por ciento, sin sueldo fijo, y como las señoritas de la seccion la impedian vender, apénas si cobraba para pagar la pension de Pepe, gracias á los clientes insignificantes que la dejaban. Era una miseria negra, miseria con vestido de seda. Á menudo velaba, recomponia su escaso ajuar y remendaba sus camisas, sin contar con que habia echado piezas á sus zapatos con la habilidad de un zapatero. Lavaba en su cubo. Su viejo traje de lana la inquietaba; no tenía otro, y debia ponérselo todos los dias cuando se quitaba el *uniforme* de seda, y éste le usaba de un modo terrible; una mancha la daba fiebre, y un siete era una catástrofe.

Y no tenia ni un sueldo para comprar esos pequeños artículos que necesitan las mujeres: tuvo que esperar quince dias para renovar su provision de hilo y agujas. Era, pues, un desastre que viniera Juan de pronto con sus historias de amor y desequilibrase el presupuesto. Una pieza de veinte sueldos que se llevára era como una sima que no sabia ella cómo llenar. En cuanto á encon-

trar diez francos al otro dia, ni soñarlo. Toda la noche durmió mal, y con pesadillas, en las que veia á Pepé en la calle, y á ella misma rebuscando en las piedras buscando dinero bajo de ellas.

Al otro dia tuvo que sonreir y hacer su papel de mujer bien formada. Llegaron parroquianas conocidas, y la señora Aurelia la llamó muchas veces, poniéndola abrigos á fin de que hiciese valer los nuevos córtes. Y miéntras se contoneaba con la gracia de los figurines de modas, pensaba en los cuarenta francos de la pension de Pepé, que habia prometido pagar aquella noche. Se pasaria aquel mes sin botinas; pero áun añadiendo á los treinta francos que la quedaban los cuatro apartados, sueldo á sueldo, no hacian más que treinta y cuatro. ¿Dónde encontrar los seis francos para completar la suma? Su corazon desfallecia de angustia.

—Mirad; los hombros, están anchos—decia la señora Aurelia.—Esto es elegante y cómodo; podeis cruzar los brazos.

—¡Oh, perfectamente!—repetia amablemente Dionisia;—no se siente casi. La señora quedará satisfecha.

Ahora se reprochaba haber ido á buscar á Pepé á casa de la señora Gras el domingo para llevarle á paseo á los Campos Elíseos, ¡El pobre niño salia con ella tan rara vez! ¡Pero hubo de comprarle pan de anís y una pala, y llevarle luégo á Guignol, todo lo cual subió á veintinueve sueldos. Verdaderamente, Juan no pensaba en el pequeño, cuando hacia aquellas tonterías. Todo caia sobre ella.

—Al pronto, acaso no guste á la señora—decia la señora Aurelia.—Ponedle el cuello, señorita, á fin de que juzgue la señora...

Dionisia anduvo unos pasos con el cuello sobre los hombros, y diciendo:

—Es más abrigado... Ésta será la moda de este año.

Hasta la noche, y aparentando alegría, sufrió pensando dónde hallar el dinero. Aquellas señoritas se descuidaron y la dejaron hacer una venta importante; pero era mártes y habia que esperar cuatro dias ántes de cobrar el tanto por ciento. Despues de cenar, resolvió dejar su visita á la señora Gras para el dia siguiente. Se disculparia; diria que la retuvieron, y para entónces acaso hallára los seis francos.

Como evitaba los menores gastos, se acostaba temprano. ¿Qué hacía en la calle con su rusticidad, y siempre encogida en la

gran ciudad, de la que no conocia más que las avenidas próximas al almacen? Despues de arriesgarse hasta el Palais-Royal para tomar el aire, volvió en seguida, se encerró y se puso á coser y lavar. No tenía amigas. De todas las oficialas, una sola, Paulina Cugnot, la demostraba algun afecto. Las secciones de confecciones y lencería estaban casi juntas y en guerra abierta: la simpatía de dos de sus oficialas tuvo que limitarse á raras palabras cambiadas al paso. Paulina ocupaba un cuarto á la derecha del de Dionisia; pero como desaparecia al levantarse de la mesa, y no volvia hasta las once, Dionisia la veia acostarse, pero sin hallarla fuera de las horas de trabajo.

Aquella noche se resignó á hacer de nuevo de zapatero. Cogió los zapatos y los examinó á ver de qué modo podrian tirar un mes. Por fin, cosió con una aguja fuerte la suela, que amenazaba desprenderse del material. Entre tanto, se reblandecian en el agua de jabon del cubo un cuello y unos puños.

Eran las once y diez cuando sintió ruido de pasos que la hizo levantar la cabeza. Alguna señorita retrasada. Reconoció á Paulina, que abria la puerta de al lado; pero se quedó estupefacta de ver que se volvia y llamaba en la suya.

—Daos prisa, soy yo.

Estaba prohibido que las oficialas se visitasen, y Dionisia cerró con llave para que no fuese sorprendida su vecina por la señora Cabin, que velaba por la estricta observancia del reglamento.

—¿Estaba?—preguntó Dionisia, cerrando la puerta.

—¿La señora Cabin?—dijo Paulina;—no es á ella á quien temo, porque en todo caso, con cien sueldos...

Y añadió luégo:

—He visto luz en vuestro cuarto, y hacía tiempo que queria hablaros porque abajo no se puede... Y como teniais el aire tan triste esta noche en la mesa...

Dionisia la dió las gracias y la rogó que se sentára, conmovida por su aspecto de buena muchacha. Con el azoramiento de la visita no habia escondido el zapato que tenía en la mano, y Paulina lo vió, movió la cabeza, y mirando en torno suyo vió el cuello y los puños en el cubo.

—¡Pobrecilla, me lo figuraba!—dijo.—Ya sé lo que es esto. En los primeros tiempos, cuando llegué de Chartres, sin que el padre Cugnot me mandára un sueldo, lavé camisas tambien. Tenía dos; una de ellas siempre en remojo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se habia sentado, sofocada aún por haber corrido. Su cara ancha, con dos ojos pequeños y vivos, y la boca grande y expresiva, tenía cierta gracia bajo la rudeza de los rasgos fisonómicos. De un tiron contó su historia: su juventud en el molino, la ruina del padre Cugnot por un pleito, y su remision á París en busca de fortuna con veinte francos en el bolsillo; despues, sus principios como oficiala, las mortificaciones y privaciones y su vida actual, los doscientos francos que ganaba al mes, los placeres que se daba, y el fastidio de sus dias. Un alfiler y una cadena de reloj brillaban sobre su traje de paño azul coquetamente ajustado, y sonreia bajo su capota de terciopelo, adornado con una gran pluma gris.

Dionisia se avergonzó de su zapato, y quiso balbucear una explicacion.

— Tambien he pasado por eso — dijo Paulina. — Vamos á ver; yo soy mayor que vos, pues tengo veintiseis años, aunque no lo parece... Contadme vuestros trabajos.

Dionisia cedió ante aquella amistad que tan francamente se ofrecia. Se sentó en enaguas y con un pequeño chal sobre los hombros, cerca de Paulina tan bien vestida, y entablaron larga conferencia. No hacia calor en aquel cuarto; el frio parecia atravesar aquellas paredes, desnudas como las de una celda; pero ellas, sin notar que sus dedos se contraian, seguian en su conversacion. Poco á poco se desahogó Dionisia del todo, habló de Juan y de Pepé, y contó lo que la hacia sufrir la cuestion del dinero. Recayó la cháchara sobre las señoritas de la confeccion, y Paulina se encontró á sus anchas.

— ¡Oh, esas trastos! Ya he conocido el juego que emplean con vos, y si fueran mejores compañeras podriais hacer más de cien francos.

— Todo el mundo me da de lado, sin que yo sepa por qué — dijo Dionisia con la voz sonando á lágrimas. — El señor Bourdoncle está siempre en guardia para cogerme en un descuido, como si le estorbase, y únicamente el señor Jouve...

La otra la interrumpió:

— ¡Ese viejo mono de inspector! No os fieis mucho; ya sabeis que los hombres tienen la nariz larga. Con su condecoracion y todo, se contó de él en mi seccion una historia... ¡Pero qué niña sois en disgustaros asi! Es una desgracia ser tan sensible. Lo que os pasa á vos ha pasado á todas: hay que pasar la novatada.

La cogió las manos y la abrazó á impulsos de su buen corazon. La cuestion del dinero era la más grave. Era verdad que una muchacha no podia sostener á sus hermanos, pagando la pension del pequeño y los convites de las queridas del mayor, recogiendo los sueldos que los demas no querian, siendo de temer que no se la asignase sueldo ántes de Marzo.

— Es verdad; es imposible que podais resistir mucho tiempo. Yo, en vuestro lugar...

Un ruido procedente del corredor la hizo callar. Oprimió las manos de su amiga y la miró un momento en silencio con el oido atento. Luégo añadió con tono de cierta conviccion:

— Yo, en su lugar, buscaria alguno.

— ¿Cómo alguno? — murmuró Dionisia, sin comprender.

Cuando lo entendió, retiró sus manos y se quedó como tonta. El consejo la pareció como una cosa en que jamas hubiera pensado.

— ¡Oh, no! — respondió sencillamente.

— Entónces — siguió Paulina — no os arreglaréis nunca, yo os lo aseguro. Los números hablan: cuarenta francos para el pequeño; piezas de cien sueldos para el mayor de cuando en cuando, y vos luégo, que no podeis ir siempre como una pordiosera, con esos zapatos de que se rien en la seccion... Sí, vuestros zapatos os perjudican. Enganchad á alguno y será lo mejor.

— No — repitió Dionisia.

— Bueno, pues no sois razonable. Eso es forzoso y natural, querida. Todas hemos pasado por eso. Yo estaba al tanto por ciento, como vos. Está una alimentada y tiene casa, cierto; pero queda el vestido y no puede una estarse en su cuarto viendo volar las moscas. ¿No es cierto? Pues hay que dejarse llevar...

Y habló de su primer amante, un pasante de abogado que conoció en una gira á Meudon. Despues de aquel se unió á un empleado en Correos, y ahora, desde el otoño, trabó amistad con un dependiente del *Bon-Marché*, un buen mozo, en compañía del que pasaba las horas libres. Pero no tenia más que uno. Era honrada y la indignaban esas muchachas que se entregan al primero que llega.

— No es esto deciros que tengais mala conducta — repuso vivamente; — no me gustaria, por ejemplo, que me viesen en compañía de Clara, la de vuestra seccion, por temor de que pensasen que yo obro como ella. Pero cuando se limita una á uno, no pueden decir nada. ¿Os parece feo esto?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—No—respondió Dionisia—pero no me conviene.

Hubo una nueva pausa. Las dos se sonreian en el helado cuartito, encantadas de aquella conversacion en voz baja.

—Ademas, es necesario querer á ese uno—añadió Dionisia toda encarnada.

Paulina se asombró no poco, acabó por reirse y la abrazó segunda vez, diciéndola:

—Pero, querida, eso sucede cuando dos se encuentran y se convienen. ¡Teneis gracia! No se os obliga. Vamos á ver: ¿quereis que Baugé nos lleve el domingo al campo y se acompañe de un amigo suyo?

—No—respondió Dionisia con su dulce tesón.

Paulina no insistió; cada cual era dueño de obrar á su antojo. Lo que habia dicho era pura bondad del corazon, porque la daba pena ver desgraciada á su amiga. Dió media noche y se levantó para irse; pero ántes obligó á Dionisia á aceptar los seis francos que la faltaban, rogándola que no se apurase por devolvérselos hasta que ganase más.

—Ahora, apagad vuestra bujía para que no se sepa que puerta se abre, y luégo la encendeis otra vez.

Apagada la bujía se apretaron las manos, y Paulina salió ligera y entró en su cuarto, sin dejar otra huella de sus pasos en la oscuridad que el ruido leve de sus pisadas.

Antes de acostarse quiso Dionisia concluir el lavado y recoser su zapato. El frio era más vivo á medida que avanzaba la noche, pero ella no lo sentia, ocupada con la conversacion que habian tenido: cada cual entendia la vida á su manera cuando se es solo y libre sobre la tierra. Nunca habia tenido aquellas ideas, porque su clara razon y su sana naturaleza la habian sostenido en la rectitud en que vivia. Se acostó á la una... No amaba á nadie, en cuyo caso, ¿á qué desordenar su vida y sacrificar la abnegacion maternal que tenía por sus hermanos? No pudo dormir: cálidos estremecimientos la subian hasta el cuello, y delante de sus pupilas cerradas pasaban siluetas informes que se desvanecian.

Desde entónces se interesó Dionisia en las historias de amor de su seccion. Fuera de las horas de mucho quehacer se vivia en una constante preocupacion del hombre. Ciertas aventuras entretenian á aquellas señoritas durante ocho dias. Clara era un escándalo con sus trovadores—segun decian—sin contar el número de amantes de azar que llevaba tras de sí, y si no dejaba el almacen, donde trabajaba lo ménos posible, como quien gana más descansadamente en otra parte, era por respetos á su familia, porque temia siempre que el padre Primaire se presentase un dia en París y la rompiese el bautismo. Margarita, al contrario, se conducia bien y no se la conocian enamorados: era aquello sorprendente, dada su anterior aventura de venir á ocultar un parto en Paris. ¿Cómo pudo tener aquel niño siendo tan prudente? Muchos lo explicaban diciendo que se reservaba para su primo de Grenoble. Aquellas señoritas se ocupaban tambien de la señora Federica, á la que atribuian tratos discretos con grandes personajes: lo cierto era que no se sabia nada de sus secretos: desaparecia por la noche con su aspecto de viuda y deprisa, sin que nadie pudiera decir á dónde iba tan á escape. En cuanto á las pasiones de la señora Aurelia, sus pretendidas rondas de hombres jóvenes eran falsas evidentemente; era invencion de oficialas descontentas para reirse de ella; tal vez en otro tiempo manifestó sobrado afecto á un amigo de su hijo, pero ahora gozaba en las confecciones de reputacion de mujer séria que no se avenia con tales niñerías. Llegaba la desbandada de la noche, y de cada diez, á nueve esperaban sus amantes, sobre la plaza Caillou, á lo largo de la calle Neuve-Saint-Augustin. Era una centinela de hombres inmóviles mirando de reojo, que cuando empezaba el desfile cogian del brazo cada uno á la suya, y se alejaban hablando con una tranquilidad marital.

Lo que más confundió á Dionisia fué sorprender el secreto de Colomban. Á todas horas estaba en el umbral de *El Viejo Elbœuf* con la vista alzada, sin quitar ojo de las señoritas de la confeccion. Cuando ella le observaba volvia la cabeza, como si temiese que la jóven se lo dijese á su prima Genoveva, aunque eran frias las relaciones entre los Bandu y su sobrina, desde la entrada de ésta en *La Dicha*. Al principio le creyó enamorado de Margarita, viendo su aspecto de amante desesperado, dado que Margarita, con su prudencia y durmiendo en la casa, no era accesible; pero se quedó estupefacta al saber que las ardientes miradas de Colomban se dirigian á Clara. Ya hacia meses que se consumia sobre la acera de enfrente, sin tener valor para declararse á una mujer libre que vivia en la calle Lois-le-Grand, y á la que hubiera podido abordar ántes de la noche, en que se iba del brazo de un nuevo amante. La misma Clara no pareció apercibirse de su conquista. Dionisia experimentó dolorosa tentacion ante aquel des-

cubrimiento ¿Era, pues, tan ciego el amor? ¡Aquel jóven que tenia la suerte bajo su mano erraba el camino, quedándose en adoracion ante una cualquiera, como si fuese el Santo Sacramento! Desde aquel dia se le apretaba el corazon cada vez que veia tras los verdosos cristales de *El Viejo Elbœuf* el rostro pálido y sufrido de Genoveva.

Pensaba tambien por la noche al ver irse á aquellas señoritas con sus amantes. Las que dormian en el almacen volvian á la once, á ménos que tuviesen permiso para ir al teatro. Las otras desaparecian hasta el otro dia, y llevando al almacen en sus enaguas no sé qué desconocidos perfumes que la turbaban. La jóven respondia amistosamente con la cabeza al saludo de Paulina, á la que esperaba con regularidad Baugé á las ocho y media en la esquina de la fuente Caillou. Luégo, cuando se habian ido todas y habia dado ella su paseo, volvia la primera y trabajaba ó se acostaba, y soñaba llena de curiosidad en aquella existencia exterior que no conocia. No envidiaba á aquellas señoritas ciertamente, y era feliz en su soledad con aquella especie de salvajismo en que se encerraba su timidez como en un refugio; pero su imaginacion volaba queriendo adivinar las cosas, evocando los goces evocados sin cesar delante de ella... los cafés, los restaurants, los teatros, los domingos pasados sobre el rio y en las casitas de campo. Fatigábase su espíritu con aquel deseo mezclado de laxitud, y la parecia estar harta de aquellos placeres que no habia gustado jamas.

Tenia, sin embargo, poco espacio para hacer sueños peligrosos en medio de su vida de trabajo. En el almacen y agobiada por trece horas de trabajo, se ocupaba poco de las aventuras entre oficialas y dependientes. Si la continua lucha del dinero no bastase para borrar los sexos, era suficiente para matar el deseo el empuje de cada minuto que llenaba la cabeza y fatigaba los miembros. Apénas podian citarse raras relaciones amorosas entre la enemiga de hombres y mujeres y las hostilidades de seccion á seccion. Allí todos eran rodajes movidos por el volante de la máquina, abdicando su personalidad y añadiendo sus fuerzas en aquel total movimiento de falansterio. Fuera únicamente se recobraba la vida individual con el brusco brillo de las pasiones que se despertaban.

Dionisia vió cierto dia á Alberto Lhomme, el hijo de la *primera*, deslizar una carta en la mano de una oficiala de la lencería, despues de atravesar muchas veces las secciones con aire inteligente. Se estaba en lo peor de la campaña de invierno, de Diciembre á Febrero, y habia momentos de reposo, horas pasadas en una silla con la vista en las profundidades del almacen esperando á las clientes. Las oficialas de las confecciones charlaban con los dependientes de los encajes, que estaban al lado, pero sin que la intimidad fuese más allá que cambiar unas bromas por lo bajo. Habia en los encajes un segundo jefe mala lengua que perseguia á Clara con confidencias abominables, pero tan en broma, que no se tomaba el trabajo de buscarla fuera. De mostrador á mostrador se cambiaban miradas de inteligencia entre ellos y ellas, palabras que ellos solos comprendian, conversaciones con la espalda vuelta y el aire distraido para dar el cambiazo al terrible Bourdoncle. Deloche se contentó largo tiempo con sonreir mirando á Dionisia; despues se atrevió á decirla alguna palabra amistosa cuando la encontraba. El dia que vió lo de la carta de Alberto Lhomme, la preguntaba precisamente Deloche si habia almorzado bien, sin hallar asunto más amable para interesarse por ella. Tambien vió la maniobra de la carta; miró á la jóven, y los dos enrojecieron ante aquella aventura que se desenlazaba ante ellos.

Dionisia guardaba su sosiego de niña bajo aquellas emanaciones cálidas que despertaban en ella poco á poco á la mujer. El encuentro de Hutin la hizo latir algo el corazon, pero esto era á sus ojos agradecimiento ante la cortesania del jóven. Cuando éste llevaba una compradora á la seccion, se quedaba ella confusa. ¡Cuántas veces al volver de la caja se sorprendió al quedarse parada en la seccion de sederías! Una tarde se encontró á Mouret que la miraba sonriendo. No se habia vuelto á ocupar de ella; alguna que otra vez la dirigia la palabra para darla consejos sobre su *toilette* y embromarla por el rústico aspecto de muchacho que tenía y de que él no creia sacar jamas una mujer elegante, á pesar de ser hombre afortunado en estas lides. Ante su muda sonrisa temblaba ella como si fuera á reñirla. ¿Sabria Mouret por qué atravesaba la sederia y se detenia, cuando ella misma no sabia explicárselo?

Hutin no parecia apercibirse de las miradas de agradecimiento de la jóven. No eran de su cuerda aquellas señoritas y afectaba despreciarlas, alabándose de correr aventuras increibles con sus parroquianas. En su mostrador cayó derretida una baronesa, y la mujer de un arquitecto se desmayó en sus brazos un dia que fué

á su casa á deshacer una equivocacion de medida. Lo cierto era, bajo aquella charla normanda, que se contentaba con muchachas recogidas en las cercanías y los cafés-conciertos. Como todos los dependientes jóvenes de las novedades, tenía furor por gastar, rompiéndose la cabeza toda la mañana en la seccion para poder el domingo tirar su dinero al voleo en los campos de carreras y á traves de los restaurants y los bailes; jamas economizaba y gastaba cuanto tomaba con una perfecta indiferencia por el dia siguiente.

Favier no era así: Hutin y él, tan juntos en el almacen, se saludaban en la puerta y no volvian á hablarse. Muchos dependientes que estaban en contínuo contacto, en cuanto llegaban á la calle se volvian extraños, ignorando mutuamente sus vidas y costumbres. El íntimo de Hutin era Lienard. Los dos vivian en el mismo hotel de Smirna, calle Sainte-Anne, casa llena de empleados de comercio; llegaban juntos por la mañana, y el que primero se desocupaba por la noche en su seccion esperaba al otro en el café Saint-Bosch, calle del mismo nombre, cafetin en que se reunian los dependientes de *La Dicha de las Damas*, hablando, bebiendo y jugando á las cartas, entre el humear de las pipas. Solian quedarse allí hasta que el dueño del establecimiento, cansado, les echaba fuera. Desde hacía un mes pasaban la noche en el fondo de un burdel de Montmartre. Llevaban amigas que contribuyeran al éxito de la señorita Laura, una cantante gruesa que era la última conquista de Hutin, y cuyo talento alababan con violentos bastonazos y tales gritos, que por dos veces habia tenido que intervenir la policía.

Pasó el invierno, y Dionisia obtuvo trescientos francos de sueldo fijo. Ya era tiempo, porque sus zapatos no podian resistir más. El último mes, ya no se atrevia á salir para que no se le quedasen entre el empedrado.

—¡Por Dios—señorita—decia la señora Aurelia displicentemente—haceis un ruido insoportable con vuestros zapatos! ¿Qué teneis en los piés?

El dia que Dionisia bajó á la seccion con sus botinas de tela que la costaron cinco francos, Clara y Margarita expresaron su asombro á media voz, pero de modo que se las oyera.

—¡Toma! la *mal peinada* ha dejado sus zuecos—se dijeron.

—Sí, habrá llorado por ellos—repuso una de ellas.—Eran los zuecos de su mamá.

Se produjo general enemiga en contra de Dionisia cuando se averiguó su amistad con Paulina: era una traicion aquel afecto hácia una oficiala de una seccion enemiga. Aquellas señoritas no se mordian la lengua; decian que iba á contarla cuanto hablaban. La guerra entre la lencería y las confecciones cobró nueva violencia: las palabras duras se cambiaban como balas, y cierto dia hubo cacheteo detras de los cartones de las camisas. Esta rivalidad nacia acaso de que las de la lencería llevaban trajes de lana y las otras de seda: las de la lencería hablaban de sus secciones, con la indignacion de las mujeres honradas, y los hechos las daban la razon. Era un hecho que la seda influia en el desbordamiento de los dependientes de las confecciones. Clara estaba harta de oir hablar de sus amantes, á Margarita la habian echado su hijo en cara, y se acusaba á la señora Federica de tener pasiones ocultas. ¡Todo á causa de Dionisia!

—Basta de palabras feas, señoritas—dijo la señora Aurelia con su aspecto majestuoso, que cayó sobre las cóleras desencadenadas de su pequeño imperio.—Demostrad lo que sois.

La verdad es que la importaba poco, pues como dijo un dia respondiendo á una pregunta de Mouret, aquellas señoritas no valian más las unas que las otras. Pero tomó bruscamente parte al oir decir á Bourdoncle que acababa de hallar á su hijo en los sótanos á punto de abrazar á una oficiala de la lencería, la misma á quien daba cartas. Aquello era abominable: la señora Aurelia acusó claramente á la seccion de lencería de haber hecho caer á Alberto en un lazo; sí, el golpe iba contra ella y se buscaba su descrédito perdiendo á un niño sin experiencia, convencidas de que su seccion era inexpugnable bajo su firme y hábil direccion. Gritaba fuerte para embrollar las cosas, pues no se hacia ilusiones con su hijo, á quien creia capaz de todas las tonterías. Por un momento se agravó la cosa: se mezcló en el asunto el guantero Mignot, que era amigo de Alberto. Corria el rumor de que éste arreglaba las queridas de aquél, muchachas que rebuscaban horas enteras en las cajas. Se sabia de unos guantes de piel de Suecia regalados á la lencería, y de que nadie supo nada. Por fin, se sofocó el escándalo, en consideracion á la primera de las confecciones, á la que el mismo Mouret guardaba deferencias. Bourdoncle se contentó con despedir ocho dias despues, con cualquier pretexto, á la oficiala culpable de haberse dejado abrazar. Se cerraban los ojos sobre las *bodas* de

fuera, pero los señores no toleraban en la casa el menor desliz.

El efecto de la aventura lo sufrió Dionisia. La señora Aurelia la guardó sorda enemistad: la habia visto sonreir una tarde con Paulina, y creyó que murmuraban de los amores de su hijo, y aisló más en la seccion á la jóven. Hacia tiempo que proyectaba llevar á aquellas jóvenes á pasar un domingo cerca de Rambouillet, en Rigolles, donde habia comprado una propiedad con sus cien mil primeros francos de economía. Decidió mostrar claramente su desvío á Dionisia, y fué la única á quien no se invitó. Quince dias ántes sólo se hablaba en la seccion de aquella gira: se consultaba el cielo templado por el sol de Mayo, se ocupaba ya cada hora de aquel dia, y se enumeraban las diversiones: los borriquitos, la leche, el pan moreno... Y sólo mujeres, lo que era más divertido. Generalmente, y en los dias libres, la señora Aurelia se iba de paseo con otras por su falta de costumbre de hallarse en familia; las raras veces que podia comer con su marido y su hijo se encontraba tan fuera de sitio, que preferia en tales ocasiones irse á comer al restaurant. Lhomme, á su vez, se iba á hacer vida de muchacho, y Alberto corria á sus aventuras. Poco hechos al hogar, y fastidiándose juntos en él, lo atravesaban como una simple posada á la que se va á dormir de noche. Respecto á la gira de Rambouillet, declaró sencillamente la señora Aurelia que las conveniencias impedian á Alberto ser de la partida, y que su padre daria una prueba de talento no yendo: los dos quedaron encantados. El deseado dia se acercaba: aquellas señoritas no callaban contando los preparativos de *toilettes*, como si fuesen á hacer un viaje de seis meses, miéntras Dionisia las oia pálida y silenciosa al ver su abandono.

—¡Os hacen rabiar! ¿eh?—la dijo una mañana Paulina.— Yo, en vuestro lugar las daria en los hocicos. Ellas se divierten, pues divertíos vos... Venid mañana con nosotros: Baugé me lleva á Joinville.

—No, gracias—respondió la jóven con su tranquila obstinacion.

—Pero ¿por qué? ¿Teneis todavía miedo á que os cojan por fuerza?

Y se reia con su aire de buena muchacha. Dionisia sonrió á su vez. Ya sabía cómo empiezan esas cosas; siempre era en estas giras donde encuentran las jóvenes un amigo llevado por casualidad. No, no queria.

—¡Vaya—replicó Paulina—os juro que Baugé no llevará á nadie! Serémos los tres solos. Puesto que no quereis... no os casaré.

Dudaba Dionisia y queria al propio tiempo. Miéntras sus compañeras hablaban de sus planes campestres, ella se ahogaba llena de un deseo de ver mucho cielo, soñando con las altas hierbas que la llegaban hasta los hombros, y en los árboles gigantes, cuya sombra cayera sobre ella como un baño fresco. Toda su infancia pasada en las espesuras de Cotentin se despertó entre aquel rayo de sol.

—Bueno, pues iré—dijo al fin.

Se arregló todo. Baugé debia ir á buscarlas á las ocho en la plaza Gaillou, y desde allí irian en coche á la estacion de Vincennes. Dionisia, cuyos veinticinco francos de sueldo fijo se iban en los chicos, sólo pudo repasar su viejo vestido de lana negra, guarneciéndolo de bieses de poplin á cuadritos. Ella se hizo un sombrero con una armadura de capota, cubriéndola de seda y adornándola con una sencilla cinta azul. Con tan simple atavío tenía aire más jóven, como de una niña precoz, un tanto vergonzosa y embarazada con el lujo espléndido de su cabello que ocultaba la aridez de su sombrero. Paulina, al contrario, llevaba un vestido de seda ligero á rayas blancas y violeta, un sombrerito cargado de plumas, alhajas en la garganta y las manos; lujo de tendera adinerada. La seda del domingo era como una revancha de la lana de toda la semana á la que estaba condenada en su seccion, al reves de Dionisia que llevaba seda toda la semana, y el domingo la simple lana de su miseria.

—Ahí está Baugé—dijo Paulina, señalando á un jóven alto que estaba junto á la fuente.

Presentó á su amante, y Dionisia se encontró á gusto porque la pareció buena persona. Bougé era alto, de fuerzas hercúleas, con un rostro de flamenco, cuyos ojos reian con puerilidad expresiva. Nació en Dunkerque, y era hijo menor de un tendero de ultramarinos: vino á París casi echado por su padre y su hermano, que le tenian por muy bestia. Al presente cobraba sus tres mil quinientos francos en el *Bon-Marché*. No era un lince, pero sí excelente para la venta de telas; las mujeres le encontraban buen mozo.

—¿Y el coche?—preguntó Paulina.

Fué preciso ir hasta el boulevard. El sol calentaba ya, y la

hermosa mañana de Mayo reia en las calles. No habia ni una nube, y la alegría flotaba en el aire azulado, de una trasparencia cristalina. Involuntaria sonrisa entreabrió los labios de Dionisia: respiraba á sus anchas, y la parecia que sus pulmones se sacudian el ahogo de seis meses. No sentia ya el aire estrecho y las pesadas piedras de *La Dicha de las Damas* sobre sí. Tenía ante sí todo un dia de campo: era como una salud nueva, un goce sin límites que gustaba con sensaciones nuevas. Pero en el coche volvió la vista un tanto incómoda al ver que Paulina se inclinaba para dar un soberbio beso á su amante en los labios.

—¡Toma!—dijo con la cabeza en la portezuela—allí va el señor Lhomme... ¡y qué deprisa!

—Pues tiene un callo—respondió Paulina.—Hé ahí un viejo loco. Se diria que va á una cita.

Efectivamente, el hombre iba con el estuche de su instrumento bajo el brazo hácia el *Gimnasio*, con la nariz tendida y riendo solo ante la idea del regalo que se prometia. Sin duda iba á pasar el dia á casa de un amigo suyo, flauta de un teatrito, y donde varios aficionados hacian los domingos música *di camera* tomando café con leche.

—¡Á las ocho! ¡qué mania!—dijo Paulina.—Ya sabeis que la señora Aurelia y su partida han debido tomar el tren de Rambouillet que sale á las seis y veinticinco. De seguro que no se encontrarán marido y mujer.

Hablaron de la gira de Rambouillet. No deseaban que les lloviese á las otras, porque les hubiera caido encima; pero si pudiera ser que lloviera en Rambouillet y en Joinville no... ¡qué bueno estaria! Recayó la conversacion sobre Clara, una bachillera que no sabia qué hacer para gastar el dinero de sus queridos. ¿No habia comprado tres pares de botinas, que tiró al dia siguiente, despues de cortarlas con unas tijeras, porque tenía los piés llenos de juanetes? Por otra parte, aquellas damiselas de la confeccion no eran más juiciosas que ellas, pues jamas economizaban un sueldo gastando más de doscientos y trescientos francos al mes en chucherías y golosinas.

—¡Pero si sólo tiene un brazo!—dijo de repente Baugé.—¿Cómo se las arregla para tocar su instrumento?

No habia quitado ojo de Lhomme Paulina, que se divertia con su simplicidad, y le dijo que el cajero apoyaba el instrumento contra una pared. Baugé lo creyó y encontró aquello ingenioso. Paulina sintió remordimientos, y le explicó la manera cómo adaptando á su muñon un sistema de palancas, se servia de ellas como de una mano. Baugé movió la cabeza declarando que no se le haria creer nunca semejante cosa.

—¡Qué tonto eres!—dijo ella riéndose.—Pero, en fin, no por eso te quiero ménos.

El coche rodaba y llegaron á la estacion de Vincennes á punto de tomar el tren. Baugé pagaba, pero Dionisia declaró que satisfaria su parte, que se diria por la noche.

Subieron á un coche de segunda: la alegría desbordaba de todos los wagones. En Nogeut bajó una boda entre las risas de todos. Llegaron á Joinville y se fueron en seguida á la isla á encargar el almuerzo, y estuvieron allí, á lo largo de los ribazos y bajo los altos álamos que bordan la orilla del Marne. Hacia fresco á la sombra: al sol corria una bocanada viva templada por el rey de los astros, cuyos rayos ensanchaban en la opuesta orilla la perspectiva de una llanura cultivada. Dionisia se quedó detras de Paulina y su amante, que iban cogidos de la cintura. Cogió un ramito de margaritas, mirando correr el agua, con el coraz on triste, bajando la cabeza cuando Baugé besaba á su amiga en el cuello. Sentia llenos de lágrimas los ojos, pero no sufria. ¿Por qué sentia aquel ahogo? ¿por qué aquella vasta campiña, en la que se prometia gozar tanto, la llenaba de vaga pena, cuya causa no sabia? Luégo, al almorzar, las risas chillonas de Paulina la aturdieron. Ésta, que amaba el campo con la pasion de un cómico que vive sólo á la luz del gas, quiso comer bajo un emparrado á pesar del viento fresco. Se alegraba con las rachas bruscas que levantaban el mantel, y encontraba chusco el cenador repintado y sin pámpanos, cuyo enrejado se recostaba sobre la cubierta. Devoraba con la gana de muchacha mal alimentada en el almacen, dándose un atracon de cosas que la gustaban. Aquél era su vicio: todo su dinero se iba en pasteles y platitos comidos deprisa en las horas libres. Como pareció que Dionisia tenía suficiente con los huevos, el frito y el pollo, no se atrevió á pedir fresas, plato todavia caro, por temor de aumentar el escote.

—¿Y qué vamos á hacer ahora?—preguntó Baugé cuando sirvieron el café.

Otras veces se iban él y Paulina á comer á Paris, para acabar la jornada en un teatro. Pero á propuesta de Dionisia se decidió permanecer en Joinville: así se hartarian de campo corriendo por

él toda la tarde. Se discutió por un momento la idea de un paseo en bote, pero la abandonaron. Su paseo al azar por los senderos les llevaba de vez en cuando á la orilla, y tomaban parte en la vida del rio, viendo las escuadras de botes y los trajes de los *canotiers* que los tripulaban: al ponerse el sol bajaban hácia Joinville, cuando dos embarcaciones que descendian luchando en velocidad, y cambiándose de bordo á bordo injurias en que dominaban repetidos gritos de *horteras* y *pistolos*.

—¡Toma! —dijo Paulina—¡es Hutin!

—Sí—repuso Baugé, que ponia la mano sobre los ojos—reconozco el bote de caoba... El otro debe ir tripulado por estudiantes.

Contó á las jóvenes el ódio que hacia llegar muchas veces á las manos á los estudiantes y dependientes de comercio. Dionisia se paró bruscamente al oir el nombre de Hutin, y con los ojos fijos seguia á la ligera embarcacion, que iba como una flecha, buscando al jóven entre los remeros, no distinguiendo más que las blancas siluetas de dos mujeres, de las cuales una, que iba asida al timon, llevaba un sombrero grana. Las voces se perdieron entre el murmurio del rio:

—¡Al agua los pistolos!

—¡Al agua los horteras!

Entrada la tarde volvieron al restaurant de la isla; pero el aire era muy vivo, y fué preciso comer en una de las salas cerradas. La humedad del invierno daba aún á los manteles la humedad del lavado. Á las seis faltaban mesas: los paseantes se daban prisa buscando un rincon, y los mozos llevaban sillas y bancos, estrechando á los parroquianos. Se calentó la sala y hubo que abrir las ventanas. Fuera moria el dia, y un crepúsculo verdoso caia de los álamos tan rápidamente, que el fondista, mal provisto, tuvo que poner, á falta de lámparas, una bujía en cada mesa. El ruido era atronador, oyéndose risas, llamadas y choque de vajilla; con el aire que entraba por las ventanas temblaba la luz de las bujías, miéntras las mariposas nocturnas batian las alas en el ambiente calentado por el olor de la comida y atravesado de vez en cuando por ráfagas frias.

—¿Se divierten, eh?—dijo Paulina ocupada con un guiso á la marinera que diputó como excelente.

Y se inclinó para añadir:

—¿Habeis visto á Alberto allí abajo?

Era, en efecto, el jóven Lhomme, en medio de tres mujeres equívocas: una vieja, con sombrero amarillo y cara de tendera, y otras dos más jóvenes, como de trece á catorce años, sin formas aún, y de un descaro cargante. Alberto, ya muy borracho, daba con el vaso sobre la mesa, diciendo que iba á dar una paliza al mozo si no traia en seguida los licores.

—¡Bien!—dijo Paulina;—¡qué familia! La madre en Rambouillet, el padre en París y el hijo en Joinville. No se irán esos por su pié.

Dionisia, que detestaba el ruido, sonreia á pesar de esto, gustando el placer de no pensar en nada entre tal barahunda.

Pero de pronto se oyeron en la vecina sala voces que cubrieron las demas. Eran como rugidos, bofetadas, silletazos, una lucha de la que surgian los gritos del rio:

—¡Al agua los horteras!

—¡Al agua los pistolos, al agua!

Cuando la gruesa voz del fondista calmó la disputa, apareció bruscamente Hutin. Llevaba un sobretodo rojo de marinero y un gorro echado sobre la nuca. Llevaba del brazo á la jóven alta, la del timon, quien para llevar los colores del bote se puso un pañuelo de amapolas en la oreja. Clamor y aplausos acogieron su entrada: él se contoneaba con el andar de los marineros y se dió un puñetazo en la mejilla, orgulloso de llamar la atencion. Detras de ellos iba la tripulacion. Tomaron una mesa por asalto, y el ruido se hizo formidable.

—Parece—dijo Baugé despues de escuchar las conversaciones cercanas—que los estudiantes han reconocido en la mujer que lleva Hutin á una que canta en un burdel de Montmartre, y se han pegado por ella.

—Pues ella—dijo Paulina con afectacion—es bastante fea, con su cabello de zanahoria. No sé dónde diablos recluta Hutin esas mujeres, que son tan puercas unas como otras.

Dionisia se habia puesto pálida, y sintió frio como si la sangre se hubiese ido gota á gota de su corazon. Ya en los ribazos y ante la rápida embarcacion sintió un primer estremecimiento, y ahora no podia dudar: aquella mujer iba con Hutin. ¿Amaba, pues, al jóven para sufrir así? En la dolorosa turbacion de sus sensaciones no supo hallar respuesta. Dejó de comer, con la garganta oprimida y las manos temblorosas.

—¿Qué teneis?—preguntó su amiga.

—Nada —balbuceó. —Siento algun calor.

La mesa de Hutin estaba próxima, y cuando distinguió á Baugé, á quien conocia, entabló conversacion en voz alta para seguir ocupando la atencion.

—Decid —gritó—¿seguís siendo un modelo en el *Bon-Marché?*

—No tanto—respondió el otro muy encarnado.

—¡Vaya! allí no hay más que doncellas y un confesonario permanente para los dependientes que las miran... Una casa en que se hacen matrimonios... ¡gracias!

Todos rieron. Lienard, que estaba entre el séquito, añadió:

—Entónces no es como en el Louvre. En éste hay una partera agregada á la seccion de confecciones... ¡Palabra de honor!

Redoblóse la algazara. La misma Paulina estalló, porque lo de la partera la pareció muy chusco. Pero Baugé se cargó con las bromitas sobre la inocencia de su almacen, y dijo de pronto:

—Vosotros sí que estais bien en *La Dicha de las Damas*... ¡Puestos en la calle por una palabra, y con un principal que parece que se come á sus parroquianas!

Hutin no le escuchaba, ocupado en hacer el elogio de la Plaza Clichy. Conocia allí á una jóven, á la que dudaban en dirigirse las señoras por no humillarla. Habló de su casa, y dijo que habia hecho ciento quince francos durante la semana, ¡oh! una semana mala: Favier sólo llegó á cincuenta y dos francos. Y esto ¿no se veia? Le cargaba el dinero y no se acostaria hasta no derrochar los ciento quince francos. Despues se achispó y habló de Robineau, aquel estúpido segundo de seccion que afectaba no hacer miga con ellos, no queriendo ni áun ir por la calle al lado de un dependiente suyo. Aquello podia pasar en un primero, como Bouthemout por ejemplo, porque un primero tenía que defender su autoridad; ¡pero un Robineau! ¡Ya le darian á él maneras!..

—¡Callaos—dijo Lienard;—estais hablando de más.

El calor subia, y las bujías se derretian sobre los manteles llenos de vino. Por las abiertas ventanas, y segun iban cediendo las voces de la sala, entraba otra voz lejana y prolongada, la del rio y los álamos, que dormian en la calmosa noche. Baugé acababa de pedir un extraordinario, viendo que Dionisia no se reponia y estaba pálida, con el rostro encendido por las lágrimas que sofocaba. El mozo tardaba, y Dionisia tuvo que sufrir las voces descompasadas de Hutin. Se creia éste mejor chico que Lienard, porque Lienard se comia el dinero de su padre, miéntras él comia lo que

ganaba con su inteligencia. Baugé pagó al fin y salió con las dos mujeres.

—Ahí hay una del Louvre—murmuró Paulina en la primera sala, viendo á una jóven alta y delgada que se ponia su abrigo.

—¿Qué sabes tú?—dijo el jóven.

—¿Que no? ¿Y la manera de ponerse el abrigo? De la seccion de la partera. Si lo ha oido estará contenta.

Al verse fuera suspiró Dionisia con satisfaccion. Creyó morir un momento en aquel calor sofocante y aquellos gritos, y atribuyó su malestar á la falta de aire. Ahora respiraba bien en el fresco que bajaba del estrellado cielo. Al abandonar el jardin del restaurant una voz tímida murmuró en la sombra:

—Buenas noches, señoritas.

Era Deloche. No le habian visto en el fondo de la primera sala, comiendo solo despues de venir desde París á pié en busca del placer. Al sentir aquella voz amiga la doliente Dionisia se unió á él como á un defensor.

Paulina y Baugé iban delante, asombrados de que resultase aquello y con un muchacho como Deloche. Como áun faltaba una hora para tomar el tren, fueron hasta el extremo de la isla siguiendo el ribazo bajo los árboles. De cuando en cuando se volvian y decian:

—¿Dónde están esos chicos? ¡Ah, allí! Esto es chusco.

Entre tanto Dionisia y Deloche guardaron silencio al principio. Luégo fué mitigándose la algazara del restaurant y quedando una dulzura musical en el fondo de la noche; se internaron entre los árboles, que áun parecian calentados por aquel hálito del restaurant que dejaba apagar sus bujías una á una. Ante ellos se extendia como un muro hecho de sombra, masa oscura en que se esfumaban troncos y ramas, tan compacta que no distinguian ni el sendero. Andaban lentamente y sin temor. Luégo se acostumbraron sus ojos y vieron á la izquierda los troncos de los álamos parecidos á columnas que sostenian la cúpula con su ramaje punteado de estrellas, miéntras á su izquierda el agua semejaba un espejo de estaño. Cayó el viento y sólo se oia el murmullo de la corriente.

—Me alegro haberos encontrado—balbuceó al fin Dionisia, decidiéndose á hablar la primera.—No sabeis cuánto placer me proporcionais consintiendo en pasear conmigo.

Con la complicidad de las sombras y entre palabras entrecor-

tadas, se atrevió él á decirla que la amaba. Hacía tiempo que queria escribirla, y nunca hubiera sabido ella nada sin el excitante de aquella hermosa noche, de aquella agua rumorosa y aquellos árboles que les cubrian con el manto de sus hojas. Ella no respondió, cogida siempre á su brazo. Deloche trataba de verla el rostro, cuando sintió un ligero sollozo.

— ¡Dios mio, llorais, señorita! ¿Os he disgustado?

— No, no — murmuró ella.

Dionisia pugnaba por no llorar, pero no podia. Ya en la mesa creyó que su corazon estallaba, y ahora se abandonaba á su pena en aquella sombra, pensando que si Hutin estuviese en lugar de Deloche y la dijese lo que éste decia, sería débil. Esta confesion la llenaba de íntima vergüenza, que la encendia el rostro, como si se viese bajo los árboles en brazos de aquel jóven que se acompañaba con perdidas.

— No quise ofenderos — repetia Deloche á punto de llorar.

— No; escuchad — dijo ella con voz temblorosa; — no estoy ofendida; pero, os lo ruego, no me hableis como lo habeis hecho. Lo que pedis es imposible. Sois muy buen muchacho y quiero ser vuestra amiga, pero nada más. ¿Comprendeis, amigo mio?

Deloche se estremeció. Dieron algunos pasos en silencio y balbuceó:

— ¿Es decir que no me amais?

Ella evitó el pesar de un *no* brusco, y Deloche siguió con tono dulce y apenado:

— Lo esperaba... jamas he tenido suerte, y sé que nunca seré feliz. En mi casa me pegaban, y en París he sido siempre un rigor de las desdichas. Cuando no se es hábil para robar las queridas á los demas ni para ganar tanto como otros... bueno, debe uno irse á un rincon y morirse en él. ¡Oh! estad tranquila: no os molestaré más. En cuanto á amaros... eso no podeis impedírmelo. Os amaré sin esperanza, como un bestia... ¡Ea! está echada la suerte y tengo ya mi parte en la vida.

Lloró él á su vez. Dionisia procuró consolarle, y por las frases que cruzaron supieron que eran del mismo país: ella de Valognes y él de Briquebec, á diez kilómetros, lo que constituia nuevo lazo de amistad. El padre de él era un celoso feroz y le maltrataba, exasperado ante su rostro largo y pálido y sus cabellos de cáñamo, que, segun decia, no se habian visto nunca en la familia. Hablaron de los grandes helechos rodeados de setos vivos, de los

senderos que se perdian bajo los álamos, de los caminos sombreados como calles de un parque. Al rededor de ellos palpitaba la noche: distinguian los juncos de la orilla y el encaje de los ramajes que se destacaban negros sobre el centellear de las estrellas: sentian dulce sosiego, olvidados de sus penas y uniéndose con la amistad de buenos camaradas.

— ¿Qué tal? — preguntó vivamente Paulina á Dionisia llevándola aparte, cuando estuvieron frente á la estacion.

La jóven comprendió aquella sonrisa y aquella amistosa curiosidad, y respondió muy encarnada:

— ¡Nunca, querida! Ya os he dicho que no quiero... Es paisano mio y hemos hablado de Valognes.

Paulina y Baugé se quedaron perplejos, no sabiendo qué creer. Deloche la dejó en la plaza de la Bastilla, porque, como todos los que no estaban á sueldo fijo, dormia en el almacen, en el que debia estar á las once. No queriendo entrar con él, Dionisia, que tenia permiso para ir al teatro, se fué con Paulina á casa de Baugé. Éste, para estar más cerca de su querida, habia ido á vivir á la calle de Saint-Roch. Tomaron un coche, y Dionisia se quedó estupefacta al saber que su amiga iba á pasar la noche con el jóven. Nada era más fácil dando cinco francos á la señora Cabin; todas las señoritas lo hacian. Baugé hizo los honores de su cuarto, amueblado con trastos del tiempo del Imperio enviados por su padre. Se enfadó cuando Dionisia habló de arreglar cuentas, y acabó por aceptar los quince francos sesenta céntimos que ella puso sobre la cómoda. Quiso á su vez ofrecer una taza de té, y se enredó con una cafetera de espíritu de vino. Tuvo que bajar por azúcar, y era ya media noche cuando llevaba las tazas.

— Es preciso que me vaya — decia Dionisia.

— Es pronto — replicaba Paulina. — Los teatros no se cierran todavía.

Dionisia no estaba á su gusto en el cuarto. Vió á su amiga quedarse en enaguas y corsé, preparar las camas, abrir el cobertor, golpear las almohadas con su desnudo brazo, y estos preparativos de una noche de amor hechos delante de ella la turbaban, avergonzándola y despertando otra vez en su herido corazon el recuerdo de Hutin. Pensó otra vez que habria sido débil; no eran convenientes semejantes giras. Á las doce y cuarto se fué. Pero se fué llena de confusiones cuando á su *buena noche* inocente contestó aturdidamente Paulina:

— Gracias : tan buena como será.

La puerta particular que daba entrada á la habitacion de Mouret y á las de los empleados estaba en la calle Neuve-Saint-Augustin. La señora Cabin tiraba del cordon, y daba una ojeada para apuntar la entrada. Una lámpara ardia en el piso bajo, y Dionisia se encontró en aquella claridad dudosa, inquieta porque al volver la esquina habia visto cerrarse la puerta sobre la vaga sombra de un hombre. Debia ser el principal que volvia de la reunion, y la idea de que él estaba allí, en lo oscuro, tal vez á la espera, la causaba aquel extraño terror de que no se daba cuenta. Alguien crujia las botas en el primer piso, y entónces perdió la cabeza y empujó una puerta que daba al almacen y quedaba abierta para el servicio de vigilancia. Estaba en la seccion de los percales.

— ¡Qué hacer, Dios mio! — balbuceó en voz alta y llena de emocion.

Tuvo idea de que habia arriba otra puerta que daba tambien á los cuartos, pero habia que atravesar todo el almacen; prefirió este viaje á pesar de las sombras. No ardia ni un mechero de gas, pero sí lámparas de aceite puestas de trecho en trecho en las columnas. La claridad que arrojaban parecian manchas amarillas cuyos rayos sumia la noche, como lámparas colgadas en el fondo de las minas. Flotaban las masas de sombra, dando á los montones de mercancías perfiles medrosos de columnas quebrantadas, fieras en acecho y ladrones en espera. El pesado silencio, cortado por lejanas respiraciones, parecia agrandar las tinieblas. Dionisia se orientó : la ropa blanca, á su derecha, tenía un tono pálido como una manzana de casas sobre un cielo estival. Quiso atravesar la seccion, pero tropezó en las pilas de indiana, y juzgó más acertado seguir la seccion de género de punto y la lanería. La asustó un ronquido, el de José, que dormia detras del género de luto. Atravesó rápidamente la seccion, que la claraboya iluminaba con luz crepuscular : parecia mayor y llena de ese frio de iglesia con la inmovilidad de sus anaquelerías. Corrió y hubo de evitar en la mercería y guantería los mozos que dormian: sólo se creyó en salvo cuando halló la escalera. Ya arriba y frente á las confecciones se sobresaltó al ver la luz movible de una linterna : era una ronda. Dos bomberos marcaban su paso en los cuadrantes de los indicadores. Quedóse sin comprender un momento, y les vió pasar desde los chales á los muebles y luégo á la lencería, espantada de su extraña maniobra, de la llave que chirriaba y del ruido

de las puertas de hierro. Cuando se acercaron se refugió en el fondo de la seccion de encaje, cuando una voz brusca la hizo salir para ganar á escape la puerta de comunicacion. Habia reconocido la voz de Deloche, que se encontraba en su seccion sobre un catre de hierro que se hacía él mismo todas las noches. No dormia aún, desvelado por los dulces recuerdos de la gira.

— ¡Cómo! ¿sois vos, señorita? — dijo Mouret, que estaba ante ella en la escalera, con una bujía de bolsillo en la mano.

Ella balbuceó para decir que habia ido á buscar no sé qué á su seccion. Pero él no se enfadó, y la miró con aire á la vez paternal y curioso.

— ¿Teneis permiso para ir al teatro?

— Sí, señor.

— ¿Y os habeis divertido? ¿Á qué teatro habeis ido?

— He estado de campo, señor.

Esto le hizo reir, y preguntó luégo, recalcando las palabras :

— ¿Solita?

— No, señor; con una amiga — repuso ella con las mejillas purpúreas, avergonzada sin duda por el pensamiento que sospechaba en él.

Mouret calló, pero sin dejar de mirarla, con su vestidito negro y su sombrero guarnecido con una simple cinta azul. Pero qué, ¿era que aquella pequeña salvaje acabaria por ser una muchacha bonita? Estaba encendida de su correría y encantadora con sus hermosos cabellos esparcidos sobre su frente. Y el que hacía seis meses la trataba como á una niña, que muchas veces la aconsejaba cediendo á su sistema experimental, con el maligno deseo de saber cómo puede perderse en París una mujer, dejó de reir, experimentando un sentimiento indefinible de sorpresa y temor mezclados de ternura. Sin duda algun amante la embellecia de aquella manera. Ante esta idea sintió como si un ave favorita con quien jugase le hubiese mordido en el corazon.

— Buenas noches, señor — murmuró Dionisia.

Y siguió subiendo sin esperar más.

Él no respondió : la vió desaparecer y luégo entró en sus habitaciones.

VI

Cuando llegó la mala temporada de verano, se sintió el pánico en *La Dicha de las Damas*. Era la época terrorífica para las despedidas y la en que la Direccion barria los almacenes, desiertos de compradores durante los calores de Julio y Agosto.

Cada mañana Mouret, al hacer con Bourdoncle su visita, llamaba aparte á los jefes de seccion, á los que habia obligado á admitir personal en invierno para que la venta no se resintiese, con objeto de que se aligeráran de gente. Se trataba de reducir gastos poniendo en la calle un buen número de dependientes, que eran los débiles que se dejaban tragar por los fuertes.

—Vamos á ver — decia — teneis ahí gente que no hace nada. No se les puede tener con las manos cruzadas.

Y si dudaba el jefe de seccion no sabiendo á quiénes sacrificar, añadia :

—Arreglaos : con seis dependientes teneis bastante. Volveis á tomarlos en Octubre : ¡ así como así sobran en las calles !

Bourdoncle se encargaba de las ejecuciones. Decia con sus delgados labios un *¡Pasad á la caja!* que caia como un hachazo. Todo era bueno para desalojar el almacen. Inventaba diabluras y especulaba con los más ligeros descuidos.

—Estais sentado, caballero : *¡pasad á la caja!* —Me parece que contestais : *¡pasad á la caja!* — Vuestras botas no tienen betun : *¡pasad á la caja!*..

Hasta los valientes temblaban ante aquella carnicería que dejaba tras de sí ; como aquello no iba muy deprisa, inventó una estratagema que en algunos dias estranguló á los condenados de antemano. Desde hacía ochos dias se colocaba en la puerta reloj en mano, y á los tres minutos de retraso, el implacable : *¡Pasad á la caja!* caia sobre el infeliz. Aquello si que era trabajar delicadamente.

— Teneis una cara bien fea — dijo un dia á un pobre diablo cuya nariz torcida le cargaba. — *¡Pasad á la caja!*

Los protegidos obtenian quince dias de licencia que no cobraban, lo que era un medio humanitario de disminuir gastos. Los dependientes aceptaban su precaria situacion por necesidad y costumbre. Desde su llegada á Paris rodaban por la plaza, comenzando á hacer su aprendizaje á derecha é izquierda, y acabando por irse y ser devueltos á sus casas, al azar. La fábrica holgaba, se suprimia el pan de los obreros. El rodaje inútil se ponia tranquilamente á un lado, como una rueda de hierro á la que no se agradecen sus servicios. Tanto peor para los que no sabian sacar partido.

Al presente no se hablaba de otra cosa en las secciones ; cada dia se contaba una nueva historia. Se nombraban los dependientes despedidos como los muertos en tiempos de epidemia. Los chales y la lencería sobre todo sufrieron el empuje : seis dependientes desaparecieron en una semana. Un melodrama agitó á la seccion de lencería : una parroquiana se sintió mala y acusó á la oficiala que la servia de apestar á ajo. Ésta fué despedida acto contínuo. Lo cierto era que, mal alimentada y siempre con hambre, acababa detras del mostrador con una provision de trozos de pan. La Direccion se mostraba sin entrañas ante la menor queja de las parroquianas : no admitia excusa alguna. El dependiente no tenia nunca razon y debia desaparecer como un instrumento defectuoso que perjudicaba á la marcha regular de la venta, y sus compañeros bajaban la cabeza no atreviéndose á defenderle. En medio de aquel pánico cada cual temblaba por sí. Mignot sacaba un dia un paquete bajo su redingot, á pesar del reglamento, y al verse sorprendido se creyó en la calle. Lienard, cuya gandulería era proverbial, debió á la situacion de su padre en el comercio de novedades el no ser echado una tarde que Bourdoncle le vió dormido de pié entre dos pilas de terciopelo inglés. Los Lhomme estaban intranquilos, esperando todas las mañanas se despidiera á su hijo Alberto por el descontento que causaba el estado en que tenia su caja, en la que se distraia con las mujeres. Por dos veces tuvo que aplacar á la Direccion la señora Aurélia.

En medio de aquella limpieza se creia Dionisia tan amenazada, que esperaba siempre una catástrofe. Queria tener valor y luchar con toda su razon para no ceder á la crisis de su naturaleza sensible. Las lágrimas la cegaban en su cuarto, viéndose en la calle,

indispuesta con su tio, no sabiendo dónde ir, sin un céntimo y con los niños á su cargo. Los temores de las primeras semanas renacian y se veia como un grano de trigo bajo la piedra del molino. Era su abandono cobarde, sintiéndose tan poca cosa ante aquella máquina que la aplastaria con tranquila indiferencia. No habia que hacerse ilusiones: si habia de despedirse á álguien en las confecciones, sería á ella. No cabia duda de que durante la gira de Rambouillet aquellas señoritas habian levantado de cascos á la señora Aurelia contra ella, porque ésta la trataba desde entónces con una severidad mezclada de antipatía. No se le perdonaba el haber ido á Joinville, y se veia en aquel hecho el deseo de dar en las narices á toda la seccion juntándose fuera con una oficiala de la seccion enemiga. Jamas habia sufrido tanto Dionisia y desesperaba ya de hacerse agradable.

—¡Dejadlas!—la decia Paulina.—¡Esas cómicas son tan estúpidas como un ganso!

El aspecto de damas de aquellas señoritas era precisamente lo que intimidaba á la jóven. Casi todas las oficialas adquirian cierto tono por su roce diario con la clientela rica, acabando por formar una clase indeterminada entre obreras y burguesas. Bajo su arte para vestir y sus frases y maneras aprendidas habia una instruccion falsa, lectura de periódicos y tiradas de drama; es decir, todas las gansadas corrientes de las calles de París.

—¿Sabeis que la *mal peinada* tiene un niño?—dijo Clara una mañana al llegar á la seccion.

Y como todas se asombraron, añadió:

—¡Cómo que la he visto yo paseando al chiquitin! ¡Ella lo oculta en alguna parte!

Á los dos dias, y al volver de comer, dió Margarita otra noticia:

—Esto sí que es verdad: acabo de ver al amante de la *mal peinada*. Un obrero... sí, un obrerillo sucio, con el pelo amarillo, que la miraba por los cristales.

Aquello fué creido como una verdad inconcusa. Dionisia tenía un amante jornalero y un niño que ocultaba en el barrio. Se la acribilló con insinuaciones malévolas, y cuando las comprendió se quedó pálida ante la monstruosidad de las suposiciones. Aquello era abominable y quiso excusarse balbuceando:

—¡Pero si son mis hermanos!..

—¡Ah, son hermanos!..—dijo Clara con tono equívoco.

—Callaos, señoritas. Mejor hariais en cambiar estas etiquetas. La señorita Dionisia es muy dueña de portarse mal fuera de aquí, siempre que aquí trabaje al ménos.

Esta seca defensa era una condenacion. Sofocada la jóven como si se la acusase de un crímen, trató de explicar los hechos. Todas reian y se encogian de hombros, y ella sintió el golpe en el corazon. Cuando corrió el rumor y Deloche se enteró, quiso en su indignacion abofetear á las oficialas de la confeccion, pero le detuvo el temor de comprometerla. Desde la gira de Joinville tenía por ella un amor sumiso, una amistad casi religiosa que la demostraba con sus miradas de perro fiel. Nadie debia sospechar su afecto, porque se hubieran burlado de ellos; pero no le impedirian pensar en bruscas violencias si se la atacaba delante de él.

Dionisia acabó por callar. Era muy odioso que nadie la creyera. Cuando una compañera arriesgaba una alusion, se limitaba á mirarla con aire triste y sosegado. Tenía otros disgustos que la preocupaban mucho. Juan no era juicioso y la asediaba con peticiones de dinero. Recibió de él toda una historia en cuatro páginas, y cuando el encargado del correo la daba aquellas cartas escritas con letra gruesa y apasionada, se daba prisa á meterlas en el bolsillo porque las oficialas se sonreian canturriando pullas. Luégo inventaba pretextos para ir á leerlas al otro extremo de los almacenes, y se aterraba porque creia perdido á Juan. De sus cartas salian extraordinarias aventuras de amor, cuyos peligros exageraba su ignorancia de las cosas. Ya era por una pieza de cuarenta sueldos para huir de los celos de una mujer, ó cinco y seis francos para salvar el honor de una jóven á quien su padre mataria si no. Como su tanto por ciento y su sueldo no bastaban, le ocurrió buscar trabajo fuera del almacen. Se confió á Robineau, que le fué simpático desde su encuentro en casa de Vinçard, y éste la procuró lazos de corbata á cinco sueldos la docena. Por la noche, de nueve á una, podia coser seis docenas, lo que hacía treinta sueldos, de los que habia que deducir cuatro para una bujía. Estos veintiseis sueldos diarios bastaban para Juan: ella no se quejaba de la falta de sueño y se hubiera creido feliz si una catástrofe no hubiera trastornado su presupuesto. Al fin de la segunda quincena se fué á casa del corbatero y se halló la puerta cerrada: una quiebra que la llevaba diez y nueve francos, suma considerable con la que contaba desde hacía ocho dias. Las miserias de su seccion palidecian ante aquel desastre.

— ¡Estais triste! — le dijo Paulina al hallarla en la galería de muebles. — ¿Es que necesitais algo? Decídmelo.

Pero Dionisia debia ya seis francos á su amiga, y respondió, tratando de sonreir:

— Nada, gracias; es que he dormido mal.

Era el veinte de Julio, en lo más fuerte de las despedidas. De los cuatrocientos empleados habia ya barrido Bourdoncle cincuenta, y se temian nuevas ejecuciones. Dionisia no sentia miedo de ser despedida, preocupándola la angustia que la producia una aventura de Juan, más terrorífica que las anteriores. Esta vez se trataba de quince francos, precisos para endulzar los enojos de un marido engañado. La víspera recibió la primera carta relatando el drama; luégo, una tras otra, dos más, la última sobre todo, que leia cuando la encontró Paulina, en la que Juan anunciaba su muerte para aquella noche si no recibia los quince francos. Se volvia loca: imposible tomar de la pension de Pepé, pagada hacia dos dias. La mala suerte les perseguia, pues habiendo pensado en que Robineau encontraria al corbatero, se encontró con que Robineau habia obtenido una licencia de dos semanas y no habia vuelto desde la víspera.

Paulina la preguntó amistosamente. Cuando se reunian las dos en el fondo de una seccion poco céntrica, hablaban sin temor. Paulina hizo de pronto un movimiento como para huir: habia visto la corbata blanca de un inspector que salia de los chales.

— ¡Ah! es papá Jouve — murmuró tranquilizándose. — No sé por qué se sonrie ese viejo cuando nos ve juntas. En vuestro lugar yo tendria miedo, porque os ronda mucho. Un perro viejo más malo que la sarna, y que cree que está siempre con sus soldados.

Jouve era aborrecido de todos los dependientes por la severidad de su vigilancia; más de la mitad de las despedidas se hacian por sus denuncias. Su nariz encarnada de contramaestre viejo sólo se humanizaba en las secciones de las mujeres.

— ¿Por qué he de tener miedo? — preguntó Dionisia.

— ¡Caramba! — contestó Paulina riendo; — puede ser que exija agradecimiento en vos. Muchas de esas señoritas se lo demuestran.

Jouve se alejó aparentando no haberlas visto, y oyeron que se enredaba con un dependiente culpable de estar mirando un caballo caido en la calle Neuve-Saint-Augustin.

— Á propósito — dijo Paulina — ¿no buscabais ayer al señor Robineau? Creo que ya ha vuelto.

Dionisia se creyó salvada.

— Gracias — dijo. — Voy á dar la vuelta y á pasar por la sedería. Me han enviado allá arriba, al taller.

Se separaron, y la jóven, con aspecto de ocupada, como si corriese de caja en caja á deshacer un error, ganó la escalera y bajó luégo.

Eran las diez ménos cuarto y sonó la campana para la primera mesa. Un sol pesado calentaba las claraboyas á pesar de los toldos, y el calor caia pesadamente en el aire inmóvil.

De vez en cuando un hálito fresco subia del piso que regaban los mozos. Era aquello como una siesta de verano en el vacío de los mostradores, parecidos á capillas de iglesia en que duerme la sombra despues de la primera misa.

Los dependientes soñolientos estaban de pié, y algunas compradoras atravesaban la seccion con el paso pesado de la mujer agobiada por el calor.

Al bajar Dionisia medía Favier una seda ligera de azucenas y rosas para la señora Boutarel, llegada la víspera del Mediodía. Desde principios de mes llegaba el contigente provinciano, y sólo se veian señoras raramente vestidas, chales amarillos, faldas verdes; en suma, el figurin de provincias. Los dependientes, ya acostumbrados, ni áun se reian. Favier acompañó á la señora Boutarel á la mercería, y cuando volvió dijo á Hutin:

— Ayer auvernesas, hoy provenzalas... Tengo dolor de cabeza.

Hutin se habia precipitado al encuentro de la *mujer bonita*, aquella adorable rubia á quien la seccion designaba así por no saber nada de ella, ni áun el nombre. Todos la sonreian, y no pasaba semana sin ir, siempre sola. Aquella vez llevaba un niño de cuatro ó cinco años. Se habló de ello.

— ¿Luego es casada? — preguntó Favier cuando volvió Hutin de la caja, á donde fué para que la señora pagára treinta metros de saten duquesa.

— Es posible — respondió Hutin — aunque ese mocoso nada prueba. Puede que sea de una amiga. Lo que sí es cierto es que debe haber llorado, porque tiene el aire triste y los ojos encarnados.

Hubo una pausa. Los dos dependientes miraban vagamente al fondo de los almacenes, y luégo dijo Favier con voz lenta:

—Si es casada, tal vez estará así porque la haya pegado su marido.

—Puede ser—dijo Hutin; —á ménos que sea un amante.

Y añadió, despues de una pausa:

—Eso me figuro yo.

En aquel momento atravesaba la seccion de sedería Dionisia, acortando el paso y mirando á ver si descubria á Robineau. No le vió y se llegó á la lencería, volviendo en seguida. Los dos dependientes notaron su maniobra.

—¡Todavía está ahí esa sosa!—murmuró Hutin.

—Busca á Robineau—dijo Favier.—No sé qué diablos traen entre manos. Nada sospechoso, porque Robineau es torpe. Creo que la ha proporcionado un trabajillo: lazos de corbata.

—¡Qué negocio! ¿eh?

Hutin meditaba una picardía. Al pasar Dionisia junto á él la detuvo bruscamente, diciéndola:

—¿Me buscais á mí?

Ella se puso roja. Desde la gira de Joinville no se atrevia á sondear en su corazon, en que chocaban sentimientos confusos. Pensaba en Hutin con aquella jóven de pelo rojo, y si temblaba ante él era quizá de disgusto. ¿Le habia amado? ¿Le amaba aún? No queria remover sentimientos que le eran penosos.

—No, señor—respondió turbada.

Hutin se divirtió con su embarazo.

—Si quereis que os lo sirva.... ¡Favier, servid Robineau á esta señorita!

Dionisia le miró fijamente con la mirada triste y resignada con que recibia las bromas de sus compañeras. ¡Ah! ¡él tambien era malo y la maltrataba como los otros! Sintió un desgarramiento supremo, como un lazo postrero que se rompia. Su rostro expresó tal sufrimiento, que hasta Favier, poco dado á sensiblerías, fué en su socorro:

—Robineau está fuera, pero entrará seguramente para almorzar. Le encontraréis esta tarde si teneis que hablarle.

Dionisia dió las gracias y subió á las confecciones, donde la esperaba la señora Aurelia irritada. ¡Cómo! ¡se habia ido hacía media hora, y no venia seguramente del taller! La jóven bajó la cabeza, pensando en aquel encarnizamiento de la mala suerte. Aquello acababa si Robineau no volvia; se prometió volver á bajar sin embargo.

En la seccion de sedería, la vuelta de Robineau desencadenó las iras. La seccion esperaba que no volviese, disgustado por los feos sufridos. Por un momento, y estrechado por Vinçard, que queria cederle su negocio, estuvo á punto de tomarlo. El sordo trabajo de Hutin y la mina que le abria hacía meses bajo los piés, iban á estallar por fin. Durante la licencia de Robineau, y como le sustituyera á título de primer dependiente, se esforzó en desacreditarle á los ojos de los jefes, procurando colocarse en su puesto por excesos de celo. Descubria y ponia en claro pequeñas irregularidades, y sometia á los jefes proyectos de mejora y nuevos dibujos que inventaba. Por otra parte, y desde el dependiente hasta el *primero*, aspirante á consocio, no tenian más que una idea fija: desalojar al compañero de arriba para subir un escalon, y derribarlo si era un obstáculo. Esta lucha de codicias, este empujarse los unos á los otros era como la ordenada funcion de la máquina, lo que activaba y doblaba la fortuna de la casa. Detras de Hutin, Favier; detras de éste, los otros. Se oia como ruido de quijadas: Robineau estaba condenado, y cada uno se llevaba un hueso. Por esto, cuando reapareció el segundo, el murmullo fué general. Era preciso acabar: la actitud de los dependientes era tan amenazadora, que el jefe de seccion envió á Robineau á la de surtidos nuevos para dar lugar á la Direccion á que tomase un partido.

—Preferimos irnos todos si él se queda—dijo Hutin.

Esto fastidiaba á Bouthemout, cuya jovialidad no se avenia con aquella perturbacion, y sufria viendo en torno suyo caras gruñonas. Queria ser justo.

—Dejadle tranquilo, que nada os hace.

Estallaron las protestas.

—¡Cómo! ¡no nos hace nada! ¡Un ente insoportable, siempre nervioso, que os aplastaria si pudiera!

Era general la animadversion. Con sus nervios mujeriles tenía Robineau susceptibilidades inaceptables. Se contaban veinte anécdotas, desde la de un jóven que cayó allí malo, hasta las de clientes humilladas por sus observaciones mortificantes.

—En fin, señores—dijo Bouthemout—no acepto responsabilidades. He advertido á la Direccion, y voy á hablar otra vez.

Sonó la campana para la segunda mesa, allá léjos, con el sonido amortiguado por el aire en calma del almacen. Hutin y Favier bajaron. De todas las secciones llegaban dependientes uno á uno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® GENERAL DE BIBLIOTECAS

estrujándose en el pasillo de la cocina, alumbrado continuamente por gas. El peloton se daba prisa, sin que se oyera una risa ni una palabra, entre el ruido creciente de la vajilla y el fuerte aroma de la comida. Al extremo del corredor habia un hueco delante de un armario. Rodeado de pilas de platos y armado de cucharas que hundia en cacerolas de cobre, un cocinero distribuia las raciones. Cuando se inclinaba se percibia la cocina detras de su vientre vestido de blanco.

— ¡Bueno! — murmuró Hutin consultando el *menu* escrito sobre negro en el armario. — Carne con salsa picante ó raya... ¡Nunca dan asado en esta barraca! Sólo lo que no aprovecha al cuerpo: pescados y salsas...

El pescado tenia poca aceptacion, pues solian quedarse llenas las cacerolas. Favier tomó raya. Detras de él dijo Hutin:

— Carne con salsa picante.

Con su movimiento mecánico cortó un trozo de carne, rociándolo con salsa, y Hutin, sofocado por el hálito ardiente de la cocina, se llevaba su racion, miéntras detras de él sonaba el *carne con salsa... carne con salsa*, como una letanía. El cocinero seguia cortando trozos y rociándolos de salsa con el movimiento rápido y rítmico de un reloj bien arreglado.

— ¡La raya está fria! — dijo Favier colocando la mano sobre el plato.

Todos andaban con el brazo tendido y el plato derecho por temor á mancharse. Diez pasos más léjos estaba la cantina con su mostrador de estaño, sobre el que estaban alineadas las raciones de vino en pequeñas botellas sin tapon, húmedas aún del lavado. Cada cual tomaba al paso con la mano libre su botella, y se iba á su mesa con aire serio y cuidando del equilibrio.

Hutin gruñia sordamente:

— ¡Qué paseo éste con los platos!

La mesa de Favier y él estaba al final del corredor, en el último comedor. Todos se parecian: eran sótanos de cuatro metros por cinco, que se habian arreglado para refectorios; pero la humedad comia la pintura, y los muros amarillos se llenaban de manchas verdosas; por los estrechos tragaluces, al ras de la calle, caia una luz lívida, atravesada sin cesar por las sombras de los transeuntes. En verano é invierno era ahogado aquello, siempre cargado de olores nauseabundos que venian de la cocina.

Hutin entró el primero. Sobre la mesa, empotrada en el muro

por un lado y cubierta de hule, sólo habia vasos, tenedores y cuchillos marcando los puestos. Una pila de platos se alzaba á cada extremo, y en medio habia un enorme pan hendido por un cuchillo con el mango al aire. Hutin dejó plato y botella, tomó una servilleta del vasar, que era el único adorno del comedor, y se sentó dando un suspiro.

— ¡Tengo un apetito!.. — murmuró.

— Siempre sucede lo propio — dijo Favier, sentándose á su izquierda. — No hay nada como estar harto.

La mesa se ocupaba rápidamente, y contenia veintidos cubiertos. Al pronto, sólo se oyó el ruido de los tenedores, un rumor de buenos mozos cuyos estómagos se resentian de trece horas de fatiga diarias. Aquello era infecto segun decian, limpiando los platos á pesar de ello. Al principio podian los dependientes, en la hora que les daban, ir á tomar su café fuera: despachaban el almuerzo en veinte minutos, con la prisa de verse en la calle. Pero les distraia mucho y no ponian tanta atencion en la venta. La Direccion decidió en su vista que no salieran, y que pagáran tres sueldos por una taza de café, si la querian. Así era que al presente no se daban prisa, y poco ganosos de ir á sus secciones ántes de la hora. Muchos comian á boca llena leyendo un periódico sostenido en la botella. Otros, una vez calmado el apetito, hablaban sobre los eternos temas de la mala alimentacion, del dinero ganado, de lo que habian hecho el domingo pasado y de lo que harian el venidero.

— Decidme — preguntó un dependiente á Hutin — ¿y vuestro Robineau?

La lucha de los sederos contra su segundo llenaba las conversaciones. Se discutia el asunto diariamente hasta media noche en el café Saint-Roch. Hutin contestó, encarnizándose con su plato:

— Pues ha vuelto Robineau.

Luégo se irritó de pronto:

— Pero ¡voto va! ¡si esto es carne de burro! ¡Esto es cargante, palabra de honor!

— No os quejeis — dijo Favier. — Yo he hecho la tontería de tomar raya: está podrida.

Todos hablaban á la vez indignados. En un rincon de la mesa, junto á la pared, comia silenciosamente Deloche. Afligido por el excesivo apetito que jamas pudo satisfacer, y ganando poco para permitirse suplementos, se cortaba ronchas de pan enormes, y se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tragaba los platos ménos apetitosos con aire goloso. Todos se divertian con él y le gritában:

—Favier... dadle vuestra raya á Deloche, que le gusta mucho.

—Y vuestra carne, Hutin, que la pide Deloche para postre.

El pobre chico se encogia de hombros sin contestar. No era culpa suya si tenía tanta hambre. Los demas escupian en los platos alabando el hecho.

Un ligero silbido les hizo callar. Se señalaba así la presencia de Mouret y Bourdoncle en el corredor. Desde hacía tiempo eran tales las quejas de los empleados, que la Direccion creyó oportuno juzgar por sí misma de la buena calidad de la alimentacion. Daba, por dias y cabeza, un franco cincuenta céntimos al jefe de cocina, quien debia pagarlo todo, provisiones, carbon, gas y personal. La Direccion se asombraba cuando todo esto no era bueno. Por la mañana, cada seccion delegó á un dependiente, y Mignot y Lienard se encargaron de hablar en nombre de sus compañeros. Se guardó bruscamente silencio, y se escucharon las voces de la pieza vecina en que habian entrado Mouret y Bourdoncle. Éste opinó que la carne era excelente, y sofocado Mignot por aquella tranquila afirmacion, decia:

—Mascadla para verlo.

Miéntras, Lienard atacaba la raya y decia con dulzura:

—Huele, señor.

Mouret se explicó con frases cordiales que haria todo lo posible por el bienestar de sus empleados; era su padre, y preferia comer pan seco á que estuviesen mal alimentados.

—Os prometo estudiar la cuestion—dijo para terminar, y alzando el tono para que lo oyesen de una á otra parte.

Terminó la investigacion de la Direccion, y recomenzó el ruido de tenedores. Hutin murmuraba:

—Sí, fiate en la Virgen y no corras... No son avaros de buenas palabras. ¿Quereis promesas? Pues allá van... Y os alimentan con judías secas, y os ponen en la puerta como á perros...

El dependiente de ántes volvió á preguntarle:

—¿Deciais que nuestro Robineau?..

Ruido de platos le interrumpió. Los dependientes se cambiaban por sí mismos el plato, y disminuian las pilas de éstos. Al ver á un marmiton que traia grandes fuentes de hierro bañado, gritó Hutin:

—¡Arroz al *gratin!* ¡Dia completo!

—Bueno para hacer dos sueldos de cola—dijo Favier sirviéndose.

Á unos le gustaba; otros lo encontraban pesado. Habia quien se quedaba silencioso, hundido en el folletin de su diario y sin saber lo que comia siquiera. Todos se secaban el sudor, porque el estrecho sótano se llenaba de vapor, miéntras las sombras de los transeuntes corrian sobre los cubiertos esparcidos.

—Pasad el pan á Deloche—dijo un chusco.

Cada cual cortó su trozo, metia el cuchillo en el pan hasta el mango y seguia circulando.

—¿Quién cambia su postre por mi arroz?—preguntó Hutin.

Cuando cerró el trato con un jóven raquítico, intentó vender su vino, pero nadie lo quiso; era execrable.

—¡Silencio!—murmuró Favier.

Con el rabillo del ojo señalaba á Bouthemout, que paseaba en el corredor entre Mouret y Bourdoncle, absortos los tres en la viva conversacion que sostenian á media voz. El comedor de los jefes de despacho y de los segundos se hallaba justamente enfrente. Al ver Bouthemout pasar á Mouret se levantó de la mesa en la que habia concluido, y le contó las impertinencias de su mostrador. Los otros dos le escuchaban, rehuyendo todavía sacrificar á Robineau, vendedor de primer órden, que databa de Mme. Hedouin. Pero cuando llegó á la historia de los nudos de la corbata, Bourdoncle se encolerizó. ¿Estaba loco ese jóven para mezclarse en dar trabajo suplementario á los vendedores? La casa compraba muy caro el tiempo de los vendedores: si trabajaban por la noche por su cuenta, era evidente que durante el dia trabajarian ménos en el almacen; eso era un robo, y ademas arriesgaban su salud, que no les pertenecia. No, la noche se habia hecho para dormir, ó de lo contrario serian puestos en la puerta de la calle.

—Ya se calienta—hizo notar Hutin.

Cada vez que en su lento paseo cruzaban los tres por delante del comedor, los dependientes los observaban, comentando sus menores gestos. Ellos olvidaban el arroz tostado, en donde un cajero acababa de hallar una judía.

—Yo he oido la palabra *corbata*—dijo Favier.—Y vos habeis visto palidecer de repente á Bourdoucle.

Sin embargo, Mouret participaba de la indignacion del socio. Una vendedora reducida á trabajar de noche le parecia un ataque contra la organizacion de *La Dicha de las Damas*. ¿Quién era la

simple que no le bastaba con los beneficios de la venta? Pero cuando Bouthemout le nombró á Dionisia, entónces cambió y trató de buscar disculpa. ¡Ah! ¡si esta jóven no estaba todavía muy diestra, y ademas tenia dos cargos, segun le habian asegurado! Bourdoncle le interrumpió para decir que era preciso despedirla sobre la marcha. Siempre habia dicho que no sacarian nada de provecho de semejante fealdad. De tal manera se habia enfadado, que parecia satisfacer algun rencor, cuando Mouret, lleno de embarazo, afectó tomarlo á risa. ¡Dios mio, qué severidad! ¿No podria perdonarse por una vez? Llamarian á la culpable y la reprenderian. Ademas, era Robineau quien tenía toda la culpa, porque él habia debido dejarla, puesto que ya era dependiente antiguo y estaba al corriente de las costumbres de la casa.

—¡Ved al principal cómo rie ahora!—dijo Favier, extrañado, al pasar el grupo de nuevo por delante de la puerta.

—¡Ah, por Cristo!—juró Hutin;—si se empeñan en pegarnos á su Robineau á las espaldas, nosotros nos encargarémos de ponerle la orla.

Bourdoncle miró cara á cara á Mouret, próximo á estallar; despues se limitó á hacer un gesto desdeñoso, dando á entender que al fin comprendia que habia sido un torpe. Bouthemout habia reanudado sus quejas; los vendedores amenazaban partir, y los habia entre ellos excelentes; pero lo que parecia interesar más vivamente á aquellos señores fué el rumor de las buenas relaciones de Rubineau con Gaujean. Éste, segun decian, impulsaba al primero á establecerse en el barrio por su cuenta, ofreciéndole largos créditos, para arruinar á *La Dicha de las Damas*. Hubo un momento de silencio. ¡Ah! ¡Ese Robineau buscaba la lucha! Mouret se habia quedado serio, fingió despreciar todo y no tomó ninguna decision, como si el asunto no tuviera importancia. Ya verian y hablarian. En seguida se puso á bromear con Bouthemout, cuyo padre, llegado la antevíspera de su tiendecilla de Montpellier, habia creido ahogarse de estupor é indignacion al hallarse en el almacen inmenso donde reinaba su hijo. Todavía se reian de aquel buen hombre, que con su aplomo meridional se habia puesto á criticar todo, y pretendia que todo lo nuevo caeria á escape.

—Precisamente, hé aquí á Robineau—murmuró el jefe.—Yo le habia alejado para evitar una escena desagradable... Perdonad si insisto, pero las cosas han llegado á un extremo que es preciso obrar.

En efecto, era Robineau el que entraba; saludó al pasar á aquellos señores, y se sentó á la mesa.

Mouret se contentaba con repetir:

—Está bien; ya verémos.

Partieron. Hutin y Favier les acechaban todavía; pero cuando no les vieron volver se hallaron más á sus anchas. ¿Habia de bajar la Direccion á todas las comidas á contar las bocas? ¡Sería divertido si ni áun comiendo se tuviera libertad! La verdad era que acababan de ver entrar á Robineau, y que el buen humor del principal les inquietaba por el resultado de la lucha empeñada por ellos. Bajaron la voz y buscaron nuevas vejaciones.

—¡Yo muero!—continuaba en voz alta Hutin.—¡Al levantarse de la mesa tiene uno todavía más hambre!

Sin embargo, habia comido dos raciones de dulce; la suya y la que habia cambiado por su parte de arroz. En seguida gritó:

—¡Chist! ¡Deseo un suplemento!.. Víctor, dadme por tercera vez dulce.

El mozo acababa de servir los postres. En seguida llevó el café; los que lo tomaban le abonaban tres *sous*. Algunos vendedores se paseaban á lo largo del corredor, buscando los rincones oscuros para fumar un cigarrillo. Otros estaban sentados, con las piernas estiradas, delante de la mesa, llena de vajilla sucia, haciendo rodar migajas de pan para volverlas á echar, al olor de los restos de las viandas y al calor de la estufa, que les enrojecia las orejas. Las paredes destilaban humedad; una asfixia lenta caia de la mohosa bóveda. Arrimado á la pared, Deloche, atiborrado de pan, digeria en silencio, con los ojos alzados hácia el tragaluz; éste era su recreo; todos los dias, despues del desayuno, miraba así los piés de los transeuntes que pasaban ligeramente por la acera, piés adornados con hebillas, zapatos gruesos, botas elegantes, finas botitas de mujer, un ir y venir contínuo de piés vivientes, sin cuerpo ni cabeza. Los dias de lodo el espectáculo era gracioso.

—¡Cómo! ¡ya!—gritó Hutin.

Una campana sonó al final del corredor é hizo dejar el puesto á la tercera mesa. Los mozos de servicio llegaron con cubos de agua tibia y grandes esponjas para lavar los hules. Poco á poco las salas se desocuparon, y los vendedores subieron á sus mostradores con paso tardío. En la cocina, el jefe se habia vuelto á colocar en su puesto entre sus fuentes de raya de vaca, y de salsa, armado de su tenedor y su cuchara, pronto á llenar de nuevo los

platos, con movimientos acompasados como los de un reloj.

Como Hutin y Favier se retardaron, vieron bajar á Dionisia.

—Monsieur Robineau ha vuelto, señorita—le dijo el primero con una atencion burlona.

— Y todavía está en la mesa —continuó el otro. — Pero si se apresura un poco podeis entrar.

Dionisia siguió bajando, sin responder ni volver la cabeza. Á pesar de su aparente indiferencia, al pasar por la sala de los jefes de escritorio no pudo ménos de lanzar una ojeada. Efectivamente, Robineau estaba allí.

—Trataré de hablarle despues del mediodía — pensó, y siguió á lo largo del corredor para sentarse á la mesa que se encontraba al otro extremo.

Las mujeres comian aparte en dos salas reservadas. Dionisia entró en la primera. Ésta era igualmente una antigua cueva trasformada en refectorio; pero se la habia amueblado de un modo algo más confortable. Sobre la mesa ovalada puesta en el centro se veian quince cubiertos colocados con anchura, y el vino se hallaba en garrafas. Un plato de raya y otro de carne de vaca con salsa picante estaban en los extremos. Mozos con delantal blanco servian á las señoras, lo que las evitaba la molestia de tomar ellas mismas sus raciones. La Direccion habia creído eso mejor.

—¿Habeis dado ya la vuelta?— la preguntó Paulina, sentada ya miéntras partió pan.

— Sí—respondió Dionisia sonrojándose—acompañaba á una cliente.

Dionisia mentia. Clara dió con el codo á una vendedora vecina suya. ¿Qué tenía aquel dia la *mal peinada?* Con seguridad habia recibido carta de su amante; ademas ella corria el almacen como una perdida, pretextando comisiones en el taller, á donde no iba solamente. Ciertamente le pasaba alguna historia. Despues Clara, comiendo su raya sin repugnancia, con la indiferencia de una jóven alimentada otras veces con grasa rancia, habló de un drama horrible, cuyo relato llenaba los periódicos.

— ¿No lo habeis leido, ese hombre que ha degollado á su querida con una navaja?

—¡Caramba! — dijo una jovencilla lencera, de fisonomía dulce y delicada; — la encontró con otro, hizo muy bien.

—¡Cómo! — replicó Paulina — porque una ame á más de un hombre ¿por eso les será permitido cortarnos el cuello? ¡Ah!

no por cierto — é interrumpiéndose, se volvió al mozo de servicio:

— Pedro, ya sabeis que yo no puedo atravesar la vaca... decid que me hagan otra cosa en su lugar, una tortilla, ¿eh?.. y blandita si es posible.

Interin esperaba, como siempre tenía golosinas en el bolsillo, sacó pastillas de chocolate y se puso á comerlas con pan.

— Un hombre así — continuó Clara — no es un malvado, sino un celoso. El otro dia tambien arrojó por la ventana un obrero á su mujer.

Al decir esto no quitaba la vista de Dionisia, y creyó adivinar al verla palidecer. Evidentemente aquella santa temia verse sorprendida por su amante, al que sin duda engañaba. ¡Seria gracioso que él la espiára hasta en el almacen, como ella parecia temer! La conversacion varió: una vendedora daba una receta para limpiar el terciopelo. Se habló despues de una pieza del teatro de la Alegría, donde los amores de pobres muchachas danzan más que los de personas notables. Paulina, entristecida un momento al ver su tortilla muy frita, volvió á recobrar su alegría cuando al comerla no la encontró del todo mala.

— Dadme vino — dijo á Dionisia. — Debiais pedir tambien vos otra tortilla.

—¡Oh! me basta la vaca— respondió la jóven, que por economizar se atenia á la comida de la casa por repugnante que fuese.

Cuando el mozo llevó el arroz tostado, aquellas señoritas protestaron. La semana anterior lo habian dejado y esperaban que no reapareceria. Dionisia, distraida, turbada al recuerdo de Juan por las historias de Clara, fué la única que comió, interin la miraban todas con desagrado. Hubo un desembarque de suplementos é hicieron gran acopio de confituras. Esto era ademas elegante, era preciso alimentarse con su dinero.

— Ya sabeis que esos señores han reclamado —dijo la delicada lencera, y que la Direccion ha prometido...

Las risas la interrumpieron; cada cual hablaba de la Direccion. Todas tomaron café, excepto Dionisia, que decia no podia soportarlo. Y se hicieron las remolonas ante sus tazas; las costureras en ropa interior de lana, con una sencillez de aldeanas; las confeccionadoras en seda, con la servilleta bajo la barba para no mancharse, igual que si fuesen damas que hubieran bajado á comer á la repostería con sus doncellas. Habian abierto la vidriera del tragaluz para renovar el aire sofocante y pestífero, pero fué pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciso cerrar en seguida porque las ruedas de los carruajes parecian pasar sobre la mesa.

—¡Chist! —murmuró Paulina; —¡hé ahí ese viejo bestia!

Éste era el inspector Jouve, que vagaba placentero en torno de aquellas señoritas al final de las comidas. Debe advertirse que tenía el cargo de vigilar en los comedores. Con la mirada risueña entraba y daba vuelta á las mesas, dirigiéndose algunas veces á las señoras para preguntarlas si habian almorzado bien. Mas como su presencia disgustaba á todas, en seguida se apresuraban á huir. Áun cuando todavía no habia sonado la campana, Clara desapareció la primera, y las demas no tardaron á seguirla, quedando muy pronto solas Dionisia y Paulina; ésta, despues de haber tomado el café, comia sus pastillas de chocolate.

— Esperad — dijo, levantándose de pronto — voy á enviar un muchacho á comprarme naranjas... ¿Venís?

— En seguida — respondió Dionisia, mordiendo una corteza de pan, y resuelta á quedarse la última á fin de poder hablar á Robineau al tiempo de subir.

Sin embargo, cuando se quedó sola con Jouve sintió cierto malestar, y contrariada abandonó la mesa, dirigiéndose hácia la puerta, en donde él la cerró el paso:

— Señorita Dionisia...

De pié ante ella habia tomado un aire paternal. Sus gruesos bigotes grises y el cabello cortado á sobrepeine le daban el aspecto de un honrado militar, y adelantaba el pecho, donde llevaba la cinta roja.

— ¿Qué quereis, señor Jouve? — preguntó ella con aplomo.

— Os he sorprendido esta mañana hablando arriba detras del portier. Ya sabeis que eso está prohibido, y si yo lo dijera... ¿Os quiere mucho vuestra amiga Paulina?

Su bigote se habia erizado, su nariz estaba encendida, una nariz hueca y encorvada.

— ¿Eh? ¿qué teneis las dos para amaros tanto?

Dionisia, si bien no comprendia, experimentaba singular disgusto. Jouve se aproximaba tanto, que al hablarla casi tocaba su rostro.

— Es verdad, nosotras hablamos, señor Jouve — balbuceó; — pero no es un gran mal el hablar un poco... Vos sois muy bueno para mí, y os doy las gracias por ello.

— No deberia ser bueno — dijo él; — justicia seca, yo no comprendo ciertas cosas que me pasan... únicamente cuando una muchacha es tan linda...

Miéntras así hablaba se aproximaba cada vez más. Entónces ella sintió miedo. Las palabras de Paulina le venian á la memoria, recordándole las historias que corrian de vendedoras atemorizadas por Jouve, comprando su benevolencia á precio de la honra. Ademas en el almacen él se contentaba con pequeños favores, golpeando suavemente con sus gruesos dedos las mejillas de las señoritas complacientes, cogiéndolas las manos y conservándolas entre las suyas como si hubiera olvidado que no eran suyas. Todo esto parecia paternal, y sólo se mostraba cual era fuera de allí, cuando aceptaban las tartas de manteca en su casa, calle de los Moineax.

— Dejadme — murmuró la jóven retrocediendo.

— Vamos — dijo él — no hagais la salvaje conmigo, que procuro por vos siempre... Sed amable, venid esta noche á mojar una tarta en una taza de té.

Dionisia se defendia todavía.

— No, no.

El comedor continuaba solitario, el mozo no habia vuelto. Jouve, con el oido atento al ruido de pasos, lanzó una rápida mirada en torno suyo; y exaltado, saliendo de su fingida frialdad, traspasando las familiaridades de padre, quiso besarla el cuello.

— Tontita, maliciosa... cuando se tienen cabellos como esos, no está permitido ser suspicaz. Venid esta noche, es por broma.

Pero ella, enloquecida, volviéndose de un modo terrible al ver aproximarse aquel rostro encendido, del que sentia el aliento, rápidamente le empujó tan ruda y fuertemente, que Jouve vaciló y cayó sobre la mesa. Dichosamente una silla lo recibió; pero al choque, el vino que habia en el fondo de un vaso saltó y salpicó la corbata blanca, mojando al mismo tiempo la condecoracion. Permaneció inmóvil sin enjugarse, ahogado de cólera ante una sacudida tan brusca é inesperada, él, que no empleaba su fuerza, sino solamente la dulzura.

— ¡Ah! ¡señorita, os arrepentiréis, palabra de honor!

Dionisia huyó. Justamente la campana sonaba á tal tiempo, y turbada, temblorosa todavía, olvidó á Robineau y subió al mostrador. Despues ya no se atrevió á bajar. Como el sol por la tarde caldeaba la fachada de la plaza Gaillon, era ahogarse en los salones del entresuelo, á pesar de los trasparentes de tela gris. Algu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nas clientes vinieron, miraron aquellas señoritas llenas de sudor y se fueron sin comprar nada. Todo bostezaba allí bajo las soñolientas miradas de los hermosos ojos de la señora Aurelia. Por fin, á las tres, viéndola Dionisia adormecida, desfiló dulcemente y atravesó con aire ocupado el almacen. Para desorientar á los curiosos que pudieran seguirla con la mirada, en lugar de bajar directamente á la seda se dirigió primeramente á las puntillas, habló con Deloche y le pidió unas señas; en seguida, en el cuarto bajo atravesó los talleres y llegó á las corbatas, cuando sorprendida y sobresaltada se detuvo. Juan estaba delante de ella.

—¡Cómo! ¿eres tú? —murmuró palideciendo.

Llevaba la blusa del trabajo y descubierta la cabeza, con los rubios cabellos desordenados, cuyos rizos caian sobre su cútis de mujer. De pié ante un escaparate de estrechas corbatas negras, parecia reflexionar profundamente.

—¿Qué haces ahí? —volvió á preguntar Dionisia.

—¡Diantre! —respondió él—¡esperarte!.. ¡tú me has prohibido venir! Ahora ya he entrado, pero no he dicho nada á nadie. ¡Oh! puedes estar tranquila, no aparentes conocerme si así te place.

Dos dependientes los miraban con aire extrañado. Juan bajó la voz.

—¿Sabes? Ella ha querido acompañarme; si, está ahí, en la plaza, junto á la fuente... Dame pronto los quince francos, ó somos descubiertos: ¡tan verdad como el sol que nos alumbra!

Entónces Dionisia perdió la serenidad. Si alguno oyera tal aventura, ¡cómo se burlaria! Delante del escaparate de corbatas se abria en el suelo una escalera del sótano, por la que hizo bajar á su hermano empujándole vivamente. Abajo Juan continuó su historia, confuso, turbado, rebuscando hechos y temiendo no ser creido.

—El dinero no es para ella, que ya sabes es muy distinguida... y su marido, ¡ah! ¡bastante le importan á su marido quince francos! Ni por un millon autorizaria él á su mujer... Es un fabricante de cola, ¿no te lo he dicho? personas muy bien acomodadas... No, es para una glotona, una amiga suya que nos ha visto; y ya ves, si no le doy los quince francos, esta noche...

—¡Calla! —murmuró Dionisia. —Márchate en seguida...

Los dos habian bajado hasta el departamento del servicio de la casa. La holganza de aquella máquina parada adormecia la vasta cueva iluminada con la pálida luz de sus respiradores. Hacia frio, todo se hallaba silencioso. Tan sólo un muchacho tomaba de un departamento algunos paquetes destinados al cuartel de la Magdalena; sobre la gran mesa de géneros escogidos Campion, el jefe de servicio, se hallaba sentado, balanceando sus piernas colgantes y con la mirada alerta.

Juan volvió á empezar.

—El marido, que usa un enorme cuchillo...

—¡Véte! —repetia Dionisia, sin dejar de empujarle.

Siguieron uno de los corredores estrechos, donde lucia el gas dia y noche. Á derecha é izquierda, en el fondo de oscuras cuevas, los encargados de la recepcion de fardos amontonaban el género en las sombras, tras de las empalizadas. Por fin, ella se detuvo junto á una de esas paredes de madera. Sin duda nadie vendria; pero el bajar allí estaba prohibido y sentia miedo.

—Si esta glotona habla —prosiguió Juan —el marido, que tiene un terrible cuchillo...

—¿De dónde quieres tú que saque yo los quince francos?—exclamó Dionisia desesperada. —¿No puedes nunca ser juicioso? ¡Te suceden unas cosas tan extrañas!

Juan se golpeaba el pecho. En medio de los cuentos que inventaba, él mismo no sabía la verdad exacta. Ponia en forma de drama sus necesidades de dinero, pero en el fondo habia de cierto alguna necesidad inmediata.

—Por lo más sagrado, esta vez te aseguro que es mucha verdad... Yo la tenía así, ella me abrazaba y...

Dionisia le hizo callar de nuevo, y enojada, sufriendo, le llevó al fin del corredor.

—No quiero saberlo. Guarda para ti tu mala conducta. Eso es muy vil, ¿lo oyes?.. No me atormentes contínuamente, me mato para darte piezas de cien sueldos. Si, yo paso en vela las noches... y tú no haces más que quitar el pan de la boca de tu hermano.

Juan se quedó pálido, con la boca abierta. ¡Cómo! ¿él era vil? No lo creia; siempre habia tratado á su hermana como á un camarada, y le parecia muy natural desahogar su corazon. Lo que sobre todo le admiraba más era saber que su hermana pasaba las noches en vela. La idea de que él la mataba y de que comia la parte de Pepé le trastornaba de tal modo, que rompió á llorar.

—Tienes razon, soy un miserable—exclamó—pero no un vil, no: al contrario; mira por qué se empieza siempre... Ella lo tomó á risa, porque, ya ves, tiene veinte años, y yo dieci-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

siete... ¡Dios mio, estoy furioso contra mí! ¡Me daria de cachetes!

Juan tenia entre sus manos las de su hermana y las cubria al mismo tiempo de besos y lágrimas.

—Dame los quince francos, será la última vez, te lo juro... Y si no, no; no me des nada, prefiero morir. Si el marido me asesina, te verás libre de mí.

Al verla llorar tuvo remordimientos.

—Aunque digo eso, no lo aseguro. ¡Quién sabe! ¡tal vez él no quiera matar á nadie!.. Ya nos arreglarémos, te lo prometo, hermanita. Adios, me voy.

Al extremo del corredor se oyó un ruido de pasos que les alarmó. Dionisia atrajo á su hermano junto á la empalizada, á un rincon oscuro. Durante un instante sólo oyeron el silbido de un mechero de gas que tenian cerca. Despues los pasos se aproximaron, y alargando ella la cabeza reconoció al inspector Jouve, que acababa de entrar en el corredor, erguido segun costumbre. ¿Pasaba por casualidad? ¿Le habria avisado algun centinela apostado en la puerta? Tal temor se apoderó de ella, que creyó perder el sentido; sacó á Juan fuera de las tinieblas en que se ocultaban, y le echó delante de ella, balbuceando:

—¡Véte! ¡véte!

Los dos corrieron, oyendo los resoplidos de Jouve, que se habia puesto igualmente á correr. Atravesaron de nuevo el servicio de reexpediciones y llegaron al pié de la escalera, cuya vidriera desembocaba á la calle de la Michodière.

—¡Véte! — repetia Dionisia — ¡véte!.. si puedo te enviaré en seguida los quince francos.

Juan, aturdido, escapó. El inspector, que llegó sin aliento, sólo pudo ya distinguir una punta de blusa blanca y los bucles de cabellos rubios que el aire de la calle agitó. Se detuvo un momento para respirar y recobrar su gravedad habitual. Llevaba una corbata blanca y nueva, tomada del departamento de lencería, cuyo ancho nudo resplandecia como la nieve.

—Muy bien, señorita, está muy bien — dijo con labios temblorosos. — Sí, está bien, muy bien. ¿Creeréis que voy á tolerar esas cosas en la cueva?

Diciendo todo esto subia tras de ella, que llegó al almacen ahogada por la emocion, sin encontrar una palabra con qué disculparse. Cada vez se hallaba más contrariada por haber corrido. ¿Por qué no habia presentado á su hermano y dado explicaciones?

Ahora cualquiera la juzgaria ofensivamente, de nada le serviria jurar, no seria creida. Olvidando una vez más á Robineau, entró directamente en el mostrador.

Sin detenerse, Jouve fué á la Direccion para contar el suceso. El mozo de servicio le dijo que el director estaba con M. Bourdoncle y M. Robineau en conversacion hacia un cuarto de hora. La puerta estaba entreabierta, y se oia á Mouret preguntar alegremente á Robineau si habia pasado bien las vacaciones: no se trataba de una nueva marcha; por el contrario, la conversacion versaba sobre nuevas medidas que habia que tomar en el despacho.

—¿Deseabais alguna cosa, Jouve?—gritó Mouret.—Pasad adelante.

Pero su instinto advirtió al inspector. Vió salir á Bourdoncle y prefirió hacerle á él su relato miéntras cruzaban la galeria de chales los dos juntos, inclinado el uno, hablando muy bajo, y escuchando el otro, sin que su impasible fisonomía dejára ver sus impresiones.

—Está bien — concluyó por decir.

En aquel momento llegaban á las confecciones y entraron. Justamente la señora Aurelia estaba enojada contra Dionisia. ¿De dónde venia ahora? Esta vez no diria que habia subido al taller. Verdaderamente aquellas desapariciones contínuas no podian seguir tolerándose.

—¡Señora Aurelia!—llamó Bourdoncle, decidido á obrar por sí mismo sin consultar con Mouret por temor á una debilidad.

La señora Aurelia se levantó y de nuevo fué contada la historia en voz baja. Todo el personal se hallaba en expectacion, aguardando una catástrofe. Por fin, Aurelia se volvió y dijo con voz solemne:

—Señorita Dionisia...

Y su cara emplastada de afeites tenía la inexorable inmovilidad de la omnipotencia.

—¡Pasad á la caja!

La terrible frase se oyó muy clara en el despacho, desierto á la sazon de compradores. Dionisia quedó inmóvil, pálida, sin respiracion. Luégo dijo con voz entrecortada:

—¡Yo, yo!... ¿Por qué?... ¿Qué he hecho yo?

Bourdoncle respondió duramente que ya lo sabía ella, y que haria muy bien en no provocar una explicacion; despues habló

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las corbatas, y dijo que seria muy chocante que todas aquellas señoritas se estuvieran con hombres en el sótano.

— ¡Es mi hermano! —exclamó ella con la dolorosa cólera de una vírgen ofendida.

Margarita y Clara se echaron á reir, en tanto que Federica, tan prudente generalmente, alzaba la cabeza con aire incrédulo. ¡Siempre su hermano! ¡Esta disculpa era ya tonta!

Entónces Dionisia miró á todos: Bourdoncle, que desde el primer dia no la queria, y Jouve, del cual no esperaba ninguna justicia; aquellas jóvenes, á las que no habia podido interesar en nueve meses de valor y dulzura, felices por fin de poderla echar fuera. ¿Á qué defenderse? ¿Á qué tratar de imponerse cuando nadie la queria? Se alejó sin proferir una palabra ni lanzar una mirada postrera á aquel salon donde tan largo tiempo habia luchado.

Cuando se vió sola frente al primer tramo de la escalera, vivo dolor la oprimió el corazon. Nadie la queria, y el recuerdo de Mouret acababa de quitarle toda su resignacion. ¡No, no! ella no podia aceptar semejante despedida. Tal vez él creeria aquella horrible historia de una cita con un hombre en lo más escondido de las cuevas. El pudor la amargaba á esta sola idea, apoderándose de ella una angustia que nunca habia sentido. Pensó en buscarle y explicarle todo tal como habia pasado, solamente para que lo supiese, porque le era igual el partir despues que él supiera la verdad. Su antiguo miedo, aquel estremecimiento que la helaba en su presencia, desaparecia repentinamente ante el ardiente deseo de verle, de no dejar la casa sin haberle jurado que no habia pertenecido á ningun otro.

Eran cerca de las cinco; el almacen parecia revivir con el aire fresco de la tarde. Dirigióse con presteza á la Direccion; pero al llegar á la puerta del gabinete, una desesperada tristeza la invadió de nuevo. Su lengua se anudaba, la existencia la parecia un peso abrumador. El temor de que él no la creyera y se riera como los demas, la hizo vacilar. Mejor era desaparecer y morir. Entónces, sin prevenir á Paulina ni á Deloche, pasó resueltamente á la caja.

—Señorita—dijo el empleado—se os adeudan veintidos dias, que hacen un total de diez y ocho francos setenta, á los que hay que añadir siete francos de tanto por ciento y de... ¿Estais conforme con vuestra cuenta?

—Sí, señor; gracias.

Dionisia se alejaba con su dinero, cuando se encontró por fin con Robineau. Ya habia dado la vuelta y se prometia volver á reanudar la empresa de las corbatas. La consoló á media voz y se alejó: ¡qué existencia! ¡verse contínuamente á merced de un capricho! ¡ser despedida de un momento á otro sin tener derecho á reclamar el sueldo del mes entero! Subió á prevenir á madame Cabin que enviaria á la noche por su baul. Las cinco daban cuando se encontró en la acera de la plaza Gaillon, aturdida en medio de los coches y la multitud.

Aquella misma noche, al entrar Robineau en su casa, recibió una carta de la Direccion en que le advertian en cuatro líneas que por razones de órden interior se veian forzados á renunciar á sus servicios.

Hacia siete años que estaba en la casa, y aunque habia hablado con aquellos señores, la carta le hizo el efecto de un golpe de maza. Hutin y Favier cantaban victoria en el departamento de la seda, como Margarita y Clara en el de las confecciones. ¡Buena limpia! ¡tiros cargados con balas fundidas allí mismo! Solamente Deloche y Paulina, al encontrarse entre los grupos del despacho, cambiaron palabras compasivas recordando á Dionisia; ¡era tan dulce y tan modesta!

—¡Ah!—decia el jóven—¡quisiera que lograse volver otra vez aquí para humillar á toda esta gente!

Bourdoncle fué quien en este negocio sufrió el choque violento de Mouret. Irritóse fuertemente al saber la despedida de Dionisia: generalmente no se ocupaba del personal; pero esta vez le afectó ver una usurpacion de mando, una tentativa de prescindir de su autoridad. ¿No era el amo? ¿Por qué se atrevia nadie á dar órdenes? Todo debia serle consultado, absolutamente todo, y arrollaria como á una paja á quien le hiciera resistencia. Despues, en un estado nervioso que no era dueño de ocultar, hizo pesquisas por sí mismo y de nuevo volvió á enfurecerse. No mentia aquella pobre muchacha; era ciertamente su hermano; Campion le habia reconocido perfectamente. ¿Por qué, pues, haberla despedido? Luégo habló de volverla á llamar.

Sin embargo, Bourdoncle, fuerte en su resistencia pasiva, se doblegaba ante la borrasca y estudiaba á Mouret. Por fin, un dia que le vió más calmado, se atrevió á decirle con acento un tanto particular:

—Ha sido mejor para todos que se haya ido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mouret quedóse turbado, agolpándosele toda la sangre al rostro.

—Á fe mia, tal vez tengais razon—respondió sonriendo.—Bajad á ver la venta. Va en aumento; ayer se hicieron más de cien mil francos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Por unos momentos quedó Dionisia aturdida en la calle, bajo el sol abrasador de las cinco de la tarde. El mes de Julio fundia el empedrado. París tiene en su luz del estío deslumbradoras reverberaciones. La catástrofe acababa de ser tan brusca, la habian despedido tan rudamente, que tocando en el fondo de su bolsillo los veinticinco francos setenta céntimos, maquinalmente se preguntaba dónde iba á ir y qué iba á hacer.

Una fila de carruajes la impedia dejar la acera de *La Dicha de las Damas*. Cuando pudo aventurarse entre las ruedas cruzó la plaza Gaillon, como si hubiera querido entrar en la calle de Louis-le-Grand; luégo retrocedió y bajó á la calle de Saint-Roch; pero como no tenía proyecto alguno, se detuvo en la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, por la que al fin siguió, despues de haber mirado al rededor suyo con indecision. Llegó al pasaje Choiseul y entró en él; siguió por la calle de Monsigny, y sin darse cuenta de ello fué á dar á la calle Neuve-Saint-Augustin. Su cabeza se aturdia, y al ver á un mozo de cuerda recordó su baul; pero ¿á dónde hacerlo llevar? ¿Tenía todavía casa y lecho donde quedarse aquella noche?

Fijó entónces sus miradas en las casas y examinó sus ventanas. Los anuncios desfilaban y los veia confusamente, agitada sin cesar por aquel estremecimiento interior. Se veia sola, perdida en aquella gran ciudad desconocida, sin apoyo, sin recursos, y sin embargo era preciso comer y dormir. Las calles se sucedian unas á otras; la calle de los Moulins, la de Saint-Anne. Cruzó el barrio en todas direcciones, volviendo siempre á la única calle que conocia. De pronto se detuvo estupefacta, se hallaba de nuevo delante de *La Dicha de las Damas*, y huyendo de allí se lanzó por la calle de la Michodière.

Felizmente el tio Baudu no estaba en la puerta; *El Viejo El-*

Mouret quedóse turbado, agolpándosele toda la sangre al rostro.

—Á fe mia, tal vez tengais razon—respondió sonriendo.—Bajad á ver la venta. Va en aumento; ayer se hicieron más de cien mil francos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Por unos momentos quedó Dionisia aturdida en la calle, bajo el sol abrasador de las cinco de la tarde. El mes de Julio fundia el empedrado. París tiene en su luz del estío deslumbradoras reverberaciones. La catástrofe acababa de ser tan brusca, la habian despedido tan rudamente, que tocando en el fondo de su bolsillo los veinticinco francos setenta céntimos, maquinalmente se preguntaba dónde iba á ir y qué iba á hacer.

Una fila de carruajes la impedia dejar la acera de *La Dicha de las Damas*. Cuando pudo aventurarse entre las ruedas cruzó la plaza Gaillon, como si hubiera querido entrar en la calle de Louis-le-Grand; luégo retrocedió y bajó á la calle de Saint-Roch; pero como no tenía proyecto alguno, se detuvo en la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, por la que al fin siguió, despues de haber mirado al rededor suyo con indecision. Llegó al pasaje Choiseul y entró en él; siguió por la calle de Monsigny, y sin darse cuenta de ello fué á dar á la calle Neuve-Saint-Augustin. Su cabeza se aturdia, y al ver á un mozo de cuerda recordó su baul; pero ¿á dónde hacerlo llevar? ¿Tenía todavía casa y lecho donde quedarse aquella noche?

Fijó entónces sus miradas en las casas y examinó sus ventanas. Los anuncios desfilaban y los veia confusamente, agitada sin cesar por aquel estremecimiento interior. Se veia sola, perdida en aquella gran ciudad desconocida, sin apoyo, sin recursos, y sin embargo era preciso comer y dormir. Las calles se sucedian unas á otras; la calle de los Moulins, la de Saint-Anne. Cruzó el barrio en todas direcciones, volviendo siempre á la única calle que conocia. De pronto se detuvo estupefacta, se hallaba de nuevo delante de *La Dicha de las Damas*, y huyendo de allí se lanzó por la calle de la Michodière.

Felizmente el tio Baudu no estaba en la puerta; *El Viejo El-*

bœuf parecia muerto detras de sus vidrieras negras. Nunca ella se hubiera atrevido á presentarse en su casa, porque él fingia no conocerla, y Dionisia no queria vivir á sus expensas durante la desgracia que la habia predicho. Al otro lado de la calle un cartel amarillo la llamó la atencion. *Cuarto amueblado para alquilar;* era el primero que no la deslumbraba; tan pobre parecia la casa. Despues la reconoció, con sus dos pisos bajos, su fachada de color amarillento, ahogada entre *La Dicha de las Damas* y el antiguo hotel Duvillard. En el dintel de la tienda de paraguas el viejo Bourras, con cabellos y barba de profeta y anteojos en la nariz, contemplaba el marfil de un puño de baston. Como arrendatario de toda la casa, subarrendaba amueblados los dos pisos para disminuir su alquiler.

—¿Teneis un cuarto, caballero?—preguntó Dionisia, obedeciendo á un impulso instintivo.

Alzó sus turbios ojos, quedando sorprendido al verla. Conocia á todas aquellas señoritas, y respondió, despues de haber mirado su limpio traje y honesta figura:

—No sirve para vos.

—¿Cuánto renta?—repuso Dionisia.

—Quince francos al mes.

Dionisia quiso verlo. En la estrecha tienda, al observar que el viejo la miraba con extrañeza, le contó su salida del almacen y su deseo de no molestar á su tio. Por fin, el viejo fué á buscar una llave sobre una tabla de la trastienda, una piececita oscura que le servia de cocina y dormitorio. Desde allí, á traves de una vidriera polvorienta se percibia el hueco de un patio interior de dos metros escasos de largo.

—Yo paso delante para que no os caigais—dijo Bourras en un pasillo húmedo paralelo á la tienda.

Despues de tropezar en el primer escalon, subió, multiplicando las advertencias. ¡Cuidado! el pasamano estaba junto al muro; al volver habia un agujero, algunas veces los inquilinos dejaban allí la basura. Dionisia, en una oscuridad completa, no distinguia nada; solamente sentia la frescura de las húmedas paredes. En el primer piso, una ventana que daba al patio permitia ver vagamente, como en el fondo de un lago tranquilo, la escalera torcida, las paredes negras y las puertas desvencijadas y despintadas.

—Si, uno de los dos cuartos está todavía desocupado—repitió Bourras.—Estaréis bien... siempre están ocupados por señoras.

En el segundo piso, más luz, aunque todavia pálida, iluminaba la estrechez del local. Un muchacho, panadero, ocupaba el primer cuarto; el que se hallaba vacante era el otro, el del fondo. Cuando Bourras le abrió tuvo que quedarse en el pasillo para que Dionisia pudiera verlo á su gusto. El lecho, colocado en el ángulo de la puerta, dejaba paso escasamente para una persona; al extremo habia una pequeña cómoda de nogal, una mesa de abeto, negra, y dos sillas. Los inquilinos que guisaban algo se arrodillaban delante de la chimenea, donde habia un hornillo de tierra.

—¡Dios mio!—decia el viejo;—esto no es lujoso, pero la ventana es alegre y se ve la gente que pasa por la calle.

Al ver á Dionisia mirar con sorpresa el ángulo del techo, encima de la cama, donde alguna huéspeda habia escrito su nombre, *Ernestina*, pasando la llama de una bujía, continuó con voz risueña:

—Si se fuera á reparar, nunca uniria uno los dos cabos... En fin, esto es lo que tengo.

—Estaré aquí muy bien—dijo la jóven.

Pagó un mes adelantado, pidió ropas, dos sábanas y dos servilletas, é hizo en seguida su lecho, contenta por saber dónde iba á dormir aquella noche. Una hora despues envió un mandadero para buscar su baul, y se encontró instalada.

Los dos primeros meses fueron de horrible miseria. No pudiendo pagar la pension de Pepé, se lo habia traido y lo acostaba sobre un sofá viejo que Bourras la habia prestado. Gastaba únicamente treinta sueldos diarios, incluyendo el alquiler, prefiriendo comer pan seco para poder dar un poco de carne al pequeño. La primera quincena pudo conllevarse: Dionisia empezó á vivir con diez francos; despues tuvo la fortuna de hallar al comerciante de corbatas, que le pagó sus diez y nueve francos; pero más adelante su falta de recursos fué completa. Se presentó en los almacenes de la plaza Clichy, en el *Bon-Marché*, en el *Louvre;* la estacion de verano paralizaba todos los negocios, y en todas partes la decian qué volviera para Octubre; más de cinco mil empleados de comercio, desocupados como ella, corrian las calles sin colocacion. Entónces trató de buscar pequeñas labores; pero sin conocer á Paris no sabia dónde dirigirse; aceptaba trabajo y no siempre cobraba su importe. Un dia dió de comer á Pepé unas sopas, diciéndole que ella habia comido fuera; despues se acostó: la cabeza le zumbaba y la fiebre le quemaba las manos. Cuando Juan caia brus-

camente en medio de aquella miseria, se trataba á sí mismo de bandido con una violencia y desesperacion tal, que ella se veia obligada á mentir; á veces áun hallaba medio de deslizarle alguna pieza de cuarenta sueldos para probarle que tenía economías. Nunca lloró delante de sus hermanos, teniendo el valor de mostrarse siempre risueña. Los domingos, cuando podia cocer un trozo de ternera en la chimenea, de rodillas en el suelo, él cuartito retemblaba con alegría de casa bien acomodada.

Despues Juan volvia á casa de su patrona y Pepé se dormia, miéntras ella pasaba una noche horrible pensando con angustia en el mañana.

Otros temores la desvelaban tambien. Las dos señoras del primer piso recibian visitas muy tarde, y algunas veces alguno se equivocaba y se ponia á llamar con el puño en su puerta. Bourras la habia dicho tranquilamente que no respondiera, y ella metia la cabeza debajo de la almohada para no oir los juramentos. Ademas, su vecino el panadero habia querido bromear con ella; éste no volvia á casa hasta por la mañana y la acechaba cuando iba á buscar agua, divirtiéndose tambien en hacer agujeros con un clavo para verla lavarse, lo que la obligaba á colgar su ropa á lo largo de la puerta. Pero todavía sufria más con las importunidades de la calle, con las persecuciones de los transeuntes. No podia bajar á comprar, sobre aquellas aceras enlodadas donde rodaba la perversion de los barrios viejos, sin oir tras de ella una respiracion ardiente, palabras crueles y obscenas; los hombres la perseguian hasta dentro del oscuro pasillo, envalentonados por el aspecto miserable de la casa. ¿Por qué no tenía un amante? Esto extrañaba á todos y parecia ridículo. Seria preciso que algun dia sucumbiera. Ella misma no podia explicar su resistencia bajo la amenaza del hambre, respirando aquella atmósfera viciada que la rodeaba.

Una noche Dionisia no tuvo pan para la sopa de Pepé, cuando un señor condecorado empezó á seguirla: al llegar al pasadizo sus insinuaciones fueron tan brutales, que impresionada desagradablemente le dió con la puerta en las narices. Al llegar á su cuarto sentóse alterada y temblorosa. El niño dormia. ¿Qué le responderia si al despertarse la pedia pan? Sólo le hubiera costado ser complaciente para que su miseria hubiera tenido fin; entónces hubiera tenido dinero, trajes, buen cuarto. Segun habia oido decir, todas las mujeres llegaban á eso, porque en Paris ninguna podia vivir de su trabajo solamente. Pero su instinto se rebelaba ante estas ideas, sin indignarse contra las demas; le repugnaban las cosas irregulares y feas. Se formaba de la vida una idea de lógica, de prudencia y de valor.

Muchas veces Dionisia pensaba en su porvenir; su memoria le recordaba una cancion antigua, la de la esposa del marino, cuyo amor le servía de escudo en los peligros de la ausencia. ¡Cuántas veces en Valognes cantaba el sentimental estribillo mirando la desierta calle! ¿Tendria ella el corazon sensible siendo tan varonil? Recordaba todavía á Hutin tan lleno de inconveniencias. Mañana y tarde le veia pasar bajo su ventana. Ahora que habia ascendido á segundo, cruzaba solo en medio del respeto de los que eran simplemente dependientes. Aun cuando nunca alzaba la cabeza, Dionisia creia humillar su orgullo siguiéndole con la vista sin temor de ser sorprendida; mas cuando veia á Mouret, que tambien pasaba todos los dias, se ocultaba, vivamente agitada por un ligero temblor, latiéndole su corazon más apresuradamente que de costumbre. ¿Qué necesidad tenía Mouret de saber dónde ella vivia? Ademas se avergonzaba de la casa y todavía sufria al recordar lo que debió pensar de ella, por más que nunca volveria á hablarle.

Dionisia vivia arrullada todavía por el rumor de *La Dicha de las Damas:* un tabique separaba solamente su cuarto del antiguo mostrador; desde por la mañana oia subir á los empleados; luego el rumor de la venta. Los menores ruidos bamboleaban aquella vieja construccion situada al lado del coloso, llenándolo todo de polvo. No podia evitar ciertos encuentros; dos veces se habia hallado frente á frente con Paulina, que se le habia ofrecido, sintiendo verla desgraciada: tambien entónces se habia creido obligada á mentir, para evitar el recibir á su amiga ó el irla á visitar algun domingo á casa de Baugé. De quien se defendia más dificilmente era de Deloche: éste la espiaba, no ignorando nada de cuanto la sucedia; la esperaba en el umbral de la puerta; y un dia quiso prestarla treinta francos.

—Aceptad—le decia ruborizándose—las economías de un hermano.

Estos encuentros la recordaban el almacen, enterándose de todo cuanto allí pasaba como si no lo hubiera dejado.

Nadie subia nunca á la habitacion de Dionisia. Por eso una mañana, despues del mediodía, la extrañó oir llamar en su puer-

ta. Era Colomban. Le recibió de pié, y éste, muy cortado, empezó balbuceando por preguntarla cómo seguia; despues habló de *El Viejo Elbœuf*. Tal vez el tio Baudu le enviaba, pesaroso de su rigor, pues áun continuaba sin saludar á su sobrina, aunque no debia ignorar la miseria en que se encontraba. Pero al preguntarle claramente qué comision traia, Colomban quedó más turbado todavía: no, no era su principal quien le enviaba; por fin, concluyó nombrando á Clara: era simplemente el deseo de hablar de Clara lo que le traia. Poco á poco fué perdiendo su cortedad, pidiendo consejo, en la creencia de que Dionisia podria serle útil al lado de su antigua compañera. Dionisia le quitó esperanzas, reprochándole que hiciera sufrir á Genoveva por una jóven sin corazon.

Al dia siguiente volvió, tomando la costumbre de venir á verla. Esto bastaba á su tímido amor, volver sin cesar á la misma conversacion á pesar suyo, temblando de alegría al pensar que se hallaba junto á una mujer que habia tratado á Clara. Entónces Dionisia creia vivir áun más en *La Dicha de las Damas*.

Á fin de Setiembre la pobre jóven conoció todos los horrores de la miseria. Pepé cayó enfermo con un gran catarro. Era preciso darle buenos caldos y no tenía ni áun pan. Una noche que agobiada sollozaba en uno de esos momentos sombríos que arrojan á las jóvenes al lodo ó al Sena, el viejo Bourras llamó con suavidad. Llevaba un pan y un bote lleno de caldo.

—Tomad—dijo con acento áspero—para el niño: no lloreis tan fuerte, que molestais á mis inquilinos.

Dionisia le dió gracias entre nuevos sollozos.

—Callad ya... Venid mañana á hablarme. Tengo trabajo que daros.

Desde el golpe terrible que le habia dado *La Dicha de las Damas* creando una seccion de paraguas, Bourras no empleaba ninguna obrera. Él mismo se lo hacía todo para compensar sus pérdidas; las limpiezas, arreglos y costuras. Ademas, como su parroquia disminuia tanto, apénas si habia trabajo para él solo... Así es que al instalar en un rincon de su tienda al dia siguiente á Dionisia, debió inventar quehacer para no ver morir de hambre á nadie en su casa.

—Os daré cuarenta sueldos diarios hasta que halleis trabajo en otra parte.

La jóven tenía miedo de él, y concluia su trabajo tan prontamente, que se hallaba perplejo para darle otro. Su obra se componia de telas de seda que coser ó encajes que arreglar. Los primeros dias no se atrevia á levantar la cabeza, temiendo verle cerca de ella con su cabellera de leon, su nariz encorvada y la mirada penetrante bajo las espesas cejas. Bourras tenía la voz dura y el gesto de loco, y las madres del barrio amenazaban á sus pequeños con ir á buscarle, como se amenaza con llamar á los gendarmes. Á pesar de eso, los pilluelos no pasaban nunca por la puerta sin dirigirle algun insulto, que él aparentaba no oir. Toda su cólera maniática descargaba contra los miserables que deshonraban su oficio, vendiendo como nuevos paraguas cuyos mangos estaban inservibles.

Dionisia temblaba cuando le oia gritar furioso:

—¡El arte está perdido!.. ¿oís?.. No hay un mango bueno. ¡Hacen bastones; pero puños, se acabó!.. ¡Buscad un puño y os doy veinte francos!

Fundaba su orgullo en que ningun obrero de París era capaz de construir mangos como los suyos, ligeros y sólidos. Sobre todo esculpia las manzanas con un capricho encantador, variando siempre con frutos, flores, animales, cabezas hechas con expresion y minuciosidad. Un pequeño cortaplumas le bastaba, y pasaba sus dias enteros con los anteojos sobre la nariz trabajando el boj ó el ébano.

—¡Un atajo de ignorantes—decia—que se contentan con colocar las sedas en las ballenas! Compran los puños por gruesas en las fábricas... ¡Y venden cuanto quieren! ¿Oís? ¡el arte está perdido!

Dionisia acabó por acostumbrarse. Bourras quiso que Pepé bajára á jugar á la tienda, porque adoraba á los niños. Cuando el pequeño andaba á gatas nadie podia moverse: ella hacía sus composturas en su rincon, y él, delante de la vidriera, labraba la madera con ayuda de un cortaplumas. De este modo cada dia traia las mismas ocupaciones y la misma conversacion, que siempre recaia en *La Dicha de las Damas*, contando, sin omitir nada, su terrible lucha. Desde el año 1845 ocupaba la casa, que tenía escriturada por treinta años, mediante un alquiler de mil ochocientos francos, de los que pagaba ochocientos sólo por la tienda; pues de las habitaciones amuebladas sacaba los otros mil. Este alquiler era insignificante, y como él no tenía otros gastos podia tirar todavía mucho tiempo. Al oirle, parecia indudable que saldria vencedor devorando al monstruo.

De pronto se interrumpia para decir:

—¿Tienen ellos cabezas de perro como ésta?

Y entornaba los párpados detras de los anteojos para examinar la cabeza de dogo que esculpia, con el labio remangado, los colmillos fuera, y con un gesto como de gruñido lleno de vida. Pepé se extasiaba ante el perro, apoyando, para alzarse, sus bracitos en las rodillas del viejo.

—Con tal que yo junte los dos cabos, lo demas no me importa —continuaba diciendo, ínterin que perfilaba con delicadeza la lengua con la punta del cortaplumas.—Esos tunantes han matado mis beneficios; pero si no gano, tampoco pierdo, ó al ménos muy poco. ¡Estoy decidido á dejar la piel ántes que ceder!—y blandia su herramienta, agitando sus cabellos al empuje de la cólera.

—Sin embargo—se atrevia á decir Dionisia dulcemente, sin alzar la vista de su labor—si os ofrecieran una suma razonable, sería muy prudente el aceptar.

Entónces su feroz obstinacion estallaba.

—¡Nunca!.. ¡con la cabeza bajo la cuchilla diria que no, trueno de Dios!.. Mi escritura durará aún por diez años, y no tendrán la casa ántes de ese tiempo aunque me muriera de hambre entre las cuatro paredes desnudas... Ya han venido dos veces para engañarme. Me han ofrecido doce mil francos para mí, y el importe de los diez años, diez y ocho mil francos; treinta mil entre todo... ¡ni por cincuenta mil! ¡Yo los domino y quiero verlos caer á tierra delante de mí!

—Treinta mil francos es una cantidad muy bonita—repuso Dionisia.—Podiais haberos establecido más léjos... ¿Y si compran la casa?

Bourras terminó en aquel momento la lengua de su dogo y quedó absorto en su contemplacion con una sonrisa infantil vagamente extendida por su nevada fisonomía de Padre Eterno. Despues replicó:

—¿La casa? no hay peligro... El año pasado trataron de comprarla y daban ochenta mil francos, el doble de lo que vale; pero el propietario, un antiguo frutero, un avaro como ellos, quiso explotarlos; ellos desconfian de mí, ya saben que yo he de ceder áun ménos. ¡No, no, estoy y estaré! El Emperador con todos sus cañones no me desalojaria.

Dionisia no se atrevia á respirar. Seguia tirando de su aguja, miéntras el viejo dejaba escapar frases entrecortadas ínterin tallaba con su cortaplumas: aquello estaba empezando; más tarde se habian de ver cosas extraordinarias; tenia él ideas que arrasarian la seccion de paraguas; en el fondo de su obstinacion gruñia la rebelion del pequeño fabricante contra la vanidad de los dueños de bazar.

Entre tanto Pepé acababa de subirse á las rodillas de Bourras, alargando con impaciencia sus manos hácia el dogo.

—Dádmelo, señor.

—En seguida, pequeño mio—respondió el viejo con voz ligeramente cariñosa;—no tiene todavia ojos y es preciso hacérselos.

De nuevo se dirigió á Dionisia, miéntras labraba la madera:

—¿Oís aquí al lado qué ruido todavía? ¡Esto es lo que más me exaspera, palabra de honor! ¡Tenerlos sin cesar á mi espalda con el ruido de una locomotora!

Su mesita temblaba segun decia. Toda la tienda sufria sacudidas por la trepidacion del gentío que llenaba *La Dicha de las Damas*, y él pasaba los dias sin un comprador. Esto era hasta la noche un motivo eternamente repetido. Si habia habido un buen dia, golpeaban en la pared, la sedería ha debido hacer diez mil francos; ó bien él se regocijaba: la pared estaba fria; un aguacero habia matado la venta. Los rumores más insignificantes, los soplos más débiles alimentaban sus eternos comentarios.

—Callad! ¡han resbalado! ¡Ah, si pudieran todos romperse el espinazo!.. ¡Chist, querida mia! son señoras que disputan. ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¿Eh? ¿oís caer los paquetes en el sótano? ¡Qué desagradable es eso!

No hacia falta que Dionisia discutiera sus explicaciones, porque él recordaba entónces amargamente la manera indigna con que la habian despedido, y despues ella tenía que contar por centésima vez su estancia en las confecciones, los sufrimientos del aprendizaje, los cuartitos malsanos, la mala alimentacion, la continua batalla de los dependientes; y los dos, desde la mañana á la noche, no hablaban más que del almacen, aspirándolo hasta en el aire que respiraban.

—Dadme, señor—repetia Pepé con las manos extendidas.

La cabeza de dogo se terminó por fin. Bourras la retiraba y la acercaba con alegria infantil.

—Ten cuidado, que te va á morder... Diviértete, y si es posible no la rompas.

Volviendo luégo á su idea fija blandia el puño hácia la pared.

—Creeis muy bien hecho empujar para tirar la casa... no lo conseguiréis aunque llegueis á invadir todo el barrio.

Dionisia tenia ya pan para todos los dias. Sentia por el viejo comerciante de paraguas gran gratitud, porque latia un buen corazon bajo sus violentas extravagancias. Tenia, sin embargo, vivo deseo de encontrar trabajo en otra parte, porque al verle inventar obra comprendia que no le era necesaria una obrera en el trabajo de su comercio, y que tan sólo la ocupaba por caridad. Habian pasado seis meses, entrando de lleno la estacion del invierno. Dionisia desesperaba de encontrar casa ántes de Marzo, cuando una noche de Enero, Deloche, que la esperaba en el quicio de una puerta, la dió un consejo. ¿Por qué no se presentaba en casa de Robineau, donde tal vez tuvieran necesidad de obreras?

En Setiembre, Robineau se decidió á comprar las existencias de Vinçard, aunque temiendo comprometer los sesenta mil francos de su mujer. Pagó el pedido de sedas con cuarenta mil y se lanzó con los otros veinte mil. Poco era, pero detras de él estaba Gaujean, que le habia ofrecido créditos á largo plazo. Desde su contienda con *La Dicha de las Damas*, este último habia resuelto hacer al coloso competencia; y creia posible la victoria, creando en la vecindad comercios especiales donde los parroquianos encontráran artículos variados y escogidos. Sólo los ricos fabricantes de Lyon, como Dumonteil, podian aceptar las exigencias de los grandes almacenes; contentábanse con sostener sus telares, renunciando beneficiarse con la venta que pudieran hacer á casas ménos importantes. Pero Gaujean estaba léjos de tener las sólidas ventas de Dumonteil. Simple comisionista por espacio de mucho tiempo, no habia tenido telares suyos hasta hacía cinco ó seis años, y áun hacía él trabajar á sus obreros, á los cuales daba la primera materia y les pagaba á un tanto el metro. Este sistema, que hacia subir sus precios de venta, no le permitia luchar con Dumonteil para el surtido del *Paris-Bonheur*. Aconsejado por su rencor, vió en Robineau el instrumento de una batalla decisiva contra los bazares de novedades, á los que acusaba de arruinar la fabricacion francesa.

Al presentarse Dionisia halló sola á Mme. Robineau. Hija de un sobrestante de caminos y puentes, era del todo ignorante en asuntos comerciales; tenía todavía la timidez encantadora de una colegiala educada en un convento de Chartres. Bastante morena, muy linda, con una dulzura risueña que la daba gran encanto, adoraba á su marido, viviendo consagrada á su amor. Cuando Dionisia iba á dejar su nombre, Robineau entró y sobre la marcha aceptó sus servicios, pues una de sus dos oficialas le habia dejado la víspera para entrar en *La Dicha de las Damas*.

—No nos dejan un buen dependiente—dijo.—En fin, con vos estaré tranquilo, porque debeis odiarlos lo mismo que yo... Volved mañana.

Aquella noche Dionisia no sabía cómo anunciar á Bourras que le iba á dejar. En efecto, el viejo se incomodó, tratándola de ingrata; con las lágrimas en los ojos se defendió Dionisia, haciéndole entender que no le habia engañado con su bondad, pues bien comprendia que al darla trabajo no era porque la necesitára, sino tan sólo como una obra de caridad. Enternecióse el viejo á su vez, asegurando que tal cosa no era cierta, ántes por el contrario, tenia mucho trabajo, y le abandonaba precisamente en el momento en que iba hacer un paraguas de su invencion.

—¿Y Pepé?—preguntó.

El niño era el mayor pesar de Dionisia. No se atrevia á mandarlo á casa de Mme. Gras, y tampoco podia dejarlo solo en su cuarto, encerrado desde la mañana hasta la noche.

—Está bien, yo le tendré—repuso el viejo.—En mi tienda se encontrará bien el chiquitin... guisarémos juntos.

Dionisia rehusaba, temiendo molestarle.

—¡Trueno de Dios! ¡desconfiais de mí!.. ¡no me comeré á vuestro niño!

Dionisia fué más feliz en casa de Robineau. La pagaba poco, sesenta francos al mes y mantenida, sin un tanto en las ventas, como en las casas antiguas. Pero la trataban con mucha dulzura, sobre todo Mme. Robineau, siempre sonriente en su mostrador. Él, nervioso, atormentado, se presentaba algunas veces más brusco. Al cabo de un mes Dionisia formaba parte de la familia lo mismo que la otra oficiala, una mujer bajita, enfermiza y siempre silenciosa. No se ocultaban de ellas para hablar de negocios, por la noche, en la mesa, en la trastienda, qué recibia la luz de un patio grande y claro. Allí fué donde una noche se decidió entrar en campaña contra *La Dicha de las Damas*.

Gaujean habia venido á comer. Durante la comida él mismo abordó la cuestion con su clara voz de lionés.

—Va á ser imposible—repetia.—Ellos llegan á casa de Dumon-

teil, se reservan la propiedad de un dibujo, llevan de golpe trescientas piezas, exigiendo una rebaja de cincuenta céntimos por metro, y como pagan al contado se benefician todavía con el descuento del diez y ocho por ciento... Con frecuencia Dumonteil no gana arriba de veinte céntimos. Trabaja para ocupar sus telares, porque todo telar que huelga es telar que muere... Ahora bien, ¿cómo quereis que nosotros con nuestra maquinaria más escasa, y sobre todo con nuestros recursos, podamos sostener la lucha?

Robineau, pensativo, se olvidaba de comer.

—¡Trescientas piezas!—murmuraba. Yo tiemblo cuando tomo diez y á ochenta dias... Ellos pueden anunciar un franco, dos, más barato que nosotros. He calculado que hay una baja de quince por ciento por lo ménos en los artículos de catálogo cuando se les compara con nuestros precios... Eso es lo que mata á los comercios pequeños.

Robineau se hallaba en una hora de desaliento. Su mujer, inquieta, le miraba con ternura. Como no comprendia los negocios, su cabeza, cansada con tantas cifras no se explicaba por qué se daban tan mal rato, siendo tan fácil reir y amarse. Sin embargo, bastaba que su marido quisiera vencer para que, interesándose en la lucha, se sintiera capaz de morir en su mostrador.

—¿Pero por qué no se unen todos los fabricantes—repuso violentamente Robineau—y entónces pondrian la ley en lugar de sufrirla?

Gaujean murmuraba miéntras comia lentamente.

—¡Ah! porque, porque... es preciso que los telares trabajen, ya os lo he dicho. Cuando hay tejidos por todas partes, en los alrededores de Lyon, en el Gard, en Isère, no se puede descansar un solo dia sin pérdidas enormes... Despues, nosotros empleamos muchas veces las bobinas teniendo diez ó quince telares como dueños de la produccion bajo el punto de vista del negocio, en tanto que los grandes fabricantes se ven obligados á mandar remesas lo más rápidamente posible... Así se postran de rodillas ante los almacenes en grande. Conozco tres ó cuatro que se los disputan; perderian gustosos por servirles, y ellos se resarcirian con pequeñas casas como la nuestra. Sí, si existen para ellos ganan para nosotros... ¡Dios sabe cómo terminará la crisis!

—¡Eso es odioso!—terminó Robineau, á quien alivió aquel grito de cólera.

Dionisia escuchaba silenciosa. En su interior estaba de parte de los grandes almacenes, por su amor instintivo á la lógica y á la vida. Callaron miéntras comian judías verdes en conserva; por fin se arriesgó á decir con acento jovial:

—El público no se queja.

Madame Robineau no pudo disimular un sonrisa que disgustó á su marido y á Gaujean. Naturalmente, los compradores estaban satisfechos porque de estas rebajas ellos eran quienes recogian los beneficios. Pero era preciso que cada uno viviera; ¿dónde irian á parar si bajo el pretexto del bien general favorecieran siempre al público con perjuicio de los productores? Entablóse á propósito de esto una discusion.

Dionisia, fingiendo bromear, aducia argumentos sólidos; los intermediarios desaparecian: agentes de fábrica, representantes, comisionistas, todo lo que entraba por mucho en el comercio; ademas, los fabricantes no podian vivir sin los grandes almacenes, porque el que dejaba de surtirles notaba muy pronto fatales resultados; en fin, habia una evolucion natural en el comercio, lo que no impedia que las cosas marcháran como debian, puesto que todo el mundo trabajaba de buen ó mal grado.

—Vamos, ¿vos defendeis á los que os han puesto en la puerta de la calle?—preguntó Gaujean.

La fisonomía de Dionisia se coloreó vivamente; ella misma estaba sorprendida de su acalorada defensa. ¿Qué habia en el fondo de su corazon que tal fuego daba á sus palabras?

—¡Oh, Dios mio! no—respondió—tal vez yo esté equivocada, vos sois más competente... Yo solamente digo lo que pienso. Los precios, en lugar de fijarlos como ántes una cincuentena de casas, hoy lo hacen cuatro ó cinco que los han bajado, gracias al poder del capital y á la mucha clientela... ¡Tanto mejor para el público, hé ahí todo!

Robineau, en vez de incomodarse, se quedó serio, con la vista fija en el mantel. Muchas veces habia sentido el hábito del nuevo comercio, de esa evolucion de que hablaba Dionisia.

En aquellos momentos veia claro y se preguntaba por qué resistir á la enérgica corriente que lo arrastraba todo.

Madame Robineau misma, al ver á su marido pensativo, aprobó con una mirada á Dionisia que habia vuelto á quedar silenciosa.

—¡Vamos!—repuso Gaujean cortando aquella situacion—todo eso son teorías... hablemos de nuestro negocio.

Despues del queso, la criada sirvió dulces y frutas. Gaujean co-

mia el dulce con el placer inconsciente de un goloso que adora el azúcar.

—Es preciso que derroteis al *Paris-Bonheur*, que ha tenido este año un gran éxito... Me he entendido con alguno de mis corresponsales de Lyon y os traigo una oferta excepcional, una seda negra, una faya que podréis vender á cinco francos cincuenta céntimos... Ellos la venden á cinco francos sesenta, ¿no es así? Pues bien, ésta será diez céntimos ménos, es lo bastante para que podais venderla.

Era muy frecuente en el estado nervioso que atormentaba á Robineau, verle pasar bruscamente de la desesperacion á la esperanza, y brillando ésta en su mirada, preguntó:

—¿Teneis una muestra?

Gaujean sacó de su cartera un trocito de tela de seda.

—¡Es más bonita que el *Paris-Bonheur!*—exclamó Robineau entusiasmado.—De todas maneras, es de más efecto, el grano es más grueso... Teneis razon, es preciso probar. ¡Ah! ¡por esta vez ya los veo á mis piés!

Madame Robineau, que participaba del mismo entusiasmo, calificó de magnífica la seda. Dionisia tambien creyó en el buen resultado, y el fin de la comida fué en extremo alegre. Al oirles hablar tan envalentonados, se hubiera creido que *La Dicha de las Damas* estaba en la agonía. Gaujean, acabando un tarro de dulce, explicó los enormes sacrificios que él y sus colegas tenian que imponerse para dar tal género á tan bajo precio; pero estaban decididos, áun cuando tuvieran que arruinarse, á matar los grandes almacenes. La llegada de Vinçard, cuando iban á tomar el café, aumentó la alegría. Al pasar por allí habia entrado para saludar á su sucesor.

—¡Famoso!—dijo examinando la seda.—Yo os aseguro que los arrollaréis!.. ¿Eh? ¡bien os decia que aquí habia un filon de oro!..

Vinçard refirió despues que acababa de tomar un restaurant en Vincennes. Éste era un deseo que alimentaba sin darlo á conocer desde la época en que luchaba en la calle Neuve-des-Petits-Champs, temiendo no vender sus existencias ántes del traspaso, y se juraba poner su pobre dinero en un comercio donde lo pudiera recoger cuando le conviniera. En la boda de un primo le ocurrió la idea de un restaurant; de todo sacaba producto; le habian hecho pagar diez francos por el agua de fregar la vajilla,

donde nadaban los patos. Delante de los esposos Robineau su alegría de haberles endosado un negocio del que él desesperaba poder desembarazarse, alargaba áun más su fisonomía, y sus grandes ojos y su abierta boca que rebosaba salud.

—¿Y vuestros dolores?—preguntó afectuosamente Mme. Robineau.

—¿Qué dolores?—murmuró extrañado.

—Los que padeciais cuando estabais aquí.

Vinçard recordó ruburizándose, y respondió:

—¡Oh! todavía me hacen sufrir... Sin embargo, el aire del campo, ya comprendeis... Pero volviendo á la conversacion, habeis hecho un gran negocio... ¡Si no es por mis reumatismos, ántes de diez años me hubiera retirado con diez mil francos de renta!.. palabra de honor.

Quince dias despues se entabló la lucha entre Robineau y *La Dicha de las Damas*. Por un momento fué célebre y ocupó á todo el comercio parisiense. Usando las armas de su adversario, Robineau buscó la publicidad por medio de los periódicos; formó enormes pilas de la famosa seda detras de sus cristales; la anunció en grandes carteles, en los que se destacaba en cifras gigantescas el precio de cinco francos cincuenta céntimos. Esta cifra hizo impresion en las mujeres: diez céntimos más barata que en *La Dicha de las Damas*, y la seda parecia más fuerte. En los primeros dias acudió gran número de compradores; Mme. Marty compró un traje del que no tenía necesidad, con el pretexto de la economía; Mme. Bourdelais halló muy hermosa la tela, pero prefirió aguardar, figurándose lo que iba á pasar.

En efecto, á la semana siguiente Mouret bajó de golpe el *Paris-Bonheur* veinte céntimos. Antes de esta decision tuvo con Bourdoncle y los socios una discusion acalorada para decidirlos á que aceptáran la batalla hasta el punto de perder, puesto que era una pérdida de dinero bajar el precio de un género que vendian á lo mismo que les costaba. El golpe fué rudo para Robineau; nunca creyó en aquella rebaja, porque los suicidios de la competencia, en que se vende perdiendo, eran todavía desconocidos. Los compradores, atraidos por la baratura, afluyeron en seguida á la calle Neuve-Saint-Augustin, en tanto que el almacen de la calle Neuve-des-Petits-Champs quedaba desierto. Gaujean corrió á Lyon, tuvo conciliábulos azorados y acabó por tomar una resolucion heroica: la seda sería todavía abaratada en diez céntimos,

vendiéndola á cinco francos treinta céntimos, precio en el que ya no cabia rebaja, á ménos de estar loco. Al dia siguiente Mouret la anunció á cinco francos veinte céntimos. Desde aquel momento los dos parecieron acometidos por un frenesí: Robineau la puso á cinco francos quince; Mouret la fijó en cinco francos diez. Cada baja de cinco céntimos, en la que el público salia ganancioso, les ocasionaba pérdidas considerables. Los clientes reian encantados de aquel duelo, conmovidos por los golpes terribles que las dos casas se daban por complacerlos. Por fin Mouret lo dejó en cinco francos; en su almacen los dependientes estaban pálidos, aterrados, ante aquel desafío á la suerte. Robineau, asustado, se detuvo tambien en los cinco francos, sin valor para continuar bajando. Los dos descansaron en sus posiciones, frente á frente, con el destrozo de su mercancía en torno de ellos.

Si bien el honor de una parte y otra estaba salvado, para Robineau la situacion era angustiosa. *La Dicha de las Damas* tenía fondos y una clientela que le permitia equilibrar sus beneficios, en tanto que él, sostenido solamente por Gaujeau, no podia compensarse con otros artículos, y quedaba desarmado, deslizándose cada dia un poco más por la pendiente del déficit. Su temeridad le mataba á pesar de la numerosa parroquia que las peripecias de la lucha le habian llevado. Uno de sus tormentos secretos era el ver esta parroquia abandonarle lentamente para volver á *La Dicha*, despues del dinero perdido y los esfuerzos hechos para conquistarla.

Llegó un dia en que se agotó su paciencia. Una cliente, madame de Boves, llegó á su casa en busca de manteletas. Habia montado Robineau un despacho de confecciones de su especialidad en seda, pero ella no se decidió á llevar ninguna, lamentándose de la clase de la tela y acabando por decir:

—Es mucho más fuerte el *Paris-Bonheur*.

Robineau se contuvo, afirmándole con su política de comerciante que se hallaba equivocada, con tanto más respeto cuanto más temia dejar traslucir su cólera interior.

—¡Mirad bien la seda de esta rotonda! —repuso ella;—parece de tela de araña... Ya conoceis que la de á cinco francos es cuero al lado de ésta.

Robineau no respondió; la sangre se le habia agolpado al rostro y sus labios temblaban. Precisamente él habia ideado el ingenioso golpe de comprar para sus confecciones la seda de su rival.

De este modo era Mouret el que perdia en el género, y él no hacia más que cortar los orillos.

—¿De véras hallais más fuerte el *Paris-Bonheur?*—murmuró.

—¡Oh! cien veces—dijo Mme. Boves.—No hay comparacion.

Aquella injusticia de su cliente le indignó. Dando ella vueltas á la rotonda con aire disgustado, un orillo azul y plata escapado á la tijera apareció bajo el dobladillo. Entónces, sin poderse contener más, dijo:

—Pues bien, señora, esta seda es *Paris-Bonheur*, la he comprado yo mismo... ved el orillo.

Madame de Boves se fué muy humillada. Muchas damas le abandonaron; la historia habia corrido. En medio de esta ruina, cuando el temor al mañana le asaltaba, sólo temblaba por su mujer, criada en una paz tranquila, incapaz de ser pobre. ¿Qué seria de ella si una catástrofe los dejaba en la calle y con deudas? Culpa era de él, que no debia haber tocado nunca á los sesenta mil francos. Su esposa le consolaba. ¿No era de él el dinero lo mismo que de ella? Sólo pedia ser amada como lo era, y en cambio daba todo su corazon, su vida. Poco á poco, la ruina de la casa se acentuó. Cada mes las pérdidas aumentaban en una proporcion lenta, que conducia á un resultado fatal. La tenaz esperanza los tenía en pié, anunciándoles siempre la ruina de *La Dicha de las Damas*.

—¡Bah!—decia él—áun somos jóvenes... El porvenir es nuestro.

—Y ademas, ¿qué importa? nada; si has hecho lo que querias hacer—respondia ella—en estando tú contento yo tambien lo estoy, amigo mio.

Al ver tanta ternura, Dionisia no podia ménos de cobrarles afecto. Temblaba al ver la inevitable caida, pero no se atrevia á intervenir. Entónces acabó de comprender el poder del nuevo comercio y de apasionarse por aquella fuerza que trasformaba á París. Sus ideas se maduraban y la gracia de la mujer brotaba en aquella salvaje muchacha llegada de Valognes. A pesar de su escasez de dinero y de su excesivo trabajo, parecíale dulce y tranquila la vida. Despues de pasar en pié todo el dia, la era preciso volver á escape á su casa para ocuparse de Pepé, á quien afortunadamente daba de comer Bourras; allí una infinidad de quehaceres la esperaban: una camisa que lavar, una blusita que recoser, y mezclado á todo esto el ruido que armaba el pequeño, que tanto le martillaba la cabeza. Jamas se acostaba ántes de media no-

che; el domingo era su dia más ocupado. Limpiaba su cuarto, arreglaba sus ropas, sucediéndole muchas veces no poderse peinar hasta las cinco de la tarde. Sin embargo, algunos dias sacaba al niño, haciéndole dar un largo paseo á pié por el lado de Neuilly, entrando, á la vuelta, en una lechería á tomar un vaso de leche. Juan se desdeñaba de tomar parte en esas excursiones; de tarde en tarde iba á verla alguna noche entre semana, marchándose en seguida con pretexto de otras visitas; ya no pedia dinero, pero se presentaba con una expresion tan melancólica, que su hermana, inquieta, tenia siempre para él una pieza de cien sueldos. Este era su lujo.

—¡Cien sueldos!—exclamaba Juan.—¡Por vida de!.. ¡Qué buena eres!.. Precisamente la mujer de un papelista...

—¡Calla!—interrumpia Dionisia.—No tengo necesidad de saberlo.

Pero él creia que su hermana le acusaba de vanidoso.

—Te digo que es la mujer de un papelista... ¡Oh!.. una cosa magnífica!..

Pasaron tres meses. Llegó la primavera; Dionisia rehusó volver á Joinville con Paulina y Baugé. Diferentes veces les encontró en la calle Saint-Roch, al salir de casa de Robineau. Una noche que encontró á Paulina sola, ésta la confió que tal vez se casaria con su amante, si bien vacilaba, porque en *La Dicha de las Damas* no querian oficialas casadas. Dionisia, sorprendida con aquella idea matrimonial, no se atrevió á dar ningun consejo á su amiga. Pocos dias despues Colomban la detuvo junto á la fuente para hablarla de Clara, que atravesaba precisamente la plaza. Dionisia trató de escapar, porque la suplicaba preguntára á su antigua compañera si queria casarse con él. ¿Qué les habia dado á todos para pensar tanto en el porvenir? Ella se consideraba muy dichosa con no amar á nadie.

—¿Sabeis lo que ocurre?—la preguntó el comerciante de paraguas al volver una noche.

—No, señor Bourras.

—Pues bien, esos villanos han comprado el hotel Duvillard... ¡Estoy cercado!..

Al decir esto agitaba sus grandes brazos, en una crisis de furor que erizaba su blanca cabellera.

—Un negocio que nadie comprende—repuso.—Segun parece, el hotel pertenecia al *Crédito Inmueble*, cuyo presidente, el

baron Decker, acaba de cederlo á nuestro célebre Mouret. Ahora me cercan por derecha, por izquierda, por detras, del mismo modo que yo tengo en mi mano el puño de este baston.

Era cierto; la víspera habian firmado la escritura. La casita de Bourras, oprimida entre *La Dicha de las Damas* y el hotel Duvillard, pegada allí como un nido de golondrina en una fachada, parecia deber ser tirada en el momento en que el almacen llegára al hotel, y ese dia habia llegado; el coloso rodeaba aquel débil obstáculo, cegándole con sus amontonamientos de mercancías, amenazando devorarlo, absorberlo, con la fuerza de su gigante respiracion. Bourras veia la presion que iba á hacer estallar su tienda. Creia verla disminuirse, temiendo ser él mismo tragado y pasar al otro lado con sus paraguas y bastones, tal estruendo oia á su alrededor.

—¿Eh? ¿los oís?—gritaba—parece que muerden las paredes; en la cueva, en el desvan, por todas partes ese ruido de sierra mordiendo el yeso... ¡No importa! No me arrollarán como una hoja de papel. ¡Permaneceré aquí áun cuando hagan saltar mis paredes y caiga la lluvia á cántaros en mi lecho!

Por entónces Mouret le hizo nuevas proposiciones: aumentarian la cantidad, le comprarian sus géneros y el derecho al arrendamiento en cincuenta mil francos. Semejante oferta redobló la cólera del viejo, y rehusó con mil injurias. Necesariamente, aquellos viles robaban á todo el mundo, cuando querian pagar cincuenta mil francos por una cosa que no valia diez mil! Como una jóven honrada defiende su virtud, así defendia él su tienda en nombre del honor y por respetos á sí mismo.

Durante quince dias Dionisia vió á Bourras preocupado, febril, midiendo las paredes de su casa, contemplándola desde en medio de la calle con aire de arquitecto. Por fin, una mañana llegaron los obreros. Era la batalla decisiva; tenia la idea temeraria de batir á *La Dicha de las Damas* en su terreno, haciendo concesiones al lujo moderno. Los parroquianos que le reprochaban lo sombrío de su tienda, volverian seguramente cuando la vieran nueva y resplandeciente. Empezó por cubrir las grietas de la fachada y revocarla; despues pintó las puertas de la tienda de verde claro, y llegó su esplendor hasta dorar la muestra. Tres mil francos que Bourras reservaba como un último recurso fueron gastados. En el barrio estaban admirados, venian á contemplarlo en medio de sus riquezas, trastornado, habiendo alterado sus costumbres. No

parecia estar en su casa en aquel marco brillante; iba y venia azorado, con su gran barba y sus espesos cabellos. En lugar de pasar sin fijarse, los transeuntes le miraban extrañados agitar los brazos y cerrar los puños. Poseido de aquella fiebre, temiendo ensuciarse, se abismaba más en el comercio lujoso, del que nada comprendia.

Lo mismo que en casa de Robineau, la campaña contra *La Dicha de las Damas* habia empezado en casa de Bourras. Este último acababa de dar al público su invencion, el paraguas doble que más tarde debia popularizarse. *La Dicha* perfeccionó en seguida la invencion. Entónces se entabló la lucha en los precios. Bourras tenia un artículo á un franco con noventa y cinco, montado en acero, segun decia la etiqueta. Pero sobre todo queria vencer á su adversario en los puños: los tenia de bambú, cornizola, olivo, mirto, rotin, todas las variedades de mangos imaginables. *La Dicha*, ménos artista, cuidaba de las telas, vendiendo alpacas, moarés, sargas y tafetanes dobles, y ganó la victoria. Bourras, desesperado, repetia que el arte estaba perdido, pues se veia reducido á tallar sus mangos por placer, pero sin esperanza de venderlos.

—¡Mia es la culpa!—decia á Dionisia.—¡Debia haber vendido obscenidades á un franco noventa y cinco!.. ¡Ved á dónde os pueden conducir las nuevas ideas! He querido seguir el ejemplo de esos bandidos, tanto mejor si estallo.

Julio fué muy caluroso; en su estrecho cuarto Dionisia sufria todos sus rigores. Así es que al salir del almacen cogia á Pepé, y en lugar de subir á su habitacion se marchaba á respirar un poco de aire al jardin de las Tullerías hasta las verjas. Una tarde, bajo la sombra de unos castaños, paróse como asustada: á pocos pasos, y frente de ella, creyó reconocer á Hutin; luégo su corazon latió violentamente: era Mouret, que habia comido en la orilla izquierda y que se dirigia á pié á casa de Mme. Desforges. Al movimiento brusco que hizo Dionisia para huir, Mouret miró. La noche se acercaba, pero no obstante la reconoció.

—¡Sois vos, señorita!

Ella no respondió, atónita de que se dignára pararse. Mouret ocultaba bajo una sonrisa protectora su emocion.

—¿Estais todavía en París?

—Sí, señor—respondió al fin Dionisia.

Lentamente retrocedia, tratando de saludar y continuar su marcha; pero él llevaba el mismo camino y la seguia bajo la sombra de los grandes castaños. El ambiente era fresco, y á lo léjos se oian las risas de los niños arrojando sus volantes.

—Éste es vuestro hermano, ¿no es verdad?—preguntó mirando á Pepé.

—Sí, señor—respondió ella.

Recordaba las abominables invenciones de Clara y Margarita, y esta idea la hacia ruborizar. Mouret comprendió la causa de su rubor, y dijo vivamente:

—Escuchad, señorita; tengo que daros una satisfaccion... Sí, hubiera tenido un placer en deciros ántes cuánto he sentido el error cometido... En fin, el mal está hecho: solamente queria deciros que en nuestra casa todos conocen hoy que el cariño que profesais á vuestros hermanos...

Mouret continuó con una política afectuosa, á la que no se hallaban acostumbradas las oficialas de *La Dicha de las Damas* de parte de él. La turbacion de Dionisia aumentaba, pero el júbilo inundaba su córazon al oir que no creia la calumnia lanzada contra ella. Seguian andando en silencio uno al lado de otro, arreglando sus pasos por los del niño. Los lejanos rumores de París morian bajo las negras sombras de aquellos corpulentos árboles.

—Debo, señorita, ofreceros una rehabilitacion—prosiguió.—Si quereis volver á nuestra casa...

Dionisia le interrumpió rehusando con viveza febril.

—No puedo, caballero... os doy gracias por todo, pero he hallado otra.

Mouret lo sabia; se lo habian dicho poco despues de entrar Dionisia en casa de Robineau. Tranquilamente, bajo un pié de amable igualdad, le habló de este último, aunque haciéndole justicia: era un jóven inteligente, aunque exaltado. Caminaba á una catástrofe; Gaujean le habia empujado al mal negocio en que se hallaban. Entónces Dionisia, subyugada por aquella familiaridad, se anegó tambien en ella, dejando ver que en la batalla dada por el pequeño comercio á los grandes almacenes estaba de parte de estos últimos: al hablar se animaba, citando ejemplos, mostrándose al corriente de la cuestion, exponiendo multitud de ideas nuevas y grandes. Mouret, encantado, la escuchaba con sorpresa. Volvióse, tratando de descubrir sus facciones en la creciente oscuridad. Parecia la misma de siempre, vestida

con sencillez, con la expresion de dulzura en el rostro; pero de esta oscura modestia se exhalaba un perfume penetrante, del que sentia el poder. Sin duda aquella pequeña se habia hecho mujer bajo la influencia del aire de París, y estaba encantadora, aunque juiciosa, con sus hermosos cabellos.

—Puesto que sois de las nuestras—dijo riendo—¿por qué permaneceis en casa de nuestros adversarios? Tambien me han dicho que habitais la casa de Bourras.

—Un hombre muy digno—murmuró Dionisia.

—No; decid más bien un viejo maniático, un loco, que me obligará á dejarlo en la calle, cuando yo queria desembarazarme de él dándole una fortuna. Ademas, vuestro puesto no está allí, su casa está mal reputada, viven allí personas...

Comprendiendo la confusion de la jóven, se apresuró á añadir:

—En todas partes se puede ser honrada, y áun es más mérito serlo cuando no hay riquezas.

De nuevo siguieron andando en silencio. Pepé escuchaba con la atencion de un niño precoz, mirando de cuando en cuando á su hermana, cuya mano ardiente y temblorosa extrañaba.

—¡Mirad!—dijo alegremente Mouret—¿quereis ser mi embajador? Mañana tengo intencion de que hagan nuevas proposiciones á Bourras, aumentando áun más mi oferta, hasta ochenta mil francos... Habladle la primera. Decidle que es un suicidio lo que hace. Tal vez os escuchará, puesto que os tiene cariño, y le habréis hecho un verdadero servicio.

—¡Sea!—respondió Dionisia sonriendo tambien.—Haré la comision, pero dudo del resultado.

Quedaron silenciosos; ni el uno ni el otro tenian que decirse. Por un momento trató de hablar del tio Baudu, pero calló en seguida al ver la violencia que ella se hacia. Salieron por fin por el lado de la calle Rivoli á un paseo donde todavía era de dia. Al salir de la sombra de los árboles fué como un despertar brusco. Comprendió que no debia acompañarla más.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, caballero.

Pero Mouret no se marchaba. Alzó los ojos y vió delante de sí, en una esquina de la calle de Argel, las ventanas alumbradas de Mme. Desforges que le esperaba. Fijó despues su mirada en Dionisia, y á la pálida luz del crepúsculo la contempló, pareciéndole inferior y mezquina al lado de Enriqueta. ¿Por qué, pues, le latia

á su lado el corazon de tal manera? Era un capricho imbécil.

—El niño se cansa—exclamó por decir algo.—Ya lo sabeis, nuestra casa está abierta para vos, no teneis más que llamar, y os daré todas las compensaciones posibles... Adios, señorita.

—Buenas noches, caballero.

Al separarse de Mouret, Dionisia entró otra vez bajo la sombra de los castaños. Por largo tiempo anduvo sin objeto entre los enormes troncos, con el rostro encendido y zumbándole en la cabeza ideas confusas. Pepé, siempre asido á su mano, alargaba sus cortas piernas para seguirla, concluyendo por decir:

—Andas muy deprisa, mamaíta.

Dionisia se sentó en un banco, y como el niño estaba cansado se durmió en los brazos de su hermana, que le oprimia dulcemente contra su pecho virginal, con la vista perdida en el fondo de la oscuridad. Una hora despues volvió con él lentamente á la calle de la Michodière, con su apariencia tranquila de jóven virtuosa.

—¡Trueno de Dios!—la gritó Bourras al verla desde léjos;—ya han dado el golpe... ese canalla de Mouret acaba de comprar mi casa.

Se hallaba fuera de sí y pateaba en medio de la tienda, con gestos tan desordenados que amenazaba romper los cristales.

—¡Ah, ambiciosos!.. Me lo escribe el frutero. ¿Sabeis en cuánto la han vendido? En ciento cincuenta mil francos, cuatro veces más de lo que vale; ¡otro ladron! Imaginaos que ha puesto por pretexto mis mejoras; sí, ha hecho valer que la casa habia sido revocada.

La idea de que su dinero gastado en pinturas hubiera aprovechado al frutero le exasperaba; y ahora era Mouret su propietario: á él era á quien tenia que pagar la casa y quien la alquilaria en adelante. Este pensamiento le enfurecia.

—¡Ah! ya los oigo agujerear el muro... Á estas horas ya están aquí, es como si yo comiera en su plato.

Golpeando con su puño en el mostrador hacia retemblar la tienda y danzar los paraguas y sombrillas.

Dionisia, aturdida, no acertaba á decir una palabra, esperando inmóvil el fin de la crísis, miéntras Pepé, rendido, se dormia sobre una silla. Por fin, cuando Bourras se calmó un poco, resolvió cumplir la comision de Mouret; áun cuando el viejo es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

taba irritado, el mismo exceso de su cólera, la situacion en que se encontraba, podian determinar una aceptacion repentina.

— Precisamente — empezó diciendo ella — he encontrado á una persona de *La Dicha*, y muy bien informada... Parece que mañana os ofrecerán ochenta mil francos...

Bourras la interrumpió con terrible voz:

— ¡Ochenta mil francos! ¡ochenta mil francos!.. Ni por un millon.

Ella quiso darle razones; pero cuando le hablaba de sus intereses se abrió la puerta de la tienda y Dionisia retrocedió, pálida y enmudeciendo de repente. Era su tio Baudu, con su cara amarilla y arrugada. Bourras asió los botones del paletó de su vecino, gritándole junto á la cara sin dejarle decir una palabra, alentado con su presencia:

— ¿Sabeis lo que han tenido valor de ofrecerme? ¡Ochenta mil francos! ¡Así son esos bandidos! creen que me voy á vender como una mujerzuela... ¡Ah! porque me han comprado la casa piensan tenerme cogido. Pues bien, se acabó, no la tendrán. Puede ser que yo hubiera cedido; pero puesto que la casa es de ellos, ¡que vean por donde la cogen!

— ¿Entónces es verdad la noticia? — dijo Baudu lentamente; — me lo habian asegurado y venía á saberlo.

— ¿Ochenta mil francos? — repetía Bourras; — ¿por qué no cien mil? Todo ese dinero me indigna. ¿Creen que me harán cometer una picardía con ese dinero?.. No lo conseguirán, ¡trueno de Dios! Nunca, nunca; ¿oís?

Dionisia salió de su silencio para decir con calma:

— Lo conseguirán dentro de nueve años, cuando vuestro compromiso haya terminado.

Á pesar de la presencia de su tio, trató de convencer al viejo á que aceptára. La lucha contra una fuerza superior era imposible; á no estar demente no debia rehusar la fortuna que se le presentaba. Pero él respondia siempre que no con la cabeza; dentro de nueve años esperaba morir ántes que ver tal cosa. Jamas, interin él viviera, sería y lo juraba con imprecaciones, alzando los puños al cielo.

— ¿Oís, señor Baudu? vuestra sobrina está con ellos, la han encargado de que me convenza... está de parte de esos bribones, ¡palabra de honor!

Hasta entónces el tio parecia no haberla visto. Alzó la cabeza

con aquel movimiento desdeñoso que aparentaba en el dintel de su tienda, siempre que ella pasaba. Volviéndose despues lentamente, la miró. Sus labios temblaron al decir á media voz:

— Ya lo sé.

Y continuó mirándola. Dionisia, á traves de sus lágrimas, le halló muy cambiado por las penas. Pensaba tal vez con remordimiento que no la habia socorrido en la miseria que acababa de atravesar. Contempló luégo á Pepé dormido sobre una silla en medio del estruendo de la discusion, y enterneciéndose repentinamente,

— Dionisia — dijo con sencillez — desde mañana vén á casa con el niño á cenar... Mi mujer y Genoveva me han encargado te lo dijera así, si te veia.

Dionisia conmovida abrazó á su tio, y cuando éste iba á partir, Bourras, satisfecho de esta reconciliacion, le dijo:

— Mimadla, en el fondo es buena... En cuanto á mí, si la casa se hunde, me hallarán bajo los escombros.

— Nuestras casas crujen ya, vecino — dijo Baudu con voz sombría, pero todos permanecerémos quietos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

Todo el barrio hablaba de la gran via que iban á abrir desde la Bolsa á la Nueva Ópera con el nombre de calle del Dix-Décembre. Los juicios de expropiacion estaban hechos: dos bandos de obreros demolian ya por dos puntos; el uno derribando los antiguos hoteles de la calle Louis-le-Grand, el otro los débiles muros del antiguo Vaudeville: se oia acercarse las piquetas: la calle Choiseul y la calle de la Michodière se interesaban por las casas expropiadas. Ántes de quince dias el derribo les envolveria en una batahola de ruido y de sol.

Pero áun llamaban más la atencion los trabajos empezados en *La Dicha de las Damas*. Se hablaba de haber agrandado el local considerablemente, de almacenes gigantescos con tres fachadas á las calles de la Michodière, Neuve-Saint-Augustin y Monsigny. Mouret, decian, habia tratado con el baron Decker, presidente del *Crédito Inmueble*, y ocuparia toda la manzana de casas, excepto la futura fachada de la calle del Dix-Décembre, donde el Baron queria hacer un segundo Gran Hotel. Por todas partes *La Dicha* compraba los bajos, las tiendas se cerraban, los inquilinos se mudaban, y en las casas vacías un ejército de obreros empezaba las nuevas obras entre nubes de yeso. En medio de este trastorno general, solamente la casa de Bourras seguia intacta é inmóvil, obstinadamente pegada á las altas murallas coronadas de albañiles.

Cuando al otro dia se dirigia Dionisia con Pepé á casa de su tio Baudu, la calle estaba obstruida por una fila de carros que descargaban ladrillos delante del hotel Duvillard. De pié en el dintel de su tienda, Baudu miraba con aire mohino. Á medida que *La Dicha de las Damas* se agrandaba, parecíale que *El Viejo Elbœuf* disminuia. La jóven creyó encontrar las vidrieras más negras, más raquíticas bajo el entresuelo oscuro; la humedad habia desteñido la muestra, el aspecto de aquella fachada de color plomizo causaba una impresion de angustia y tristeza.

— Vamos — dijo Baudu — tened cuidado, son capaces de pasar por encima de uno.

Una vez dentro de la tienda, Dionisia experimentó la misma opresion al mirarla, sombría víctima de la competencia y de la ruina. Los ángulos vacíos parecian aumentar la oscuridad; el polvo cubria el mostrador y los estantes; un olor húmedo de cueva se desprendia de los fardos de paño, que nunca se removian. En la caja, Mme. Baudu y Genoveva estaban inmóviles y silenciosas como en un retiro que nadie vendria á turbar. La madre dobladillando arpilleras; la hija, con las manos caidas sobre la falda, mirando el vacío frente á ella.

— Buenas noches, tia mia — dijo Dionisia. — Tengo una gran alegría en volveros á ver, y os suplico me perdoneis si os he dado algun motivo de disgusto.

Mme. Baudu, sumamente conmovida, la abrazó.

— ¡Pobrecilla! — repuso; — si no tuviera otros disgustos, me verias siempre contenta.

— Buenas noches, prima — continuó Dionisia, besando las mejillas de Genoveva.

Ésta pareció despertar de un sueño y devolvió los besos, sin encontrar una palabra que decir. Madre é hija cogieron á Pepé, que les tendia sus bracitos, y la reconciliacion fué completa.

— Vamos — dijo Baudu — las seis; sentémonos á la mesa. ¿Por qué no has traido á Juan?

— Precisamente lo he visto esta mañana y me ha prometido formalmente venir — dijo Dionisia algo turbada; — pero no debemos esperarle, tal vez le habrá detenido su principal.

No dudando que contaria alguna historia extraordinaria, queria excusarle de antemano.

— Vamos, vamos, sentémonos — repetia el tio, volviéndose luégo al fondo de la tienda.

— Colomban, venid á cenar con nosotros; con seguridad, no vendrá nadie entre tanto.

Dionisia no habia visto á Colomban. Su tia le contó cómo habian tenido que despedir al otro dependiente y la señorita que habia para el mostrador. Los negocios iban tan á ménos, que bastaba Colomban solo, y áun así pasaba las más de las horas desocupado y soñoliento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el comedor, á pesar de hallarse en los dias más largos del estío, ardia el gas. Dionisia sintió un ligero estremecimiento de frio, causado por la frescura húmeda que se desprendia de las paredes. Como la tienda, la pareció todo sombrío y lastimoso: la mesa ovalada, el cubierto sobre un hule, la ventana recibiendo la luz y el aire de un pestilente y pequeño patio.

— Padre — dijo Genoveva, inquieta por Dionisia — ¿quereis que cierre la ventana? Sube mal olor.

Su padre se sorprendió. Él no percibia nada.

— Cierra la ventana si quieres — respondió por fin. — Pero nos faltará aire.

Efectivamente, faltaba aire para respirar. La cena era nada más que una cena de familia. Despues del potaje, cuando la criada hubo servido el guisado, el tio llevó la conversacion sobre las personas de enfrente. Al pronto se mostró más tolerante y permitió á su sobrina tener una opinion diferente de la suya.

— ¡Dios mio! eres muy dueña de defender esas casas... Cada uno con su idea, hija mia... Puesto que no te ha disgustado el ser puesta en la puerta de la calle, será que tengas razones muy sólidas para quererles; si volvieras á entrar allí no te lo impediria. Aquí nadie se opondria, ¿no es así?

— ¡Oh, no! — murmuró Mme. Baudu.

Dionisia dió reposadamente sus razones como las habia dado en casa de Robineau: la evolucion lógica del comercio, las necesidades de los tiempos modernos, la grandeza de esas nuevas creaciones, en fin, las ventajas crecientes para el público. Baudu, con los ojos abiertos y la boca cerrada, la escuchaba con una visible tension de inteligencia. Cuando terminó, la dijo moviendo la cabeza:

— Todo eso son fantasmagorías. El comercio es el comercio, y nada más... Les concedo que acierten; eso es todo. Por largo tiempo he creido que se hundirian, y me impacientaba; ¿te acuerdas? Pues bien, nada de eso; parece que hoy dia sólo los estafadores hacen fortuna, en tanto que los hombres honrados están en la miseria... Considera hasta dónde hemos llegado, yo mismo me veo forzado á inclinarme ante ellos... y me indigno...

Una cólera sorda se iba apoderando de él poco á poco, y al hablar amenazaba en todas direcciones con su tenedor.

— ¡Pero yo permaneceré en pié hasta el último aliento! Nunca *El Viejo Elbeuf* hará una concesion; podrá derrumbarse de viejo, pero tendré un placer en que mis huesos sean sepultados bajo sus escombros... Á Bourras le dije: «Vecino, imitais á los charlatanes, vuestras pinturas son una vergüenza.»

— ¿No comes? — interrumpia Mme. Baudu, inquieta al verle arrebatarse así.

— Espera, quiero que mi sobrina sepa mi divisa... Escucha, hija mia: no gruño, no rechisto. ¡Ellos vencen, tanto peor para ellos! Yo protesto; hé ahí todo.

La criada trajo un trozo de vaca asada. Partióla Baudu con manos temblorosas, pero faltábale ya aquel golpe de vista exacto para hacer partes iguales. La conciencia de su falta le quitaba su antigua seguridad. Por eso decia que le quedaba una sola fuerza, la de la obstinacion en sus ideas, la fuerza de esperar la caida de su casa sin dar un paso á derecha ni á izquierda para evitar le diera en la cabeza. Pepé se figuró que su tio se enfadaba, y fué preciso, para tranquilizarle, darle unos bizcochos que habia delante de su plato. Entónces el tio, bajando la voz, trató de hablar de otra cosa. Por unos instantes se ocupó de los derribos, aprobó la calle del Dix-Décembre, cuya apertura iba á acrecentar el comercio del barrio. Pero de nuevo volvió á *La Dicha de las Damas;* siempre iba á parar á aquel punto. Cuando los carros de materiales obstruyeran la calle se verian envueltos en yeso, y no venderian nada. Ademas, en fuerza de ser grande seria ya ridícula; los compradores se perderian: ¿para qué entónces los mercados? Á pesar de las miradas suplicantes de su mujer, á pesar de sus esfuerzos, hizo la suma de los negocios del almacen. ¿No era esto inconcebible? En ménos de cuatro años habian quintuplicado la cifra: su venta anual, ántes de unos ocho millones, ascendia á cuarenta desde el último inventario. En fin, una locura, una cosa nunca vista y contra la cual era imposible luchar. Siempre engrandeciéndose, sostenian mil empleados y anunciaban veintiocho secciones diferentes. Ese número de veintiocho mostradores, sobre todo, le ponia fuera de sí. Indudablemente habian repetido algunos, pero otros eran completamente nuevos; por ejemplo, ¡un despacho de muebles y otro de artículos de Paris! ¿Quién entendia eso? ¡Artículos de París! Es verdad que esas gentes eran tan poco orgullosas, que acabarian por vender pescado. Afectando respetar las ideas de Dionisia, trataba su tio de convertirla á las suyas.

— Francamente, tú no puedes defenderlos. ¿Me ves tú unir una

seccion de cacerolas á mi comercio de paños? ¿Eh? Dirias que estaba loco... Confiesa al ménos que no les estimas.

Y como la jóven se contentaba con sonreir, algo contrariada, comprendiendo la inutilidad de sus buenas razones, repuso:

—En fin, tú estás por ellos. No hablemos más, es inútil que nos enfademos otra vez. ¡Ese seria el colmo, verlos interponerse entre mi familia y yo!.. Vuelve á su casa si te place, pero te prohibo me quiebres más los oidos con sus historias.

Quedaron todos en silencio. Su pasada violencia cedia el puesto á una resignacion febril. En el estrecho comedor, caldeado por la luz de gas, se habia hecho imposible la respiracion, por lo que la criada abrió la ventana, y la húmeda pestilencia del patio llegó hasta la mesa. Acababan de servir patatas guisadas. Cada cual se hacia plato lentamente, sin hablar.

—¡Mira!—dijo Baudu, designando con el cuchillo á Genoveva y Colomban;—mira esos dos. Pregúntales si quieren mucho á tu *Dicha de las Damas*.

El uno junto al otro en el sitio acostumbrado donde se encontraban dos veces al dia desde hacia doce años, Colomban y Genoveva comian con calma, sin pronunciar una palabra. Él, exagerando la expresion de honradez de su cara, parecia ocultar tras de sus párpados bajos la llama interior que le quemaba; en tanto que, pálida, con la cabeza inclinada bajo su abundante cabellera, ella se abandonaba como abrumada por un sufrimiento secreto.

—El año último ha sido desastroso; ha sido preciso retardar el matrimonio—prosiguió el tio.—Por gusto, pregúntales cómo piensan de tus amigos.

Dionisia, por complacerle, interrogó á los dos jóvenes.

—Yo no puedo quererles, prima mia—respondió Genoveva.

—Pero puedes estar tranquila, no todos les detestan.

Al decir estas palabras miraba á Colomban, que absorto se entretenia en hacer bolitas de pan; y al sentir sobre él la mirada de la jóven, lanzó frases duras:

—¡Una tienda indecente!.. ¡Todos más pícaros los unos que los otros!.. En fin, una verdadera epidemia para el barrio.

—¡Lo oyes! ¡lo oyes!—gritó Baudu encantado.—¡Vé ahí lo que ellos no tendrán jamas!..

Pero Genoveva, con semblante severo y triste, no quitaba la mirada de Colomban, penetrando hasta su corazon. Él, sintiéndose turbado, redoblaba sus invectivas. Madame Baudu los contemplaba con inquietud, como presintiendo una desgracia próxima. Hacía algun tiempo que la palidez de su hija la espantaba, hasta el punto de temer verla morir.

—La tienda está sola—dijo por fin, abandonando la mesa, deseosa de terminar aquella escena.—Id, Colomban; creo que hay álguien.

La cena habia terminado. Todos se levantaron. Baudu y Colomban fueron á hablar con un corredor que venía á tomar órdenes. Madame Baudu se llevó á Pepé para enseñarle unas estampas. La criada quitó con presteza la mesa, y Dionisia fué junto á la ventana á mirar el patinillo, cuando al volverse apercibió á Genoveva todavía en su sitio, con la mirada fija en el hule, húmedo todavia por haber sido lavado con una esponja.

—¿Sufrís, prima?—preguntó Dionisia.

La jóven no respondió, absorta en los pensamientos que la invadian; despues levantó la cabeza lentamente y vió un rostro compasivo inclinado hácia ella. ¿Todos se habian marchado? ¿qué hacia ella todavía en la silla? Una oleada de sangre subió á su garganta, y su cabeza cayó en el borde de la mesa. Lloraba, y sus lágrimas humedecieron la manga de su vestido.

—¡Dios mio! ¿qué teneis?—exclamaba Dionisia trastornada.—¿Quereis que llame?

Genoveva la habia asido del brazo y nerviosamente la retenia, diciendo entre sollozos:

—No, no, quedaos... ¡Oh! ¡que no sepa nada mamá!.. Por vos no me importa, pero los demas... Esto es á pesar mio, os lo juro. Es cuando estoy sola... Esperad, ya estoy mejor, ya no lloro.

Estas crísis se repetian, sacudiendo su helado cuerpo grandes escalofrios. Parecia que su nuca no podia soportar el peso de aquella abundante y negra cabellera. Al caer su cabeza sobre los brazos doblados se desprendió una horquilla y vióse envuelta en sus sueltos cabellos. Dionisia, sin hacer ruido por miedo de llamar la atencion, trató de socorrerla. Al desabrocharla el vestido quedó sorprendida dolorosamente al ver aquella delgadez enfermiza: la pobre jóven tenia las descarnadas formas de una vírgen consumida por la anemia. Á dos manos le recogió Dionisia aquellos soberbios cabellos que parecian absorber toda su vida: atólos despues, recogiéndolos para descansarla y darla un poco de aire.

—Gracias; ¡qué buena sois!—decia Genoveva.—¡Ah, qué delgada estoy! ¿no es verdad? Yo era más gruesa y todo se ha

ido... Abrochadme el vestido, podria mamá ver mis hombros. Le oculto mi estado todo cuanto puedo... ¡Dios mio! ¡qué mal estoy! ¡qué mal estoy!

En la angustia de su debilidad repetia esta frase con voz resignada. Poco á poco la crisis fué pasando y los sollozos disminuyendo. Quedó sobre la silla sin fuerzas, mirando fijamente á su prima. Despues de un corto silencio, la preguntó de repente:

—Decidme la verdad, ¿él la ama?

Dionisia sintió colorearse sus mejillas. Comprendió que se trataba de Colomban y Clara; pero fingiendo no haber entendido, la dijo:

—¿Á quién, prima mia?

Genoveva movió la cabeza con aire incrédulo.

—No mintais, os lo suplico. Dadme, por favor, una seguridad... Vos debeis saberlo, no tengo duda. Habeis sido compañera de esa mujer; he visto á Colomban perseguiros, hablaros en voz baja. Os daba recados para ella, ¿no es así? ¡Oh! decidme la verdad, os aseguro que eso me hará mucho bien.

Nunca se habia hallado Dionisia tan confusa. Bajaba los ojos ante aquella pobre niña tan silenciosa de ordinario y que todo lo adivinaba. Sin embargo, todavia halló fuerza para seguir engañándola.

—Á quien Colomban ama es á vos.

Entónces Genoveva hizo un gesto de desesperacion.

—Está bien, no quereis decir nada... Ademas, me es igual; los he visto: á él, salir continuamente á la acera para mirarla; á ella, arriba riendo como una condenada... Estoy segura de que se ven fuera.

—¡Eso no, os lo juro! —exclamó Dionisia, impulsada por el deseo de darle al ménos este consuelo.

Genoveva respiró con fuerza; en sus labios se dibujó una sonrisa:

—Quisiera un vaso de agua— dijo con débil voz de convaleciente.—Dispensad que os moleste. Allí hay en el aparador.

Asió la jarra, y de un solo trago apuró un gran vaso, separando con una mano á Dionisia, la que temia le hiciera daño.

—No, no, dejadme; tengo siempre sed; por las noches me levanto de la cama para beber.

Despues de un nuevo silencio, siguió dulcemente:

—¡Si supierais! ya hace diez años que estoy acostumbrada á la idea de este matrimonio. Todavía llevaba mis vestidos cortos, cuando ya Colomban me estaba destinado... Yo no sé cómo despues han cambiado las cosas. De vivir siempre juntos, de estar aquí encerrados sin nada que nos distraiga, he concluido por mirarle como mi marido ántes de tiempo. Ignoro si le amo, me considero su mujer, y ved ahí todo... ¡Y ahora él quiere á otra! ¡Esta idea me daña la cabeza y el corazon, me mata!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Dionisia, cuyos párpados tambien se hallaban humedecidos, la preguntó:

—¿Sabe algo de esto mi tia?

—Creo que sí. En cuanto á papá, está preocupado por otros motivos, y no comprende el daño que me hace retardando este matrimonio. Algunas veces mamá me pregunta inquieta al verme languidecer. Ella nunca ha sido fuerte, y con frecuencia me dice: «Pobre hija mia, has heredado mi debilidad.» Y luégo en estas tiendas no es posible curarse. Ella debe conocer que adelgazo muy deprisa. Ved mis brazos: ¿es esto natural?

Con mano temblorosa volvió á tomar la jarra. Su prima quiso impedir que bebiera.

—Dejadme, tengo sed.

Oyóse la voz de Baudu; entónces, cediendo á un impulso de su corazon, Dionisia se arrodilló y estrechó á Geneveva con un abrazo fraternal, besándola y asegurándola que todo iria bien, que se casaria con Colomban, que se curaria y sería dichosa. Levantóse vivamente porque su tio la llamaba.

—Vén, aquí está Juan.

Era en efecto Juan, azorado, que venia á cenar; al oir que ya habian dado las ocho, se quedó admirado. No era posible, salia entónces de casa de su maestro. Contestáronle en tono de broma que sin duda habia tomado para venir el camino de Vincennes. Mas apénas pudo aproximarse á su hermana, la dijo al oido:

—Ha sido por una chica lavandera, que llevaba la ropa de la colada... He tomado un coche por horas. Dame cien sueldos.

Salió un momento y volvió á cenar, porque Mme. Baudu no permitió de ninguna manera que se marchára sin tomar siquiera una sopa. Genoveva seguia en su habitual silencio é indiferencia. Colomban, detras del mostrador, estaba medio adormecido. La noche se deslizó triste y lenta, animada únicamente por los pasos del tio, que andaba de un extremo á otro de la desierta tienda. Un

solo mechero de gas ardia. La sombra caia del techo como las paletadas de tierra negra en una fosa.

Pasaron dos meses. Casi todos los dias entraba Dionisia á distraer un poco á Genoveva; pero la tristeza aumentaba en aquella casa. Los trabajadores de enfrente les tenian en contínuo tormento. Cuando alguna vez gozaban una hora de esperanza, una alegría inesperada, bastaba el ruido de un carro de ladrillos, de la sierra de un picapedrero, ó la simple llanada de un albañil, para entristecerlos en seguida. Todo el barrio estaba conmovido; de las empalizadas que cercaban las obras en las tres calles salia un movimiento de actividad febril. Aun cuando el arquitecto se servia de las construcciones existentes, las abria por todas partes para arreglarlas; en el centro, en lo que formaban ántes los patios, construia una galería central, grande como una iglesia, que debia desembocar por una gran puerta en la calle Neuve-Saint-Augustin, centro de la fachada. Al pronto hubo grandes dificultades para establecer los sótanos, por estar llenos de filtraciones de albañales y tierras cenagosas, llenas de osamentas humanas. Despues, al atravesar la alcantarilla, se habian preocupado en las casas vecinas por un pozo de cien metros, cuya salida habia de ser de quinientos litros por minuto. Á pesar de todo, los muros se elevaban ya hasta el primer piso, y los andamios cercaban la manzana entera. Sin cesar se oia el chirrido de las poleas subiendo las piedras ya labradas, el descargar de las planchas de hierro, el vocerío de aquel pueblo de obreros acompañado del ruido de piquetas y de martillos. Pero sobre todo esto lo que más ensordecia era la trepidacion de las máquinas; todo marchaba al vapor, agudos silbidos cruzaban el aire, en tanto que, al menor soplo de viento, una nube de yeso se alzaba, yendo á caer sobre los tejados vecinos como una capa de nieve. Los Baudu miraban desesperados este implacable polvo penetrar por todas partes, á traves de las maderas mejor cerradas, posarse en las telas de la tienda, y llegar hasta el lecho: aquel polvo que respiraban les emponzoñaba la existencia.

Por otra parte, la situacion empeoraba cada vez más. En Setiembre, temiendo el arquitecto tardar demasiado en concluir, hizo trabajar tambien por la noche. Establecieron poderosas lámparas eléctricas, y no cesó la actividad; los carros se sucedian, los martillos no descansaban, las máquinas silbaban sin cesar, las fuertes voces parecian levantar y esparcir el yeso. Entónces fué preciso

renunciar á cerrar los ojos: sentian sacudidas en sus alcobas, los ruidos se convertian en pesadillas cuando el cansancio los adormecia. Luégo se levantaban descalzos para calmar su fiebre, y al alzar las cortinas quedaban asustados ante la vision de *La Dicha de las Damas*, resplandeciendo en medio de las tinieblas como una colosal fragua donde se forjaba su ruina. En medio de los muros á medio construir, abiertos con grandes ventanas, las lámparas eléctricas lanzaban grandes rayos azules de una intensidad deslumbradora. Daban las dos de la mañana, las tres, las cuatro, y en el penoso sueño del barrio, el edificio, agrandado por aquella claridad lunar, parecia colosal y fantástico, donde hormigueaban sombras negras de obreros cuyos perfiles gesticulaban sobre la blancura de las nuevas paredes.

El tio Baudu lo habia pronosticado, el pequeño comercio de las calles vecinas recibia un golpe mortal. Cada vez que *La Dicha de las Damas* creaba un nuevo despacho, se experimentaba una baja en la venta de las tiendas inmediatas. El desastre se extendia, veíase quebrar las casas más antiguas. La señorita Tatin, la lencera del pasaje Choiseul, acababa de declararse en quiebra; Quinette, el guantero, apénas podria resistir seis meses; si Bedoré y hermana, los boneteros, se sostenian todavía, era porque vivian de las rentas ganadas ántes. Ademas, otras ruinas se iban á unir á ésas, previstas ya hacía tiempo. La seccion de artículos de París amenazaba á la tienda de juguetes de la calle de Saint-Roch, de Deslignières, un hombre grueso y sanguíneo; en tanto que la seccion de muebles atacaba á los Piot y Rivoire, cuyos almacenes dormian en la sombra del pasaje de Sainte-Anne. Algunos temian que á Deslignières le daria alguna apoplegía, porque se puso fuera de sí cuando vió anunciados en *La Dicha* los portamonedas con un treinta por ciento de rebaja. Los almacenistas de muebles aparentaban burlarse de aquellos locos que se ponian á vender mesas y armarios; pero su parroquia les abandonaba, y el éxito del nuevo despacho se anunciaba formidable. Estaba visto, era preciso inclinarse ante ellos; otros serian áun arruinados, poco á poco todos los comercios se cerrarian, y llegaria dia en que sólo *La Dicha* cubriera el barrio con su techumbre.

Al presente, cuando por la mañana y por la noche los mil empleados entraban y salian, se extendian en una fila tan larga sobre la plaza Gaillon, que las gentes se paraban á mirarlos, como se mira desfilar un regimiento. Durante diez minutos las aceras se

veian llenas, y los tenderos, delante de sus puertas, pensaban en su único dependiente, al que no sabian ya cómo sostener. El último inventario del gran almacen, con su cifra de cuarenta millones de venta, habia emocionado á la vecindad, corriendo de boca en boca en medio de las exclamaciones de sorpresa y cólera. ¡Cuarenta millones! ¿Soñaba nadie una cosa así? Sin duda la ganancia liquida no pasaba del cuatro por ciento, con los gastos considerables y el sistema de baratura; pero áun así, diez y seis mil francos de ganancia eran una bonita suma, y podian contentarse con un cuatro por ciento cuando se trataba de cantidades semejantes. Contaban que el primer capital de Mouret, los primeros cinco mil francos, aumentados cada año con la totalidad de los beneficios, debia ser ahora un capital de cuatro millones, habiendo pasado diez veces por los mostradores convertidos en mercancías. Cuando despues de comer se entregaba Robineau á estos cálculos delante de Dionisia, se quedaba abrumado, con la vista fija en su vacio plato: la jóven tenía razon; aquella renovacion incesante del capital era lo que daba al nuevo comercio su fuerza invencible. Sólo Bourras negaba los hechos, rehusando comprenderlos, soberbio y estúpido como un guardacanton. ¡Una gavilla de ladrones, ved ahí todo! ¡Unos embusteros, unos charlatanes, á los que amontonarian el mejor dia en la calle!

Baudu, á pesar de su oposicion á cambiar en nada las costumbres de *El Viejo Elbœuf*, trataba de sostener la competencia. Los compradores no venian á él, y él se esforzaba en ir á ellos por mediacion de sus corredores. Habia entónces un corredor que se hallaba en relacion con todos los grandes sastres, que saldaba las pequeñas casas de paños y franelas, cuando él queria representarlas. Naturalmente, era muy disputado y tomaba la importancia de un personaje. Baudu estaba en tratos con él, cuando tuvo la desgracia de verlo arreglarse con los Matignon, de la calle Croix-des-Petits-Champs. En seguida, otros dos corredores le estafaron; y un tercero, muy honrado, no hacia nada. Esto era una muerte lenta, sin sacudidas; una disminucion continua en los negocios, clientes perdidos uno á uno. Llegó un dia en que los vencimientos se hicieron penosos. Hasta entónces habian vivido con las economías de ántes, y al presente la deuda empezaba. En Diciembre, Baudu, aterrado por el número de pagarés firmados, se decidió al más cruel de los sacrificios: vendió su casa de campo de Rambouillet, una casa que tanto dinero le costaba

en reparaciones, y cuyos inquilinos no le pagaban cuando tomó aquella resolucion. Esta venta mataba el solo ensueño de su vida; su corazon sufrió como por la pérdida de un sér querido. Tuvo que dar por setenta mil francos lo que le habia costado más de doscientos mil. Aun fué una suerte hallar á los Lhomme, vecinos suyos, á los que decidió el deseo de aumentar sus tierras. Los setenta mil francos podian sostener la casa por algun tiempo. Á pesar de todas las desgracias, la idea de la lucha renacia: con economía en adelante, tal vez podrian vencer.

El domingo que los Lhomme entregaron el dinero, se quedaron á comer en *El Viejo Elbeuf*. Madame Aurelia llegó la primera; fué preciso esperar al cajero, que vino despues, azorado por un concierto de la tarde: en cuanto al jóven Alberto, aceptó la invitacion, pero no asistió. Ademas, fué una velada penosa. Los Baudu, viviendo sin aire en el fondo de aquel estrecho comedor, sufrieron el espectáculo de la libre existencia que los Lhomme llevaban y de aquella familia diseminada. Genoveva, acobardada con el aire majestuoso de Mme. Aurelia, no desplegó sus labios, en tanto que Colomban la miraba, estremeciéndose al pensar que reinaba sobre Clara.

Al acostarse por la noche, cuando ya Mme. Baudu se hallaba en el lecho, Baudu se paseó largo tiempo en el cuarto. Hacía un tiempo húmedo; por fuera, á pesar de las ventanas cerradas y las cortinas corridas, se oian silbar las máquinas de los trabajos de enfrente.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Isabel?—dijo por fin;—esos Lhomme creen bueno el ganar mucho dinero, pero yo no me cambiaria por ellos, si es verdad que prosperan. La mujer nos ha contado, ¿no es así? que ha hecho ya cerca de veinte mil francos este año, y eso la ha permitido comprar mi pobre casa. ¡No le hace! Yo no tengo ya la casa, pero al ménos no voy á gozar de la música por un lado, miéntras que tú corres de acá para allá por otro... No, no pueden ser felices.

Bajo la influencia penosa de su sacrificio, guardaba rencor contra los que habian comprado su finca. Cuando llegaba cerca del lecho gesticulaba inclinado hácia su mujer; despues, á la vuelta, junto á la ventana, callaba un minuto y escuchaba el ruido de la obra. Volvia á sus eternas acusaciones sobre los nuevos tiempos: jamas se habian visto dependientes que ganáran más que los comerciantes; ahora eran los cajeros los que compraban las propie-

dades de sus amos. Así todo se relajaba; la familia no existia; vivian en un restaurant en lugar de comer honradamente en su casa. Por fin, terminó profetizando que el jóven Alberto devoraria más tarde la tierra de Rambouillet con las actrices.

Madame Baudu le escuchaba con la cabeza apoyada en la almohada, tan pálida, que su cara tenía la blancura de la funda de aquélla.

—Ellos te han pagado—dijo por fin dulcemente.

Al pronto Baudu quedó mudo, dió algunos pasos con la vista fija en el suelo, y despues repuso:

—Es verdad, me han pagado; despues de todo, su dinero es tan bueno como cualquiera otro... ¡Seria chistoso volver á comprar la casa con ese dinero! ¡Ah! ¡Si yo no me hallára tan viejo y tan cansado!

Reinó un largo silencio. El pañero se sentia asaltado por vagos proyectos. De pronto su mujer, sin moverse, con la mirada fija en el techo, le dijo:

—¿Te has fijado en tu hija desde hace algun tiempo?

—No—respondió.

—Pues bien, me tiene algo disgustada... está tan pádida, parece poseida por la desesperacion.

Baudu, de pié ante el lecho, estaba lleno de sorpresa.

—¡Desesperacion! ¿por qué?.. si está enferma debe decirlo. Mañana harémos venir al médico.

Madame Baudu, siempre inmóvil, repuso despues de un momento de silencio:

—Yo creo que lo mejor sería adelantar el matrimonio con Colomban.

Baudu la miró, continuando despues su paseo. ¿Sería posible que su hija estuviera enferma á causa del dependiente? ¡Le amaba hasta el punto de no poder esperar!

Esto le contrariaba tanto más, cuanto que nunca habia pensado realizarlo en las presentes circunstancias. Á pesar de todo, su inquietud paternal venció.

—Está bien—dijo por fin—hablaré á Colomban.

Sin añadir una palabra más siguó paseándose. Poco despues su mujer se durmió, pareciendo por su extremada palidez una muerta. Él siguió paseando. Ántes de acostarse levantó las cortinas y miró: al otro lado de la calle las abiertas ventanas del hotel Duvillard describian grandes huecos en aquella mole donde los obreros se agitaban entre los resplandores de las lámparas eléctricas.

Al dia siguiente Baudu llevó á Colomban á un pequeño almacen del entresuelo. La víspera ya habia pensado lo que tenía que decirle.

—Ya sabes—empezó diciendo—que he vendido mi propiedad de Rambouillet. Eso nos va á permitir luchar un poco más; pero ántes de nada, quiero hablar contigo.

El jóven, que parecia temer el resultado, escuchaba turbado.

Sus pestañas se movian vivamente, y su boca, abierta, indicaba una gran perturbacion.

—Escúchame bien—prosiguió el pañero.—Cuando el padre Hauchecorne me traspasó *El Viejo Elbœuf*, la casa estaba próspera; él mismo la habia recibido en buen estado de manos del viejo Finet... Ya conoces mis ideas; creeria cometer una mala accion si dejára á mis hijos disminuida esta herencia; por esto he retardado siempre tu matrimonio con Genoveva... Si, esperaba con obstinacion volver á la antigua prosperidad; queria entregarte los libros diciéndote:—Mira, el año que tomé la tienda vendí tanto paño, y el año que la dejo he vendido diez mil ó veinte mil más.—Esto era una promesa que yo me habia hecho á mí mismo, un deseo muy natural de probar que la casa no habia decaido en mis manos. De otro modo me pareceria que os habia robado.

La emocion embargaba su voz. Sonóse para tomar aliento, y preguntó:

—¿No dices nada?

Colomban no tenía nada que decir, y aguardaba con creciente turbacion, creyendo adivinar á donde iba á parar su principal. Si era el matrimonio en breve plazo, ¿cómo rehusar? Jamas se atreveria. ¿Y la otra, con la que él soñaba abrasándose con tal fuego, que tenía que saltar del lecho desnudo por miedo de morir?

—Hoy—continuó Baudu—tenemos una cantidad que nos puede salvar. La situacion es cada dia peor, pero puede ser que, haciendo un esfuerzo supremo... En fin, yo debo advertírtelo. Vamos á jugar el todo por el todo. Si nos vencen, álguien nos enterrará... Solamente que vuestro matrimonio va á ser de nuevo diferido, porque no quiero mezclaros en la pelea. Eso sería cobarde, ¿no es cierto?

Colomban se sintió más tranquilo; estaba sentado sobre las piezas y advertia en sus piernas un movimiento nervioso. Temia

dejar comprender su alegría, y con la cabeza baja la saboreaba.

—¿No dices nada? —repitió Bandu.

No, no decia nada, no tenia qué decir. El pañero siguió pausadamente:

—Estaba seguro de que esto te disgustaria. Te falta valor; anímate un poco y no te amilanes. Comprende bien mi peticion: ¿Puedo dejaros semejante carga? En vez de cederos un buen negocio, os proporcionaria acaso una quiebra. Únicamente los pillos hacen esas jugarretas. Yo quiero vuestra dicha, sí, pero sin forzar mi conciencia.

Habló largo rato, revolviéndose en frases contradictorias, como quien quiere ser entendido á media palabra. Habia prometido su hija y su tienda, y la estricta probidad le obligaba á darlas sin mancha y sin deudas. Estaba fatigado; aquello le pesaba mucho, y el ruego palpitaba en su voz temblona. Las palabras se le enredaban en los labios esperando de Colomban un arranque, un grito del corazon que no salian.

—Ya sé —murmuró —que los viejos carecen de ardor; con los jóvenes todo parece encenderse vivamente: es natural; tienen fuego en el cuerpo... ¡Pero no, no puedo, palabra de honor! Si os la cediese me recriminarias más tarde.

Se calló estremeciéndose, y como el jóven siguiese cabizbajo, le preguntó por tercera vez despues de una pausa penosa:

—¿Qué dices?

Colomban respondió al fin sin mirarle:

—Nada digo; vos sois el dueño y sabeis más que nosotros. Pues que lo exigis, esperarémos tratando de ser razonables.

Era el *ultimatum*. Baudu aún esperó que se arrojase en sus brazos exclamando: «Padre, descansad; vamos á luchar nosotros. Dadnos la tienda como está, para que intentemos el milagro de salvarla...»

Se miró como avergonzado, acusándose sordamente de haber querido engañar á sus hijos. La honradez maniática del tendero se despertaba en él: aquel jóven tenia evidentemente razon, por que en el comercio no hay sentimientos, sino guarismos.

—Abrázame, muchacho—dijo para acabar. Está decidido que no hablemos de boda hasta dentro de un año. Pensemos ante todo en las cosas sérias.

Por la noche, cuando la señora Baudu le preguntó en su cuarto por el resultado de la entrevista, le dijo que éste queria luchar

hasta el fin. Hizo un elogio caluroso de Colomban: era un jóven de ideas firmes, educado en los buenos principios, incapaz de reirse con los compradores, como los pisaverdes de *La Dicha*. Sí, era honrado y no tomaba la venta como un juego de Bolsa.

—Entónces, ¿cuándo es la boda?—preguntó la pañera.

—Más adelante; quiero guardar mi promesa.

La pañera no hizo ni un gesto, pero dijo sencillamente, despues de un silencio:

—Se morirá nuestra hija.

Baudu se volvió, colérico... ¡Él sí que moriria si seguian soliviantándole de aquel modo! ¿Era culpa suya? Amaba á su hija hasta dar su sangre por ella, pero él no podia hacer que la cosa marchase si no queria. Genoveva debia tener más juicio y esperar un inventario mejor. ¡Qué diablo! allí estaria Colomban: no lo robaria nadie.

—¡Es increible!—repetia—¡una niña tan bien educada!

La señora Baudu no añadió palabra. Habia adivinado, sin duda, las celosas torturas de Genoveva, sin atreverse á confiárselas á su marido. Su singular timidez mujeril le impedia siempre abordar estos temas de delicada ternura. Cuando Baudu la vió callada, volvió su cólera contra las gentes de enfrente, cerrando los puños en el aire, del lado de la puerta, en la que se veian barras de hierro.

Dionisa iba á volver á *La Dicha de las Damas*. Comprendió que los Robineau, obligados á disminuir su dependencia, no se atrevian á despedirla. Para sostenerse tenian que bastarse ellos solos; Gaujean, siempre irritado contra Mouret, alargaba los créditos y prometia hallar fondos; pero ellos tenian miedo y querian establecer órden y economía. Durante quince dias, comprendió Dionisia que estaban molestos con ella, y como debia ser la primera que hablase, les anunció que habia hallado colocacion en otra parte. Aquello fué una explosion: la señora Robineau la abrazó, jurándola que no la olvidaria nunca. Luégo, cuando dijo que volvia á casa de Mouret, Robineau palideció, y dijo bruscamente:

—¡Teneis razon!

Más difícil era dar la noticia al viejo Bourras. Debia despedirse de él, y temblaba porque le estaba agradecida. Tal vez no dijera nada, preocupado con el vecino barullo. Las carretillas de yeso ensuciaban su tienda; los picos sonaban en sus paredes, y todo allí, los paraguas y los bastones, parecia bailar al ruido de las

herramientas y los escombros al hundirse. Lo peor era que el arquitecto habia pensado, para unir las secciones del almacen con las nuevamente instaladas en el hotel Duvillard, abrir un paso por bajo de la casa que las separaba. Ésta pertenecia á Mouret, y el contrato decia que el arrendatario debia abonar los gastos de reparacion. En esto se presantaron los obreros una mañana. Casi le dió á Bourras un ataque... ¡De modo que no bastaba con ahogarle por todas partes, á derecha, á izquierda y por la espalda, sino que áun querian hacerlo por abajo comiendo la tierra bajo sus piés! Despidió á los albañiles quejándose. Trabajos de reparacion... bueno; pero aquéllos eran de embellecimiento. Pensaria el barrio que él ganaria con aquello, no siendo verdad. El pleito seria largo en todo caso, y aquello apasionaba á la gente.

El dia en que Dionisia se resolvió á despedirse, llegaba precisamente Bourras de casa de su abogado.

—¿Qué os parece? — exclamó. — Ahora dicen que la casa no es sólida, y que hay que reforzar los cimientos... ¡Pardiez! ¡si están hartos de sacudirla con sus máquinas, no extraño que se venga abajo!

Cuando la jóven le anunció que se iba, y que volvia á *La Dicha*, con mil francos de sueldo, se quedó tan pasmado, que se limitó á levantar las manos al cielo, cayendo emocionado sobre una caja.

—¡Vos! — balbuceó. — ¡De modo que no queda nadie más que yo!

Y preguntó al cabo de un rato:

—¿Y el pequeño?

—Volverá á casa de la señora Gras — respondió Dionisia. — Le queria mucho.

Se callaron ambos. Ella le hubiera preferido furioso, jurando y cerrando los puños, y la daba grima ver al viejo sofocado y aplomado. Pero se animó á poco, y exclamó:

—No se rehusan mil francos... Idos todos, dejadme solo; sí, solo. Hay uno que no bajará nunca la cabeza; y decidles que ganaré el pleito aunque tenga que vender la última camisa.

Dionisia debia dejar á Robineau á fin de mes. Habia vuelto á ver á Mouret, y todo estaba arreglado. Una noche, al subir á su casa, la detuvo al paso Deloche, que habia estado esperando en una puerta cochera. Era feliz porque acababa de saber en el almacen la gran noticia... Y la contó alegremente la comidilla de los mostradores:

— Esas señoritas de la confeccion hacen un papel...

Y se interrumpió para decir:

—Á próposito, ¿os acordais de Clara? Bueno, pues segun parece, el principal la ha... ¿comprendeis?

Se puso encarnado, y ella exclamó muy pálida:

— ¡El señor Mouret!

—¡Qué gusto! ¿eh? — siguió él. — Una mujer que parecia un caballo... La oficiala de ropa blanca del año pasado era siquiera graciosa.

Dionisia llegó á su piso desfallecida; creyó que sería por haber subido deprisa. Puesta de codos en la ventana, pensó en Valognes, en la desierta calle, en el empedrado herboso que veia desde su alcoba de niña; sintió vivo deseo de volver á vivir allá abajo, de refugiarse en el olvido y la paz de la provincia. La enojaba París, sentia aborrecimiento por *La Dicha de las Damas*, y no se daba cuenta del por qué habia consentido en volver. Sufria desconocido malestar desde que oyera las historias de Deloche. Sin motivo sintió ganas de llorar... y lloró mucho, y se sintió con algun valor más para vivir.

Al dia siguiente, á la hora de almorzar, habia salido, y pasó por delante de *El Viejo Elbœuf:* se detuvo al ver solo á Colomban en la tienda. Los Baudu almorzaban: se oia el ruido de los cubiertos en el fondo de la salita.

— Podeis entrar — dijo el dependiente. — Están en la mesa.

Ella le hizo señas de que callára, y le llevó á un rincon, diciéndole en voz baja:

— Queria hablaros... ¡No teneis corazon! ¿No veis que Genoveva os ama... y que morirá?

Estaba temblona, presa de la fiebre de la víspera. Él, azorado y sorprendido con aquella brusca acometida, la miraba sin decir nada.

— Entendedlo bien — siguió ella; — Genoveva sabe que amais á otra. Me lo dijo sollozando la desgraciada... ¡Pobrecilla! Está en los huesos; ¡si hubieseis visto sus brazos!.. Dan ganas de llorar... ¡No podeis dejarla morir así!

Habló al fin, todo alterado.

— Pero no está enferma; exagerais... Yo no la veo de ese modo... y ademas, su padre es quien retrasa la boda.

Dionisia vió en esto una mentira. Sabia que la más pequeña instancia del jóven convenceria al tio. Cuanto á la sorpresa de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Colomban no era fingida : no se habia apercibido de la lenta agonía de Genoveva ; fué para él una revelacion desagradabilísima. No debia reprochársele nada si no se habia dado cuenta de ello.

—¿ Y por quién?—siguió Dionisia.—Por una nonada. ¿Es que no conoceis á la que amais? No he querido disgustaros hasta ahora, evitando contestar á vuestras preguntas. Pues bien ; ella se burla de vos, es de todo el mundo, y no la consiguiréis jamas sino como la consiguen los demas : por una vez...

Colomban escuchaba pálido, y á cada frase de ella temblaban sus labios sobre sus dientes apretados. Dionisia sentia cruel placer en decirle todo aquello.

—Para acabar—dijo por último—ahora está con el señor Mouret.

Su voz era más ahogada, y se puso más pálida que Colomban. Se miraron, y él murmuró :

—La amo...

Dionisia se avergonzó. ¿Por qué hablaba así á aquel jóven, ni por qué se interesaba de aquel modo? Se quedó callada ; aquellas dos palabras resonaron en su corazon como una campanada que la hubiera hecho sufrir un sacudimiento. ¡ La amaba !.. Tenía razon, pues ; no debia casarse con otra.

Al volverse apercibió á Genoveva en la puerta del comedor.

—¡ Callaos !—dijo rápidamente á Colomban.

Pero era tarde : Genoveva habia oido, sin duda. Tenía los labios descoloridos. En aquel momento pisó la puerta una parroquiana, la señora de Bourdelais, una de las últimas fieles de *El Viejo Elbœuf*, donde compraba los géneros fuertes. Desde hacía tiempo la señora de Boves siguió la moda, yéndose á *La Dicha de las Damas*, y hasta la de Marty tambien, seducida por los escaparates de enfrente. Genoveva adelantó y dijo con su voz pastosa :

—¿Qué desea la señora?

La de Bourdelais queria ver franelas. Colomban bajó una pieza de la anaquelería, y Genoveva enseñó la tela ; ambos se vieron de cerca tras del mostrador. En aquel momento salia Baudu el último del comedor, y su mujer fué á sentarse detras del escritorio. Baudu no intervino en la venta : sonrió á Dionisia y se quedó de pié mirando á la señora de Bourdelais.

—No me gusta—decia ésta.—Enseñadme lo mejor que tengais.

Colomban bajó otra pieza, y hubo una pausa miéntras la de Bourdelais examinaba la tela.

—¿ Cuánto?—preguntó.

—Seis francos, señora—dijo Genoveva.

La parroquiana hizo un brusco movimiento.

—¡ Seis francos ! ¡Pero si esta misma la dan ahí enfrente á cinco !

Ligera contraccion pasó por el rostro de Baudu, y no pudo ménos que intervenir, aunque cortésmente... La señora se engañaba sin duda ; debia venderse aquel género á seis francos cincuenta, y era imposible darlo á cinco ; sería otro género.

—No, no—repetia la de Bourdelais con la terquedad de la burguesa que no cree que puedan engañarla.—Es la misma tela ó mejor áun.

La discusion acabó en ágria. Baudu, con la bilis revuelta, trataba de aparecer sonriente. Herviale en la garganta la indignacion contra *La Dicha*.

—Creo—dijo la de Bourdelais—que me debeis tratar mejor, ó iré ahí enfrente como las demas.

Baudu perdió entónces el seso, y exclamó, con mal contenida cólera :

—¡ Bueno, pues idos !

La parroquiana se levantó de golpe, muy indignada, y se marchó sin volver la cabeza y diciendo :

—Eso es lo que voy á hacer, caballero.

¡ Qué estupor entónces ! La violencia del principal habia dejado suspensos á todos. Él mismo quedó perplejo y asustado de lo que acababa de decir. La frase habia salido sin quererlo él, como explosion de su amargura contenida. Los Baudu, inmóviles, con los brazos caidos, siguieron con la mirada á la señora Bourdelais, que, al atravesar la calle, parecia llevarse su fortuna. Cuando entró con paso tranquilo por la ancha puerta de *La Dicha*, y la vieron confundirse entre la gente, hubo entre ellos como un sacudimiento.

—¡ Una más que se nos llevan !—murmuró el pañero.

Luégo se volvió á Dionisia, cuya nueva colocacion sabía :

—Tambien se te llevan á tí... Tienen el dinero y son los más fuertes.

Dionisia, con la esperanza de que Genoveva no hubiese oido á Colomban, la decia al oido :

—Alegraos... os ama.

Pero la jóven le contestó muy bajo, con la voz triste :

—¿Por qué mentís? Vedle: no puede contenerse. Yo sé que me le han robado como nos han robado todo.

Fué á sentarse en el escritorio junto á su madre. Ésta habia adivinado sin duda el nuevo golpe recibido por su hija, porque sus ojos fueron de ella á Colomban y de éste á *La Dicha*. Era cierto; todo les robaban. Al padre la fortuna, á la madre su moribunda hija, á ésta un esposo esperado hacía diez años. Ante aquella familia condenada, Dionisia, cuyo corazon se anegaba de piedad, temió ser mala. ¿No iba á poner su mano en la máquina que aplastaba á la pobre gente? Pero se sentia arrastrada, y no creia ser malvada por ello.

—¡Bah!—dijo Baudu para darse valor—no nos hemos muerto todavía. Por un cliente ménos vendrán diez nuevos. Oye, Dionisia, tengo ahí sesenta mil francos, que no dejan dormir á tu Mouret... ¡Á ver vosotros si dejais esa facha de desventurados!

Pero no pudo consolarles, y hasta él mismo estaba consternado. Todos miraban al monstruo ensimismados, llenos de dolor. Acababan las obras y se quitaban los andamios, descubriendo la fachada del colosal edificio rasgada por claras ventanas. Á lo largo de la acera se alineaban ocho coches que los mozos cargaban uno despues de otro, ante la oficina de expediciones. Á la luz del sol que llenaba la calle, brillaban las verdes cajas de los carruajes, enviando reflejos hasta el fondo de *El Viejo Elbœuf*. Los cocheros, vestidos de negro correctamente, sujetaban los tiros de soberbias guarniciones. Cuando se llenaba un carruaje rodaba sonoramente sobre el empedrado, haciendo temblar las vecinas tiendecillas.

Ante aquel desfile triunfal que debian sufrir dos veces al dia, el corazon de los Baudu se oprimió. El padre se volvia loco preguntándose á dónde podia ir aquella inundacion de mercancías, miéntras la madre, sufriendo con las torturas de su hija, seguia mirando sin ver, con los ojos preñados de lágrimas.

IX

El 14 de Marzo, lúnes, *La Dicha de las Damas* inauguraba los nuevos almacenes con la gran exposicion de novedades de verano, que debia durar tres dias. Fuera soplaba aire fresco, y sorprendidos los transeuntes con aquel falso regreso del invierno, pasaban rápidamente, abotonados en sus gabanes. Detras de las cerradas puertas de las tiendas vecinas se veian, adosadas á los cristales, las caras pálidas de los pequeños comerciantes, ocupados en contar los primeros carruajes delante de la nueva puerta de honor de la calle Neuve-Saint-Augustin. Aquella puerta, alta y profunda como pórtico de iglesia, coronada con un grupo, la Industria y el Comercio dándose la mano entre complicados atributos, estaba protegida por una ancha marquesina, cuyos recientes dorados parecian iluminar la calle con un reflejo solar. Á derecha é izquierda la fachada, áun con el brillo del revoque reciente, se extendia dando vueltas á las calles Monsigny y de la Michodière, aislando el edificio, excepto en la calle del Dix-Decembre, en donde construia el *Crédito Inmueble*. En toda la longitud de la casa veian los pequeños comerciantes, por entre los cristales que desde el piso bajo al segundo abrian la casa al sol del Mediodía, el cúmulo de mercancías. Aquel cubo enorme, aquel colosal bazar parecia cubrirles el cielo y entrar por algo en el frio que les hacía estremecer en el fondo de sus helados mostradores.

Desde las seis se hallaba allí Mouret dando órdenes. En el centro, al eje de la puerta de honor, corria una galería de extremo á extremo, flanqueada por otras dos más pequeñas: la galería Monsigny y la de la Michodière. Se habian puesto biombos acristalados formando secciones, y las escaleras de hierro subian desde el piso bajo, y puentes-pasadores del mismo metal iban de uno á otro extremo en ambos pisos. El arquitecto, inteligente y enamorado de los tiempos nuevos, no se habia servido de la piedra más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué mentís? Vedle: no puede contenerse. Yo sé que me le han robado como nos han robado todo.

Fué á sentarse en el escritorio junto á su madre. Ésta habia adivinado sin duda el nuevo golpe recibido por su hija, porque sus ojos fueron de ella á Colomban y de éste á *La Dicha*. Era cierto; todo les robaban. Al padre la fortuna, á la madre su moribunda hija, á ésta un esposo esperado hacía diez años. Ante aquella familia condenada, Dionisia, cuyo corazon se anegaba de piedad, temió ser mala. ¿No iba á poner su mano en la máquina que aplastaba á la pobre gente? Pero se sentia arrastrada, y no creia ser malvada por ello.

—¡Bah!—dijo Baudu para darse valor—no nos hemos muerto todavía. Por un cliente ménos vendrán diez nuevos. Oye, Dionisia, tengo ahí sesenta mil francos, que no dejan dormir á tu Mouret... ¡Á ver vosotros si dejais esa facha de desventurados!

Pero no pudo consolarles, y hasta él mismo estaba consternado. Todos miraban al monstruo ensimismados, llenos de dolor. Acababan las obras y se quitaban los andamios, descubriendo la fachada del colosal edificio rasgada por claras ventanas. Á lo largo de la acera se alineaban ocho coches que los mozos cargaban uno despues de otro, ante la oficina de expediciones. Á la luz del sol que llenaba la calle, brillaban las verdes cajas de los carruajes, enviando reflejos hasta el fondo de *El Viejo Elbœuf*. Los cocheros, vestidos de negro correctamente, sujetaban los tiros de soberbias guarniciones. Cuando se llenaba un carruaje rodaba sonoramente sobre el empedrado, haciendo temblar las vecinas tiendecillas.

Ante aquel desfile triunfal que debian sufrir dos veces al dia, el corazon de los Baudu se oprimió. El padre se volvia loco preguntándose á dónde podia ir aquella inundacion de mercancías, miéntras la madre, sufriendo con las torturas de su hija, seguia mirando sin ver, con los ojos preñados de lágrimas.

IX

El 14 de Marzo, lúnes, *La Dicha de las Damas* inauguraba los nuevos almacenes con la gran exposicion de novedades de verano, que debia durar tres dias. Fuera soplaba aire fresco, y sorprendidos los transeuntes con aquel falso regreso del invierno, pasaban rápidamente, abotonados en sus gabanes. Detras de las cerradas puertas de las tiendas vecinas se veian, adosadas á los cristales, las caras pálidas de los pequeños comerciantes, ocupados en contar los primeros carruajes delante de la nueva puerta de honor de la calle Neuve-Saint-Augustin. Aquella puerta, alta y profunda como pórtico de iglesia, coronada con un grupo, la Industria y el Comercio dándose la mano entre complicados atributos, estaba protegida por una ancha marquesina, cuyos recientes dorados parecian iluminar la calle con un reflejo solar. Á derecha é izquierda la fachada, áun con el brillo del revoque reciente, se extendia dando vueltas á las calles Monsigny y de la Michodière, aislando el edificio, excepto en la calle del Dix-Decembre, en donde construia el *Crédito Inmueble*. En toda la longitud de la casa veian los pequeños comerciantes, por entre los cristales que desde el piso bajo al segundo abrian la casa al sol del Mediodía, el cúmulo de mercancías. Aquel cubo enorme, aquel colosal bazar parecia cubrirles el cielo y entrar por algo en el frio que les hacía estremecer en el fondo de sus helados mostradores.

Desde las seis se hallaba allí Mouret dando órdenes. En el centro, al eje de la puerta de honor, corria una galería de extremo á extremo, flanqueada por otras dos más pequeñas: la galería Monsigny y la de la Michodière. Se habian puesto biombos acristalados formando secciones, y las escaleras de hierro subian desde el piso bajo, y puentes-pasadores del mismo metal iban de uno á otro extremo en ambos pisos. El arquitecto, inteligente y enamorado de los tiempos nuevos, no se habia servido de la piedra más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que para los pisos y los soportes angulares, montando la armazon de hierro y fiando á las columnas el sostenimiento de vigas y viguetas. Las bovedillas de los pisos y los tabiques interiores eran de ladrillo. Por todas partes habia ancho espacio; el aire y la luz entraban libremente, y el público circulaba á su gusto. Era como la catedral del comercio moderno, sólida y ligera, hecha para un pueblo de compradores. Abajo, en la galería central, cerca de la puerta, estaban las corbatas, los guantes y la seda; la galería Monsigny estaba ocupada por la lencería y los algodones, y la de la Michodière por la mercería, la pañería y las lanas. En el piso principal estaban las confecciones, la ropa blanca, los chales, los encajes y nuevas secciones; en el segundo estaban relegadas la ropa de cama, las alfombras, las telas de tapicería, todos los artículos de pesado manejo. En aquel momento el número de secciones era de treinta y nueve, servidas por mil doscientos empleados y doscientas mujeres. Un pequeño mundo que bullia bajo las altas naves metálicas.

La única pasion de Mouret era la de vencer á la mujer. La queria reina en su casa, pero habia levantado aquel templo para tenerla allí á merced suya. Aquélla era toda su táctica; agobiarla con cuidados galantes y traficar con sus deseos excitando su fiebre. Noche y dia se rompia la cabeza en busca de nuevos atractivos. Deseando evitar la subida de los dos pisos á las señoras delicadas, habia instalado dos ascensores forrados de terciopelo. Abrió un *buffet*, en donde daba grátis refrescos y bizcochos, y un salon de lectura, galería monumental adornada lujosamente, en la que aventuró una exposicion de cuadros. Pero su idea primordial era, en la mujer sencilla, conquistar al hijo para llegar á la madre. No perdia ninguna fuerza, especulando con todos los sentimientos y abriendo secciones para niñas, deteniendo á las mamás al paso y ofreciendo á aquéllas estampas y globitos. Era un golpe de genio aquel regalo de los globos de fino cauotchouc á cada compradora, y que sujetos al extremo de un hilo, con el nombre del almacen en letras gruesas, se paseaban por las calles sirviendo de viviente reclamo.

Su gran fuerza era, sobre todo, el *reclamo*. Mouret llegó á gastar trescientos mil francos anuales en catálogos, anuncios y carteles. Para su venta de novedades de verano habia tirado doscientos mil catálogos, cincuenta mil de ellos en todos los idiomas, para el extranjero. Al presente los ilustraba con grabados y muestras pegadas en las páginas. Era una inundacion de muestras: *La Dicha de las Damas* se metia por los ojos de todo el mundo; tapaba las paredes, los periódicos y hasta los telones de los teatros. Decia que la mujer es débil ante el reclamo y que acaba por ser distraida por el ruido. La tendia los lazos mejor combinados, analizándola como gran moralista. Habia descubierto que la mujer no resiste á la baratura, y que compra sin necesidad cuando cree hacer un buen negocio; y tomando por base esta observacion, aplicaba su sistema de disminuir el precio, bajándolo en artículos no vendidos y vendiéndolos con pérdida, fiel al principio de la contínua renovacion de mercancías. Penetró más aún en el corazon de la mujer é imaginó las *devoluciones*, obra maestra de seduccion jesuítica.

—Llevad lo que querais, y devolvednos el género si no os gusta.

Y la mujer que resistia encontraba en aquello una excusa y la posibilidad de volver sobre una locura, llevándose el género con la conciencia satisfecha. Las devoluciones y las bajas de precio entraban en el organismo clásico del nuevo comercio.

Donde Mouret se revelaba como dueño sin rival era en el arreglo interior de *La Dicha de las Damas*. Era de rigor que ni un rincon de los almacenes estuviese desierto; queria gente y animacion por todas partes, porque la vida llama á la vida, segun decia.

De esta ley sacaba multitud de aplicaciones. La primera, que debia haber apreturas para entrar, y llegaba á esto colocando en la puerta cajas y *corbeilles* llenas de artículos inferiorísimos, haciendo que la gentecilla se agolpase y obstruyese la entrada, é hiciese creer que los almacenes bullian de gente, cuando todos estaban medio llenos. Disimulaba las secciones que holgaban, como los chales en verano y los percales en invierno, rodeándolas de secciones de mucha venta y metiéndolas entre el bullicio. Él imaginó llevar al piso segundo las secciones de alfombras y muebles, en cuyos mostradores eran más raros los compradores, y que abajo hubieran sido como claros vacíos y fríos. Si hubiese podido hubiese hecho pasar la calle á traves de su casa.

Precisamente se hallaba Mouret en momentos de inspiracion. El sábado por la noche, al dar un vistazo á los preparativos de la gran venta del lúnes, de que se ocupaba hacía un mes, se convenció de que la distribucion de las secciones era deficiente. Que-

ria una distribucion de absoluta lógica: á un lado los tejidos, al otro los objetos confeccionados, órden inteligente que permitiria al comprador dirigirse solo, poniéndole todo al alcance de la mano. Habia soñado con esto en otro tiempo en la estrecha tienda de la señora Hedouin, y se sentia vacilar el dia que lo realizaba, cuando exclamó bruscamente:

— Hay que revolver todo esto.

Desde hacía cuarenta y ocho horas se trasladaba parte de los almacenes. La dependencia pasó dos noches y todo el domingo en medio de un desórden espantoso, azorada, molida. El lúnes por la mañana, una hora ántes de abrir, no estaban aún colocados los géneros. El principal estaba loco seguramente; nadie comprendia aquello: era una consternacion general.

— ¡Vamos, despachemos! — gritaba Mouret con la tranquila seguridad de su genio. — Hay que llevar arriba estas ropas hechas... ¿Está instalado el Japon en el descansillo central? ¡Un esfuerzo más, hijos mios, y veréis en seguida qué venta!

Bourdoncle estaba tambien allí desde la madrugada. Comprendia ménos que nadie y seguia con la mirada inquieta al principal. No se atrevia á preguntarle, sabiendo de qué modo sería recibido en aquel momento crítico, y se decidió á decir tímidamente:

— ¿Para qué necesitais revolverlo todo la víspera de nuestra exposicion?

Mouret se encogió de hombros sin contestar; pero ante la insistencia del otro, estalló:

— ¿Quereis que las compradoras se agolpen en un solo rincon? ¡Buena idea de geómetra tuve ántes! ¿No comprendeis que localizo el gentío? Entra una mujer, va á donde quiere pasando de la camisa al vestido y del vestido al abrigo, y se va sin haberse extraviado... Ni una dejará de ver nuestros almacenes.

— Pero — insistió Bourdoncle — una vez revuelto todo y esparcido á los cuatro vientos, van á gastar los dependientes las piernas llevando á las compradoras de seccion en seccion.

— En esto me fundo — contestó Mouret con gesto soberbio.— Son jóvenes y eso les hará crecer. Tanto mejor si se pasean; parecerán más y aumentarán la concurrencia.

Se rió y explicó su pensamiento en voz baja:

— Escuchad, Bourdoncle, y veréis los resultados. Primero: el vaiven continuo de compradores les dispersa un tanto y les hace perder la cabeza; segundo: como hay que llevarles de un lado para otro, si en uno compran la tela y en otro el forro, estos viajes aumentarán para ellos el espacio del almacen; tercero: atraviesan secciones en que no hubieran puesto los piés, y les salen al paso las tentaciones y sucumben; cuarto...

Bourdoncle se rió con él. Encantado Mouret se detuvo para decir á los mozos:

— ¡Muy bien, amigos mios! Ahora un buen barrido y todo estará concluido.

Al volverse vió á Dionisia; estaban delante de la seccion de confecciones, á la que habian llegado al hacer subir los trajes hechos al piso segundo, al lado opuesto del almacen. Dionisia, que habia bajado la primera, abria ojos tamaños, extraviada por el nuevo arreglo.

— ¿Qué ocurre? — dijo. — ¿Hay mudanza?

Su sorpresa pareció divertir á Mouret, que se moria por los golpes teatrales. Desde primeros de Febrero habia vuelto Dionisia á *La Dicha*, donde encontró al personal cortés y casi respetuoso. La señora Aurelia estaba, sobre todos, benévola; Margarita y Clara parecian resignadas, y hasta habia cambiado el padre Jouve, que doblaba el espinazo con aire cortado, como deseoso de borrar el feo recuerdo de otro tiempo. Habia bastado una palabra de Mouret para que todas cuchicheasen siguiéndola con la vista. En medio de la general amabilidad la herian un poco la singular tristeza de Deloche y las sonrisas inexplicables de Paulina.

Mouret la miró con su alegre aire de siempre.

— ¿Qué buscais, señorita? — preguntó.

Dionisia no le habia visto y se ruborizó ligeramente. Desde su vuelta habia recibido de él pruebas de bondad que la conmovian mucho. Sin que ella supiese con qué objeto, la contó Paulina al menudeo los amores del principal y de Clara, dónde la veia y cuánto la daba, y añadió que tenía otra querida, aquella señora Desforges, bien conocida del almacen todo. Estas historias alteraban algo á Dionisia, y delante de él sentia los temores de otros tiempos, un malestar en que su gratitud luchaba con su enfado.

— Esta es toda una mudanza — murmuró.

Mouret se aproximó y la dijo en voz baja:

— Esta noche, despues de la venta, servios pasar á mi despacho. Deseo hablaros.

Ella inclinó la cabeza turbada y sin decir nada. Entró en la seccion cuando llegaban las demas oficialas. Bourdoncle habia

oido á Mouret y le miró sonriendo, diciéndole al verse solos:

—¿Todavía? Desconfiad: eso acabará por algo serio.

Mouret se defendió vivamente, ocultando su emocion bajo un aire de sencillez.

—Dejadlo correr: es un juego. ¡La mujer que me enganche no ha nacido, querido!

Se abrian los almacenes y corrió á dar una ojeada final. Bourdoncle movió la cabeza; aquella Dionisia sencilla y dulce empezaba á inquietarle. Habia vencido una vez despidiéndola. Pero reaparecia y la sentia volver tan fuerte que la consideró adversaria formidable, y decidió esperar su hora, si debia llegar.

Mouret, á quien se unió, gritaba abajo en la seccion de San Agustin, frente á la puerta de entrada:

—¿Es que no se hace caso de lo que yo digo? ¡He dicho que las sombrillas azules á sus cajas! ¡Quitadme esto en seguida!

No queria oir nada, y buen número de mozos tuvo que variar la exposicion de sombrillas. Viendo llegar á los compradores hizo cerrar las puertas, diciendo que no se abrian miéntras no viese hecho lo que mandaba. Aquello truncaba su pensamiento. Los arregladores de escaparates, Hutin, Mignot y otros, fueron á ver, pero afectaron no comprender lo que no pertenecia á su escuela.

Al fin se abrieron las puertas y entró la gente. Á primera hora, y ántes de llenarse los almacenes, se produjeron tales apreturas en el vestíbulo que fué precisa la intervencion de los agentes de la autoridad para restablecer la circulacion en las aceras. Mouret habia calculado bien: un apretado gentío de poco más ó ménos asaltaba las gangas, los retales y el género barato, que llegaba hasta la calle. Con las manos en el aire tocaban los colgajos de la puerta: un *calicot* á siete sueldos, y un orleans á treinta y ocho céntimos que hacia estragos en los bolsillos pobres. Habia febril movimiento en torno de las cajas y las *corbeilles*, en donde los artículos con rebaja, los encajes á diez céntimos, las cintas á cinco sueldos, las ligas á tres, los guantes hilo de Escocia, camisas, cuellos, corbatas, calcetines y medias de algodon, desaparecian como tragados por la multitud. Los dependientes que vendian en plena calle no eran bastantes, á pesar del frio que hacía. Una mujer gruesa chilló, y dos muchachas estuvieron á punto de ser aplastadas.

Durante la mañana aumentó la afluencia. Á la una se estableció cola y se obstruyó la calle como en tiempos de motin. La señora de Boves y su hija Blanca estaban dudando en la acera, cuando fueron abordadas por la señora de Marty, acompañada de su hija Valentina.

—¡Cuánta gente!—dijo la primera—se matan ahí dentro. No pensaba venir; estaba en cama y me levanté para tomar un poco el aire.

—Como yo—dijo la otra.—Prometí á mi marido ir á ver á su hermana, en Montmartre, y al pasar me acordé de que necesito una pieza de cordoncillo, y tanto da comprarlo aquí como en otra parte. No pienso gastar nada más, porque no necesito nada.

Sin embargo, sus ojos se clavaban en la puerta, y se sentian como arrastradas por el gentío.

—No, yo no entro, tengo miedo—murmuró la de Boves.—Vámonos, Blanca, nos van á atropellar.

Pero su voz era falsa, y cedia al deseo de entrar donde entraban todos. La de Marty se dejó ir tambien, repitiendo:

—Coge mi vestido, Valentina... ¡No he visto cosa como ésta! Parece que nos llevan, conque ¡qué será dentro!

Cogidas por la corriente no podian retroceder. Como los rios atraen hácia ellos las aguas errantes del valle, parecia que la ola de compradores que corria en el vestíbulo sorbia á los transeuntes de la calle, aspirando la poblacion de los cuatro extremos de París. Avanzaban lentamente, oprimidas y sin aliento, sostenida por las espaldas y los vientres, cuyo blando calor sentian. Su deseo satisfecho gozaba con aquella penosa llegada que espoleaba su curiosidad. Era aquello una mezcolanza de señoras vestidas de seda, mujeres del pueblo con modestos trajes, y niñas con el pelo suelto, todas con igual fiebre. Algunos hombres metidos allí echaban inquietas miradas en derredor. Una nodriza levantaba en alto su rorro, que reia. Una mujer gorda se encolerizaba, estallando en palabrotas, acusando á una vecina de empujarla demasiado.

—Me parece que se va á quedar aquí mi falda—repetia la señora de Boves.

La de Marty, con la cara roja por el frio, se alzaba para ver la perspectiva del almacen por cima de las cabezas. Las pupilas de sus ojos grises se achicaban como las de un gato ante la luz, y parecia no ver nada su mirada, nublada como la de persona que se despierta.

—¡Ah, por fin!—dijo, dando un suspiro.

Habian entrado. Estaban en la seccion Saint-Augustin, y fué grande su sorpresa al verla casi desierta. Pero sintieron grato bienestar como si entrasen en la primavera desde el invierno de la calle. Miéntras fuera soplaba el viento helado, la buena estacion templaba el interior de *La Dicha*, con las telas ligeras, el florido brillo de los tiernos matices y la alegría campestre de las modas de verano y las sombrillas.

—¡Mirad!—decia la de Boves, inmóvil y con la vista fija.

Era la exposicion de sombrillas, que cubria la seccion de abajo á arriba. Al rededor de las cimbras de los pisos superiores dibujaban festones y caian en guirnaldas por las esbeltas columnas; á lo largo de la galería, y hasta sobre las escaleras se apretaban en filas; por doquiera se veian arregladas simétricamente, cubriendo las paredes de rojo, verde y amarillo, pareciendo grandes linternas venecianas encendidas para una fiesta colosal. En los ángulos se veian estrellas formadas por sombrillas de á treinta y nuevo sueldos, cuyos colores claros, azul pálido, blanco crema, brillaban suavemente, miéntras abajo se encendian con reflejos de incendio los quitasoles japoneses, que llevaban grullas pintadas en oro sobre cielo color de púrpura.

La señora Marty buscaba una frase que demostrára su gozo, y sólo halló esta exclamacion:

—¡Parece un cuento de hadas!

—El cordoncillo está en la mercería—continuó, tratando de orientarse—compro mi cordon y me voy.

—Os acompaño—dijo la de Boves.—Blanca, atravesarémos el almacen y nada más.

Pero se habian extraviado. Volvieron á la derecha; pero como la mercería se habia trasladado, se encontraron en la seccion de pieles sueltas. Hacia calor en las galerías, un calor de estufa, cargado del olor de las telas, en el que se ahogaba la gente. Volvieron delante de la puerta, en la que se formaba una corriente de salida, todo un desfile interminable de mujeres y niños, sobre el que flotaban nubes de globitos rojos. Se habian preparado cuarenta mil de éstos, y mozos especialmente encargados de distribuirlos. Al ver aquello hubiera podido decirse que eran enormes bolas de jabon que reflejaban el incendio de las sombrillas. Todo el almacen estaba iluminado.

—Esto es un mundo en pequeño—declaró la señora de Boves;—no sabe una ni dónde está.

Aquellas señoras no podian permanecer en el remolino de la puerta con el vaiven de la entrada y salida. Felizmente fué en su socorro el inspector Jouve; estaba en el vestíbulo, grave, atento, examinando á cada mujer al paso. Encargado especialmente de la policía interior, olfateaba á las ladronas, y seguia á las mujeres gruesas, cuyos ojos febriles le inquietaban.

—¿La mercería?—dijo cortésmente.—Volved á la derecha, allá abajo, detras del punto de algodon.

La señora de Boves dió las gracias. Pero la de Marty no vió cerca de ella á su hija Valentina, y ya se apuraba, cuando la apercibió léjos, al extremo de la seccion Saint-Augustin, profundamente absorta ante una subasta de corbatas de señora á diez y nueve sueldos. Mouret estableció la subasta, ofreciendo los artículos en voz alta, y atrayendo y desbalijando al comprador, porque usaba de todos los reclamos y se burlaba de la discrecion de algunos colegas, que opinaban que las mercancías debian venderse por sí mismas. Tenia dependientes especiales, parisienses haraganes y habladores, y así daba salida á considerables cantidades de géneros ínfimos.

—Mira estas corbatas—murmuró Valentina;—tienen un pájaro bordado en el extremo.

El dependiente juraba que el género era pura seda, que el fabricante estaba en quiebra, y que jamas se veria ocasion semejante.

—¡Diez y nueve sueldos!—decia la señora de Marty, tan encantada como su hija.—¡Bah! podemos tomar dos; no serémos más pobres por eso.

La de Boves estaba desdeñosa. Detestaba la subasta y no iba nunca á un dependiente que la llamase. La de Marty no la comprendia: ella gustaba de que se luchase con la pública oferta, gozando en sobarlo todo y perder el tiempo en palabras inútiles.

—Ahora, en seguida, al cordoncillo. No quiero ver nada más.

Pero al atravesar los *foulards* y la guantería, desfalleció nuevamente. Habia allí, bajo la luz difusa, un escaparate de coloracion viva y alegre, de un efecto encantador. Los mostradores, simétricamente alineados, parecian platabandas que convertian la seccion en un jardin frances, en que sonreia la tierna gama de las flores. Sobre ellas, y en cajas abiertas y demasiado llenas, enseñaban los *foulards* el rojo vivo del geraneo, el blanco lechoso de las petunias, el amarillo oro de las crysantemas y el azul celeste de las verbenas; más arriba, sobre pasaderas de cobre, se alzaba

otra florescencia; fichús tendidos, cintas desarrolladas, brillante cordon se prolongaba subiendo por las columnas, y multiplicándose en los espejos. Pero lo que atraia gente en la guantería era un *châlet* suizo, hecho todo con guantes, obra maestra de Mignot, que habia empleado dos dias en ella. El piso bajo estaba hecho de guantes negros: luégo venian los guantes pajizos, reseda, sangre de toro, distribuidos en los adornos, guarneciendo las ventanas, indicando los balcones y reemplazando á las tejas.

—¿Qué desea la señora?—preguntó Mignot, viendo á la de Marty delante del *châlet*.—Aquí teneis guantes Suecia á un franco setenta y cinco, de primera calidad...

Llamaba á las que pasaban desde el fondo de su mostrador, importunándolas con su cortesanía. La señora Marty rehusó con la cabeza, y él continuó:

—Guantes del Tirol á un franco veinticinco; guantes de Turin, bordados en todos los colores.

—Gracias, no necesito nada—dijo la señora de Marty.

Pero su voz se ablandaba; él la atacó más rudamente, poniendo ante su vista guantes bordados. Se rindió y compró un par, y como la de Boves la mirase sonriendo, se puso encarnada.

—¡Qué niña soy! ¿verdad? Si no me doy prisa y compro mi cordon, estoy perdida.

Por desgracia, habia en la mercería tanta gente, que no pudo hacer que la despacháran. Ya empezaban á enfadarse, cuando el encuentro de la señora Bourdelais y sus tres niños las entretuvo. Ésta decia con su aire de mujer práctica que habia querido enseñar aquello á sus niños. Magdalena tenía diez años, ocho Edmundo y cuatro Luciana. Reian de encanto. Su madre les habia prometido aquel paseo hacía tiempo.

—Voy á comprar una sombrilla encarnada—dijo de pronto la de Marty, que se impacientaba de estar allí sin hacer nada.

Escogió una de catorce francos cincuenta. La señora de Bourdelais siguió la compra con la vista y la dijo amistosamente:

—Haceis mal en daros prisa; dentro de quince dias lo hubierais tenido por doce francos. No me cogerán á mí...

Explicó su teoría de buena compradora. Puesto que los almacenes bajan los precios, no hay más que esperar. No queria ser explotada por ellos: ella era la que aprovechaba las verdaderas gangas, y luchaba con su malicia, alabándose de no haberles dado nunca un sueldo de ganancia.

—He prometido á mi gente menuda—dijo—enseñarles las estampas, allá arriba, en el salon. Venid commigo; hay tiempo.

Se olvidó el cordon y la de Marty accedió, miéntras la de Boves rehusaba, prefiriendo dar la vuelta al piso bajo, aunque quedaron en encontrarse arriba. La de Bourdelais buscaba una escalera, cuando apercibió uno de los ascensores, y colocó á los niños para completar la partida. La señora Marty y su hija entraron tambien en la estrecha caja; iban apretados, pero las banquetas de terciopelo y los espejos las distrajeron, y llegaron arriba sin haber sentido el suave rodar del mecanismo. Otro regalo les aguardaba arriba. Al pasar delante del *buffet* no pudo ménos que convidar la de Bourdelais á sus pequeños. Era el *buffet* un saloncito cuadrado, con un mostrador á cuyos dos extremos dos fuentes plateadas dejaban caer delgados hilos de agua. En los aparadores se alineaban las botellas. Tres mozos limpiaban y llenaban los vasos. Para contener á los compradores hubo que establecer cola como en los teatros, con ayuda de una pequeña barrera forrada de terciopelo. La gente se estrujaba, y muchos se volvian malévolos ante aquellas golosinas gratuitas, perdiendo todo escrúpulo.

—¿Dónde están esas señoras?—dijo la de Bourdelais cuando hubo limpiado á su gente con el pañuelo.

Percibió á la señora de Marty y Valentina en el fondo lejano de otra galería. Las dos, ante una exposicion de camisas, compraban. La madre y la hija desaparecian, en la fiebre de comprar.

Cuando llegó por fin al salon de lectura y escritura, la señora Bourdelais instaló á Magdalena, Luciana y Edmundo ante la mesa, y les llevó álbums de fotografías de un armario. El techo de la larga sala estaba cargado de oro; en los extremos habia dos chimeneas monumentales; medianos cuadros con ricos marcos cubrian las paredes, y en los bancos de las crujías que daban á los almacenes se alzaban plantas en tiestos de mayólica. El público rodeaba silencioso la mesa cargada de revistas y periódicos, tinteros y cartapacios. Las señoras se quitaban los guantes y escribian cartas en papel con la cifra de la casa que borraban de una plumada; algunos caballeros, recostados en las butacas, leian los periódicos. Otras muchas personas estaban allí sin hacer nada: maridos que esperaban á sus mujeres entretenidas en las secciones; mujeres jóvenes esperando la llegada de un amante; parientes viejos dejados allí como en un guardaropa para tomarlos á la salida. Y toda esta gente miraba por las crujías al fondo de los

almacenes, cuyo rumor subia y se confundia con el rasguear de las plumas y el frotar de los periódicos.

—¡Cómo! ¿estais aquí? —dijo la señora de Bourdelais; —no os habia conocido.

Era la señora de Guibal, que cerca de los niños desaparecia entre las páginas de una revista. Pareció contrariada por el encuentro; pero se repuso, y dijo que habia subido para descansar un poco y sustraerse á las apreturas. Preguntó la de Bourdelais si habia venido á hacer compras, y ella contestó con su aire lánguido, apagando la egoista aspereza de su mirada:

—Al contrario; he venido á devolver unas enaguas y unos portiers que no me gustan. Pero hay tanta gente, que he decidido esperar á que se desahoguen un poco las secciones.

Habló y dijo que era muy cómodo aquel sistema de las devoluciones; ántes no compraba nada, y ahora lo hacia más á menudo. Devolvia cuatro objetos de cada cinco y empezaba á ser conocida en todos los mostradores, devolviendo uno á uno los géneros despues de guardarlos muchos dias. Al hablar no quitaba ojo de la puerta del salon, y pareció satisfecha cuando la de Bourdelais se distrajo explicando á sus niños las fotografias. En aquel instante entraron el señor de Boves y Pablo Vallagnosc. El Conde, que afectaba enseñar al jóven los nuevos almacenes, cambió una rápida mirada con ella, que se sumió en su lectura como si no le hubiese visto.

—¡Pablo! —dijo una voz detrás de ellos.

Era Mouret que vigilaba los distintos servicios. Se tendieron las manos y preguntó:

—¿Me ha hecho el honor de venir la señora de Boves?

—No—respondió el Conde—y con gran disgusto suyo. Está enferma—aunque no es cosa de cuidado.

De pronto hizo que veia á la señora de Guibal, y se aproximó á ella sombrero en mano, miéntras los otros la saludaban de lejos. Ella fingió tambien sorprenderse. Pablo sonrió; habia comprendido al fin, y contó á Mouret que habiendo encontrado al Conde en la calle Richelieu, no pudo aquél evitarle y tomó el partido de llevarle á *La Dicha*, diciendo que era indispensable ver aquello. Desde hacia un año sacaba aquella señora todo el jugo que podia del Conde, no escribiéndole jamas y dándole citas en sitios públicos como museos, iglesias y almacenes, para verse.

—Creo que á cada cita cambian de cuarto de fonda—murmuró

el jóven.—Ultimamente, y girando visita de inspeccion, escribia á su mujer desde Blois, Libourne y Tarbes, y estoy seguro de haberle visto entrar en una casa de Batignolles... Mírale; está guapo delante de ella, con su correcto aire de funcionario. ¡La vieja Francia, amigo mio, la vieja Francia!

—¿Y tu boda? ¿sigue eso?—preguntó Mouret.

Pablo contestó, sin dejar de mirar al Conde, que seguian esperando la muerte de la tia. Y añadió con aire triunfal:

—¿Le has visto? Se ha bajado á ella y la ha dado una cita. Ella acepta con la mejor cara del mundo: es una mujer terrible con esos aires inocentes... Buenas cosas pasan en tu casa...

—¡Oh!—dijo sonriendo Mouret—esas señoras están aquí en su casa, no en la mia.

Tomó la palabra y dijo que el amor, como las golondrinas, llevan la alegria á las casas. Las jóvenes que frecuentan los mostradores y las mujeres que por casualidad encuentran allí un amigo hacen bulto y dan animacion á los almacenes aunque nada compren. Hablando, hablando, llevó á su antiguo amigo al extremo del salon, frente á la gran galería central, desde donde se descubrian las sucesivas secciones. Detrás de ellos seguia el salon en su sosiego, sus ruidos de plumas nerviosas y periódicos arrugados. Un señor anciano se habia dormido sobre el *Monitor*. El señor de Boves miraba los cuadros con la intencion de perderse de su futuro yerno. En medio de aquella calma, la señora de Bourdelais distraia á sus niños como en país conquistado.

—Ya las ves, están en su casa—repetia Mouret, enseñando con un gesto las muchas mujeres que pululaban en las secciones.

La señora Desforges, que casi habia dejado su abrigo entre el gentío, entró al fin y atravesó la primera seccion. Llegada á la gran galería levantó la cabeza. La gran galería era como la nave de una estacion, rodeada por el balconaje de los dos pisos, cortada por escaleras y atravesada por puentes-pasaderas. Las escaleras de hierro, de doble revolucion, desplegaban sus atrevidas curvas multiplicando los peldaños, rectas y como suspendidas en el vacío. Todo el hierro formaba bajo la luz de las claraboyas una arquitectura ligera, complicado encaje que la luz atravesaba, realizacion moderna de un palacio soñado, de una Babel formada por pisos y salones. El hierro reinaba por todas partes: el jóven arquitecto fué escrupuloso hasta el punto de no ocultarlo imitando la piedra ó la madera. Abajo, para no perjudicar á los géneros, el

decorado era sobrio, compuesto de trozos unidos de matices neutros; á medida que el armazon metálico subia, los capiteles de las columnas eran más ricos, las cornisas formaban medallones, los soportes estaban cargados de esculturas. En la parte superior, por fin, las pinturas resaltaban vivamente, el verde y rojo entre un exceso, una verdadera inundacion de oro, hasta el punto de que las vidrieras estaban esmaltadas en aquel color. Bajo las galerías cubiertas, los salientes de las vigas estaban asimismo esmaltados en vivos colores. Mosaicos y porcelanas entraban en el decorado, alegraban los frisos é iluminaban con sus notas frescas la severidad del conjunto, miéntras que las escaleras con los escalones de rojo terciopelo, sujetos con barras de hierro pulimentado, brillaban como el acero de una armadura.

Ya conocia la señora Desforges la nueva instalacion, y sólo se detuvo como suspensa por la ardiente vida que animaba la inmensa nave. Abajo, en torno suyo, seguia el oleaje de la muchedumbre, cuyas corrientes de entrada y salida se dejaban sentir hasta las secciones de la sedería, muchedumbre muy heterogénea, en la que junto á la gran dama se codeaba la mujer del pueblo, mujeres de luto con grandes velos y nodrizas que protegian á sus muñecos con los codos. Y esta corriente de variados sombreros, cabellos al aire, rubios ó negros, rodaba de uno á otro lado de la galería, oscurecida por el brillante estallido de colores de las telas. La señora Desforges sólo veia por doquiera las grandes notas de precios, cuyas cifras se destacaban sobre las indianas brillantes, las sedas lisas y las lanas oscuras. Pilas de cintería coronaban las cabeceras; promontorios de franelas, tras de las que se veian otros mares de telas; los espejos que alargaban el almacen hasta el infinito reflejando los escaparates y parte del público; trozos de rostros, mitades de espaldas y brazos, miéntras á derecha é izquierda, en las galerías laterales, se distinguia la nevada ropa blanca, las profundidades de los géneros de punto... lejanías perdidas alumbradas por un rayo de luz de una crujía acristalada, y en las que la gente era como polvo humano. Al levantar la cabeza la señora Desforges vió, en las escaleras, sobre los pasadizos, en las rampas de cada piso, una ascension contínua, toda una poblacion aérea viajando en los huecos de la enorme armazon metálica, y dibujándose oscura sobre el fondo difuso de los cristales esmerilados. Del techo bajaban grandes arañas doradas; un alfombrado de tapices, sedas bordadas y telas brochadas en oro caia sobre las balaustradas en cascadas brillantes; de uno á otro lado vuelos de encaje, palpitaciones de muselinas, trofeos de sederías, apoteósis de maniquíes medio vestidos, y sobre toda esta confusion, como suspendida arriba, la seccion de ajuares de cama con sus catres de hierro provistos de colchones y sábanas, como un dormitorio de pensionistas que durmiesen entre el pisar de los compradores, más raros á medida que las secciones subian.

—¿Desea la señora ligas baratas?—dijo un dependiente á la de Desforges al verla inmóvil.—Todo seda, á veintinueve sueldos.

No se dignó responder. Á su alrededor hervian las subastas, y quiso orientarse. La caja de Alberto Lhomme estaba á su derecha. Éste la conocia de vista y se permitió una amable sonrisa, sin mostrarse apurado entre la ola de facturas que le asediaban, miéntras detras de él no se bastaba para empaquetar el género. La señora Desforges reconoció dónde estaba: debia ser frente á las sederías, pero necesitó diez minutos para llegar á ellas. En el aire, y al extremo de sus hilos invisibles, se multiplicaban los globitos rojos, se reunian en nubes purpúreas y corrian á las puertas, distribuyéndose por París, y besaba á los niños que los llevaban con el hilo arrollado en las manitas.

—¡Cómo! ¿os habeis atrevido á venir?—dijo Bouthemout al ver á la señora Desforges.

Al presente, el jefe de oficinas, presentado por Mouret en su casa, iba frecuentemente á tomar té. Le hallaba ordinario, pero amable, con ese humor sanguíneo que divierte y sorprende. Ademas, la antevíspera la contó los amores de Mouret y Clara, sin cálculo, por torpeza de zafio amigo de broma, y celosa, ocultando su herida con aire desdeñoso, venía á conocer á aquella jóven señorita de mostrador que dijo él sin nombrarla.

—¿Quereis algo de nosotros?—repitió.

—Claro que sí; si no, no hubiera venido... ¿Teneis *foulard* para batas de mañana?

Esperaba saber de él el nombre de aquella señorita, picada del deseo de verla. Llamó á Favier, que se puso á hablar con ella, esperando que el dependiente acabase de servir á una compradora, precisamente la *hermosa dama*, la mujer rubia de quien la seccion hablaba tanto, sin conocer su vida ni su nombre. Esta vez iba de luto riguroso. ¿Se habia muerto su padre ó su madre? Su padre no, sin duda, porque estaria más triste. No era una *cocotte*: habia tenido un verdadero marido... Á ménos que llevase luto por su

madre. Durante algunos minutos, y á pesar de las prisas, la seccion hirvió en conjeturas.

— ¡Despachaos: esto es insoportable! — dijo Hutin á Favier, que acababa de llevar á su parroquiana á la caja. — Cuando está ahí esa señora no acabais... y ella se burla de vos.

— No tanto como yo de ella — respondió picado el dependiente.

Hutin le amenazó con denunciarle á la Direccion si no respetaba más á la clientela. Se habia vuelto terrible desde que la seccion se unió para que obtuviese la plaza de Robineau. Se mostraba tan insoportable despues de las promesas de compañerismo con que ántes agasajaba á sus colegas, que éstos, despechados, sostenian á Favier en contra suya.

— ¡No repliqueis! — repuso Hutin con sequedad;—señor Bouthemout, dadme *foulard* del dibujo más claro.

En medio de la seccion se veia una exposicion de sederías de verano, que la alegraban con luz como de aurora, como el orto de un astro que emitiese los matices de luz más delicados, rosa pálido, amarillo suave, azul límpido... toda la delicada gama del arco iris. Allí habia *foulards* finos como nieblas, *surahs* más ligeros que el plumon retenido en el árbol, y *pekines* satinados como la piel suave de las vírgenes chinas. Habia, ademas, pañuelos de espumilla, sin contar nuestras sedas ligeras á pequeñas listas sembradas de flores: todos los dibujos de la fantasía que hacian soñar á las mujeres en paseos matinales durante las hermosas mañanas de Mayo bajo las grandes árboles de un parque.

— Tomaré este Luis XIV á ramitos — dijo al fin la señora Desforges.

Y miéntras medía Favier, hizo una última tentativa sobre Bouthemout, que estaba cerca.

— Voy á subir á las confecciones á ver si hay abrigos de viaje... ¿Es rubia la señorita de vuestra historia?

El jefe de seccion empezaba á inquietarse con su curiosidad, y se limitó á sonreir. En aquel instante pasaba Dionisia. Venía de conducir hasta Lienard, seccion de los merinos, á la señora Boutarel, aquella provinciana que iba á París dos veces al año y dejaba en *La Dicha de las Damas* lo que ahorraba en su casa. Favier habia cogido ya el *foulard* de la señora Desforges, pero Hutin le detuvo creyendo contrariarle.

— Es inútil; esta señorita tendrá la bondad de acompañarla.

Dionisia, turbada, se encargó del paquete y la nota de venta. No podia ver al jóven frente á frente sin avergonzarse, como reprochándose una falta antigua; pero sólo habia faltado en sueños. ¿Le habia amado realmente? No lo sabia; su corazon estaba cerrado y habia en él lucha que le impedia ver claro.

— Decidmé — preguntó á Bouthemout la de Desforges en voz baja — ¿es ésta la jóven del cuento? ¿Ha vuelto á entrar? ¡Sí, ésta es la heroína de la aventura!

— Tal vez — respondió el jefe de seccion sonriendo y decidido á no decir la verdad.

La señora Desforges, precedida de Dionisia subió lentamente la escalera. Tenian que pararse á cada paso para no ser arrastradas por la gente que bajaba. En la vibracion de la casa entera temblaban los escalones bajo el peso de la multitud. Un maniquí sólidamente sujeto en cada peldaño vestia un traje inmóvil, paletós y batas, y parecian una doble fila de soldados en marcha triunfal, con su pequeño golpe de madera que parecia una puñalada dada en el rojo muleton que sangraba en el cuello.

La señora Desforges llegó al fin al primer piso y se detuvo un instante. Tenía á sus piés las secciones de la planta baja, aquel pueblo de compradores que acababa de atravesar. Era aquél un espectáculo nuevo, un monton de cabezas vistas desde arriba, ocultando los cuerpos y con el hervor de un hormiguero. Los carteles de tarifas eran menudos papeles; las pilas de cintería como que se aplastaban, y los muros de franelas cortaban la galería con una línea estrecha, miéntras los tapices y las sedas bordadas cubrian los pasamanos, cayendo á sus piés como los paños del púlpito de una iglesia. Distinguia á lo léjos los ángulos de las galerías laterales como se distinguen las esquinas de las calles desde lo alto de un campanario, con los movibles puntos negros de los transeuntes. La sorprendió mucho aquella fatiga de los ojos ante aquella orgía de colores, y si los cerraba sentia el sordo ruido y el calor humano de aquella multitud. Fino polvo se elevaba del piso, cargado del olor de la mujer, del aroma de su camisa y su garganta, de sus enaguas y su cabello; olor penetrante y embriagador que parece el incienso de aquel templo elevado al culto de su cuerpo.

Entre tanto, Mouret, de pié en la puerta del salon de lectura en compañía de Vallagnosc, respiraba aquel perfume, embriagándose con él y diciendo:

— Están en su casa. Sé de muchas que se pasan aquí el dia co-

miendo pasteles y escribiendo cartas;... no me queda más que acostarlas.

Esta broma hizo sonreir á Pablo, quien en el aburrimiento de su pesimismo seguia hallando necio aquel afan de la humanidad por las chucherías. Cuando el encuentro de su antiguo condiscípulo, quedó casi humillado al verle tan exuberante de vida entre su pueblo de coquetas. ¿Era que ninguna de ellas, de cerebro y corazon vacíos, le enseñaba la inutilidad de la existencia? Precisamente aquel dia parecia haber perdido Octavio su serenidad; él, que infundia la fiebre á sus parroquianas con la gracia tranquila de un operador, estaba como aprisionado por la apasionada crísis en que ardian los almaceces. Cuando vió á Dionisia y la señora Desforges subir la escalera grande, habló más alto y gesticuló sin quererlo, y afectando no verlas, se animaba más á medida que se acercaban. Su rostro se coloreaba, y habia en sus ojos un poco de aquel brillo que fascinaba á las compradoras.

— Deben robarte mucho — murmuró Vallagnosc, que creia ver perfiles criminales en el gentío.

— Lo que no puedes imaginar — contestó Mouret abriendo los brazos.

Y nerviosamente, contento por tener motivo de hablar, le dió detalles infinitos, contando hechos y deduciendo clasificaciones. Primero citó las ladronas de profesion, las que ménos dañan, porque son conocidas de la policía. Venian despues las ladronas por manía, una perversion del deseo, una neurósis nueva que un alienista clasificaria haciendo constar el resultado de la fascinacion ejercida por los grandes almacenes. Habia que poner aparte las mujeres encinta, cuyos robos eran singularísimos: en casa de una de ellas descubrió el comisario de policía doscientos cuarenta y ocho pares de guantes rosa, robados en todos los mostradores de París.

— Por eso tienen aquí las mujeres los ojos tan alegres — decia Vallagnosc. — ¡Las veo con sus caras golosas y avergonzadas de niños traviesos, y siento que èsta es una gran escuela de honradez!..

— Bueno es que estén en su casa — contestó Mouret — pero no que se lleven el género bajo el abrigo... Y lo hacen personas de distincion: la semana pasada detuvimos á la hermana de un farmacéutico y á la esposa de un magistrado, y ahora se trata de arreglar el asunto.

Se interrumpió para señalar al inspector Jouve, que vigilaba á una mujer embarazada en la seccion de cintas. La mujer, cuyo enorme vientre sufria mucho con los empujones del público, iba acompañada de un amigo, encargado, al parecer, de defenderla contra los golpes rudos. Jouve no la quitaba ojo cada vez que se paraba ante una seccion, miéntras que el amigo, cerca de ella, atisbaba en el fondo de las cajas.

— Ya la pescaron — dijo Mouret. — Conoce todas sus mañas.

Su voz temblaba y rió falsamente. Dionisia y Enriqueta, á las que no habia dejado de observar, pasaban por detras de él, despues de haber salido de las apreturas, no sin trabajo. Él se volvió bruscamente y saludó á su parroquiana con un saludo de amigo que no quiere comprometer á una mujer entre gente. Pero ella se fijó en la mirada con que Mouret envolvió á Dionisia. Aquélla era sin duda la rival por la que habia ido allí.

En las confecciones perdian la cabeza las oficialas, pues sobre estar enfermas dos de ellas, se habia despedido tranquilamente el dia anterior la señora Federica, y estaba en la caja arreglando su cuenta. Dejaba á *La Dicha* del modo que ésta se deshacia de sus empleados: de pronto. Desde aquella mañana, y en medio de la fiebre de la venta, no se hablaba de otra cosa. Clara, sostenida en la seccion por el capricho de Mouret, encontraba aquello muy *chic*. Margarita relataba la exasperacion de Bourdoncle, miéntras la señora Aurelia, muy mortificada, decia que Federica debió haberla prevenido, y no usar semejante disimulo, aunque jamas habia tenido confidencias con nadie. Se creia que dejaba las novedades para casarse con el dueño de un establecimiento de baños de cerca de los mercados.

— ¿Es un abrigo de viaje lo que quiere la señora? — dijo Dionisia á la señora Desforges ofreciéndola una silla.

— Sí — respondió aquélla secamente y decidida á ser grosera.

La nueva instalacion de la seccion era rica y severa, con armarios altos de pino tallado, espejos altos como las paredes, y una moqueta roja que apagaba las pisadas. Miéntras Dionisia buscaba los abrigos de viaje, la señora Desforges se vió en un espejo y se quedó contemplándose. ¿Tan vieja se hacía que se la engañaba con la primera muchachuela que llegaba? El espejo reflejaba toda la seccion, pero ella sólo veia su pálido rostro, y no oia siquiera detras de sí cómo contaba Clara á Margarita una de las pamplinas misteriosas de la señora Federica, ó sea su paseo por mañana

y tarde sobre el pasaje Choiseul, para hacer creer que vivia entre la gente *comme il faut*.

— Hé aquí nuestros últimos modelos — dijo Dionisia. — Tenemos de varios colores.

Expuso cuatro ó cinco abrigos. La de Desforges los miró con desprecio, y se ponia más displicente á cada uno que examinaba. ¿Para qué aquellos frunces que estrechaban el traje? ¿Y aquel cargado de espaldas, que parecia cortado á hachazos? Bueno era viajar, pero no vestida como una garita.

— Enseñadme otra cosa, señorita.

Dionisia dobló los abrigos sin permitirse un gesto de mal humor. Aquella serenidad y paciencia irritaban más á la señora Desforges. Sus miradas se dirigian al espejo, y teniendo cerca á Dionisia se comparaba con ella. ¿Era posible que se prefiriera aquella insignificante criatura? Sí, se acordaba de que aquella muchacha era la que ya habia visto hacia tiempo, haciendo tan estúpida figura cuando empezó en *La Dicha*, tan desgarbada como una aldeana que llega del pueblo. Ahora era un poco más esbelta y se tenia más derecha dentro de su vestido de seda; pero ¡qué raquítica siempre!

— Voy á enseñaros otros modelos — dijo tranquilamente Dionisia.

Cuando volvió se reprodujo la escena. Ahora era el paño muy pesado y no valia nada. La señora Desforges se volvia alzando la voz, á fin de llamar la atencion de la señora Aurelia y que riñese á la jóven. Pero ésta se habia creado simpatías en la seccion desde su vuelta; estaba como en su casa ahora, y la jefe la reconocia cualidades inestimables para la venta: obstinada dulzura y persuasion sonriente. Así, pues, la señora Aurelia se encogió de hombros y no intervino.

— Si la señora quiere indicarme el género... — preguntó de nuevo Dionisia con su inquebrantable amabilidad.

— ¡Pero si no teneis nada! — exclamó la señora Desforges.

Se calló al sentir una mano sobre su espalda. Era la señora Marty, que paseaba su fiebre de compras á traves del almacen. Sus adquisiciones habian crecido de tal modo á partir de las corbatas, los guantes bordados y las sombrillas encarnadas, que el último dependiente se decidió á meterlo todo en una caja, por temor de que la rindiese el brazo, é iba detras con la caja, en la que habia enaguas, servilletas, cortinas, una lámpara y tres alfombrillas.

— ¿Comprais un abrigo de viaje?

— No — respondió la de Desforges; — son horribles.

Ya la señora Marty se habia fijado en uno á rayas, que no la parecia del todo mal. Dionisia llamó á Margarita, que trajo un modelo del año pasado, y lo presentó como una ganga excepcional. Cuando juró que habia bajado dos veces su precio, que de ciento cincuenta francos lo puso en ciento treinta, y que ahora se daba en ciento diez, la señora Marty se sintió sin fuerzas ante semejante baratura. Lo compró, y el dependiente que la acompañaba dejó la caja y el paquete de facturas junto al género.

Detras de aquellas damas y entre el movimiento de la venta, seguian las murmuraciones de la seccion sobre la señora Federica.

— Pero... ¿tenía moros en la costa? — decia una oficiala nueva.

— ¡El de los baños, mujer! — respondió Clara. — Hay que desconfiar de esas viudas tan tranquilas.

Miéntras Margarita hacía la factura del abrigo, volvió la de Marty la cabeza, y designando con disimulo á Clara, dijo muy bajito á la señora Desforges:

— ¡El caprichito del señor Mouret!

La otra miró con sorpresa á Clara, luégo á Dionisia y contestó:

— No, la alta, no; la otra...

Y como no se atreviese á afirmar nada la de Marty, dijo la señora Desforges con voz llena de desprecio:

— La alta y la baja: todas las que él quiera.

Dionisia comprendió. Se puso muy pálida, y miró á aquella señora que la heria sin conocerla. Sin duda era aquella de quien se hablaba y á quien el principal amaba. En la mirada que cambiaron puso Dionisia una dignidad tan triste, tal franqueza é inocencia, que Enriqueta se avergonzó.

— Puesto que no teneis nada nuevo que enseñarme, llevadme á la seccion de trajes — dijo bruscamente.

— Sí — exclamó la señora Marty — voy con vos. Quiero ver un traje para Valentina.

Margarita cogió la caja por el reves y la llevó vuelta. Dionisia sólo llevaba unos metros de *foulard* comprados por la señora Desforges. Era aquello un viaje, puesto que los trajes estaban en el segundo piso, al otro lado del almacen.

Comenzó la expedicion á lo largo de las galerías. Primero iba Margarita, tirando de la caja como de un carrito y abriéndose

lentamente paso. Desde la seccion de lencería se quejaba la señora Desforges de que aquello era ridículo, murmurando de los bazares en que hay que andar dos leguas para poner la mano sobre el menor objeto. La de Marty decia que estaba muerta de fatiga, gozando con aquel mismo cansancio, con aquella muerte lenta de sus fuerzas en medio de la inagotable mina de las mercancías. El golpe de genio de Mouret la subyugaba, y se detenia ante cada seccion. Hizo el primer alto ante los equipos, seducida por las camisas que le habia vendido Paulina. Margarita se vió libre de la caja, que tomó á su vez Paulina. La señora Desforges pudo haber seguido para dejar más pronto libre á Dionisia; pero se sentia satisfecha teniéndola cerca, inmóvil y paciente, miéntras ella se detenia aconsejando á su amiga. Ante los equipos de recien nacido, se extasiaron sin comprar nada. Comenzaron de nuevo los desfallecimientos de la de Marty: sucumbió primero ante un corsé de seda blanco, luégo ante unos manguitos de piel, con rebaja á causa de la estacion, y por último, ante unas puntillas para guarnecer sábanas. Todo entró en la caja, que ya crujia, y sucesivamente iba costando á los dependientes más sudores, á medida que el peso aumentaba.

—Por aquí, señora—decia Dionisia suavemente despues de cada parada.

—Pero esto es estúpido—decia la señora Desforges;—no llegamos nunca. ¿Por qué no poner los vestidos cerca de las confecciones? Esto no es saber vender.

La de Marty, cuyos ojos se dilataban, extática ante aquel cúmulo de riquezas que pasaban ante ella, se abandonaba á su embriaguez de despilfarro, repitiendo á media voz:

—¿Qué va á decir mi marido? Teneis razon: no hay órden en este almacen. Se pierde una y hace tonterías.

La caja pasó á duras penas por el descansillo central. Precisamente lo habia llenado Mouret con artículos de París en gran número: copas de zinc dorado, neceseres y estuches baratos para licor, viendo que allí no se arremolinaba la gente. Habia autorizado á uno de sus dependientes para que expusiese allí, sobre una mesita, ciertas curiosidades de China y el Japon, *bibelots* que los compradores se quitaban de las manos. Fué un éxito inesperado, y pensó desde luégo en dar mayor impulso á aquella venta. La señora Marty compró, miéntras dos mozos subian la caja al piso segundo, seis botones de marfil y una fosforera.

En el segundo piso continuó la caminata. Dionisia, que desde la mañana paseaba compradores, se caia de laxitud; pero seguia en pié con su cortés dulzura. Tuvo que esperar aún á aquellas señoras en las telas para tapicería, donde compró una cretona la de Marty. Luégo compró en los muebles un costurero. Temblaban sus manos y rogaba á la de Desforges que la impidiera gastar tanto, cuando el encuentro de la señora de Guibal la sirvió de excusa.

En la seccion de alfombras acababa de devolver una compra de tapices de Oriente, hecha hacía cinco dias. Hablaba de pié con el dependiente, mozo alegre, cuyos brazos hercúleos manejaban de la mañana á la noche cargas capaces de rendir á un buey. Estaba consternado por aquella devolucion que le quitaba su tanto por ciento. Trataba de poner dificultades, olfateando alguna fea aventura, acaso un baile dado con los portiers de *La Dicha* y devueltos luégo para no tener que alquilarlos á un mueblista: sabía que esto era frecuente en la económica clase media. Pero, en fin, la señora sabria la razon de la devolucion: acaso no le gustáran los dibujos ó los colores; pero le enseñaria otra cosa, porque tenía un surtido completo.

Á todas aquellas insinuaciones respondia tranquilamente la de Guibal, con su aire de reina, que los portiers no la gustaban, sin añadir nada. Rehusó ver más; hubo que ceder, porque los dependientes tenian órden de tomar el género aunque supiesen que habia servido.

Las tres señoras se alejaron juntas, y como la de Marty sintiese escrúpulos por la compra del costurero, que no le hacía falta alguna, le dijo la señora Guibal, con su tono calmoso:

—Devolvedle. ¿No habeis visto qué fácil es? Dejad que se lo lleven á casa: allí lo veis unos dias, y cuando os fastidie, lo devolveis.

—¡Buena idea!—dijo la de Marty.—Si mi marido me chilla mucho, lo devuelvo todo.

Con esta suprema excusa no se contuvo, y compró más, con la idea de guardarlo todo, porque no era de las mujeres que devuelven.

Llegaron al fin á los trajes. Cuando Dionisia fué á entregar á una de las oficialas el *foulard* de la señora Desforges, ésta pareció tener una idea, y dijo que se quedaria decididamente con uno de los abrigos de viaje; el gris claro con capuchon, y Dionisia tuvo

que esperar pacientemente para llevarla á las confecciones. La jóven comprendia que se trataba de humillarla, y se juró cumplir con su deber guardando su actitud correcta á pesar de que se rebelaban su corazon y su orgullo. La señora Desforges no compró nada en los trajes.

—Mamá—decia Valentina—este traje es de mi estatura.

Muy bajito explicaba la señora Guibal á la de Marty su táctica. Cuando la gustaba un traje en un almacen, lo tomaba para cortar un patron y luégo lo devolvia. La de Marty compró el vestido para su hija, diciendo:

—¡Buena idea! Vos sois práctica, vos...

Hubo que abandonar la caja. Se quedó en la seccion de muebles, junto al costurero. Los piés traseros de éste se hubieran roto con el peso de aquélla, y se creyó conveniente colocarlo todo en otra caja mayor que se bajaria al servicio de expediciones.

Aquellas señoras, siempre con Dionisia, vagabundearon. Se las volvió á ver en todas las secciones, en las escaleras y á lo largo de las galerías. Los encuentros, las detenciones á cada paso, como el de la señora Bourdelais y sus tres niños. Éstos iban cargados de paquetes: Magdalena un vestido para ella, Edmundo una coleccion de zapatitos, y Luciano llevaba en la cabeza un képis nuevo.

—¡Tú tambien!—dijo riendo la de Desforges á su amiga de colegio.

—¡No me hables!—contestó la interpelada.—¡Estoy furiosa! Nos cogen por los niños. Ya sabes tú que yo no gasto para mí; pero ¿cómo aguantar á esta tropa que todo lo quiere? He venido á pasearlos, y he desbalijado los almacenes.

Mouret, que estaba allí con el señor de Boves y Vallagnosc, la miró sonriendo. Ella le vió y se quejó dulcemente, pero realmente irritada en el fondo, de aquellos lazos tendidos á las madres. La idea de que habia cedido al reclamo la sublevaba, y él, siempre inclinado, gozaba con su triunfo. El señor de Boves maniobró para acercarse á la señora de Guibal, á la que siguió, tratando de perderse de Vallagnosc; pero éste se cansó y no procuró juntarse á él. Dionisia se detuvo nuevamente para esperar á las señoras. Volvia la espalda, y el mismo Mouret afectaba no verla. La señora Desforges, con el delicado olfato de la mujer celosa, no dudó ya. Miéntras él se acercaba políticamente á ella con la galantería de amo de casa, ella pensaba en cómo le convenceria de su perfidia.

El señor de Boves y Vallagnosc, que iban delante con la señora de Guibal, llegaron á la seccion de encajes. Estaba cerca de las confecciones, en un lujoso salon con cajas de tiradores de pino tallado. Al rededor de las columnas, cubiertas de terciopelo rojo, subia un encaje blanco en espirales, y de un lado á otro de la pieza se tendian los guipures: sobre los mostradores, grandes cartones con valenciennes, malinas y punto de aguja. Las señoras se habian parado ante un trasparente de seda color malva, sobre el que Deloche colocaba chantillys que miraban en silencio, sin decidirse.

—¡Toma!—dijo Vallagnosc sorprendido.—¿Deciais que la señora Bourdelais estaba mala? Vedla allí con la señorita Blanca.

El Conde se sobresaltó, y mirando de reojo á la señora Guibal,

—¡Es cierto!—dijo.

En el salon hacía calor, y las voces se unian en un murmullo confuso. Las compradoras se ahogaban y tenian los rostros pálidos y los ojos encendidos. Se diria que toda la seduccion de los almacenes se concentraba allí, en aquel supremo lugar de perdicion en que sucumbian las más fuertes entre los encajes. Se hundian las manos en las piezas, y quedaban temblando de embriaguez.

—Creo que estas señoras os arruinan—dijo Vallagnosc, contento por el encuentro.

El señor de Boves hizo el gesto del marido tanto más seguro de la razon de su mujer, cuanto que no la da un céntimo. La suya, despues de recorrer las secciones con su hija sin comprar nada, cayó en la de encajes con la rabia del deseo no satisfecho. Á pesar de su cansancio se tenía de pié, y los millones de mercancías, aquellos objetos de *toilette* que deseaba y no podia llevar, la cegaban, la aturdian. Largo rato permaneció entre la ola de compradoras que la estrujaban ante el mostrador. Mirando los encajes, se aflojaban sus brazos y sentia escalofríos. Bruscamente, al volver su hija la cabeza y alejarse el dependiente, quiso deslizar bajo su abrigo una pieza de punto de Alenzon. Pero dudó y dejó la pieza al oir la voz de Vallagnosc, que decia alegremente:

—Os hemos sorprendido, señora.

Durante algunos instantes se quedó muda y pálida. Luégo dijo que habiéndose sentido mejor, queria tomar el aire. Y notando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que su marido estaba con la de Guibal, se repuso en seguida, y les miró con aire tan digno, que aquélla creyó deber decir:

—Estaba con la señora Desforges cuando nos encontraron estos señores.

Llegaban las otras señoras. Mouret las habia acompañado y las retuvo un instante para enseñarlas al inspector Jouve, que seguia vigilando á la mujer encinta y á su amigo. No podria creerse el número de ladronas que se detenian en los encajes. La señora de Boves, que le oia, se veia ya entre dos gendarmes, con sus cuarenta y cinco años, su lujo y su alta posicion; pero sin sentir remordimientos, seguia creyendo que debió deslizar el retal en su manga. Jouve se decidió al fin á poner la mano sobre la mujer preñada, desesperando de cogerla en flagrante delito y sospechando que se hubiese llenado los bolsillos hábilmente. Pero cuando se la reconoció, no se la encontró ni una corbata, ni un boton. El amigo habia desaparecido, y comprendió Jouve que la mujer iba para desorientarle, miéntras el amigo robaba.

La historia entretuvo á las señoras. Mouret se contentó con decir, un poco amoscado:

—Jouve ha sido derrotado, pero él tomará su revancha.

—Yo creo —dijo Vallagnosc— que no es tan listo como parece. Pero ¿para qué exhibis tanto género? Os está bien empleado si os roban; no debe tentarse hasta tal punto á mujeres indefensas.

Esta fué la última palabra que sonó como la nota aguda del dia en la fiebre creciente de los almacenes. Las señoras se separaban, dando la última vuelta á los mostradores. Eran las cuatro; los rayos del sol poniente entraban oblícuamente por las crujías del edificio, haciendo brillar los cristales de las secciones, y en aquella claridad de incendio subia como un vapor dorado el polvo levantado desde por la mañana por el pisar del gentío. Una cascada de luz enfilaba la gran galería, cortando sobre fondo de llamas las escaleras, los pasadizos, todo aquel encaje de hierro suspendido. Los mosaicos y esmaltes de los frisos brillaban, y el verde y rojo de las pinturas se encendian en fuego de oro. Era como una brasa viva en que ardian los escaparates, los armarios de guantes y corbatas, las cintas y encajes, las pilas de lanería y percales, los parterres en que estaban las sedas ligeras y los *foulards*. Los espejos resplandecian. La exposicion de sombrillas despedia reflejos metálicos. Léjos, casi en la sombra, habia áun más mostradores y secciones.

En aquella última hora, en medio del ambiente encendido, reinaban las mujeres. Habian tomado al asalto los almacenes, y campeaban como en pais conquistado, como una horda instalada en aquel deshielo de mercancías. Los dependientes, fatigados, sólo eran cosas de que disponian como soberanas. Las gruesas empujaban á todo el mundo, y las delgadas se mostraban arrogantes. Todas estaban como en su casa, sin política las unas respecto á las otras, y usando de todo como si fuera suyo. La señora Bourdelais, como para compensar sus gastos, llevó de nuevo al *buffet* á sus niños. La cola se empujaba con la rabia del deseo. Las madres bebian Málaga; se habian consumido desde primera hora ochenta litros de jarabes y refrescos, y cincuenta de vinos. Despues de comprar su abrigo de viaje, la señora Desforges se hizo regalar cromos en la caja, y se fué pensando en el medio de ver en su casa á Dionisia y humillarla en presencia de Mouret, para ver sus rostros y sacar deducciones ciertas. Por fin, miéntras el señor de Boves acertaba á perderse y desaparecia con la señora de Guibal, la de Boves, seguida de Blanca y Vallagnosc, tuvo el capricho de pedir un globito, aunque no compró nada. Siempre sucedia lo mismo: no se iba sin nada, y tendria un amigo en el hijo de su portero. En el mostrador en que se daban, llevaban ya regalados cuarenta mil. ¡Cuarenta mil globitos que habian tomado vuelo en el aire cálido del almacen, como una nube de globos rojos que flotaban á aquella hora en todos los extremos de París, llevando al cielo el nombre de *La Dicha de las Damas!*

Dieron las cinco. De todas aquellas señoras sólo quedaba la de Marty en la crisis final de la venta. No podia irse, sostenida por tan fuertes lazos, que volvia sobre sus pasos, paseando por las secciones su curiosidad no satisfecha. Era la hora en que la gente, agobiada á reclamos, acababa de desconcertarse: los sesenta mil francos pagados por anuncios, los diez mil carteles pegados en las esquinas, los doscientos mil catálogos lanzados á la circulacion, dejaban en los nervios mujeriles la vacilacion de la embriaguez despues de vaciar sus bolsillos. Aun seguian sacudidas por las invenciones de Mouret: la baja de precios, las devoluciones, las galanterías á que sucumbia su carne flaca. La señora Marty se paraba ante las subastas en medio de los llamamientos de los dependientes, en el ruido de oro de las cajas y el rodar de los paquetes que caian al sótano; atravesaba una vez más la planta baja, la lencería, la seda, la guantería, la lanería; luégo subia abandonán-

dose á la vibracion metálica de las escaleras y los pasadizos, volviendo á las confecciones, á los encajes, y llegaba al piso segundo, á las alturas de las camas y los muebles; por todas partes estaban Hutin, Favier, Mignot, Lienard, Deloche, Paulina y Dionisia, con las piernas rendidas, haciendo un esfuerzo y logrando victorias sobre la última fiebre de las compradoras. Aquella fiebre habia aumentado poco á poco desde la mañana, como el olor que se exhalaba de las telas removidas. El gentío parecia arder bajo los rayos del sol poniente. La señora Marty tenía el rostro animado y nervioso de un niño que ha bebido vino puro. Con los ojos hundidos y la piel fresca por el frío de la calle, se habia quemado la vista y el color con el espectáculo de aquel lujo que irritaba su pasion. Cuando al fin se fué, diciendo que pagaria en su casa, aterrada por la cifra de su cuenta, tenia las facciones arrugadas y los ojos tristes de un enfermo. Tuvo que luchar para pasar el tropel de la puerta: allí se ahogaban. Luégo, cuando encontró en la acera á su hija que se habia perdido, se estremeció al aire libre, se quedó como azorada y desconcertada por aquella neurósis de los grandes bazares.

Por la noche, al volver Dionisia de comer, la llamó un mozo.

— Señorita, os llaman en la Direccion.

Habia olvidado la órden que Mouret le dió de presentarse en su despacho despues de la venta. La esperaba en pié. Al entrar Dionisia, dejó la puerta abierta.

— Estamos satisfechos de vos, señorita — dijo — y queremos hacéroslo ver... Ya sabeis de qué indigna manera nos ha dejado la señora Federica. Desde mañana la reemplazareis vos como segunda de la seccion.

Dionisia le oia inmóvil y absorta, y murmuró con la voz temblorosa:

— Pero... señor, hay en la seccion oficialas mucho más antiguas que yo.

— ¿Y qué? — replicó Mouret. — Vos sois la más capaz y formal. Os he elegido y es natural. ¿No estais contenta?

Ella se ruborizó; era una dicha y confusion deliciosas en que se fundian sus primeros temores. ¿Cómo habia de soñar con favor tan inesperado? Esto la ponia confusa, á pesar del empuje de su reconocimiento. Él la miró sonriendo al verla con su vestido de seda sencillo, sin una joya, sin otro lujo que su majestuoso cabello rubio. Se habia aristocratizado: su piel era más blanca y el

aire más delicado y grave. Su insignificancia de otros tiempos era ahora un encanto de una discrecion simpática.

— Sois muy bueno, señor — balbuceó — y no sé cómo deciros que...

Tenía la voz entrecortada. En el marco de la puerta estaba Lhomme de pié. Tenía en la mano sana un saco de cuero, y su brazo mutilado apretaba contra su pecho una cartera enorme. Su hijo Alberto llevaba á duras penas una carga de sacos.

— ¡Quinientos ochenta y siete mil doscientos diez francos treinta céntimos! — exclamó el cajero, cuyo rostro fofo y aviejado se iluminó con aquella cifra como con un rayo de sol.

Era la venta del dia, la mayor que habia hecho *La Dicha*. Á lo léjos, en las profundidades del almacen, que Lhomme acababa de atravesar con la pesada marcha de un buey cargado, se oia el murmullo de gozo que habia dejado aquella enorme cifra al pasar.

— ¡Soberbio! — dijo Mouret encantado. — ¡Bravo Lhomme! Poned eso ahí; descansad, porque no podeis más. Haré llevar ese dinero á la caja central... Sí, todo sobre mi mesa; quiero ver ese monton.

Tenía una alegría infantil. El saco de cuero sonó á oro, y de dos sacos que se rompieron salieron arroyos de plata y cobre, miéntras por los extremos de la cartera asomaban los billetes de Banco. Aquello cubrió un extremo del despacho; era como el estruendo de una fortuna hecha en diez horas.

Cuando Lhomme y Alberto se fueron, quedó Mouret con el rostro dilatado, inmóvil y con la vista en el dinero. Al levantar la cabeza vió á Dionisia que habia retrocedido. Sonrió y la obligó á avanzar, diciéndola que la daria todo lo que pudiese abarcar con la mano. Habia acentos de amor en el fondo de la broma.

— ¡Tomad del saco de cuero! Apuesto que no sacais mil francos... ¡Teneis la mano tan pequeña!

Pero ella palideció y retrocedió más. ¿Era que la amaba? Comprendió bruscamente, sintió la llama creciente de deseo que la envolvia desde su vuelta á las confecciones. ¿Por qué la humillaba con aquel dinero, cuando ella desbordaba de gratitud y la hubiese hecho desfallecer con una sola palabra amistosa? Se acercó más él, bromeando, cuando con gran disgusto suyo apareció Bourdoncle con pretexto de dar á conocer la cifra de entradas, que era la de setenta mil compradores venidos aquel dia. Dionisia se apresuró á salir despues de dar de nuevo las gracias.

X

El primer domingo de Agosto se hacía el inventario, que debia terminar por la noche. Desde por la mañana, todos estaban en sus puestos como si fuera dia de trabajo, y comenzó la tarea con las puertas cerradas y el almacen vacío de compradores.

Dionisia no habia bajado á las ocho con las demas. Retenida hacia cinco dias en su cuarto por una torcedura que sufrió al subir á los talleres, estaba ya mucho mejor; pero como la señora Aurelia la mimaba, no se daba prisa, acabando de calzarse con trabajo. Pero estaba resuelta á bajar á la seccion. Las habitaciones de las oficialas ocupaban todo el quinto piso de la nueva construccion, á lo largo de la calle Monsigny; habia sesenta á los dos lados del corredor, muy cómodas, aunque sólo tenian catre de hierro, un armario y el lavabo. Dionisia, como segunda, tenía uno de los cuartos mayores, cuyas dos ventanas abrian á la calle. Como era más rica, ya se habia permitido el lujo de un edredon cubierto de velo de guipur, una alfombrita delante del armario y dos floreros azules, en los que habia rosas, sobre el lavabo.

Cuando se calzó, probó á andar por la habitacion. Tuvo que apoyarse en los muebles, porque vacilaba aún. Pero ya se calentaria el pié. Habia rehusado una invitacion para comer con el tio Baudu, y rogó á su tia que mandase por Pepé, que seguia en casa de la señora Gras. Juan, que habia ido á verla la víspera, comia tambien en casa del tio. Continuó ensayando su pié, pensando acostarse temprano para dar descanso á la pierna, cuando la vigilante señora Cabin la dió una carta con aire de misterio.

Dionisia cerró la puerta, y sorprendida de la discreta sonrisa de aquélla, abrió la carta. Se puso pálida y cayó sobre una silla: la carta era de Mouret; en ella se felicitaba por el restablecimiento de Dionisia y la rogaba bajase á comer con él, puesto que

no podia salir. El tono de la carta era á la vez paternal y familiar, y no tenía nada de mortificante. Pero no era posible engañarse: el almacen sabía la verdadera significacion de aquellos convites. Clara tambien habia comido, como otras á quienes habia distinguido el principal. Y despues de la comida, como decian los dependientes murmuradores, venía el postre. Los ojos puros y claros de la jóven se iban coloreando poco á poco en sangre.

Cayó la carta sobre sus rodillas y latió violentamente su corazon. Dionisia se quedó mirando la viva luz que entraba por una de las ventanas. Debia haberse confesado aquello en aquel mismo cuarto en sus horas de insomnio: si temblaba ahora no era de miedo, y su antiguo malestar, su terror de otras veces, no podia ser más que la ignorancia de lo que era amor, la turbacion de sus primeras ternuras en su sencillez de niña. No razonaba; sentia que le habia amado siempre, desde la hora en que tembló y balbuceó delante de él. Le amó cuando le temió como amo severo, y cuando creyó amar á Hutin cediendo á impulsos de simple afeccion. Tal vez hubiera sido de otro, pero sólo hubiese amado á aquel hombre cuya mirada la imponia. Revivia su pasado, desarrollándose con claridad igual á la que entraba por la ventana: las durezas de otros tiempos, aquel dulce paseo bajo las sombras de las Tullerías, y el deseo con que la rodeaba desde su vuelta. La carta cayó al suelo y Dionisia se absorbió en la brillante luz que entraba por la ventana.

Llamaron en la puerta y se apresuró á coger la carta y guardarla en el bolsillo. Era Paulina, que haciendo una escapada de su seccion, venia á charlar un rato.

—¿Cómo vamos?

Estaba prohibido subir á los cuartos y encerrarse, dos sobre todo; Dionisia la llevó al extremo del pasillo, en donde estaba el salon de reunion: una galantería del director hácia aquellas señoritas, que así podian pasar la noche hasta las once. La pieza estaba decorada de blanco y oro con la sencilla desnudez de una sala de hotel, y tenía un piano, un velador en el centro y canapés y butacas forradas de blanco.

—Ya veis que puedo andar —dijo Dionisia. —Voy á bajar.

—¡Bueno! —dijo la otra; —¡eso es aplicarse! Yo me apoltronaria si encontrase un pretexto.

Se sentaron en un canapé. La actitud de Paulina cambió cuando su amiga ascendió á segunda de las confecciones. Habia en su

cordialidad de buena muchacha, matices de respeto; algo como sorpresa de ver á la jóven insignificante en camino de hacer suerte. Dionisia la queria mucho y era su sola confidente entre las doscientas mujeres que dependian de la casa.

—¿Qué teneis?—preguntó vivamente Paulina al notar la turbacion de la jóven.

—Nada—dijo ésta tratando de sonreir.

—Sí, sí; algo teneis—repuso la otra.—¿Desconfiais de mi y no me contais ya vuestras penas?

Dionisia abrióse al fin á ella con la emocion que llenaba su pecho, y la dió la carta, murmurando:

—¡Tomad! Me ha escrito.

Nunca habian hablado abiertamente de Mouret; pero aquel silencio era como una confesion de sus preocupaciones. Paulina no ignoraba nada, y despues de leer la carta se acercó á Dionisia, la tomó la cintura y murmuró con dulzura:

—Si quereis que os sea franca, creo que esto es hecho. No os rebeleis: es seguro que todo el almacen lo cree como yo lo creia. Se os hizo segunda muy pronto. Luégo, él siempre cerca de vos, y esto abre los ojos.

La dió un beso en el cabello, y preguntó:

—¿Iréis á comer, naturalmente?

Dionisia la miró sin responder, y rompió en llanto de pronto, con la cabeza apoyada en el hombro de su amiga, que se quedó sorprendida.

—¡Vaya, calmaos! ¡No hay en ello nada que os deba alterar así!

—¡No, no; dejadme!—balbuceó Dionisia.—¡Si supierais qué pena tengo! No vivo desde que he recibido la carta... Dejadme llorar: esto me consolará.

Paulina procuró calmarla muy enternecida. Dijo que ya no veia el principal á Clara, y aunque se dijo que iba á casa de una señora, no estaba probado. Añadió que no se podia tener celos con un hombre de su posicion; tenia mucho dinero; era el amo, sobre todo.

Dionisia la escuchaba, y si no hubiese sentido su amor, el dolor que el nombre de Clara y la alusion á la señora Desforges la produjo, se lo hubiera hecho sentir. Oia la voz malévola de Clara, y veia con qué desprecio de dama rica la paseaba la otra por los almacenes.

—¿Iriais vos?—preguntó á Paulina.

—Sin duda—repuso ésta sin vacilar.—No se puede hacer otra cosa.

Luégo reflexionó, y añadió:

—Ahora no iria, porque voy á casarme con Baugé, y no estaria bien.

Efectivamente, Baugé habia dejado el *Bon-Marché* por *La Dicha de las Damas*, é iba á casarse en los primeros dias de Agosto. No le hacian gracia á Bourdoncle los matrimonios en la casa; pero ya tenian el permiso, y hasta esperaban obtener quince dias de permiso para la luna de miel.

—Ya lo veis—dijo Dionisia;—cuando un hombre os ama, se casa con vos, como Baugé.

Paulina se rió de buena gana, y tomándola otra vez por la cintura, la dijo:

—Pero no es lo mismo, querida. Baugé se casa conmigo porque es Baugé; es un igual mio, y se explica. ¡Pero el señor Mouret!.. ¿Es que el señor Mouret puede casarse con una empleada?

Rió más fuerte y dió otro beso en los cabellos de Dionisia. Su rostro y sus ojillos tiernos tenian aire de conmiseracion maternal. Luégo abrió el piano y tocó suavemente con un dedo *El Rey Dagoberto*, para alegrar la situacion sin duda. En la desnudez del salon, que parecia más vacío con las fundas blancas de los muebles, sonaban los ruidos de la calle y la melopea lejana de un vendedor de guisantes verdes. Dionisia, con la cara en el respaldo del canapé, se debatia en una nueva crisis de llanto que sofocaba con el pañuelo.

—¡Todavía!—dijo Paulina volviéndose.—No sois nada razonable. ¿Por qué me habeis traido aquí? Debimos habernos quedado en nuestro cuarto.

Se arrodilló ante ella y empezó á predicarla. ¡Cuántas quisieran estar en su lugar! Ademas, si la cosa no la gustaba, era muy sencillo: no tenía más que decir que no, sin enfadarse mucho. Pero reflexionaria: arriesgar su posicion por una negativa inexplicable... ¿Era tan terrible el asunto? El sermon acabó con bromas cuchicheadas alegremente En esto sonó ruido de pasos en el corredor.

Paulina se levantó para atisbar por la puerta.

—¡Chist! ¡La señora Aurelia!—murmuró.—Me voy; enjugad vuestras lágrimas; nadie debe saberlo.

Dionisia se quedó sola, se levantó y secó las lágrimas. Con las manos trémulas por verse sorprendida sin hacer nada, cerró el piano que dejó abierto su amiga. Oyó á la señora Aurelia llamar en su cuarto y abandonó el salon.

—¡Cómo! ¿estais levantada?—dijo la primera de la seccion.—Es una imprudencia, mi querida niña. Subia á ver cómo seguiais y á deciros que no haceis falta abajo.

Dionisia le aseguró que estaba mucho mejor, y que la sentaria bien ocuparse en algo y distraerse.

—No me cansaré; me instalais en una de las cajas y me ocuparé de los papeles.

Bajaron las dos. La señora Aurelia la hizo apoyarse previsoramente en su brazo. Habia notado el enrojecimiento de ojos de la jóven, y la examinaba á hurtadillas. Estaba, sin duda, al corriente de muchas cosas.

Fué una victoria inesperada. Dionisia habia conquistado al fin toda la seccion. Humillada durante más de diez meses, en medio de sus sufrimientos, sin enfadarse por la mala voluntad de sus compañeras, las dominó en algunas semanas, viéndolas en torno de ella sumisas y respetuosas. La brusca ternura de la señora Aurelia la ayudó en aquella ingrata tarea de conquistar los corazones: se decia bajito que la primera de la seccion era la *comadre* del principal, á quien prestaba servicios muy delicados, y tomó tan calurosamente bajo su proteccion á la jóven, que esto debia servirla de especial recomendacion. Pero tambien ésta habia desplegado todo su encanto para desarmar á sus compañeras. La tarea era tanto más ruda, cuanto que tenía que hacerse perdonar su promocion al puesto de segunda. Las oficialas protestaban contra aquella injusticia, acusándola de haberlo ganado á los postres con el principal, y añadiendo cosas abominables. Pero á pesar de sus protestas, el puesto de segunda se imponia á ellas, y Dionisia conservó su autoridad de tal modo, que redujo á las más hostiles. Pronto halló quien la adulára entre las recien colocadas. Su dulzura y su modestia acabaron la obra. Margarita capitulaba, y sólo Clara se mostraba perversa, deslizando la antigua injuria de *mal peinada*. Durante el corto favor de Mouret procuró sustraerse al trabajo con una pereza vanidosa; luégo ya no se enfadaba ni recriminaba, incapaz de sentir celos en el derrumbamiento galante de su existencia, contentándose con que la permitieran no hacer nada. Creia, sí, que Dionisia la habia robado

la seccion de la señora Federica. Nunca la hubiera aceptado á causa de su mucho trabajo; pero estaba picada por la falta de cortesía, pues tenía más títulos que la otra, y áun títulos anteriores.

—¡Toma! ya sale la enferma—murmuró, viendo á la señora Aurelia llevando á Dionisia.

Margarita se encogió de hombros.

—¡Si creeréis que es mentira!—dijo.

Daban las nueve. Fuera, el cielo, de un vivo azul, calentaba las calles; los coches rodaban hácia las estaciones, y la multitud engalanada se dirigía en busca de los bosques de las afueras. En el almacen, inundado de sol por las abiertas ventanas, el personal cautivo empezaba el inventario. Se habian quitado los botones de las puertas, y las gentes se paraban en la acera, mirando por los cristales y asombradas de aquella clausura, cuando todo era dentro actividad. De un lado á otro de las galerías, en las secciones, en los pisos, en todas partes se advertia el rápido pisar de los empleados, el levantar de brazos, el vuelo de los paquetes sobre las cabezas; todo entre una tempestad de gritos y de cifras cantadas que subian en eco ensordecedor. Cada una de las treinta y nueve secciones hacía su tarea aparte, sin cuidarse de las vecinas. Apénas se habian tocado las anaquelerías: sólo habia algunas piezas por tierra: tenía que forzarse la presion si se queria acabar por la noche.

—¿Por qué bajais?—dijo Margarita cortesmente á Dionisia.—Os va á hacer daño, y aquí somos suficientes.

—Eso la dije yo—añadió la señora Aurelia;—pero ha querido ayudarnos.

Todas rodearon á Dionisia, y se interrumpió el trabajo. Se la cumplimentó y se oyó entre exclamaciones la historia de la torcedura. La señora Aurelia la hizo sentar en una caja, delante de un mostrador, y se convino en que se limitaria á sentar los géneros que se cantasen.

El domingo de inventario se buscaban todos los empleados capaces de manejar una pluma; los inspectores, los cajeros, los dependientes de escritorio, hasta los mozos de almacen, y se distribuian estos refuerzos de un dia en las secciones para dar abasto al trabajo.

Dionisia se instaló cerca del cajero Lhomme y José el mozo, inclinados sobre grandes hojas de papel.

—¡Cinco abrigos paño, forro piel, tercer tamaño, doscientos cuarenta!—gritaba Margarita.—¡Cuatro idem, primer tamaño, doscientos veinte!

Comenzó el trabajo. Detras de Margarita, tres oficialas vaciaban los armarios y sacaban el género, que daban á aquélla por paquetes, y cuando los contaba los arrojaba sobre el mostrador, donde iban formando pilas enormes.

Lhomme inscribia y José lo hacia en otra lista para la comprobacion. La señora Aurelia, ayudada por tres oficialas, contaba por su parte los trajes de seda, que Dionisia anotaba en las hojas. Clara estaba al cargo del monton para ir arreglándolo, de modo que ocupase el menor espacio posible á lo largo del mostrador. Pero se ocupaba poco de ello, y los montones aumentaban.

—Decidme—preguntó á una oficiala bajita, admitida aquel invierno—¿se os aumenta la asignacion? Ya sabeis que á la segunda se le van á dar dos mil francos, ó sean cerca de siete mil incluyendo su tanto por ciento.

La oficiala bajita dijo, sin dejar el trabajo, que si no la daban ochocientos francos dejaria la casa. Los aumentos se hacian al dia siguiente del inventario: era la época en que se conocia la cifra de ganancias comparada con la del año anterior, y los jefes de seccion recibian su prima sobre el aumento que hubiera. Á pesar de la barahunda y el ir y venir, los chismes hacian su agosto. Se decia que la señora Aurelia cobraria más de veinticinco mil francos, cuya suma sobreexcitaba á aquellas señoritas; la mejor oficiala despues de Dionisia, Margarita, alcanzaria cuatro mil quinientos francos de su sueldo fijo, y cerca de tres mil francos de tanto por ciento, miéntras Clara apénas si tomaria dos mil quinientos en junto.

—Me incomodan sus aumentos—dijo ésta, dirigiéndose á la oficiala bajita.—¡Si no fuese por mi padre, ya las dejaria yo plantadas! Lo que me exaspera más son los siete mil francos de ese conato de mujer... ¿Y á vos?

La señora Aurelia interrumpió bruscamente la conversacion, volviéndose con su aire majestuoso:

—¡Callaos, señoritas! ¡No se oye una palabra!

Y siguió gritando:

—¡Siete abrigos siciliana, primer tamaño, ciento treinta! ¡Tres pellizas, *surah*, segundo tamaño, ciento cincuenta!.. ¿Estais, señorita Dionisia?

—Sí, señora.

Clara tuvo que ocuparse de los montones de trajes apilados sobre el mostrador. Los manejó y dejó sitio, pero los abandonó para contestar á un dependiente que la buscaba. Era Mignot el guantero, que habia hecho una escapada. La pidió veinte francos: ya la debia treinta que le prestó al dia siguiente de unas carreras de caballos, despues de haber perdido su propio dinero. Esta vez se habia comido la víspera su jornal, y no le quedaba un céntimo para el domingo. Clara sólo llevaba encima diez francos, que prestó de buena gana, y hablaron de una partida entre seis, hecha en un restaurant de Bougival, pagando las señoras su escote: esto era mejor para que todos fuesen á gusto. Mignot, que queria sus veinte francos, fué á rezar á la oreja de Lhomme. Enfrascado éste en sus escrituras, pareció presa de gran turbacion. No se atrevió á negar, y buscaba una pieza de diez francos en su portamonedas, cuando extrañando la señora Aurelia no oir la voz de Margarita, que tuvo que pararse, apercibió á Mignot y comprendió. En seguida le envió enhoramala á su seccion, diciéndole que á asunto de qué iba á distraer á aquellas señoritas. Lo cierto era que temia al jóven, grande amigo de su hijo Alberto, cómplice de calaveradas que temia acabáran mal un dia. Cuando Mignot se fué con sus diez francos, no pudo ménos que decir:

—¡Que os dejeis engañar de esa manera!

—Pero, hijita, si no pude negar que...

Ella le cortó la palabra con un encogimiento de sus gruesos hombros, y como viese que las oficialas contemplaban socarronamente aquella explicacion de familia, dijo severamente:

—No dormirse, señorita Margarita: sino no acabarémos nunca.

—¡Veinte paletots, doble cachemira, cuarto tamaño, diez y ocho francos cincuenta!—dijo Margarita con su voz cantante.

Lhomme escribia de nuevo cabizbajo. Poco á poco habia llegado á cobrar nueve mil francos, pero seguia humilde ante la señora Aurelia, que lograba siempre el triple.

Durante un momento, marchó el trabajo. Las cifras volaban y los paquetes de trajes llovian sobre las mesas. Clara habia encontrado otra distraccion: embromaba al mozo José sobre sus amores con una señorita de la seccion de muestrarios. Ésta tenía veintiocho años, era alta y flaca, y la protegia la señora Desforges, que quiso que Mouret la tomára como oficiala, contándole una historia conmovedora. Una huérfana, la última de los Fontenai-

lles, caida sobre Paris con un padre borracho y que habia permanecido honrada en aquel pueblo de perdicion; su rudimentaria educacion no la servia desgraciadamente para ser institutriz ó maestra de piano. Á Mouret no le gustaban estas recomendaciones por jóvenes pobres: «Son — decia — las criaturas más incapaces, más insoportables y más faltas de espíritu.» Ademas, una oficiala de venta no se improvisaba: necesitaba cierto aprendizaje, como oficio complejo y delicado que era. Tomó, no obstante, á la protegida de la señora Desforges, y la mandó á los muestrarios, como habia mandado al servicio de publicidad á dos condesas y una baronesa, por servir á los amigos, las que se ocupaban en hacer fajas y sobres.

La señorita de Fontenailles ganaba tres francos diarios, que apénas la bastaban para vivir en su cuartito de la calle de Argenteuil. Al verla triste y pobremente vestida, José, hombre tierno bajo su rudeza de ex-soldado, sintió conmoverse su corazon. No lo confesaba, pero se ponia colorado cuando aquellas señoritas le embromaban con ello.

Los muestrarios estaban en una sala cercana á la seccion, y le habian sorprendido rondando cerca de la puerta.

—José se distrae — murmuraba Clara. — Su nariz se vuelve hácia la lencería.

Se habia requisado á la señorita de Fontenailles para ayudar en el inventario de la seccion de equipos de novia, y como el mozo echaba continuas miradas hácia ella, las señoritas se reian. Él se turbó y se enfrascó en las hojas de papel, miéntras Margarita gritaba más alto para sofocar la risa que le retozaba en la garganta:

— ¡Catorce chaqués, paño inglés, segundo tamaño, quince francos!

La señora Aurelia, con la voz profunda y aire majestuoso,

— Más bajo, señorita — dijo — no estamos en el mercado. Sois muy poco juiciosas al entreteneros en chiquilladas cuando el tiempo es tan precioso.

Como Clara no se cuidaba de los montones, se produjo en ellos una catástrofe. Los abrigos vacilaron y cayeron sobre el mostrador y sobre la alfombra, unos sobre otros.

— ¡No lo decia yo! — gritó la primera fuera de sí. — ¡Poned más cuidado, señorita Clara, porque esto es insoportable!

Se oyó un rumor; acababan de aparecer Mouret y Bourdoncle, que hacian su ronda. Las voces bajaron de tono, la plumas corrieron, y Clara se dió prisa á arreglar la catástrofe. El principal no interrumpia el trabajo. Estuvo algunos minutos mudo y sonriente, y únicamente sus labios tenian un estremecimiento febril en su rostro alegre y victorioso de los dias de inventario. Pareció asombrarse al ver á Dionisia. ¡Habia bajado! Sus ojos buscaron los de la señora Aurelia, y despues de un momento de vacilacion, se alejó hácia la seccion de equipos de novia.

Advertida Dionisia por el rumor levantó la cabeza, y al ver á Mouret volvió á inclinarse sencillamente sobre los papeles. Desde que se puso á escribir maquinalmente entre la enumeracion regular de los géneros, se fué tranquilizando poco á poco. Cedia siempre al primer impulso de su sensibilidad, la pasion la ahogaba; luégo obraba la razon y recobraba el valor, y sentia en sí una fuerza de voluntad firmísima. Estaba ya, pues, con los ojos secos y el rostro pálido, sin un solo estremecimiento, aplicada al quehacer y resuelta á fustigar el corazon y no hacer más que lo que quisiera.

Dieron las diez y la barahunda del inventario caldeaba las secciones. Y entre los gritos incesantes que se cruzaban por todas partes, la misma noticia circulaba con una rapidez sorprendente; cada dependiente sabia que Mouret habia escrito á Dionisia aquella mañana invitándola á comer. Paulina habia sido indiscreta; al volver á bajar, emocionada áun con la escena con Dionisia, encontró á Deloche en los encajes, y sin tener en cuenta que hablaba con Lienard, le habló y le contó todo.

— Esto es hecho, querido. Acaba de recibir la carta y la invita para esta noche.

Deloche se puso pálido. Comprendió, porque hablaban todos los dias de su comun amiga, aquel exceso de ternura de Mouret y la invitacion famosa que seria el desenlace de la aventura. Paulina le reconvino su secreto amor por Dionisia, de la que jamas poseeria un dedo siquiera, y se encogió de hombros al ver que Deloche aprobaba la resistencia de la jóven.

— Su pié va mejor; ya ha bajado — siguió ella; — no pongais esa cara de desenterrado. Despues de todo, eso es una suerte para ella.

Dicho lo cual se dió prisa á volver á su seccion.

— ¡Ah! — dijo Lienard que habia oido. — Se trata de la señorita de la torcedura. Teneis razon en daros prisa, ya que la defendiais ayer en el café.

Se fué á su vez, pero al entrar en las lanerías contó la historia de la carta á cuatro ó cinco dependientes. Y desde allí dió la vuelta á los almacenes en ménos de diez minutos.

La última frase de Lienard se referia á una escena ocurrida la víspera en el café Saint-Roch. Lienard y Deloche no se separaban al presente. Deloche habia tomado en el hotel de Smyrne el cuarto de Hutin cuando éste, nombrado segundo de seccion, alquiló para sí tres piezas, y desde entónces los dos dependientes iban juntos al almacen y salian juntos por la noche.

Sus cuartos, que estaban juntos, daban al mismo pasillo oscuro, una especie de pozo estrecho, cuyos malos olores envenenaban el hotel. Se llevaban bien á pesar de su desemejanza moral, comiendo el uno el dinero que sacaba á su padre; el otro sin un cuarto, torturado por ideas económicas. Ambos tenian un punto de contacto: su mala ventura como dependientes, que les hacia vegetar en sus mostradores sin ascender. Cuando salian del almacen se iban al café Saint-Roch, vacío de parroquianos durante el dia y lleno hácia las ocho y media de gran número de empleados de comercio que desbordaban hasta la calle por la ancha puerta de la plaza Gaillon. Surgia de allí un ruido atronador de fichas, de risas, de voces, entre la densa humareda de las pipas. Lienard pedia cosas caras, miéntras Deloche se contentaba con un *bock*, que paladeaba cuatro horas. Allí oyó hablar á Favier en una mesa próxima contando horrores de Dionisia, el modo como habia *flechado* al principal, torciéndose un pié al subir una escalera delante de él. Se contuvo para no pegarle; pero el otro siguió diciendo que la chica bajaba por las noches á ver á su amante, y entónces le trató de embustero, fuera de sí de cólera.

—¡Grosero! ¡Miente, miente! ¿Lo oís?

Y en su emocion hizo confesiones con la voz temblona:

—¡Yo la conozco y lo sé bien... jamas ha sentido nada por otro hombre que el señor Hutin, y áun éste no puede alabarse de haberla tocado la punta de un dedo!..

La relacion desfigurada de este altercado se comentaba en los almacenes, cuando circuló la historia de la carta de Mouret. Á quien primero confió Lienard la noticia fué á uno de los dependientes de la seda. Entre los *sederos* se daba prisa al inventario. Favier y otros dos, subidos en taburetes, vaciaban los anaqueles pasando las piezas á Hutin, quien de pié sobre una mesa cantaba las cifras consultando las etiquetas; luégo arrojaba las piezas al

suelo, que se llenaba poco á poco, subiendo como una marea de otoño. Alberto Lhomme les ayudaba, con el rostro adormilado por una noche pasada de bureo en Batignolles. Una cascada de sol caia por la claraboya, que permitia ver un pedazo de cielo azul.

—¡Corred los toldos!—gritó Bouthemont, ocupado en vigilar el trabajo.—¡Este sol es insoportable!

Favier, en actitud de alcanzar una pieza, gruñó sordamente:

—¡Encerrar á la gente con tan buen tiempo! No hay cuidado de que llueva en dia de inventario, y se os cierra bajo llave cuando todo París se pasea...

Dió la pieza á Hutin. En las etiquetas se indicaba la medida rebajando lo vendido, lo que simplificaba la operacion. El segundo gritó:

—¡Seda fantasía á cuadritos, veintiun metros, seis francos cincuenta!

La seda fué al monton del suelo, y continuó Hutin una conversacion empezada con Favier.

—Luego ¿quiso pegaros?

—Sí; yo bebia tranquilamente mi *bock*. No valia la pena de desmentirme, pues la niña ha recibido esta mañana carta del principal convidándola á comer... Todos hablan de ello.

—¡Eso no es aún un hecho!

Favier le dió otra pieza.

—¡Hubiera puesto la mano en el fuego! Eso parecia cosa antigua.

—¡Idem, veinticinco metros!—gritó Hutin.

Se oyó el golpe sordo de la pieza cuando añadia en voz baja:

—Debe haber empezado su aprendizaje en casa de ese viejo loco de Bourras.

Toda la seccion se regocijó sin interrumpir el trabajo. Se oia el nombre de la jóven y todos se aplicaban á la murmuracion. El mismo Bouthemont, aficionado á los chismes picarescos, no dejó de deslizar una broma de mal gusto que hizo efecto. Alberto, dispierto ya, juró haber visto á Dionisia entre dos militares en el Gros-Caillou. Bajaba entónces Mignot con los veinte francos prestados. Se detuvo junto á Alberto, deslizándole diez francos y citándole para la noche: una jarana proyectada y diferida por falta de dinero, y que ya era posible á pesar de lo escaso de la suma. Pero cuando el bello Mignot supo lo de la carta, hizo una observacion tan grosera, que Bouthemont tuvo que intervenir:

—¡Basta, caballero! Eso no nos importa. Vamos, señor Hutin.

—¡Seda fantasía á cuadritos, treinta y dos metros, seis francos cincuenta!—gritó el último.

Las plumas rasguearon de nuevo, cayeron regularmente los paquetes, subia la marea de telas, como si allí se hubiese detenido el deshielo de un rio. La enumeracion de sedas de fantasía no cesaba. Favier hizo notar á media voz que el *stock* era bonito. La Direccion estaria contenta con aquel animal de Bouthemont, que era el primero para comprar, pero que era una nulidad para la venta. Hutin sonreia encantado, y aprobando con una sonrisa amistosa, porque habiendo introducido él en *La Dicha* á Bouthemont con objeto de minar el terreno á Robineau, le minaba á su vez para ocupar su plaza. Era la misma guerra que la otra vez: insinuaciones pérfidas deslizadas en los oidos de los jefes, excesos de celo á fin de hacerse valer; toda una campaña llevada con afable habilidad. Favier, con quien Hutin habia vuelto á ser condescendiente, le miraba de reojo y con la bílis en el rostro, como si contase los bocados que daba para comerse á Bouthemont, y esperando comérsele á su vez. Esperaba obtener la plaza de segundo si el otro recibia la de jefe de seccion. Despues ya se veria. Ambos hablaban, influidos por la fiebre que corria de lado á lado en los almacenes, de los ascensos probables, sin dejar de cantar el *stock* de las sedas de fantasía. Era probable que Bouthemont llegaria á treinta mil francos aquel año; Hutin pasaria de diez mil, y Favier estimaba el sueldo y el tanto por ciento en cinco mil quinientos. Cada año subian los negocios de la seccion: los dependientes subian por grados y doblaban sus sueldos, como los militares en tiempo de guerra.

—¿Pero no acabamos con esas sedas?—dijo bruscamente Bouthemont con aire aburrido.—No se han comprado más que sedas negras.

Su grueso rostro se oscurecia, y miraba aumentar el monton, miéntras Hutin se reia alto, con voz sonora y como triunfante:

—¡Seda fantasía á cuadritos, veintiocho metros, seis francos cincuenta!

Quedaba una anaquelería entera.

Favier tenía los brazos deshechos é iba más despacio. Al dar las últimas piezas á Hutin, le dijo bajito:

—Decidme... ¿sabeis que la segunda de las confecciones tuvo locura por vos?

El jóven pareció sorprenderse.

—¡Otra! ¿Cómo es eso?

—Sí; ese ganso de Deloche nos lo dijo, y me acuerdo de que en otro tiempo os miraba con gusto.

Desde que era segundo, habia dejado Hutin á las cantantes de café-concierto, dedicándose á las institutrices. Halagado en el fondo, respondió con aire de desprecio:

—Me gustan mejor vestidas, querido, y no me voy con todas, como el principal.

Y se interrumpió para gritar:

—*Ponet* de seda blanca, treinta y cinco metros, ocho francos setenta y cinco.

—¡Ah, por fin!—murmuró Bouthemont.

Sonó una campana: era la segunda mesa, de que formaba parte Favier. Bajó del taburete, donde le reemplazó otro dependiente, y tuvo que pisar el monton de piezas de seda. En todas las secciones se veian montones semejantes; las anaquelerías, las cajas de carton y los armarios se vaciaban poco á poco, miéntras el género desbordaba por todas partes, bajo los piés, entre los mostradores y las mesas en corriente continua. En la ropa blanca se oian las pesadas caidas de las pilas de *calicot;* en la mercería era un ligero rozar de cajas, y se oian rodajes lejanos de la seccion de muebles. Todas las voces estallaban á un tiempo, unas agudas y profundas otras; silbaban las cifras en el aire, y un clamor inmenso tronaba en la inmensa nave, como el de los bosques en Enero cuando el viento se quiebra en las ramas.

Favier llegó al fin á la escalera de los refectorios. Desde el ensanche de *La Dicha de las Damas*, éstos estaban en el cuarto piso de la nueva construccion. Como se habia dado prisa alcanzó á Deloche y Lienard, que habian subido ántes que él, y entónces se detuvo para unirse á Mignot, que iba detras.

—¡Diablo!—dijo en el corredor de la cocina, delante del cuadro en que se inscribia el *menu*.—¡Ya se conoce que estamos de inventario! ¡Fiesta completa! ¡Pollo ó asado de carnero y alcachofas en aceite! ¡Buen traje va á llevar su asado!

Mignot se reia forzosamente, murmurando:

—¡Parece que hay epidemia en la volatería!

Entre tanto, Deloche y Lienard habian tomado su racion y se fueron. Favier se inclinó sobre la mesilla de la cocina, y dijo en voz alta:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pollo!

Pero tuvo que esperar, porque uno de los mozos que trinchaban se habia cortado un dedo, lo que produjo cierta perturbacion. Quedóse con la cara en la mirilla, observando la cocina, instalada en grande, con su horno central, con dos rails en el techo que llenaban por medio de poleas y cadenas las colosales marmitas que no levantarian cuatro hombres. Los cocineros, con sus trajes blancos sobre el fondo rojo del hogar, vigilaban el condimento de la noche, subidos en escalas de hierro y armados de espumaderas con largas asas. Contra la pared estaban los asadores, las cacerolas para el carnero, un calentador monumental, y un fregadero de mármol, que se llenaba por un hilo de agua continuo. Á la derecha, un lavadero, recipientes de piedra para las aguas sucias, grandes como piscinas, y al otro lado una alacena, en que se veian carnes rojas, una máquina para pelar patatas, funcionando con el tic-tac de un molino, y dos carretillas con verduras, que los marmitones refrescaban bajo la fuente.

—¡Pollo!—repitió Favier impaciente.

Y añadió, volviéndose, en voz baja:

—Uno se ha cortado, y eso es una porqueria, porque se mezcla con la comida.

Mignot quiso verlo. Los dependientes comian y se reian. Entre tanto los dos jóvenes, con la cabeza en la mirilla, se comunicaban sus reflexiones ante aquella cocina de falansterio, en la que los más pequeños utensilios, hasta las escobas, eran gigantescos. Habia que servir dos mil almuerzos y dos mil cenas, sin contar con que los empleados aumentaban cada semana. Era aquello una sima que se tragaba en un dia diez y seis hectólitros de patatas, ciento veinte libras de manteca, y en cada comida habia que poner tres barriles á espita abierta, que vaciaban setecientos litros sobre el mostrador de la cantina.

—¡Al fin!—exclamó Favier cuando apareció el cocinero con una fuente, en la que trinchó un pollo.

—¡Pollo!—dijo Mignot.

Y entraron los dos con sus tenedores en el refectorio, despues de tomar su racion de vino en la cantina, miéntras á sus espaldas sonaba la palabra *pollo* con regularidad, y se oia el trinchante del cocinero partir los trozos con movimientos rápidos y cadenciosos.

Entónces era el refectorio una inmensa sala en que cabian los

quinientos cubiertos de las tres series cómodamente. Los cubiertos estaban sobre largas mesas de caoba colocadas paralelamente á lo largo; á los extremos, y en mesas parecidas, estaban los sitios de los jefes de seccion é inspectores; en medio habia un mostrador para los extraordinarios. Grandes ventanas á derecha é izquierda alumbraban vivamente la galeria, cuyo techo, á pesar de sus cuatro metros de elevacion, parecia bajo. Despues de este primer refectorio habia otro para los mozos de almacen y cocheros, cuyas comidas se servian irregularmente, á medida que el servicio lo reclamaba.

—¡Cómo! ¿tambien á vos os ha tocado muslo?—dijo Favier cuando se sentó en una de las mesas frente á su compañero.

Otros dependientes se sentaron cerca. No habia mantel; los tenedores hacian seco ruido sobre la caoba. En aquel rincon todo eran exclamaciones, porque el número de muslos de pollo era prodigioso.

—¡Estas aves sólo tenian patas!—hizo notar Mignot.

Los que sólo tenian armazones de ave se enfadaron. La alimentacion habia mejorado desde el ensanche. Ya no contrataba Mouret con un proveedor por una suma fija; dirigia la cocina, de la que habia hecho un servicio organizado como una de sus secciones, con jefe, subjefes y un inspector, y si gastaba más, en cambio obtenia mayor suma de trabajo del personal, mejor alimentado, cálculo de humanitarismo práctico, que escandalizó mucho á Bourdoncle.

—¡Vamos, el mio está tierno!—dijo Mignot;—dadme el pan.

El pan, enorme, dió la vuelta, y cuando el último cortó su rebanada, clavó el cuchillo en la miga. Algunos retrasados entraban en fila, sentándose con un apetito feroz, aumentado por el trabajo de aquel dia. Era un rumor creciente de tenedores, de *glu-glu* de botellas que se vaciaban, choques de vasos dejados vivamente, ruido de quinientas mandíbulas sólidas mascando con energía. Las palabras, raras aún, se ahogaban en las bocas llenas.

Deloche, sentado entre Baugé y Lienard, se encontraba casi frente á Favier: los dos se lanzaron una mirada rencorosa. Los vecinos cuchicheaban sobre la disputa de la víspera. Luégo se rieron de la mala suerte del siempre hambriento Deloche, que caia por una especie de hado adverso sobre la peor racion. Aquel dia traia un cuello de pollo y un trozo de armazon. Él dejó bromear en silencio, tragando buenos bocados de pan sin atarugar-

se, con el arte de un buen mozo que profesa el culto del comer.

—¿Por qué no reclamais?—dijo Baugé.

Él se encogió de hombros. ¿Para qué? Era peor, porque si no se aguantaba podia irle peor.

—Ya sabeis que los cordoneros tienen ahora su club—dijo Mignot de pronto;—bueno... el *Cordon-Club*. Está en casa de un vinatero de la calle Saint-Honoré, que les alquila los sábados una sala.

Habló de los dependientes de la mercería y toda la mesa se animó. Entre bocado y bocado, con la voz áun no clara, cada uno dijo una palabra y añadió un detalle; allí no habia más que lectores obstinados que se quedaban lelos con la nariz metida en un periódico. Se convino en que cada vez eran mejores los empleados de comercio. Al presente, cerca de la mitad hablaban inglés ó aleman. El *chic* no era ir á caza vedada á Bullier ó silbar á las cantantes feas en los cafés, sino reunirse una veintena y fundar un círculo.

—¿Tienen piano como los lenceros?—preguntó Lienard.

—¡Ya lo creo que tiene piano el *Cordon-Club!*—dijo Mignot.—Tocan y cantan, y hasta hay quien, como el pequeño Bavoux, lee versos.

Aumentó la algazara y se rió á costa del pequeño Bavoux. Se tenia consideracion con las risas. Luégo se habló de una pieza del Vaudeville en que uno hacia un papel muy feo; muchos se cansaban y otros se preocupaban de la hora á que se les soltaria á la la noche, porque tenian que ir de reunion. De todos los puntos de la gran sala partian conversaciones semejantes, entre el ruido creciente de la vajilla. Para desvanecer el olor á comida que despedian los quinientos cubiertos, se abrieron las ventanas, cuyas cortinas ardian al pesado sol de Agosto. Hálitos ardientes venian de la calle, y reflejos de oro amarilleaban el techo, bañando en luz roja á los que comian sudorosos.

—¡Vaya, que encerrarnos un domingo con este tiempo!—repetia Favier.

Esta reflexion hizo pensar en el inventario. El año era soberbio y se llegó á las primas y los ascensos, el tema eterno, la cuestion palpitante que á todos interesaba. Cuando habia volatería se declaraba la sobreexcitacion y el ruido se hacia insoportable. Cuando los mozos trajeron las alcachofas en aceite, nadie se entendia. El inspector de servicio tenia órden de ser tolerante.

—Á propósito—dijo Favier—¿sabeis la aventura?

Tenía la voz insegura. Mignot preguntó:

—¿Á quién no le gusta la alcachofa? Vendo mi postre por una alcachofa.

Nadie respondió; á todos gustaba la alcachofa. Aquella comida se contaria entre las mejores: se habian visto albérchigos para postre.

—La ha convidado á comer—decia Favier á su vecino de la derecha acabando su relato.—Pero ¿no lo sabiais?

Toda la mesa lo sabía, y se estaba cansado de hablar de ello desde por la mañana. Las mismas bromas pasaron de boca en boca. Deloche palideció, y sus ojos acabaron por fijarse en Favier, que repetia con insistencia:

—Si no la ha conseguido, la conseguirá, y no le sacará el producto, no.

Tambien él miraba á Deloche, añadiendo con aire provocativo:

—Los que gusten de huesos pueden tenerla por cinco francos.

Bajó bruscamente la cabeza porque Deloche, cediendo á un movimiento irresistible, acababa de tirarle á la cara su último vaso de vino, gritando:

—¡Toma, embustero indecente! ¡Ya debí habértelo tirado ayer!

Aquello fué un escándalo. Algunas gotas alcanzaron á los vecinos de Favier, que sólo tenía el pelo ligeramente mojado; el vino, lanzado por mano muy ruda, habia ido al otro lado de la mesa. La gente se irritó: ¿dormia con ella para defenderla así? Aquel bruto merecia un par de bofetadas para aprender á conducirse. Bajaron las voces al acercarse el inspector, porque era inútil mezclar á la Administracion en aquello. Favier se limitó á decir á media voz:

—¡Si me llega á dar, hubierais visto qué baile!

Todo acabó en algazara. Cuando Deloche, temblon aún de ira, quiso beber para serenarse, cogiendo maquinalmente su vaso vacío, estallaron las risas. Dejó sencillamente el vaso y se puso á chupar las hojas de la alcachofa que habia comido.

—Pasad la botella á Deloche—dijo tranquilamente Mignot.—Tiene sed.

Redoblaron las risas. Aquellos señores dejaban los tenedores en pilas de trecho en trecho, miéntras los criados paseaban el postre de albérchigos en cestas. Volvieron á reirse cuando Mignot añadió:

—Cada cual con su gusto. Deloche come el albérchigo con vino.

Éste estaba inmóvil. Con la cabeza baja y como sordo, no oia las bromas, experimentando disgusto por lo que habia hecho. Aquella gente tenía razon: ¿con qué títulos la defendia? Se creeria todo lo peor. Se hubiera pegado á sí mismo por haberla comprometido queriendo justificarla. Era su buena suerte de siempre; mejor hubiera hecho en irse sin cometer torpezas cediendo á su corazon. Tenía lágrimas en los ojos. No era culpa suya si todo el almacen hablaba de la carta escrita por el principal. Les oia calumniar con palabras crudas á propósito de aquella invitacion, cuya confidencia sólo habia recibido Lienard. Se acusaba á sí propio: no debió haber dejado hablar á Paulina delante de este último, y él era el solo responsable de la indiscrecion cometida.

—¿Por qué lo contasteis? — murmuró al fin dolorosamente.— Eso está mal hecho.

—¡Yo!—repuso Lienard.—Sólo se lo conté á una ó dos personas exigiendo secreto. ¡No se sabe cómo se divulgan las cosas!

Cuando Deloche se decidió al fin á beber un vaso de agua, todos rieron. Los empleados esperaban el toque de campana llamándose de léjos, con la satisfaccion de quien ha comido bien. En el mostrador central se habian pedido pocos extraordinarios, tanto más cuanto que la Administracion daba aquel dia el café. Humeaban las tazas; los rostros sudaban sobre aquel ligero vapor que flotaba como la nube azulada del cigarro. Los toldos de las ventanas estaban inmóviles; uno de ellos se alzó, y un rayo de sol iluminó el techo. El rumor era tan fuerte, que sólo oyeron la campana los de las mesas próximas á la puerta. Empezó el desfile y la desbandada llenó los corredores.

Deloche se retrasó para huir de las bromas, que seguian. El mismo Baugé salió ántes que él, y eso que Baugé era el último que salia, para hallar al paso á Paulina cuando iba al refectorio de señoras; era una maniobra combinada entre ellos para verse un minuto durante el trabajo. Aquel dia se estaban besando á más y mejor en un ángulo del corredor, cuando les sorprendió Dionisia que subia tambien á almorzar. Andaba lentamente á causa de su pié.

—¡Oh, querida mia!—balbuceó Paulina como una amapola; —¿no diréis nada, verdad?

Baugé, con su aspecto de hércules, temblaba como un niño, y murmuró:

—Nos zapatearian ahí fuera... y no sé por qué se han de extrañar esos bestias de que nos abracemos estando anunciada la boda

Dionisia, casi asustada de haberles visto, afectó no apercibirse. Se fué Baugé cuando apareció Deloche; quiso excusarse y balbuceó frases que Dionisia no entendió al pronto. Luégo reprochó á Paulina el haber hablado delante de Lienard, y Dionisia tuvo al fin la explicacion de lo que se cuchicheaba detras de ella desde aquella mañana. La historia de la carta. Tuvo un estremecimiento y se vió como desnudada por todos aquellos hombres.

—Yo no sabia nada — respetia Paulina — y ademas, no hay en eso nada vituperable. Se deja que hablen y se irriten.

—Querida—dijo al fin Dionisia con su aspecto juicioso — no os acuso: habeis dicho la verdad. He recibido una carta y á mí me toca contestarla.

Deloche se fué triste, comprendiendo que la jóven aceptaba su situacion y que iria á la cita. Cuando almorzaron las dos jóvenes en una salita próxima á la grande, donde era mejor el servicio, Paulina tuvo que ayudar á bajar á Dionisia, porque se le cansaba el pié.

Abajo, y con el calor del mediodía, rugia el inventario. Era la hora crítica, cuando ante el trabajo poco adelantado por la mañana se desplegaban las fuerzas para acabar por la noche. Las voces sonaban y sólo se veia el movimiento de los brazos vaciando la anaquelería y arrojando el género; no se podia circular, porque los montones llegaban á la altura de los mostradores. Una ola de cabezas, de brazos, de puños, parecia perderse en el fondo de las secciones como una revuelta popular. Era la última fiebre de la máquina á alta presion, miéntras detras de los cristales se veian raros transeuntes andando con el fastidio sofocante de un domingo de verano. En la acera de la calle Neuve-Saint-Augustin, tres muchachas pegaban los rostros á los vidrios, tratando de ver aquel afan de laboratorio que hervia dentro.

Cuando Dionisia entró en las confecciones, la señora Aurelia dejó á Margarita que acabase la enunciacion de los vestidos. Se encargó del trabajo de comprobacion, que necesitaba silencio, y se llevó para hacerlo á Dionisia á la sala de muestrarios.

—Venid conmigo; confrontarémos y luégo añadiréis si falta algo.

Pero como dejára la puerta abierta á fin de vigilar su seccion, entraba la barahunda y no era posible entenderse en aquella sala.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Era una vasta pieza cuadrada llena, de tres cajas y con tres largas mesas. En un rincon estaban los cuchillos mecánicos para cortar las muestras. Habia allí piezas enteras; al año se expedian más de veinte mil francos de telas distribuidas en pedacitos. De la mañana á la noche cortaban los cuchillos la seda y la lana. Luégo habia que reunir los cuadernos, y coserlos ó pegarlos. Entre dos ventanas habia una pequeña imprenta para las etiquetas.

—¡Más bajo! —decia de vez en cuando la señora Aurelia, que no oia á Dionisia leer los artículos.

Cuando terminó la confrontacion de las primeras listas las dejó sobre una de las mesas junto á las adiciones. Salió y volvió en seguida, instalando junto á la jóven á la señorita Fontenailles, que ya no hacia falta en los equipos de boda. Ésta, adicionaria tambien, y se ganaba tiempo. Pero la aparicion de la marquesa, como la llamaba Clara, revolucionó á la seccion. Se reia, se daban bromas á José y entraban por la puerta palabras atroces.

—No os retireis, porque no me incomodais—dijo Dionisia llena de compasion.—Venid; mi tintero bastará para las dos.

La señorita Fontenailles no encontró, aturdída, una palabra de gratitud. Debia sufrir: su rostro delgado tenía color plomizo, y sus manos, blancas y finas, acusaban aún la distincion de su raza.

Cesaron de pronto las risas y el trabajo siguió. Era que llegaba Mouret dando una vuelta por las secciones.

Se detuvo buscando á Dionisia, sorprendido de no verla. Con una seña llamó á la señora Aurelia, con la que habló un instante. Ella le indicó la sala de muestrarios, y luégo como que se puso á darle cuentas. Sin duda le contaba que la jóven habia llorado aquella mañana.

—¡Perfectamente! —dijo alto Mouret.—Á ver las listas...

—Por aquí—repuso la primera;—nos hemos quitado de este barullo.

Él la siguió á la pieza vecina. No engañó á Clara la maniobra, y murmuró que era mejor que buscasen una cama en seguida; pero Margarita le arrojó el género con mayor viveza para entretenerla y que no hablase. ¿No era la segunda una buena compañera? Sus asuntos no interesaban á nadie. La seccion era cómplice: los dependientes se movian más, y los hombros de Lhomme y José se encogian. Hasta el inspector Jouve, que habia notado la táctica de la señora Aurelia, se puso á pasear ante la puerta, con el paso regular del funcionario que custodia el placer de su amo.

—Dad las listas al señor—dijo la primera al entrar.

Dionisia las entregó y se quedó mirándole. Se sobresaltó ligeramente, pero se dominó y se calmó, quedándose firme y pálida. Mouret pareció absorberse en la numeracion del género sin mirarla. Reinó el silencio. La señora Aurelia se acercó á la de Fontenailles, que no volvia la cabeza y parecia descontenta de aquel trabajo, y la dijo á media voz:

—Idos á ayudar en los paquetes... no teneis la costumbre de los números.

La jóven se levantó y volvió á la seccion, donde la acogieron los cuchicheos. José, bajo las miradas de aquellas señoritas, escribia torcido. Encantada Clara con aquella ayuda, la aturdió, fiel á la antipatía que sentia por todas las mujeres del almacen. Pensaba en la estupidez de amar á un José cuando era marquesa, y la daba celos.

—¡Muy bien, muy bien!—repetia Mouret afectando leer.

La señora Aurelia no sabía cómo irse. Paseaba, iba á mirar los cuchillos mecánicos, furiosa porque su marido no encontrase un pretexto para llamarla. Pero éste no se ocupaba nunca de los asuntos serios: se hubiera muerto de sed en la orilla de un rio. Margarita fué la que comprendió, entrando á pedir un dato á su primera.

—Ya voy yo—dijo ésta.

Cubierta su dignidad, y teniendo ya pretexto para ante aquellas señoritas que la observaban, dejó al fin solos á Mouret y Dionisia, saliendo con aspecto tan imperial y actitud tan noble, que las oficialas no se atrevieron ni á sonreir.

Mouret fué dejando las listas sobre la mesa. Miraba á la jóven, que seguia sentada con la pluma en la mano. Ella no bajaba la vista, pero estaba más pálida.

—¿Vendréis esta noche?—preguntó á media voz.

—No, señor—contestó ella;—no puedo. Mis hermanos están en casa del tio y he prometido ir á comer con ellos.

—Pero ¿y el pié? Andais con dificultad.

—¡Oh! iré bien hasta allí. Estoy mejor desde esta mañana.

Él se puso pálido á su vez ante aquella negativa tan tranquila. Sus labios se agitaban nerviosamente. Se contuvo, y tomando el aire de superior que se interesa por una de sus oficialas,

—Vamos—dijo—yo os lo ruego. Ya sabeis cuánto os estimo.

Dionisia siguió en su actitud respetuosa.

—Estoy agradecidísima á vuestra bondad para conmigo, y os agradezco la invitacion; pero, lo repito, no puedo: mis hermanos me esperan esta noche.

Ella se obstinaba en hacer que no entendia. Por la puerta abierta sentia que el almacen entero la hacia pedazos. Paulina la llamaria amistosamente tonta, y las demas se burlarian de ella si rehusaba. La señora Aurelia, que se habia ido; Margarita, cuya voz oia; los Lhomme, cuyas espaldas veia... todos la empujaban hácia el amo. El contínuo rugir del inventario, aquellas millones de géneros gritados en alta voz, removidos con los brazos, eran como un viento cálido que llevaba la pasion hasta ella.

Hubo un silencio. El ruido cubria la voz de Mouret, como el rugido formidable de una fortuna real ganada en las batallas.

—Entónces... ¿cuándo vendréis?—preguntó mecánicamente.

—¿Mañana?

Esta sencilla pregunta turbó á Dionisia. Perdió un momento la serenidad y balbuceó:

—No lo sé... no puedo...

Él sonrió y quiso cogerla una mano, que ella retiró.

—¿De qué teneis miedo?

Ella levantó la cabeza, le miró cara á cara, y le dijo sonriendo, con su aire dulce y valiente:

—Yo no temo nada, señor. Se hace únicamente lo que se quiere; ¿no es cierto? Bien, pues yo no quiero: eso es todo.

Se calló al sentir un rechinamiento; se volvió y vió cerrarse lentamente la puerta. Era que el inspector Jouve habia tirado de ella: las puertas estaban á su cargo y no debian estar abiertas. Luégo se quedó haciendo su centinela. Nadie se apercibió de que se habia cerrado tan sencillamente aquella puerta. Clara fué la única que lo notó, y deslizó una frase cruda al oido de la señorita Fontenailles, que no hizo ni un gesto.

Dionisia se puso en pié miéntras Mouret la decia en voz baja y temblorosa:

—Escuchadme... Os amo. Lo sabeis hace tiempo: no jugueis cruelmente haciendo que lo ignorais. No temais nada; veinte veces he querido llamaros á mi despacho. Hubiéramos estado solos sin más que correr un pestillo; pero no he querido: ya veis que os hablo aquí donde puede entrar el que quiera... Os amo, Dionisia...

Ella estaba en pié, pálida y mirándole sin bajar los ojos.

—¿Por qué os negais? ¿No teneis necesidades? Vuestros hermanos son una carga pesada. Todo lo que me pidais, cuanto exijais de mí...

Ella le detuvo con una frase:

—Gracias; gano más de lo que necesito.

—Pero yo os ofrezco la libertad, una existencia de lujo y placeres. Os instalaré en casa propia y os aseguraré una pequeña fortuna.

—No, gracias; me aburriria sin hacer nada, y llevo diez años ganándome la vida.

Él hizo un gesto de loco: era la primera que no cedia ante sus caprichos. No habia hecho más que dejarse ir para conquistar á las otras, que esperaban sumisamente sus caprichos, y ésta decia que no, sin dar una excusa razonable. Su deseo, contenido hacía tiempo y exasperado con la resistencia, le empujaba. Tal vez ofrecia poco... Dobló la oferta y la estrechó más.

—No, no, gracias—respondió ella sin desfallecer.

Entónces dejó él escapar este grito de su corazon:

—¿No veis que sufro? Sí, esto es necio, pero sufro como un niño.

Se llenaron de lágrimas sus ojos; hubo una nueva pausa. Se oia tras de la cerrada puerta el ruido del inventario como el moribundo acompañamiento del triunfo. El coro era discreto ante la derrota del amo.

—¡Si yo quisiera!..—dijo él con voz ardiente y cogiéndola las manos.

Dionisia no las retiró: sus ojos se entornaron y se abatió su fuerza. El tibio calor de las manos de aquel hombre la llenaba de dulce cobardía. ¡Con qué placer se hubiera colgado á su cuello y descansado sobre su pecho!

—¡Lo quiero, lo quiero!—repetia él medio loco.—Os espero esta noche ó tomaré medidas que...

Se hizo brutal. Ella lanzó un pequeño grito: el dolor que sintió en la muñeca la devolvió todo su valor. De una sacudida se desprendió, y dijo erguida y magnífica:

—No... dejadme. Yo no soy una Clara á quien se abandona al otro dia. Ademas amais á otra persona... Sí, á esa dama que viene aquí; quedaos con ella. Yo no voy á partir con nadie.

La sorpresa clavó á Mouret. ¿Qué decia? ¿qué queria? Jamas las entretenidas de su almacen se ocuparon de si eran amadas.

Debió reirse, pero aquella actitud de dulce fiereza acabó de trastornarle el corazon.

—Ábrid la puerta—siguió ella.—No es conveniente que estemos aquí juntos de este modo.

Él obedeció. Con las mandíbulas temblorosas y no sabiendo cómo ocultar su emocion, llamó á la señora Aurelia y la emprendió con el surtido de cuellos, diciendo que era preciso bajar los precios, bajarlos hasta que no quedára uno. Esta era regla en la casa. Se vendia con sesenta por ciento de pérdida mejor que conservar un modelo antiguo ó una tela pasada. Bourdoncle, que iba en busca de Mouret, le esperaba hacía un instante ante la puerta cerrada por Jouve, quien le dijo al oido una palabra con aire grave. Se impacientaba, sin hallar valor para interrumpir la entrevista del director. ¡Era posible! ¡encerrarse un dia como aquel con tan mezquina criatura! Cuando salió al fin, le habló de sedas de fantasía, cuya existencia era enorme. Esto fué un pretexto para Mouret, que pudo gritar á su gusto. ¿En qué pensaba Bouthemont? Se alejó diciendo que no comprendia que un dependiente de visita de fábricas careciese de olfato hasta el punto de comprar más de lo que necesita la venta.

—¿Qué hay?—murmuró la señora Aurelia, conmovida con la reprimenda.

Las señoritas se miraron con sorpresa. Á las seis terminó el inventario. Brillaba aún el sol, un rubio sol de verano cuyos reflejos de oro caian por las claraboyas. Volvian del campo las familias cargadas de ramos y arrastrando á sus niños. Sólo se oia en el fondo de las galerías la voz retrasada de algun dependiente que vaciaba la última caja. Luégo callaron estas voces, y de la barahunda del dia sólo quedó un estremecimiento sobre el desórden formidable de las mercancías. Los anaqueles, los armarios, los cartones y las cajas estaban vacíos: ni un metro de tela ni un objeto habian quedado en su sitio. Los vastos almacenes sólo ofrecian el espectáculo de su armazon completamente limpia, como el dia de la instalacion. Aquella desnudez era la prueba visible del inventario. Por el suelo se amontonaban diez y seis millones en mercancías. Un mar creciente que habia sumergido las mesas y los mostradores. Los dependientes empezaban á colocar el género, sumergidos hasta los hombros, y contaban acabar á las diez.

Cuando la señora Aurelia, que era de la primera mesa, volvia de comer, trajo la noticia de los negocios realizados en el año, cuya cifra se conocia sumando las de las secciones. El total era de ochenta millones, diez más que el año pasado. No habia baja real más que en las sedas de fantasía.

—Si el señor Mouret no está contento, no sé por qué será—dijo la primera;—miradle allá abajo, en lo alto de la escalera grande; está furioso.

Las señoritas fueron á verle. Estaba solo, de pié, con la cara sombría, por cima de aquellos millones tirados á sus piés.

—Señora—dijo Dionisia en aquel momento—si fueseis tan buena que permitieseis que me retirára... No sirvo para nada á causa de mi pierna, y como tengo que comer hoy en casa del tio con mis hermanos...

¡Oh asombro! ¡No habia cedido segun eso! La señora Aurelia dudó, casi hasta prohibirla salir con la voz breve y aspecto de enfado, miéntras Clara se encogia de hombros llena de incredulidad, diciendo:

—¡Qué! será que él no ha querido.

Cuando Paulina supo el desenlace, estaba con Deloche delante de los equipos de boda: la alegría brusca del jóven la disgustó. ¡Bastante la aprovechaba aquello! ¿Era tan bestia el jóven que preferia que su amiga no cogiese la dicha al paso? Bourdoncle no se atrevia á romper el aislamiento de Mouret, y se paseaba entre el ruido, presa de sorda inquietud.

Dionisia bajó. Al llegar al descansillo de la escalerilla apoyándose dulcemente en la baranda, pasó junto á varios dependientes que cuchicheaban. Oyó su nombre y que se hablaba aún de su aventura. Ellos no la vieron.

—Eso son gazmoñerías—decia Favier.—Es una masa de vicio... Yo sé de uno con quien quiso liarse á la fuerza.

Y miraba á Hutin, que para conservar su dignidad de segundo estaba á cuatro pasos sin mezclarse en la conservacion. Pero halagado por la envidia con que le consideraban todos, se dignó murmurar:

—¡Cómo me aburrió con sus tonterías!

Dionisia, herida en el corazon, se agarró á la barandilla. Debieron verla, porque todos se dispersaron riendo. Tenía razon de asustarse de sus ignorancias de otro tiempo, cuando pensaba en él. Pero ahora, ¡qué cobarde era y cómo le despreciaba! Se turbó con este razonamiento: ¿no era extraño que hubiese podido resistir á un hombre adorado, cuando en otro tiempo se sentia débil

delante de aquel miserable á quien ciertamente no amó? Su razon y su valor palidecian ante estas contradicciones de su sér en el que no leia con claridad, y se apresuró á atravesar la seccion.

El instinto la hizo alzar la cabeza al atravesar la puerta abierta por un inspector. Vió á Mouret en lo alto de la escalera, sobre el descansillo central, dominando la galería. Pero no se acordaba del inventario, no veia su imperio ni aquellas riquezas que crujian á sus piés. Todo habia desaparecido para él: las ruidosas victorias de ayer y la colosal fortuna del mañana. Siguió á Dionisia con una mirada desesperada, y cuando aquélla pasó la puerta... nada: la casa se quedó para él oscura y vacía.

XI

Bouthemont llegó aquel dia el primero á casa de la señora Desforges al té de las cuatro. Estaba sola en su gran salon Luis XVI, cuyos bronces y brocateles parecian brillar alegres, y se levantó diciendo:

—¿Qué hay?

—Que cuando le dije que subiria á saludaros—contestó el jóven—me prometió formalmente que vendria.

—¿Le dijisteis que vendria el Baron?

—Sin duda... Eso fué lo que pareció decidirle.

Hablaron de Mouret. El año anterior, parecia muy inclinado á Bouthemont hasta el punto de admitirle en sus placeres. Se presentó á Enriqueta, contento por tener un confidente que rompiese algo la aridez de aquellas relaciones que ya le cansaban. Así fué que el primero de la seccion de sederías acabó por ser el confidente de su principal y de la jóven viuda: hacía sus encargos, hablaba al uno del otro, y los ponia en paz muchas veces. Enriqueta se abandonaba en las crisis de sus celos á una intimidad de que ella misma se sorprendia, pues perdia su aplomo de mujer de mundo, que tiene en cuenta ante todo las apariencias.

—Era preciso haberle traido—repuso ella violentamente;—así hubiese estado segura.

—No es culpa mia, señora—dijo él sonriendo.—Se me escapa hace algunas semanas. ¡Oh! me quiere bien, porque sin él lo pasaria yo mal en la casa.

Su situacion en *La Dicha de las Damas* estaba, efectivamente, amenazada desde el último inventario. Se agarró al pretexto de lo lluvioso de la estacion; pero el considerable sobrante de sedas de fantasía no se le perdonaba, y como Hutin explotaba la situacion minándole rabiosamente el terreno, sentia crujir el suelo bajo sus piés. Mouret le habia condenado, tal vez aburrido de un tes-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

delante de aquel miserable á quien ciertamente no amó? Su razon y su valor palidecian ante estas contradicciones de su sér en el que no leia con claridad, y se apresuró á atravesar la seccion.

El instinto la hizo alzar la cabeza al atravesar la puerta abierta por un inspector. Vió á Mouret en lo alto de la escalera, sobre el descansillo central, dominando la galería. Pero no se acordaba del inventario, no veia su imperio ni aquellas riquezas que crujian á sus piés. Todo habia desaparecido para él: las ruidosas victorias de ayer y la colosal fortuna del mañana. Siguió á Dionisia con una mirada desesperada, y cuando aquélla pasó la puerta... nada: la casa se quedó para él oscura y vacía.

XI

Bouthemont llegó aquel dia el primero á casa de la señora Desforges al té de las cuatro. Estaba sola en su gran salon Luis XVI, cuyos bronces y brocateles parecian brillar alegres, y se levantó diciendo:

—¿Qué hay?

—Que cuando le dije que subiria á saludaros—contestó el jóven—me prometió formalmente que vendria.

—¿Le dijisteis que vendria el Baron?

—Sin duda... Eso fué lo que pareció decidirle.

Hablaron de Mouret. El año anterior, parecia muy inclinado á Bouthemont hasta el punto de admitirle en sus placeres. Se presentó á Enriqueta, contento por tener un confidente que rompiese algo la aridez de aquellas relaciones que ya le cansaban. Así fué que el primero de la seccion de sederías acabó por ser el confidente de su principal y de la jóven viuda: hacía sus encargos, hablaba al uno del otro, y los ponia en paz muchas veces. Enriqueta se abandonaba en las crisis de sus celos á una intimidad de que ella misma se sorprendia, pues perdia su aplomo de mujer de mundo, que tiene en cuenta ante todo las apariencias.

—Era preciso haberle traido—repuso ella violentamente;—así hubiese estado segura.

—No es culpa mia, señora—dijo él sonriendo.—Se me escapa hace algunas semanas. ¡Oh! me quiere bien, porque sin él lo pasaria yo mal en la casa.

Su situacion en *La Dicha de las Damas* estaba, efectivamente, amenazada desde el último inventario. Se agarró al pretexto de lo lluvioso de la estacion; pero el considerable sobrante de sedas de fantasía no se le perdonaba, y como Hutin explotaba la situacion minándole rabiosamente el terreno, sentia crujir el suelo bajo sus piés. Mouret le habia condenado, tal vez aburrido de un tes-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tigo que le impedia romper aquellas relaciones, y fatigado de una familiaridad sin beneficios. Pero ponia por delante á Bourdoncle segun costumbre: éste y los demas consocios exigian la despedida de Bouthemont en cada consejo. Miéntras, él resistia—segun decia—defendiendo á su amigo, arriesgando las mayores molestias.

—En fin, esperaré—replicó la señora Desforges.—Ya sabeis que esa jóven debe venir á las cinco. Quiero ponerles en presencia uno de otro, y tener su secreto.

Volvió sobre su meditado plan, y repitió febrilmente que habia rogado á la señora Aurelia le enviase á Dionisia para ver un abrigo que le estaba mal. Cuando tuviese á la jóven en su cuarto, encontraria medio de llamar á Mouret y obraria en seguida.

Bouthemont, sentado frente á ella, la miraba con sus ojos alegres, que procuraba poner serios. Aquel jovial compadre de barba negra, confidente alegre cuya sangre gascona le coloreaba el rostro, creia que no eran santas las mujeres de mundo y que sacaban mucho trapo sucio cuando vaciaban su saco. Las queridas de sus amigos, oficialillas de tienda, no se permitian confidencias tan completas.

—Veamos qué puedo hacer por vos—dijo.—Os juro que nada hay entre ellos.

—¡Precisamente!—exclamó ella.—Á ésta la ama. Me rio yo de las otras, de los encuentros de un dia.

Habló con desden de Clara. Se le dijo que desde la negativa de Dionisia se habia aplicado Mouret á aquélla otra vez, por cálculo sin duda. La sostenia en la seccion y la colmaba de regalos. Desde hacía tres meses llevaba una vida terrible de placeres, sembrando el dinero con una prodigalidad que daba qué hablar. Habia comprado un hotel á una de entre bastidores y era comido por otras dos ó tres que parecian luchar á ver á cuál de ellas se le ocurria un capricho más caro y más estúpido.

—Es la culpa de esa criatura—dijo Enriqueta.—Comprendo que se arruina con otras por la repulsa de esa jóven. Á mí no me importa su dinero: mejor le querria pobre. Vos, que sois nuestro amigo, sabeis cuánto le amo.

Se detuvo, casi á punto de llorar, y con un movimiento de abandono tendió las manos á Bouthemont. Era cierto que amaba á Mouret por su juventud y sus triunfos; jamas la habia conquistado así un hombre, en el estremecimiento de su carne y de su

orgullo. Á la idea de perderle se le representaban sus cuarenta años y se preguntaba con terror cómo reemplazaria aquel grande amor.

—Me vengaré—murmuraba;—me vengaré si me trata mal.

Bouthemont la tenía cogidas las manos. Áun era bella; pero sería una querida cargante y no le gustaba aquel género. La cosa merecia reflexionarse: tal vez convendria pasar por los fastidios que proporcionaria.

—¿Por qué no os estableceis?—preguntó ella de pronto y desasiéndose.

Él se quedó asombrado y respondió:

—Porque se necesitan fondos considerables. Hace un año me rompia la cabeza con esa idea. Podria hallarse en Paris clientela para uno ó dos grandes almacenes, pero sabiendo escoger el barrio. El *Bon-Marché* tiene la orilla derecha del rio; el *Louvre*, el centro, y nosotros acaparamos en *La Dicha* los barrios ricos del Oeste. Queda la parte Norte en que puede hacerse la competencia á la plaza Clichy. Descubrí un sitio soberbio, detras de la Ópera...

—¿Y qué?

Bouthemont rió ruidosamente.

—Figuraos que cometí la torpeza de hablar de esto á mi padre, y fuí bastante tonto para encargarle que buscase accionistas en Tolosa...

Refirió jovialmente la cólera del buen viejo, irritado con los grandes bazares parisienses en el fondo de su tiendecilla de provincia. El viejo, á quien sofocaban los treinta mil francos ganados por su hijo, respondió que daria su dinero y el de sus amigos á los hospicios, ántes que contribuir con un céntimo á levantar uno de esos almacenes, que eran las casas de prostitucion del comercio.

—Ademas—concluyó el jóven—harian falta millones.

—¿Y si se encontráran?—dijo sencillamente la señora Desforges.

Él la miró poniéndose serio. ¿Eran sólo palabras de mujer celosa? Ella no le dió tiempo para preguntar, y añadió:

—Ya sabeis cuánto me intereso por vos. Hablarémos de ello otra vez.

Sonó el timbre del recibimiento. Ella se levantó y él retiró instintivamente su silla, como si se fuese á sorprenderles. Hubo

un silencio en el salon de rientes tapices, provisto de tal profusion de plantas, que habia como un pequeño bosque entre las ventanas. La señora Desforges, de pié y con el oido atento, esperaba.

—Él es—murmuró.

El criado entró y anunció:

—El señor Mouret: el señor de Vallagnosc.

Enriqueta no pudo contener un gesto de cólera. ¿Por qué no venia solo? Habia ido sin duda á buscar á su amigo ante el temor de una disputa posible. Sonrió, sin embargo, y tendió la mano á los dos jóvenes.

—¡Qué poco se os ve, señor Mouret, y tambien á vos, señor de Vallagnosc!

Su temor era el de engruesar mucho, y así se apretaba con corpiños de seda negra para contener aquel desbordamiento. Al presente era aún fina su cabeza, rodeada de negros cabellos. Mouret la dijo familiarmente, envolviéndola en una mirada:

—Es inútil pediros noticias vuestras: estais tan fresca como una rosa.

—Sí, me encuentro bien, aunque hubiera podido morirme sin que supierais una palabra.

Ella le examinaba: estaba nervioso y cansado, con las pupilas fatigadas y el color plomizo.

—Bueno—dijo con tono que quiso hacer jovial—no os devuelvo vuestra adulacion, no teneis hoy buena cara.

—El trabajo—dijo Vallagnosc.

Mouret respondió con un gesto indefinible. Acababa de ver á Bouthemont, y le dirigió un saludo amistoso con la cabeza. En los tiempos en que eran muy amigos, él mismo le sacaba de la seccion á la hora de mayor trabajo, y le llevaba á casa de Enriqueta. Pero habian cambiado las cosas, y le dijo á media voz:

—¡Tempranito habeis salido!.. Ya sabeis que se han apercibido de vuestra salida y que están furiosos con vos.

Hablaba de Bourdoncle y los otros consocios, como si no fuera él el amo.

—¡Ah!—murmuró Bouthemont.

—Sí, sí... tengo que hablaros. Esperadme y nos irémos juntos.

Enriqueta se habia sentado y escuchaba á Vallagnosc, quien la anunciaba la probable visita de la señora de Boves, pero sin quitar ojo de Mouret. Éste se habia quedado silencioso, y miraba á

los muebles y al techo como quien busca algo. Luégo, como ella se quejase de que sólo iban hombres á su té de las cuatro, Mouret dejó escapar esta frase:

—Creí encontrar al Baron.

En seguida notó la dureza de lo dicho, y quiso atenuarlo:

—El Baron es uno de nuestros fieles. ¡Hombre de gusto!

Enriqueta palideció. Comprendió que habia ido á su casa para ver al Baron, pero podia no haberla arrojado así su indiferencia al rostro. En aquel momento se abrió la puerta y apareció el criado. Enriqueta le interrogó con un movimiento de cabeza, y aquél se inclinó y la dijo en voz baja:

—Es por lo del abrigo. ¡Como la señora me recomendó que la avisase!.. Ahí está esa señorita.

Enriqueta alzó la voz para que se la oyese, y todo el sufrimiento de sus celos se desahogó en estas palabras despreciativas:

—¡Que espere esa señorita!

—¿La hago entrar en el gabinete de la señora?

—No, no; que se quede en el recibimiento.

Cuando se fué el criado siguió tranquilamente su conversacion con Vallagnosc. Mouret escuchó, sumido en su laxitud con poca atencion y sin comprender; Bouthemont reflexionaba, preocupado con la aventura. De pronto se abrió la puerta y entraron dos señoras.

—Imaginaos que bajaba del coche—dijo la señora Marty—cuando ví entrar á la señora de Boves.

—Sí—dijo ésta—me ha ordenado mi médico que ande.

Hubo cambio general de apretones de manos, y preguntó á Enriqueta:

—¿Conque tomais doncella nueva?

—No—dijo curiosamente aquélla;—¿por qué?

—Como he visto en el recibimiento una jóven...

Enriqueta la interrumpió riendo:

—¿Verdad que todas esas chicas de tienda parecen doncellas? Es una dependiente que viene á probarme un abrigo.

Mouret sospechó algo y la miró: ella siguió contando, con falsa alegría, que habia comprado aquella confeccion en *La Dicha de las Damas* la pasada semana.

—¡Toma!—dijo la señora Marty—¿ya no os viste la Souveur?

—Sí, hija, pero he querido probar, pues quedé contenta con

mi primera compra: un abrigo de viaje. Esta vez no ha sucedido lo mismo. Se viste mal en vuestro almacen, no me oculto para decirlo. Nunca vestiréis á una mujer que se precie de elegante.

Mouret, no defendió su casa. La miraba fijamente, pensando que Enriqueta no se atreveria á hacer lo que él sospechaba. Bouthemont tomó la defensa de *La Dicha*.

—Si se os dijese el número de señoras del gran mundo que se visten en casa, os asombrariais. Encargaos un traje á medida y tan bueno como uno de la Souveur: os costará la mitad ménos; pero parece que porque son más baratos son peores.

—¡Y qué! ¿es qué no os sirve esa confeccion?—preguntó la de Boves.—He conocido á esa señorita al atravesar el recibimiento.

—Sí—añadió la de Marty—recuerdo dónde vi esa cara... Id; no os detengais por nosotros.

—¡Oh! no corre prisa—dijo Enriqueta con aire desdeñoso.

Las señoras siguieron discutiendo los trajes de los grandes almacenes. Luégo habló la de Boves de su marido, que se habia ido de inspeccion para visitar el depósito de sementales de Saint-Lô. Enriqueta refirió que la enfermedad habia hecho salir precipitadamente á la señora Guibal para el Franco Condado. No esperaba la visita de la de Bourdelais, porque todos los fines de mes se encerraba con una costurera para repasar la ropa de sus pequeños. La señora Marty parecia agitada por sorda inquietud. La situacion de su esposo estaba amenazada en el liceo Bonaparte, á consecuencia de unas lecciones dadas por el pobre señor en las instituciones láicas, en donde se traficaba con los títulos de bachiller. Buscaba dinero como podia febrilmente, para proveer al prurito de gastar que desmoronaba su casa. Al verle llorar su mujer una noche ante el pensamiento de una cesantía, pensó en utilizar á su amiga Enriqueta cerca de uno de los directores del Ministerio de Instruccion pública á quien conocia. Enriqueta la tranquilizó. El señor Marty vendria á saber lo que hubiera y darla las gracias.

—Teneis mala cara, señor Mouret—dijo la señora Boves.

—¡El trabajo!—repitió Vallagnosc, con irónica flema.

Mouret se levantó como irritado por abandonarse así, y tomando sitio entre aquellas señoras recobró toda su gracia. Le preocupaban las novedades de invierno y esperaba un surtido considerable de encajes. La de Boves le preguntó el precio de la puntilla de Bruges, que tal vez compraria. Habia economizado dos francos de un coche y se habia puesto mala delante de un escaparate. Llevaba un abrigo de dos años de fecha, y se probaba mentalmente sobre sus hombros de reina las telas caras que veia. Era como si se las arrancáran de la piel, cuando al despertarse se veia vestida con aquellos trapitos, desesperando de satisfacer jamas su pasion por las cosas ricas.

—¡El señor Baron!—anunció el criado.

Enriqueta notó con qué fruicion estrechó Mouret la mano al recien venido. Éste saludó á las señoras y miró al jóven con el aire sutil que iluminaba su grueso rostro de alsaciano.

—Siempre con los trapos—murmuró sonriendo.

Y se permitió añadir, como íntimo de la casa:

—¡Qué preciosa jóven hay en el recibimiento!.. ¿quién es?

—Nadie—contestó la señora Desforges malévolamente;—una oficiala que espera.

Cuando el criado sirvió el té, dejó la puerta entreabierta. Entraba y salia, poniendo sobre el velador el servicio de china y platos con *sandwichs* y bizcochos. El vasto salon estaba alumbrado por viva luz amortiguada por las plantas, y cada vez que la puerta se abria, percibíase un oscuro rincon del recibimiento iluminado por la luz que entraba por los cristales raspados. En aquella oscuridad habia una sombra inmóvil y paciente: Dionisia, que esperaba en pié, á pesar de haber una banqueta de la que la alejaba su orgullo que sentia herido. Hacía media hora que estaba allí sin hacer un gesto ni decir una palabra. Las señoras y el Baron la miraron al pasar. Las voces del salon llegaban á ella en ráfagas ligeras: aquel lujo se quebraba en su indiferencia. Al entreabrirse la puerta apercibió á Mouret: él la habia adivinado tambien.

—¿Es una de vuestras oficialas?—preguntó sencillamente el Baron.

Mouret ocultó su turbacion, pero la emocion dió ligero temblor á su voz.

—Sí será, pero no sé cuál de ellas.

—Es la rubita de las confecciones—respondió oficiosamente la de Marty.—La que es segunda ahora, segun creo.

Enriqueta le miró á su vez.

—¡Ah!—dijo simplemente.

Mouret trató de hablar de las fiestas del paso del Rey de Pru-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia por París, pero el Baron insistió maliciosamente sobre las oficialas de los grandes almacenes. Afectaba querer enterarse y preguntaba de dónde venian por lo general y si tenian tan malas costumbres como se decia. Se entabló discusion sobre esto.

—Pero ¿las creeis virtuosas?—repetia.

Mouret defendia su virtud con una conviccion que hizo reir á Vallagnosc. Bouthemont intervino en favor de su jefe. Habia de todo entre ellas: poco aprensivas y honradas, pero el nivel de su moralidad subia. En otros tiempos sólo iban al comercio de novedades los deshechos del comercio y las jóvenes perdidas; pero ahora, hasta familias de la calle Sévres educaban sus hijas para el *Bon-Marché*. En suma, que cuando querian ser buenas lo eran, porque no estaban en el caso de las obreras de París, que tienen que mantenerse y pagar casa; tenian cama y mesa, y veian asegurada su existencia, un tanto dura ciertamente. Lo peor era su situacion neutra entre tenderas y damas. Arrojadas así en el lujo, sin instruccion muchas veces y tomando por contacto gustos superiores á su condicion, formaban una clase singular y sin clasificacion. De ahí salian sus miserias y sus vicios.

—Yo—dijo la de Boves—no encuentro criaturas más desagradables; es cosa de pegarlas.

Aquellas damas exhalaron su antipatía. Era el devorar de los mostradores: la mujer contra la mujer, con sentimiento agudo de rivalizar en dinero y belleza.

—Dejad—dijo Enriqueta—que esas desgraciadas se vendan como sus mercancías.

Mouret sonrió forzadamente. El Baron le miraba, encantado del dominio que tenia sobre sí mismo. Entónces llevó la conversacion á las fiestas en honor del Rey de Prusia, diciendo que serian soberbias, y que todo el comercio parisien se aprovecharia de ellas. Enriqueta callaba, pensando y dudando entre el deseo de retener más tiempo á Dionisia en el recibimiento y el temor de que, prevenido Mouret, se fuera. Se levantó de su butaca y dijo:

—¿Permitis?

—Ya lo creo, querida—dijo la de Marty.—Yo haré los honores de la casa.

Se levantó, tomó la tetera y llenó las tazas. Enriqueta se volvió hácia el Baron:

—¿Os quedaréis un rato?

—Sí; tengo que hablar con el señor Mouret. Nos vamos á ir al saloncito.

Enriqueta salió, y su vestido, al rozarse con la puerta, produjo un ruido semejante al de una culebra arrastrándose por las malezas.

En seguida maniobró el Baron para llevarse á Mouret, dejando á aquellas damas con Bouthemont y Vallagnosc. Hablaron ante la ventana del saloncito, de pié y en voz baja. Era un negocio nuevo. Hacía tiempo acariciaba Mouret la idea de llevar á cabo su antiguo proyecto: la invasion de la manzana entera, desde la calle Monsigny á la de la Michodière, y de la Neuve-Saint-Augustin á la del Dix-Decembre. En el enorme solar habia aún un vasto terreno que no le pertenecia. Bastaba esto para nublar su triunfo, atormentado por el deseo de completar su conquista y levantar, como apoteósis, una fachada monumental. Miéntras la entrada principal estuviese en la calle Neuve-Saint-Augustin, calle oscura del antiguo París, su obra careceria de firmeza y de lógica. Queria verse frente al París nuevo, sobre una de las nuevas avenidas por donde pasaba en plena luz el desfile de fin del siglo; veia aquella fachada dominar é imponerse como el palacio gigantesco del comercio, y hacer más sombra que el viejo *Louvre*. Pero habia chocado con la terquedad del *Crédito Inmueble*, que seguia en su tema de levantar á lo largo de los solares una competencia al Gran Hotel. Los planos estaban dispuestos, y sólo se esperaba á que quedase desembarazada de escombros la calle del Dix-Decembre para empezar los trabajos. Con un supremo esfuerzo casi convenció Mouret al Baron.

—Bueno—dijo éste;—ayer tuvimos consejo y he venido deseando encontraros y teneros al corriente. Resisten en el *Crédito*.

El jóven hizo un gesto nervioso.

—No es razonable... ¿Qué dicen?

—Dicen lo que ya os dije yo mismo. Vuestra fachada no es más que un adorno: las nuevas construcciones sólo ensancharán en una décima parte nuestros almacenes.

—¡No importa! exclamó Mouret. ¡Comprended que se duplican nuestros negocios! En dos años recobramos el capital. ¡Qué representa lo que llamais terreno perdido, si os da un interes enorme! Veréis al gentío cuando nuestra clientela no tenga

que entrar por la calle Neuve-Saint-Augustin, y pueda circular con libertad por una calle en que quepan seis coches de frente y á su gusto!

—Sin duda—replicó riendo el Baron.—Pero no sois un poeta en vuestro género, os lo repito. Esos señores creen que hay peligro en ensanchar vuestros negocios, y tienen prudencia por vos.

—¡Cómo prudencia! No entiendo. ¿No están ahí las cifras que demuestran el progreso en nuestra venta? Con un capital de quinientos mil francos hago negocios por dos millones. Este capital pasa cuatro veces, llega á cuatro millones y produce negocios por cuarenta millones. En fin, despues de los aumentos sucesivos puedo asegurar, que, fuera del último inventario, la cifra de los negocios se acerca hoy á un total de ochenta millones, y el capital, no aumentado, porque es de seis millones, ha pasado en género sobre nuestros mostradores más de doce veces.

Alzaba la voz golpeando con los dedos de la mano derecha sobre la palma izquierda, pisando los millones como si fueran nueces. El Baron le interrumpió.

—Ya sé... ya sé... Pero ¿no esperaréis subir así eternamente?

—¿Por qué no?—dijo Mouret sencillamente.—No hay razon para detenerse. El capital puede pasar quince veces, y en algunas secciones hasta veinticinco ó treinta. Y despues... despues hallaríamos medio de hacerle pasar más.

—Entónces... ¿acabaréis por beberos el dinero de París como un vaso de agua?

—Sin duda. ¿No es París de las mujeres, y las mujeres nuestras?

El Baron le puso las manos en los hombros y le miró con aire paternal.

—Oid: sois un buen muchacho, y os quiero... No se os puede resistir. Madurarémos sériamente la idea, y espero hacerles entrar en razon. Hasta ahora sólo mereceis alabanzas. Los dividendos asombran en Bolsa. Tal vez tengais razon: vale más arriesgar en vuestro negocio el dinero, que aventurar esa azarosa competencia al Gran Hotel.

Cesó la excitacion de Mouret, y dió gracias al Baron, pero sin su ímpetu acostumbrado. El Baron le vió volver la cabeza en direccion al gabinete contiguo, sorprendido de ver que ocultaba su inquietud.

Vallagnosc se aproximó, comprendiendo que ya no hablaban de negocios. De pié cerca de ellos oyó que el Baron murmuraba con su tono de viejo vividor:

—Yo creo que se vengan.

—¿Quiénes?—preguntó Mouret con embarazo.

—Pues... las mujeres. Se cansan de ser vuestras, y sois vos de ellas, querido. ¡Justa venganza!

Bromeó porque estaba al corriente de los ruidosos amores del jóven. El hotel comprado á la cómica, las sumas enormes gastadas con jóvenes reclutadas en los restaurants, le distraian como excusa de lo que habia hecho en sus tiempos. Su vetusta experiencia gozaba con ello.

—No comprendo, verdaderamente—repetia Mouret.

—Ellas dicen siempre la última palabra—siguió el Baron.—Yo decia: no es posible, se alaba á sí propio, no es tan firme como dice... y efectivamente. Coged á la mujer, explotadla como una mina de hulla, porque ella os explotará en seguida y os humillará. Desconfiad, porque os chupará más sangre y más dinero que vos á ella.

Rió más fuerte, y Vallagnosc, que estaba cerca de él, sonreia tambien sin decir palabra.

—Es preciso gustar de todo—confesó por fin Mouret afectando alegrarse.—El dinero es tonto si no se gasta.

—Lo apruebo—replicó el Baron.—Divertios, querido. No os predicaré moral yo, ni temblaré por los grandes intereses que os hemos confiado. Hay que sacudirse la polilla: así se tiene más libre la cabeza. No desagrada arruinarse cuando uno se siente capaz de rehacer la fortuna perdida. Pero si el dinero no es nada, hay penas que...

Se calló, sonriendo tristemente: antiguas penas debian pasar bajo la ironía de su escepticismo. Habia seguido la lucha de Mouret y Enriqueta como curioso que áun se interesaba en las batallas del corazon. Sentia que se acercaba la crísis y adivinaba el drama, sabiendo á qué atenerse sobre la historia de cierta Dionisia á quien habia visto en el recibimiento.

—Eso de sufrir no es de mi especialidad—dijo fanfarronamente Mouret.—Basta con pagarlo.

El Baron le miró en silencio, y añadió lentamente, sin insistir en su discreta alusion:

—No os hagais peor de lo que sois. Dejaréis algo más que vuestro dinero: dejaréis vuestra carne.

Y se interrumpió para preguntar de nuevo:

—¿No es cierto que eso sucede, señor de Vallagnosc?

—Así se dice, señor Baron—dijo el jóven.

Entónces se abrió la puerta de la vecina pieza. Mouret iba á contestar y calló. Los tres se volvieron. La señora Desforges, sacando la cabeza, llamó apresuradamente:

—¡Señor Mouret!

Y al ver á los tres hombres añadió:

—Permitid que os robe al señor Mouret por un momento. Así debe ser, porque me ha vendido un abrigo horrible, y ha de guiarme. Esta jóven es una tonta á quien nada se le ocurre... Os espero.

Él dudaba, retrocediendo ante la escena que preveia; pero obedeció. El Baron le dijo con aire paternal é intencionado ademas:

—Id, querido; la señora os necesita.

Mouret la siguió. Cerróse la puerta y creyó oir la risa de Vallagnosc sofocada por los portiers. Estuvo á punto de perder su valor.

Desde que Enriqueta abandonó el salon y supo que Dionisia estaba entre sus celosas manos, sentía ansiedad creciente, tortura nerviosa que le hacia escuchar como si percibiese lejano rumor de llanto. ¿Qué inventaria aquella mujer para hacerla sufrir? Todo su amor, aquel amor que áun le sorprendia, iba hácia la jóven como un apoyo y un consuelo. Jamas habia amado con tal encanto entre tanto sufrir. Sus ternuras de hombre ocupado, la misma Enriqueta, cuya posesion le enorgullecia, no eran más que pasatiempos agradables ó cálculo para buscar el placer aprovechable. Cuando salia de casa de sus queridas se mostraba como hombre libre y feliz, sin un recuerdo ni una alegria en el corazon. Ahora éste latia de angustia; su vida no era suya, ni hallaba el olvido en el sueño sobre su lecho solitario. Dionisia le poseia siempre. Hasta en aquel momento no habia para él más que ella, y seguia á la otra con miedo á una escena desagradable.

Atravesaron la alcoba, silenciosa y vacia. Luégo empujó la señora Desforges una puerta, y entró en su gabinete, seguida de Mouret. Era una pieza bastante grande, revestida de seda y amueblada con un tocador de mármol y un armario de gran luna y tres cuerpos. Como la ventana daba al patio, estaba oscuro el gabinete y hubo que encender dos mecheros de gas, que alargaban sus brazos niquelados á uno y otro lado del armario.

—Vamos á ver—dijo Enriqueta—si arreglamos esto.

Al entrar vió Mouret á Dionisia de pié junto á la luz. Estaba muy pálida, modestamente vestida con un chaqué de cachemira y un sencillo sombrerito. Tenía sobre un brazo el abrigo comprado en *La Dicha*. Sus manos temblaron cuando vió al jóven.

—Quiero que juzgue el señor—repitió Enriqueta;—ayudadme, señorita.

Dionisia se acercó y la colocó el abrigo. En la primera prueba, puso tres alfileres, sin resultado, en los hombros. Enriqueta se miraba en el espejo.

—¿Es posible esto? Hablad francamente.

—En efecto, está un poco falto—dijo Mouret para acabar pronto.—Pero es sencillo: esta señorita os toma medida y os hacemos otro.

—No, quiero éste, lo necesito en seguida—dijo ella vivamente;—me está estrecho y me hace un pico detras del cuello.

Y añadió secamente:

—Con mirarme no corregiréis los defectos, señorita. Buscad, haced algo: es vuestro oficio.

Dionisia comenzó á poner alfileres sin decir palabra. Aquello duró largo rato. Pasaba de un hombro á otro, y tuvo que arrodillarse para estirar el delantero del abrigo. La otra ponia la cara hosca de una querida difícil de contentar. Feliz con humillarla, la daba órdenes con voz breve, espiando en el rostro de Mouret el menor pliegue nervioso.

—Un alfiler aquí... No, ahí no; aquí, cerca de la manga. ¿Comprendeis? No es eso: ved, ya sale el bolsillo... ¡Eh, cuidado, que me pinchais!

Dos veces trató en vano Mouret de intervenir para concluir la escena. Su corazon estallaba con la humillacion de su amor: amaba más aún á Dionisia ante su resignado silencio. Si las manos de la jóven temblaban un poco al verse tratada así delante de él, lo aceptaba como una necesidad del oficio, con la resignacion de una jóven valerosa.

Cuando comprendió la de Desforges que no se harian traicion, pensó en sonreir á Mouret, para tratarle como á su amante que era. Entónces faltaron alfileres.

—Buscad en la cajita de marfil, amigo mio, sobre el tocador. ¿Está vacia? Pues sed amable y mirad sobre la chimenea del cuarto; ya sabeis, junto al espejo.

Y así le enseñaba como hombre que habia dormido allí y que sabia el sitio del peine y del cepillo. Cuando trajo un puñado de alfileres, ella los tomó uno á uno, obligándole á estar de pié junto á ella, mirándole y hablándole como si Dionisia no estuviese.

—Me parece que no soy jorobada. Tocadme en los hombros, por gusto. ¿Estoy yo hecha así?

Dionisia levantó lentamente los ojos, muy pálida, y siguió clavando alfileres.

Mouret sólo veia sus espesos cabellos rubios sobre su nuca delicada; pero su estremecimiento le hacia adivinar el malestar y la vergüenza del rostro de la jóven. Pensaba que le rechazaria otra vez enviándole con aquella mujer que no ocultaba sus relaciones ante los extraños. Sentia impulsos brutales, y de buena gana hubiera pegado á Enriqueta. ¿Cómo hacerla callar? ¿Cómo decir á Dionisia que la adoraba, que ella sola existia para él, y que la sacrificaba sus antiguas ternuras de un dia? Una mujer perdida no hubiera gastado las familiaridades equívocas de aquella burguesa. Retiró la mano y retrocedió diciendo:

—No os obstineis, señora, puesto que el abrigo es corto.

Hubo un silencio, y en el ambiente tibio sólo se oyó el silbido agudo y ardiente de uno de los mecheros. Los espejos del armario enviaban sus vivos reflejos sobre el revestimiento de la pared, con las sombras de las dos mujeres. Un ramo de verbena exhalaba un perfume vago y apagado de planta que se seca.

—Hé aquí cuanto puedo hacer, señora—dijo Dionisia levantándose.

Se sentia casi sin fuerzas. Por dos veces se habia pinchado en las manos, como cegada. ¿Era él del complot y la habia hecho venir para hacerla ver que otras le amaban, y para vengarse de su negativa? Esta idea la helaba: no recordaba haber necesitado nunca tanto valor, ni áun en las horas terribles de su vida en que la habia faltado el pan. No la irritaba la humillacion, sino verle casi en brazos de otra como si ella no estuviese.

Enriqueta se miraba al espejo, y de nuevo estalló en palabras duras:

—¡Esto es una broma, señorita! Está peor que ántes. Ved cómo me sube el pecho. Parezco una nodriza.

Dionisia, agotada la paciencia, contestó:

—La señora es un poco gruesa, y no podemos hacer que lo sea ménos.

—¡Cómo, gruesa, yo!—dijo Enriqueta palideciendo á su vez.—Os volveis insolente, señorita.

Las dos se miraban frente á frente. Ya no eran ni dama ni oficiala. Sólo eran mujeres igualadas por la rivalidad. La una habia tirado el abrigo sobre una silla, miéntras la otra dejaba al azar sobre el tocador los alfileres sobrantes.

—Lo que me extraña—replicó Enriqueta—es que el señor Mouret tolere tamaña insolencia. Creia que erais más escrupuloso para vuestro personal.

Dionisia habia encontrado su calma, y repuso dulcemente:

—Cuando el señor Mouret me tiene en su casa, es que nada tiene que reprocharme... Estoy pronta á presentaros mis excusas si él lo exige.

Mouret escuchaba sin hallar palabra que terminára la disputa. Tenía horror á aquellas explicaciones mujeriles, cuya aspereza pugnaba con su jovialidad. Enriqueta queria arrancarle una palabra que condenára á la jóven, y como él callaba, le hostigó con una injuria última:

—Está bien, caballero; es preciso que sufra en mi casa las insolencias de vuestras queridas, como esa jóven, que habréis recogido en el arroyo...

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Dionisia. Hacía rato que trataba de contenerlas, pero todo su sér cedió ante este insulto. Cuando él la vió llorar en vez de contestar con violencia, guardando su dignidad muda y desesperada, no dudó más; su corazon fué hácia ella con inmensa ternura, y tomándola las manos balbuceó:

—Idos pronto, hija mia, y olvidad esta casa.

Enriqueta les miraba llena de estupor.

—Esperad—siguió él, doblando por sí mismo el abrigo—llevaos esto. La señora comprará otro en otra parte. No lloreis; os lo ruego, pues ya sabeis lo que os quiero.

Y la acompañó hasta la puerta, que cerró en seguida. Enriqueta no habia pronunciado una palabra; pero una llama rosada subió á sus mejillas, miéntras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Era la muerte de sus cálculos: se veia cogida en el lazo que preparára, y se arrepentia de haber llevado tan léjos las cosas, empujada por sus celos. ¡Verse abandonada por semejante criatura y desdeñada delante de ella! Su orgullo sufria más que su amor.

—¿Conque ésa es la jóven que amais?—dijo penosamente al verse solos.

Mouret no contestó al pronto. Andaba con lento paso, como presa de violenta emocion; se detuvo al fin, y con tono que quiso hacer frio, y con gran cortesía, dijo sencillamente:

—Sí, señora.

El mechero seguia silbando en el templado ambiente del gabinete. El espejo no reflejaba ya las sombras de las dos mujeres: la pieza parecia sola. Enriqueta cayó bruscamente sobre una silla, torciendo el pañuelo con los febriles dedos, y repitiendo entre sollozos:

—¡Dios mio, qué desgraciada soy!

Él la miró inmóvil un momento, y luégo salió tranquilamente. Ella siguió llorando sola ante los alfileres sembrados en el suelo.

Cuando Mouret entró en el saloncillo, sólo encontró á Vallagnosc: el Baron estaba con las señoras. Como áun se sentia emocionado, fué á sentarse en un canapé al fondo de la pieza, y al verle palidecer, vino Vallagnosc á ponerse caritativamente delante para ocultarle á miradas curiosas. Se miraron sin decirse palabra. Vallagnosc, á quien parecia divertir por dentro la turbacion de Mouret, le dijo zumbonamente:

—¿Te diviertes?

Mouret no pareció comprender al pronto. Pero al recordar sus antiguas conversaciones sobre la inutilidad de la vida, contestó:

—Sin duda; nunca he vivido tanto. No te burles, viejo mio; las horas más cortas son aquellas en que se muere de pena.

Bajó la voz, y siguió jovialmente:

—Sí, tú lo sabes todo, ¿verdad? Las dos me acaban de partir el corazon. Pero mira tú: las heridas que hacen son tan buenas como sus caricias. Estoy herido, no puedo más... pues no importa: no creerias cuánto amo la vida. ¡Oh! acabará por ser mia esa niña.

—¿Y luégo?—dijo simplemente Vallagnosc.

—¿Luégo? Pues será mia: ¿no es bastante? Si te crees fuerte porque rehusas sufrir, te engañas. Trata de que una sea tuya y consiguela, y ese minuto te recompensa de todo.

Vallagnosc exageraba su pesimismo. ¿Para qué tanto trabajar si el dinero no lo daba todo? Él hubiera cerrado el almacen y se hubiera tumbado á la larga sin mover un dedo, en el momento en que hubiese visto que los millones no compraban la mujer deseada. Mouret se puso serio al oirle, y luégo dijo, pensando en el poder de su voluntad:

—Yo la quiero y la tendré: esto es muy sencillo, y si no la consigo, tu verás qué monumento levanto para curarme. Será soberbio... Tú no entiendes este lenguaje; pero ántes sabías que toda accion llevaba en sí su premio. Obrar, crear, luchar con los hechos y vencer ó ser vencido... todo el placer y la salud humana están ahí.

—Un modo de aturdirse—murmuró el otro.

—Pues bien, prefiero aturdirme. Muerte por muerte, prefiero morir de pasion que de hastío.

Ambos rieron porque recordaron sus discusiones del colegio. Vallagnosc, con voz blanda, preferia el descanso. Se complacia en el silencio y vacío de su existencia. Se aburriria mañana en el Ministerio como se aburrió ayer: en tres años habia ascendido seiscientos francos. Tenia tres mil seiscientos de sueldo: para fumar casi. Aquello era cada vez peor, y no se habia matado ya, por cobardía, por no sufrir. Mouret le habló de su boda con la señorita de Boves, y dijo él que la obstinacion de la tia en no morirse habia echado á perder el negocio. Así se ponia de acuerdo con sus parientes. ¿Para qué querer ó no querer, si las cosas no salen como se desea? Citaba como ejemplo al señor de Boves, que creyó encontrar en la señora Guibal una rubia indolente, el capricho de una hora, y que se encontró con que le manejaban como un caballo viejo de quien se quieren utilizar las últimas fuerzas. Miéntras le creian con los sementales de Saint-Lô, ella acababa de devorarle en una casita alquilada en Versálles.

—Es más feliz que tú—dijo Mouret levantándose.

—¡Él! desgraciadamente... Tiene lo que desea—contestó el otro.

Mouret estaba ya sereno. Pensaba en irse, pero sin que pareciese su marcha una fuga. Resolvió tomar una taza de té, y entró hablando en el salon con su amigo. El Baron le preguntó si estaba ya el abrigo, y contestó, sin turbarse, que renunciaba á él por su parte. El Baron sofocó una exclamacion. Miéntras la señora Marty se apresuraba á servirle, la de Boves acusaba al almacen de tener siempre trajes estrechos. Pudo sentarse, al fin, junto á Bouthemont, que no habia hablado. Se les olvidó, y á las inquietas preguntas de éste, deseoso de saber qué tenia que decirle, no esperó á la salida para comunicarle que los del Consejo de la Direc-

cion habian decidido privarse de sus servicios. Entre palabra y palabra, bebia un sorbo de té, protestando de su sentimiento. ¡Oh! una disputa de la que apénas se acordaba, porque abandonó el despacho fuera de sí. Pero ¿qué iba á hacerle? Él no podia romper con ellos por una cuestion de personal. Bouthemont tuvo aún que darle las gracias.

—¡Vaya un abrigo terrible!—hizo notar la señora de Marty.—No sale Enriqueta.

En efecto, aquella ausencia prolongada empezaba á preocupar; pero la señora Desforges apareció en aquel momento.

—¿Con que renunciais á él?—dijo alegremente la señora de Boves.

—¿Cómo?

—Sí; nos ha dicho el señor Mouret que no podeis sacar partido de él.

Enriqueta afectó sorprenderse.

—El señor Mouret ha hablado en broma. El abrigo quedará divinamente.

Parecia sosegada y sonriente. Habia lavado sus pupilas, porque estaban frescas y no enrojecidas. Miéntras su corazon sangraba, tuvo fuerzas para ocultar su disgusto bajo la máscara de la jovialidad mundana. Presentó *sandwichs* á Vallagnosc, con su sonrisa de siempre. Unicamente el Baron, que la conocia bien, notó la ligera contraccion de sus labios y el fuego sombrío que no pudo apagar en el fondo de sus ojos. Adivinó toda la escena.

—De gustos no hay nada escrito—decia la señora de Boves aceptando un *sandwich*.—Conozco señoras que no comprarian una cinta más que en el *Louvre*. Otras, en cambio, están por el *Bon-Marché*. Cuestion de temperamento sin duda.

Recayó la conversacion sobre los grandes almacenes. Mouret tuvo que dar su opinion afectando ser justo. El *Bon-Marché* era excelente casa, pero el *Louvre* tenia parroquia más brillante.

—En fin, que preferis *La Dicha de las Damas*—dijo sonriendo el Baron.

—Sí—repuso Mouret tranquilamente.—En nuestra casa se quiere á los compradores.

Todas las señoras se pusieron de su parte. En *La Dicha* se hallaban como en su casa, sintiendo allí como una caricia contínua; una adoracion que retenía á las más prudentes. El éxito enorme del almaeen partia de aquella galante seduccion.

—A propósito—preguntó Enriqueta, que queria demostrar gran libertad de espíritu—¿y mi protegida? ¿qué habeis hecho de ella, señor Mouret? Ya sabeis quién digo: la señorita de Fontenailles.

Y añadió volviéndose á la señora Marty:

—Una marquesa, querida; una pobre jóven caida en la miseria.

—Gana tres francos diarios cosiendo muestras—contestó Mouret—y pienso casarla con uno de los mozos del almacen.

—¡Horror!—exclamó la de Boves.

Él la miro, y dijo sosegadamente:

—¿Por qué, señora? ¿No es mejor que se case con un chico honrado y trabajador, que ser recogida por cualquier holgazan de la calle?

Vallagnosc quiso intervenir en broma.

—No le deis cuerda, señora, porque os dirá que las antiguas familias francesas deben vender percales.

—Pues para muchas de ellas—declaró Mouret—seria al ménos un fin honroso.

Rieron de la parodoja, que pareció fuerte, miéntras él alababa lo que llamaba la aristocracia del trabajo. Débil rubor inundó las mejillas de la señora de Boves, que vivia de los expedientes, miéntras la de Marty aprobaba, sintiendo remordimientos al pensar en su pobre marido. Precisamente entraba el profesor que iba á buscarla. Parecia más seco y chupado por sus duros trabajos dentro de su raquítico redingot. Cuando dió las gracias á Enriqueta por haber hablado al ministro en favor suyo, volvió hácia Mouret, con la mirada del que contempla el mal de que ha de morir. Se quedó asombrado al oir que aquél le dirigia la palabra.

—¿No es cierto que el trabajo lleva á todas partes?

—El trabajo y el ahorro—contestó con un ligero temblor de todo su cuerpo;—añadió el ahorro.

Bouthemont estaba, en tanto, inmóvil en su butaca. Las palabras de Mouret resonaban en sus oidos, y al fin se levantó, y dijo al oido de Enriqueta:

—Sabed que me ha insinuado mi despedida... ¡Pero me doy al diablo si no se arrepiente! Acabo de encontrar mi muestra: *Á las cuatro estaciones*, y me planto cerca de la Ópera.

Ella le miró con los ojos ensombrecidos:

—Contad conmigo... Esperad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se llevó en seguida al Baron al hueco de una ventana. Le recomendó á Bouthemont como un jóven que iba á revolver París estableciéndose por su cuenta. Cuando habló de una comandita para su nuevo protegido, no pudo reprimir un gesto el Baron. Era aquel el cuarto muchacho de genio que ella le confiaba, y acababa por sentirse ridículo. Pero no rehusó claramente: la idea de establecer una competencia á *La Dicha* le gustaba, y le divertia la aventura. Prometió, en fin, examinar el negocio.

—Es preciso que hablemos esta noche—dijo Enriqueta al oido de Bouthemont.—Á eso de las nueve... No falteis... El Baron es nuestro.

En aquel momento la vasta pieza se llenaba de conversaciones. Mouret, siempre en medio de aquellas señoras, recobraba su gracia. Se defendia por arruinarlas con las chucherías, y las ofrecia demostrar, con cifras á la vista, que en su casa se economizaban un 30 por 100. El Baron le miraba con la admiracion fraternal de antiguo corredor de aventuras.

¡La lucha ha terminado! Enriqueta estaba vencida, y no sería aquélla la mujer temida... pero Mouret creyó volver á percibir en el recibimiento el modesto perfil de Dionisia. Allí estaba, paciente y sufrida, la única verdaderamente temible con su sola arma: la dulzura.

Bromeaba con su aire encantador y sencillo. Él sonrió débilmente, y la condujo hasta la puerta como á una dama.

Al dia siguiente se nombró primera á Dionisia. La Direccion dividió en dos la seccion de trajes y abrigos, creando especialmente en favor de ella una seccion de trajes para niños, que se instaló cerca de la de confecciones. Desde la despedida de su hijo temblaba la señora Aurelia, porque veia serios á aquellos señores y veia crecer el poder de la jóven. ¿No podian sacrificarla á ella con cualquier pretexto? Su rostro cesáreo parecia haber adelgazado con la vergüenza que pesaba sobre la dinastía de los Lhomme. Afectaba irse por la noche del brazo de su marido, como aproximados por su desgracia y sintiendo vagamente que su infortunio venia del desarreglo de su hogar. Lhomme, más afectado que ella, y temiendo se sospechase de él tambien, revisaba sus cargarémes con todo cuidado, haciendo con su brazo malo verdaderos milagros. Cuando la señora Aurelia vió pasar á Dionisia como primera á la seccion de trajes para niños, experimentó tan vivo gozo, que sintió hácia ella la más afectuosa simpatía. Era bien buena al

no arrebatarla su plaza. La colmaba de agasajos, la trataba como á igual, é iba á hablar con ella á la vecina seccion con el aparato de la reina madre que visita á su hija.

Dionisia habia llegado á la meta. Su nombramiento de primera venció las últimas resistencias. Si áun se murmuraba, porque el chisme impera en toda reunion de hombres ó mujeres, era sumamente bajo. Margarita habia pasado á segunda de las confecciones y se deshacia en elogios, y hasta Clara, respetuosa ante aquella fortuna, de que se creia incapaz, habia bajado la cabeza. La victoria de Dionisia fué áun más completa sobre aquellos señores: Jouve la hablaba inclinado; Hutin, lleno de zozobra, sentia vacilar su posicion; Bourdoncle estaba reducido á la impotencia. Cuando éste la vió salir del despacho de la Direccion sonriente y tranquila, y que al otro dia el director exigia del Consejo la creacion de la nueva seccion, se inclinó vencido por el miedo á aquella mujer. Siempre habia cedido así al poder de Mouret, á pesar de los desfallecimientos de su genio y las debilidades de su corazon; pero aquella vez la mujer era la más fuerte, y esperaba ser arrastrado por el desastre.

Dionisia usaba encantadoramente de su triunfo. La agradaban las muestras de consideracion, viendo en ellas afectuosa simpatía por lo desgraciado de su *debut* y el éxito final de su valor. Acogia gozosa los más sencillos testimonios de amistad, y esto acabó por hacerla querer de algunos; tan dulce y atractiva era. Sólo mostró invencible repugnancia por Clara, porque sabia que ésta se habia vanagloriado de hacer dormir con ella una noche á Colomban, quien seguia yendo, llevado por su pasion, miéntras Genoveva agonizaba. Se hablaba de ello en *La Dicha*, y encontraban picante la aventura.

Pero esto no alteraba el humor de Dionisia. Habia que verla en su seccion en medio de niños de todas edades. Adoraba á los pequeños y no podian haberla puesto en mejor sitio. Muchas veces se reunian como unos cincuenta entre niños y niñas, turbulento batallon entregado al placer de la naciente coquetería. Las madres perdian la cabeza, y ella, sonriendo, sentaba aquella tropa sobre las mesas. Cuando tenía en el regazo un chiquitín de mofletes rosados, queria servirle ella misma, probándole el traje con precauciones de hermana mayor. Se oian risas alegres y gritos de admiracion entre las voces gruñonas de las mamás. Alguna niña, ya casi mujer, de doce ó catorce años, se probaba un abrigo de paño

ante un espejo, volviéndose con la cara absorta y los ojos radiantes. Llenaban los mostradores los vestidos de tela de Asia rosa ó azul, para niños de uno á cinco años; los trajes de azul marino y céfiro Luis XV; abrigos, chaqués, mezcla de vestidos estrechos y graciosos, algo como un vestuario de muñecas salido de los armarios y entregado al pillaje. Dionisia llevaba siempre algunas golosinas, y acallaba el llanto de un diablillo, desesperado por no llevarse unos pantalones encarnados; vivia entre los pequeños como entre su familia natural, rejuvenecida con aquella inocencia y frescura, renovada sin cesar en torno de ella.

Al presente tenia largas conversaciones amistosas con Mouret. Cuando tenía que ir á la Direccion á recibir órdenes, él la retenia para hablar, y gustaba de oirla. Á esto llamaba ella *hacer de él una buena persona*. En su cerebro razonador de normanda crecian toda clase de proyectos, de ideas sobre el nuevo comercio, que presintió ya en casa de Robineau, y que habia expuesto en aquel hermoso paseo de las Tullerías. No podia ocuparse de algo, ver funcionar determinado trabajo, sin que experimentase el deseo de ordenarlo y perfeccionar el mecanismo. Desde su entrada en *La Dicha de las Damas* se sintió conmovida por la precaria suerte de la dependencia; las despedidas bruscas la sublevaban y las creia injustas, inícuas, y tan perjudiciales á la casa como al personal. Los sufrimientos de sus principios la dolian aún, y sentia compasion ante cada recien venida que hallaba en las secciones con los piés cansados, los ojos preñados de lágrimas y arrastrando su miseria bajo un vestido de seda, y perseguida por la antipatía de las antiguas. Esta vida de perro azuzado maleaba á las mejores y comenzaba el triste desfile: todas eran gastadas por el oficio ántes de los cuarenta años, y desaparecian cayendo en lo desconocido, muriendo de pena unas veces, otras de la tisis ó la anemia, de cansancio ó caidas en el lodazal. Las más felices se casaban y se iban al fondo de una tiendecilla de provincia. ¿Era humano y justo este consumo de carne de los grandes almacenes? Hacia la causa de los rodajes de la máquina, por interes de los dueños, no por razones sentimentales. Cuando se quiere una máquina sólida se emplea buen hierro, y si el hierro se rompe hay pausa en el trabajo y gastos de compostura, que suponen pérdidas de fuerza. Algunas veces se animaba y veia el bazar ideal, el falansterio del negocio, en el que cada cual llevaba su parte en la ganancia, segun sus méritos, con la certidumbre del mañana en un contrato. Mouret se

distraia entónces á pesar de su fiebre; la acusaba de socialista, y la hacía dudar mostrándola las dificultades de ejecucion, porque hablaba con la sencillez de su alma, adelantándose al porvenir hasta ver el lado peligroso de su plan. Él escuchaba seducido aquella voz juvenil, tan convencida cuando hablaba de las reformas que debian consolidar la casa. Olalas bromeando, puesto que la suerte de los empleados habia mejorado poco á poco, reemplazando las despedidas en masa por otro sistema de reemplazos en las épocas de poca venta, y con la creacion de una caja de socorros mutuos, que les ponia al abrigo de cesantías forzosas y les aseguraba un retiro. Era el embrion de las vastas asociaciones obreras del siglo xx.

Dionisia no se limitaba á curar heridas, de que ella sangraba todavía, sino que inspiraba delicadas ideas á Mouret para solazar á la clientela. Hizo las delicias de Lhomme apoyando un proyecto que hacía tiempo acariciaba: la creacion de una orquesta cuyos ejecutantes saliesen del personal. Tres meses despues, tenía Lhomme bajo su batuta ciento veinte músicos, y se realizaba el sueño de su vida. Se dió una gran fiesta de baile y concierto, para presentar á la clientela y al mundo entero la música de *La Dicha*. La prensa se ocupó de ella, y el mismo Bourdoncle, arrastrado por aquellas innovaciones, tuvo que inclinarse ante el enorme reclamo. Se instaló en seguida una sala de juegos para los dependientes, dos billares, mesas de tresillo, etc. Hubo clases en la casa, por la noche, de inglés, de aleman, de gramática, de aritmética, de geografía y hasta de equitacion y esgrima. Se creó una biblioteca con diez mil volúmenes á disposicion de la dependencia. Hubo médico en la casa que daba consultas gratuitas; baños, *buffet* y salon de peluquería. Todo estaba allí sin necesidad de salir: el estudio, la mesa, el lecho y el vestido. *La Dicha de las Damas* se bastaba á sí misma en medio de París, preocupada con aquella ciudad del trabajo, que se hacía notar entre el lodo de las viejas calles abiertas al fin á la luz del dia.

La opinion se movió en favor de Dionisia. Como Bourdoncle repitiese, desesperado, á sus íntimos que hubiese preferido haber acostado por sí mismo á la jóven en el lecho de Mouret, se supo que aquélla no habia sucumbido, y que su poder venía precisamente de esto, lo que la hizo popular. No se desconocian las comodidades que se la debian, y se admiraba su fuerza de voluntad. ¡Ya habia al fin una que le ponia el pié al cuello al principal, y

que sacaba de él algo más que promesas! ¡Habia llegado la que hacía respetar á aquellos pobres diablos! Cuando atravesaba Dionisia las secciones con su cabeza fina y firme y su aire dulce é invencible, la sonreian los dependientes, que orgullosos de ella la hubieran enseñado de buena gana á la multitud. Ella se sentia feliz y se dejaba acariciar por aquella simpatía. ¿Era posible aquello? Veia su entrada con un pobre traje, azorada, perdida entre los engranajes de la terrible máquina; largo tiempo sintió que nada era, apénas un grano bajo aquellas piedras... y hoy era el alma de aquel pequeño mundo; ella sola brillaba, y podia con una palabra precipitar ó contener al coloso echado á sus piés. No habia buscado esto: se habia presentado sin cálculo, con el solo encanto de su dulzura. Su soberanía la causaba inquieta sorpresa. ¿Por qué todos la obedecian? No era bonita, pero no hacia mal á nadie. Sonreia, al fin, con el corazon tranquilo; su fuerza estaba en la bondad y el juicio, en el amor á la verdad y la lógica: ésta era su fuerza.

Uno de los mayores placeres de Dionisia fué el de ser útil á Paulina. Ésta estaba embarazada, y temia, porque dos oficialas tuvieron que irse al sétimo mes de su preñez. La Direccion no pasaba por esto; la maternidad se eliminaba como un estorbo indecente. Se permitia el matrimonio, pero se prohibian los niños. Paulina tenía al marido en la casa y desconfiaba. Á fin de retardar una posible despedida se oprimia hasta ahogarse, resuelta á ocultar aquello el tiempo que pudiera. Una de las dos oficialas despedidas acababa de parir un niño muerto por apretarse así el talle, y se encontraba en peligro de muerte. Bourdoncle observaba la palidez plomiza de Paulina y su lentitud al andar. Una mañana estaba cerca de ella, en ocasion que un mozo que cargaba un paquete la dió con él al pasar. Paulina dió un grito y se llevó ambas manos al vientre. Acto seguido la hizo decir Bourdoncle la verdad, y la sometió al Consejo para ser despedida con pretexto de que la convenia el aire del campo. La historia del golpe correria, y el efecto sobre el público seria desastroso si malparia, como otra de los ajuares de niño el pasado año. Mouret, que no asistió al Consejo, no pudo avisar hasta la noche; pero Dionisia intervino y cerró la boca á Bourdoncle en nombre del interes de la casa. Pues qué, ¿queria aterrar á las madres y á las jóvenes paridas de la clientela? Se decidió, en vista de esto, que toda oficiala preñada se colocaria en casa de una partera especial desde el momento

que su presencia en el mostrador dañase á las buenas costumbres.

Cuando subió Dionisia al otro dia á la enfermería, Paulina, que tuvo que guardar cama por el golpe recibido, la abrazó.

—¡Qué buena sois! Sin vos ya estaria fuera... No es de cuidado esto; dice el médico que no será nada.

Baugé estaba al otro lado de la cama, balbuceando gracias, turbado ante Dionisia, á la que trataba como persona de superior categoría. Si oia al presente bromitas sobre ella, cerraba la boca á los envidiosos. Paulina le despidió encogiéndose amistosamente de hombros.

—No dices más que bobadas, querido... Anda, déjanos hablar.

La enfermería era una vasta y clara pieza en que se alineaban doce camas con colchas blancas. Allí se cuidaba á los empleados de la casa que no querian serlo por sus familias. Aquel dia estaba Paulina sola, cerca de una de las grandes ventanas que daban á la calle Neuve-Saint-Augustin. Las confidencias y palabras tiernas, murmuradas en voz baja, surgieron entre las sábanas blancas y aquel ambiente quieto que exhalaba vago perfume de lavanda.

—¿Conque hace lo que vos quereis? ¡Qué mala sois haciéndole sufrir así! Vamos, decidmelo: ¿es que le odiais?

Tenía una mano de Dionisia cogida sobre la almohada. Ésta, emocionada ante aquella pregunta inesperada, se puso encarnada, y dejó escapar su secreto ocultando la cabeza contra el lecho.

—¡Le amo!

—¡Cómo!—dijo estupefacta Paulina.—Pues es bien sencillo: decid que sí.

Dionisia negó con un enérgico movimiento de cabeza, y negó precisamente porque le amaba, sin explicárselo. Aquello sería ridículo, pero no podia obrar de otro modo. La sorpresa de su amiga aumentaba, y preguntó:

—Entónces, todo eso ¿es para que se case con vos?

La jóven se irguió alterada.

—¡Casarse conmigo! ¡Oh, no! ¡Os juro que jamas pensé en tal cosa! ¡No! ¡Nunca tuve tal cálculo, y ya sabeis que aborrezco la mentira!

—¡Diablo! Pues si le tuvierais no obrariais de distinto modo. Es preciso que eso acabe en matrimonio, puesto que no quereis lo otro. Os prevengo que todo el mundo lo cree así; sí, todos creen que le enseñais la píldora para llevarle ante el cura. ¡Qué picarilla sois!

Tuvo que consolar á Dionisia, que seguia sollozando y repitiendo que acabaria por irse, puesto que todas la creian capaz de pensamientos que nunca habia tenido. Claro que cuando un hombre quiere á una mujer debe casarse con ella; pero ella no pedia nada, no calculaba nada, y sólo queria que la dejasen vivir tranquila con sus penas y sus alegrías, como todo el mundo. Concluirian por obligarla á marcharse.

En aquel momento atravesaba Mouret los almacenes. Queria aturdirse visitando una vez más las obras. Habian pasado meses, y la fachada se alzaba ya como un monumento detras de la muralla de andamios que la ocultaban al público. Todo un ejército de decoradores estaba en ejercicio: marmolistas, obreros en mosaicos y en *faience*. Se doraba el grupo central, sobre la puerta, miéntras abajo se colocaban los pedestales que debian sostener las estatuas de las ciudades manufactureras de Francia. Desde la mañana á la noche, en la calle del Dix-Decembre, abierta hacia poco, estacionaba porcion de desocupados con la nariz al aire, sin ver nada, preocupados con las maravillas de aquella fachada, que debia asombrar á París. Sobre las obras, entre los artistas que realizaban su sueño, comenzado por los albañiles, sentia más amargamente Mouret la vanidad de su fortuna. El pensamiento de Dionisia le apretaba el corazon, como si le atravesase el pecho con el dardo de un mal incurable. Habia huido sin hallar una palabra de satisfaccion, y temiendo mostrar sus lágrimas, dejando ver su desaliento en el triunfo. Aquella fachada que estaba ya en pié le parecia pequeña y como uno de esos muros de arena que hacen los niños, y áun prolongándolo de un lado al otro del *faubourg*, elevándolo hasta las estrellas, no hubiera llenado el vacío de su corazon, que sólo el *sí* de una mujer podia llenar.

Cuando Mouret volvia á su despacho, ahogó sollozos contenidos. ¿Qué deseaba ella? No se atrevia á ofrecerla dinero, y la confusa idea de casarse surgió de entre sus turbaciones de viudo jóven.

Corrieron sus lágrimas en el enervamiento de su impotencia y se creyó desgraciado.

XII

Una mañana de Noviembre daba Dionisia sus primeras órdenes en la seccion, cuando llegó la criada de los Baudu diciendo que la señorita Genoveva habia pasado mala noche y que queria que bajase en seguida su prima. Desde hacia algun tiempo se debilitaba de dia en dia la jóven, y tuvo que guardar cama la víspera.

—Decid que voy en seguida—respondió muy inquieta Dionisia.

El golpe que heria á Genoveva era la brusca desaparicion de Colomban. Primero, y atraido por Clara, hizo vida comun con ella, y cediendo luégo al deseo de todos los jóvenes contenidos y castos, fué como el perro sumiso de aquella mujer. Un lúnes no volvió, escribiendo sencillamente á su principal una carta de despedida, escrita con la frase rebuscada de un hombre que se suicida. Tal vez en el fondo de aquella pasion hubiese el cálculo de librarse de un matrimonio desastroso. La pañería iba tan mal como la salud de su futura, y era hora de romper. Todos le citaban como una víctima fatal del amor.

Cuando Dionisia llegó al *Viejo Elbœuf*, estaba sola la señora Baudu, inmóvil, detras de la caja, con su rostro empalidecido por la anemia, guardando el vacío silencio de la tienda. No habia otro dependiente. La criada pasaba el plumero á los anaqueles, y áun se trataba de reemplazarla por una asistenta. Caia frio del techo, y pasaban las horas sin que un comprador entrase. Los géneros, que de tarde en tarde se movian, parecian tomados del salitre de las paredes.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dionisia vivamente.—¿Está Genoveva en peligro?

La señora Baudu no contestó en seguida. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y luégo balbuceó:

Tuvo que consolar á Dionisia, que seguia sollozando y repitiendo que acabaria por irse, puesto que todas la creian capaz de pensamientos que nunca habia tenido. Claro que cuando un hombre quiere á una mujer debe casarse con ella; pero ella no pedia nada, no calculaba nada, y sólo queria que la dejasen vivir tranquila con sus penas y sus alegrías, como todo el mundo. Concluirian por obligarla á marcharse.

En aquel momento atravesaba Mouret los almacenes. Queria aturdirse visitando una vez más las obras. Habian pasado meses, y la fachada se alzaba ya como un monumento detras de la muralla de andamios que la ocultaban al público. Todo un ejército de decoradores estaba en ejercicio: marmolistas, obreros en mosaicos y en *faience*. Se doraba el grupo central, sobre la puerta, miéntras abajo se colocaban los pedestales que debian sostener las estatuas de las ciudades manufactureras de Francia. Desde la mañana á la noche, en la calle del Dix-Decembre, abierta hacia poco, estacionaba porcion de desocupados con la nariz al aire, sin ver nada, preocupados con las maravillas de aquella fachada, que debia asombrar á París. Sobre las obras, entre los artistas que realizaban su sueño, comenzado por los albañiles, sentia más amargamente Mouret la vanidad de su fortuna. El pensamiento de Dionisia le apretaba el corazon, como si le atravesase el pecho con el dardo de un mal incurable. Habia huido sin hallar una palabra de satisfaccion, y temiendo mostrar sus lágrimas, dejando ver su desaliento en el triunfo. Aquella fachada que estaba ya en pié le parecia pequeña y como uno de esos muros de arena que hacen los niños, y áun prolongándolo de un lado al otro del *faubourg*, elevándolo hasta las estrellas, no hubiera llenado el vacío de su corazon, que sólo el *sí* de una mujer podia llenar.

Cuando Mouret volvia á su despacho, ahogó sollozos contenidos. ¿Qué deseaba ella? No se atrevia á ofrecerla dinero, y la confusa idea de casarse surgió de entre sus turbaciones de viudo jóven.

Corrieron sus lágrimas en el enervamiento de su impotencia y se creyó desgraciado.

XII

Una mañana de Noviembre daba Dionisia sus primeras órdenes en la seccion, cuando llegó la criada de los Baudu diciendo que la señorita Genoveva habia pasado mala noche y que queria que bajase en seguida su prima. Desde hacia algun tiempo se debilitaba de dia en dia la jóven, y tuvo que guardar cama la víspera.

—Decid que voy en seguida—respondió muy inquieta Dionisia.

El golpe que heria á Genoveva era la brusca desaparicion de Colomban. Primero, y atraido por Clara, hizo vida comun con ella, y cediendo luégo al deseo de todos los jóvenes contenidos y castos, fué como el perro sumiso de aquella mujer. Un lúnes no volvió, escribiendo sencillamente á su principal una carta de despedida, escrita con la frase rebuscada de un hombre que se suicida. Tal vez en el fondo de aquella pasion hubiese el cálculo de librarse de un matrimonio desastroso. La pañería iba tan mal como la salud de su futura, y era hora de romper. Todos le citaban como una víctima fatal del amor.

Cuando Dionisia llegó al *Viejo Elbœuf*, estaba sola la señora Baudu, inmóvil, detras de la caja, con su rostro empalidecido por la anemia, guardando el vacío silencio de la tienda. No habia otro dependiente. La criada pasaba el plumero á los anaqueles, y áun se trataba de reemplazarla por una asistenta. Caia frio del techo, y pasaban las horas sin que un comprador entrase. Los géneros, que de tarde en tarde se movian, parecian tomados del salitre de las paredes.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dionisia vivamente.—¿Está Genoveva en peligro?

La señora Baudu no contestó en seguida. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y luégo balbuceó:

—No sé nada... nada me dicen... ¡Ah! esto se acaba, se acaba...

Sus miradas daban vuelta á la tienda, como si ésta y su hija se fueran á la vez. Los sesenta mil francos de la venta de la propiedad de Rambouillet se los habia llevado la competencia en ménos de dos años. Para luchar con *La Dicha*, que ya tenía paños para hombre, terciopelos para caza y libreas, habia hecho el pañero considerables sacrificios. Por fin, sucumbia bajo los muletones y franelas de su rival; un surtido como nunca se habia visto en la plaza. Poco á poco creció la deuda, y se convino como recurso supremo en hipotecar el antiguo inmueble de la calle Michodiere, en que habia fundado la casa el viejo Finet. Era ya cuestion de dias; la ruina llegaba, y la casa misma debia hacerse polvo, como una construccion carcomida que se lleva el viento.

—Arriba está su padre—dijo la Baudu con su voz fatigada;—nos relevamos cada dos horas, porque hay que estar aquí, por si acaso, porque en verdad que...

Acabó la frase con un gesto. Hubieran huido sin su orgullo comercial que les sostenia aún.

—Entónces, subo—dijo Dionisia cuyo corazon se oprimia con aquella desesperacion muda que parecian tener hasta las piezas de paño.

—Sí, sube pronto, hija mia. Genoveva te espera; te ha llamado toda la noche. Quiere decirte algo sin duda.

En aquel momento bajó Baudu. Las malas noches alteraban su rostro amarillo, en que se veian sus ojos sanguinolentos. Llegaba de puntillas, y murmuró como si pudieran oirle desde arriba:

—Duerme...

Se sentó rendido en una silla, y se enjugó la frente maquinalmente, como quien acaba una tarea ruda. Hubo una pausa, y dijo por fin á Dionisia:

—La verás pronto... Cuando duerme se nos figura que está mejor.

El silencio reinó de nuevo. El padre y la madre se miraban frente á frente, y luégo dijo Baudu á media voz, como remachando sus dolores y sin nombrar nada ni á nadie:

—No lo hubiera creido, por mi vida... Era el último y le habia educado como á mi hijo. Si me hubieran dicho: «tambien te lo llevarán...», hubiera contestado: «eso será porque no haya Dios.» ¡Y lo ha hecho! ¡Ah! desgraciado... Tenía todas mis ideas, y estaba al tanto del verdadero comercio. Por una pingona, por

uno de esos maniquíes que se ven en los escaparates de las casas equívocas... ¡Esto es para volverse loco!

Movia la cabeza y su mirada baja caia sobre el dintel húmedo, gastado por el paso de generaciones de clientes.

—¿Quereis creerlo?—dijo con voz más baja aún.—Hay veces que me creo el más culpable de esta desgracia. Sí, culpa mia es que nuestra pobre hija esté arriba como está. Yo debí casarla sin ceder á mi orgullo necio, á mi terquedad en querer dejarla la casa más próspera. Ahora tendria á quien amar, y tal vez su juventud haria aquí el milagro que yo no he sabido hacer. Pero fuí un viejo loco; no comprendí nada, no creí que se pusiese nadie malo por semejantes cosas... Verdaderamente era un gran muchacho; dón para vender, probidad, sencillez de costumbres, órden; en fin, discípulo mio.

Levantaba la cabeza, defendiendo aún su modo de pensar sobre aquel dependiente que le hacía traicion. Dionisia no pudo oir que se acusaba á sí mismo, y emocionada al verle tan humilde y con los ojos llorosos, á él, que otras veces reinaba y gruñia como dueño absoluto, dijo:

—No le disculpeis, tio, os lo ruego. Jamas amó á Genoveva, y de haberse anticipado la boda, se hubiera marchado ántes. Yo misma le hablé: sabía bien que mi prima sufria por su causa, y ya veis que esto no le ha retenido.... Preguntádselo á la tia.

Sin decir nada, lo confirmó la Baudu con un movimiento de cabeza. El pañero palideció áun más, y las lágrimas le cegaron de nuevo.

—Estaba en la masa de su sangre, porque su padre, el veterinario, murió el verano pasado de tanto correr la tuna.

Miró maquinalmente á los rincones oscuros, pasando del mostrador á la anaquelería repleta, y luégo se fijó en su mujer, que continuaba en espera de la desaparecida clientela.

—Esto es el fin—dijo—nos matan el comercio, y una de ésas... nos mata tambien la hija.

Nadie objetó. El rodar de los coches que hacian retemblar la casa era como un redoble fúnebre de tambores que sonase en el aire, ahogado por el bajo techo. En la tristeza de las tiendas agonizantes se oyeron unos golpes. Era Genoveva que acababa de despertarse y daba con un baston que dejaban cerca de ella.

—Subamos en seguida—dijo Baudu levantándose rápido.—Trata de sonreir: no necesita saber nada.

Se frotó rudamente los ojos en la escalera para borrar la huella de las lágrimas. Cuando abrieron la puerta, en el primer piso oyeron que una voz débil gritaba:

—¡No quiero estar sola! ¡No me dejeis sola, tengo miedo!...

Cuando vió á Dionisia se calmó Genoveva y sonrió débilmente:

—¡Ya estais aquí!.. ¡Cómo os he esperado desde ayer!.. ¡Creí que me abandonabais tambien!..

Aquello daba lástima. La habitacion de la jóven recibia pálida luz por el patio. Primero la pusieron sus padres en su habitacion sobre la calle, pero la vista de *La Dicha* la irritaba, y hubo que trasladarla. Allí estaba echada en su cama, en la que apénas se percibia la forma de su cuerpo. Sus brazos delgados, quemados por la fiebre de los tísicos, se movian como buscando algo inconscientemente, miéntras sus negros cabellos parecian comerse su pobre rostro en que agonizaba la última de una familia que habia vivido en la sombra de aquel sótano del viejo comercio parisiense.

Dionisia, con el corazon apretado por la compasion, la miraba sin hablar, por temor de que corrriesen sus lágrimas; pero al fin murmuró:

—He venido en seguida... ¿En qué puedo serviros? Mandad... ¿Quereis que me quede?

Genoveva, con la respiracion fatigosa y las manos errantes por el cobertor, no quitaba de ella los ojos.

—No, no necesito nada. Gracias. Queria abrazaros solamente.

Se echó á llorar. Dionisia se inclinó vivamente y la besó en las mejillas, temblando al sentirlas ardiendo. La enferma la agarró y la estrechaba en un desesperado abrazo. Luégo miró á su padre.

—¿Quereis que me quede?—repitió Dionisia.—¿Hay que hacer algo?

—No, no.

Las miradas de Genoveva se volvian obstinadamente hácia su padre, que seguia allí con aire estúpido y la garganta oprimida. Acabó por entender, y se retiró sin decir nada, oyéndose á poco su pesado paso en la escalera.

—¿Sigue con esa mujer?—dijo en seguida la enferma cogiendo la mano de su prima, á quien hizo sentar junto á la cama.—He querido veros para que me lo digais... ¿Verdad que viven juntos?

Dionisia balbuceó la verdad, sorprendida por aquellas preguntas. Clara estaba aburrida de él y habia roto, pero el desolado Colomban la perseguia tratando de verla de vez en cuando, con la humildad del perro castigado. Se decia que iba á colocarse en el *Louvre*.

—Si tanto le amais, acaso vuelva—continuó Dionisia para adormecer á la moribunda con aquella última esperanza.—Curaos pronto, que él reconocerá sus faltas y se casará con vos.

Genoveva la interrumpió. Habia escuchado con toda su alma pareciendo animarse, pero recayó en seguida:

—No, dejadme: ya sé que esto ha concluido. No digo nada porque papá llora y mi madre se pone peor... Me acabo, y si os he llamado esta noche es porque no creia llegar á la mañana... ¡Cuando pienso que tampoco él es feliz!

Dionisia afirmó que no estaba tan mala, y ella la interrumpió de nuevo. Bajó el cobertor con el gesto casto de la vírgen que nada oculta á la muerte, y descubriéndose hasta el vientre, murmuró:

—Miradme... ¿Creeis aún en eso?

Dionisia se apartó, como temerosa de destruir con el aliento aquel miserable despojo. Aquello era el fin de la carne, el cuerpo de la novia gastado en la espera y vuelto al sér de los primeros años. Volvió á cubrirse lentamente y repitió:

—Ya veis; no soy una mujer... Hacen bien en no quererme...

Las dos se miraron sin decir palabra, y Genoveva dijo al fin:

—Idos ya: teneis una obligacion. Tenía deseos de veros y estoy contenta. Si le veis, decidle que le perdono... Adios, mi buena Dionisia: abrazadme por última vez.

La jóven la abrazó riñéndola.

—No digais eso. Lo que necesitais son cuidados nada más.

La enferma movió la cabeza. Sonreia como segura de lo que habia dicho, y al ver que su prima se dirigia á la puerta, la dijo:

—Llamad con el baston para que suba papá; tengo miedo sola.

Cuando subió Baudu á la triste habitacion en que pasaba las horas sobre una silla, dijo alegremente á Dionisia:

—No vengais mañana; es inútil. Os espero el domingo y pasaréis la tarde conmigo.

Al dia siguiente, á las seis, moria Genoveva, despues de cuatro horas de horrible agonía. El entierro tuvo lugar un sábado de malísimo tiempo, bajo un cielo pesado. *El Viejo Elbœuf*, colgado de blanco, manchaba la calle con una nota pálida, y los cirios que

ardian parecian estrellas sumergidas en el crepúsculo. Coronas y un ramo de rosas blancas cubrian el feretro, una caja de niña puesta en el portal de la oscura casa, al nivel de la calle, tan cerca del arroyo que los coches habian enlodado los paños mortuorios. El viejo barrio sudaba humedad, exhalando olor de cueva.

A las nueve llegó Dionisia para estar junto á su tia. Iba á irse el entierro, y la Baudu, que no lloraba, la rogó que fuese con él para velar sobre su marido, cuyo anonadamiento mudo inquietaba á la familia. Abajo halló la jóven llena de gente la calle. El pequeño comercio del barrio quiso demostrar á los Baudu su simpatía, y era al mismo tiempo como una manifestacion contra *La Dicha de las Damas*, á la que se acusaba de la lenta agonía de Genoveva. Todas las víctimas del monstruo estaban allí: *Bedoré y hermana;* la gorrera de la calle Gaillon; los peleteros *Vaupouille hermanos*, y Deslignières el de los juguetes, y *Piot y Rivoire*, mueblistas. Hasta la señorita Tatin, la lencera, y el guantero Quinet, arruinados hacía tiempo, creyeron de su deber ir desde Batignolles el uno y de la Bastilla la otra, en donde trabajaban en casas de otros. Esperando al carro fúnebre, que tardaba, aquella gente vestida de negro, pisando en el barro, miraba con ira á *La Dicha*, y á sus claros escaparates y brillantes anaquelerías, que parecian un insulto al *Viejo Elbœuf*, cuyas mortuorias colgaduras ensombrecian la opuesta acera. Algunos dependientes curiosos se veian detras de los cristales; pero el coloso se mostraba indiferente, como la locomotora que no se cuida de los muertos que hace en su camino.

Dionisia buscaba con los ojos á su hermano Juan, y le vió frente á la tienda de Bourras. Se unió á él, y le recomendó fuese junto al tio para sostenerle si vacilaba. Hacía algunas semanas que Juan parecia preocupado. Aquel dia, vestido con un gaban negro, como hombre que ganaba á dias veinte francos, tenia aire tan digno y triste, que su hermana, que no creia quisiese tanto á su prima, se sorprendió. Deseando evitar á Pepé momentos tristes, le dejó con la señora Gras, prometiéndole que iria á buscarle por la tarde para que abrazase á sus tios.

El carro mortuorio tardaba, y Dionisia, muy conmovida, miraba arder los cirios, cuando una voz muy conocida habló detras de ella. Era Bourras que llamaba á un castañero instalado enfrente, dentro de un estrecha garita, á la puerta de una taberna.

—Hazme un favor, Vigouroux—le dijo;—yo me voy... Si

viene álguien decidle que pase; aunque creo que nadie vendrá.

Y se quedó de pié en la acera esperando como los demas. Dionisia echó un vistazo á su tienda, en cuyo escaparate sólo se veia una lastimosa desbandada de paraguas empolvados y bastones ahumados por el gas. Los embellecimientos que Bourras habia hecho, las pinturas verdemar, los cristales, la muestra... todo caia con el aspecto decrépito del lujo levantado sobre ruinas. Si las antiguas grietas reaparecian y las manchas de humedad cubrian los dorados, la casa se tenia en pié tercamente, adosada á *La Dicha de las Damas*, como una verruga deshonrosa que no podia cortarse.

—¡Ah, los miserables!—gruñó Bourras;—¡ni quieren dejar que se la lleven!

Al fin llegaba el carro mortuorio, que se veia detenido por un carruaje de *La Dicha*, cuyos costados brillaban arrojando en la bruma su reflejo vivo al trote rápido de dos soberbios caballos. El viejo tendero lanzaba á Dionisia una mirada oblícua por bajo de sus cerdosas cejas.

Púsose por último en movimiento la comitiva, ante el lodo y el silencio de los carruajes detenidos á su paso. Cuando el cadáver vestido de blanco atravesó la plaza Gaillon, las sombrías miradas del cortejo se volvieron al gran almacen, detras de cuyos cristales curioseaban dos oficialas. Baudu seguia al féretro con paso torpe maquinal, rehusando con un gesto el brazo de Juan que iba junto á él. Detras de todos iban tres carruajes de luto. Al atravesar la calle Neuve-des-Petits-Champs, Robineau se unió al cortejo, envejecido y pálido.

En San Roque aguardaban muchas mujeres, pequeñas comerciantes del barrio que temieron las apreturas en la casa mortuoria. La manifestacion siguió muda, y cuando el entierro se puso en marcha despues de la misa, le siguieron todos los hombres, á pesar de que hay trecho desde la calle Saint-Honoré al cementerio de Montmartre. Habia que subir la calle de San Roque y pasar otra vez ante *La Dicha de las Damas*. El pobre cuerpo de aquella niña era paseado al rededor del gran almacen, como la primera víctima de las balas en tiempos de revolucion. En la puerta flotaban al viento las franelas rojas, y uno de los escaparates brillaba con la eflorescencia de rosas y peonías abiertas.

Dionisia habia subido en un coche, con el pecho oprimido con tal tristeza, que no se sentia con fuerzas para andar. Hubo una

parada en la calle del Dix Décembre, ante las obras de la nueva fachada que interrumpian la circulacion. La jóven miró á Bourras parado, rozando sus piernas junto á las ruedas del coche en que ella iba. No llegaria al cementerio. Levantó la cabeza, la miró, y de pronto subió.

—Estas rodillas...—murmuró; —no os estrecheis.

Estaba irritado y amistoso al mismo tiempo, como ántes. Gruñó declarando que aquel diablo de Baudu era fuerte para ir al entierro, á pesar de sus disgustos. El convoy volvió á tomar su marcha lenta, é inclinándose Dionisia, vió, en efecto al tio, firme detras del féretro con su paso pesado, que parecia marcar el de la comitiva. Se hundió la jóven en su rincon, oyendo las palabras sin fin del viejo paragüista, al compas del movimiento melancólico del coche.

—La policía debia hacer desembarazar la vía pública... Hace más de diez y ocho meses que nos estorban con su fachada, en la que se mató un hombre el otro dia. No importa: cuando quieran extenderse más, será preciso que echen puentes sobre las calles... Dicen que sois dos mil setecientos empleados, y que la cifra de negocios subirá este año á cien millones... ¡Cien millones, Dios mio, cien millones!

Dionisia no tuvo nada que decir; el entierro habia entrado en la calle de la Chaussé de Antin, en donde el cúmulo de carruajes le retrasó. Bourras siguió hablando con la mirada vaga, como si soñase en alta voz. No comprendia el éxito de *La Dicha*, pero confesaba la derrota del antiguo comercio.

—Ese pobre Robineau es un impertinente: tiene el aspecto de hombre que se ahoga, y los Bedoré y los Vaupouille se tienen de pié, pero como yo, con las piernas rotas. Deslignières reventará un dia, y Piot y Rivoire tienen ictericia. ¡Estamos bien! Somos una compañía de esqueletos que vamos detras de la pobre niña. Esto debe ser divertido para quienes vean pasar esta cola de quiebras. Y parece que va á continuar la limpieza. Esos diablos crean secciones de flores, de perfumería, de zapatería... ¡qué sé yo! Grognet, el perfumista de la calle Grammont, puede prepararse, y yo no daria diez francos por la zapatería de Naut, calle de Antin. La peste llega hasta la calle de Saint-Annet, de donde el plumista Lacassagne y la señora Chadeuil, cuyos sombreros son bien conocidos, serán barridos ántes de dos años. Y despues de éstos, otros y otros. Todos los comercios del barrio sufrirán igual suerte. Cuando los negociantes en telas se ponen á vender jabones y zapatos, pueden llegar hasta vender patatas fritas. ¡El mundo está dislocado!

El entierro atravesaba la plaza de la Trinité, y desde el rincon oscuro del carruaje en que escuchaba Dionisia las quejas del viejo tendero, vió, al desembocar de la Chaussée de Antin, subir el cadáver la cuesta de la calle Blanche. Detras del tio, que andaba con el aspecto mudo y estúpido de un buey asombrado, la parecia oir el pisar del ganado conducido al matadero, la derrota de las tiendas del barrio, el pequeño comercio arrastrando su ruina sobre el negro barro de París. Bourras seguia hablando con voz más sorda, como fatigado por la ruda subida de la calle Blanche.

—Yo he tomado mi partido... le tengo cogido y no le suelto. He perdido el recurso de alzada, que me ha costado mucho: más de dos años de pleito y abogados. No importa: no pasará por debajo de mi casa, porque los jueces dicen que no es una expropiacion motivada. ¡Cuando pienso en que hablaba de crear un salon para examinar los colores de las telas á la luz del gas, una pieza subterránea para unir la pañería y el género de punto! ¡Y él no calculaba que un viejo achacoso como yo le impidiese el paso, cuando todos se arrodillaban ante su dinero! ¡Nunca, no quiero: está dicho! Ya sé que el tunante anda buscando acreedores mios para jugarme una mala pasada; no me importa: él que sí, y yo que no siempre, hasta cuando me vea clavado entre cuatro tablas como la que va ahí delante.

Al llegar al boulevard Clichy, el carruaje rodó más aprisa, oyéndose el alentar de la gente, que tenia prisa por concluir. Lo que Bourras no decia claramente, era que la miseria era su vida, y que habia perdido la cabeza en el batallar del comerciante que se empeña en sostenerse bajo una lluvia de protestos. Dionisia, que estaba al corriente de su situacion, rompió á hablar, diciendo dulcemente:

—No os hagais peor de lo que sois, señor Bourras... Dejadme arreglar vuestros asuntos.

Él la interrumpió violentamente:

—Callaos: esto no interesa á nadie. Sois una niña muy buena y que amargais la vida de ese hombre, que creyó compraros como una casa. Pero ¿qué diriais si os aconsejára que cedieseis? Me enviarias á paseo... Bueno; pues cuando yo digo que no, no os metais en mis asuntos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Bajó con la jóven del carruaje, que se habia detenido en la puerta del cementerio. El panteon de los Baudu estaba en la primera avenida, á la derecha. En pocos minutos terminó la ceremonia. Juan apartó al tio, que miraba á la fosa con aire estúpido. El cortejo se diseminó por las tumbas próximas. Los rostros de aquellos comerciantes, faltos de sangre en el fondo de sus pisos bajos malsanos, tomaban aspecto de sufrimientos bajo aquel cielo triste. Cuando el féretro se deslizó blandamente, las mejillas palidecieron, las afiladas narices se inclinaron, y se volvieron los párpados llenos de cifras.

—Todos deberiamos meternos en ese agujero—dijo Bourras á Dionisia, que estaba cerca de él.—Con esa niña se entierra el barrio. ¡Ah! el pequeño comercio debia unirse á esas rosas blancas que se entierran con ella.

Dionisia llevó á su tio y su hermano á uno de los carruajes. Aquel dia tuvo para ella negra tristeza. Al pronto, empezó á inquietarle la palidez de Juan, y cuando comprendió que se trataba de una nueva historia mujeril, quiso hacerle callar abriendo su bolsa; pero él movió la cabeza y rehusó: aquella vez iba serio: se trataba de la hija de un riquisimo pastelero que no aceptaba ni ramitos de violetas. Luégo, cuando se fué á buscar á Pepé á casa de la señora Gras, éste la declaró que ya era mayor para andar solo. Otro contratiempo, porque seria preciso buscar un colégio y alejar tal vez al pequeño. Para concluir, al llevar á Pepé á que abrazase á sus tios, se la desgarró el alma al ver la sombria tristeza del *Viejo-Elbœuf*. La tienda estaba cerrada, y los tios en en el fondo de la salita, sin encender el gas, á pesar de la oscuridad de aquel dia de invierno. Estaban solos, frente á frente, en la vacía casa donde la ruina y la muerte de su hija llenaban de nieblas los rincones, como si llegase el crujimiento supremo que habia de hundir las casas comidas por la humedad. Bajo aquella tristeza paseaba el tio con el andar pesado que llevó en el entierro, miéntras la tia callaba, echada sobre una silla, con la cara pálida, cuya sangre se iba gota á gota. No lloraron cuando Pepé les dió ruidosos besos en las mejillas, miéntras Dionisia se ahogaba en llanto.

Aquella noche mandó Mouret llamar á la jóven para hablarla de un vestido de niño, mezcla de escocés y zuavo, que queria poner á la venta. Ella no pudo contenerse, obligada por la compasion, y habló de aquel pobre Bourras que iba á ser víctima. Pero

ante el nombre del paragüista se sublevó Mouret. El viejo loco, como él decia, amargaba su vida y estorbaba su triunfo por su estúpida terquedad en no ceder su casa, aquella ruina, aquel único rincon escapado á la conquista. Era su pesadilla, y otro que no fuese la jóven, y se hubiese atrevido á hablar en su favor, hubiera arriesgado ser despedido; de tal modo deseaba Mouret echar abajo á puntapiés aquella ruina. ¿Qué queria que él hiciese? ¿Podria dejar aquel escombro junto á *La Dicha?* Era forzoso que desapareciese, y que el almacen pasase. ¡Tanto peor para el viejo loco! Recordó sus ofertas, hasta la de cien mil francos. ¿No era él razonable? No regateaba: daba lo que le pedian... Que le dejasen acabar su obra. ¿Es que se queria detener á la locomotora que va por su camino? Dionisia le escuchaba con la vista baja y sin oponer más que razones de puro sentimiento. El pobre hombre era tan viejo, que podia esperarse su muerte: una quiebra le mataria. Entónces dijo él que no era ya cosa suya, sino de Bourdoncle: el Consejo se habia ocupado de ello. Nada supo contestar ella, á pesar de su conmiseracion.

Despues de un penoso silencio, el mismo Mouret la habló de los Baudu. Comenzó por dolerse de la pérdida de su hija. Eran buenas gentes, muy honradas, víctimas de la desgracia. Luégo reprodujo sus argumentos... En el fondo, todos querian su ruina, mas se obstinaban en seguir en la barraca del antiguo comercio. ¿Qué extraño era que se les fuese la casa encima? Veinte veces lo habia predicho: ella debia acordarse de que encargó avisase á su tio el fatal desastre, si éste persistia en vejeces ridículas. Y la catástrofe estaba allí, sin que nadie pudiera dominarla. No se pretenderia que él se arruinase por sostener al barrio. Ademas, si él hubiese cometido la locura de cerrar *La Dicha*, otro almacen se les hubiera puesto al lado, porque la idea soplaba por los cuatro rumbos, aquel triunfo de las ciudades comerciales que arrollaba el edificio de las antiguas edades. Poco á poco se animó Mouret, hallando elocuencia para defenderse del ódio de sus víctimas involuntarias, del clamor de los moribundos que oia á su alrededor. Era preciso enterrar á los muertos, y con un gesto los metió bajo la tierra, arrojando á la fosa comun el cadáver del antiguo negocio, cuyos restos podridos eran la vergüenza de las soleadas calles del París moderno. No, no tenia remordimientos: hacia la tarea de su siglo: ella lo sabia; ella, que tenia la pasion de los grandes negocios hechos á la luz del sol. Redu-

cida al silencio escuchó largo rato, y se retiró llena de turbacion.

Aquella noche durmió poco. Insomnio mezclado de pesadilla la revolvia bajo el cobertor. Le pareció que era muy pequeña, cuando lloraba en el jardin de Valognes, al ver que las alondras se comian las arañas, que á su vez se habian comido las moscas. Era, pues, verdad aquella necesidad de la muerte alimentando al mundo, aquella lucha por la vida, que hacía depender á los unos de la muerte de los otros. Veíase luégo ante el nicho en que estaba Genoveva, y percibia á sus tios en el fondo de su oscuro comedor. Sordo ruido de desplome atravesaba el silencio: era la casa de Bourras que se hundia, llevada por la inundacion. El silencio reinaba luégo más triste, más siniestro, y nuevos desplomes se oian; los Robineau, los Bedoré y hermana, los Vaupouille caian á su vez... El pequeño comercio del barrio Saint-Roche caia bajo una hoz invisible, con ruido como el de una carreta que se descarga. Inmensa lástima la despertó sobresaltada. ¡Qué tortura! Familias que lloran, viejos echados á la calle, dramas punzantes de ruina. Y ella sin poder salvar á nadie, y conociendo que era precisa aquella hoguera de miserias para la salud del París del porvenir. Por el dia se calmó; pero sus ojos, llenos de resignada tristeza, estuvieron abiertos y fijos en los vidrios de la ventana que se aclaraban poco á poco... Eran necesarios aquellos sacrificios, porque toda revolucion necesita mártires; sólo se va adelante sobre muertos. Su temor de ser un alma perversa, de haber contribuido á la muerte de los suyos, se fundia ahora en compasion ante aquellos males irremediables que son el aprendizaje doloroso de cada generacion. Acabó por buscar los posibles consuelos, y soñó en los medios que habia de emplear para salvar al ménos á los que la interesaban de cerca.

Mouret se levantaba ante ella con su apasionada cabeza y ojos acariciadores. Sí, él no la negaria nada, y estaba segura de que fijaria las posibles indemnizaciones. Su pensamiento se perdia al tratar de juzgarle. Conocia su vida, el antiguo cálculo de sus ternuras, su explotacion contínua de la mujer, las queridas que tomaba para hacer su camino, sus relaciones con la señora Desforges para llegar al Baron, las Claras de ocasion, el placer comprado, pagado y arrojado luégo á la calle. Estos principios de un aventurero del amor de que se hablaba en el almacen, se desvanecian en el genio y la gracia de aquel hombre. Era la seduccion lo que jamas le hubiera perdonado ella; era su antigua frialdad de

amante bajo la comedia galante de su cortesanía. Pero no le odiaba, hoy que sufria por ella: este sufrimiento le habia purificado. Cuando le vió expiando tan duramente su desden por la mujer, le pareció purgado de todas sus faltas.

Desde aquella mañana, obtuvo Dionisia las compensaciones que ella juzgára legítimas el dia que Baudu y Bourras sucumbieran. Pasaron semanas yendo todas las tardes á ver á su tio, escapando algunos minutos, y llevándole su valor, que alegraba la vieja tienda. Su tía la inquietaba sobre todo. Habia caido en una especie de estupor desde la muerte de Genoveva: parecia que se le acababa un poco de vida cada hora, y cuando la preguntaban, decia que no sufria, sólo sentia, así como sueño. En el barrio se creia que la pobre señora no se aburriria largo tiempo sin su hija.

Salia un dia Dionisia de casa de los Baudu cuando oyó un grito hácia la plaza Gaillon. La gente se precipitaba, y se sentia el pánico y como una exclamacion de lástima. Era que un ómnibus de caja amarilla que hacía el trayecto de la Bastilla á Batignolles habia pasado sus ruedas sobre el cuerpo de un hombre, al desembocar por la calle Neuve-Saint-Augustin, frente á la fuente. De pié en el pescante, el cochero detuvo con un movimiento furioso sus dos caballos, que se encabritaban, y juraba á voz en grito:

—¡Eh! ¡eh! ¡Allá va!

El ómnibus se paró. La gente rodeó al herido; habia por casualidad allí un agente de la autoridad. Siempre de pié, y apelando al testimonio de los viajeros de la imperial, que se habian levantado y miraban la sangre, se explicaba el cochero con gestos exasperados y rojo de cólera.

—No me ha sucedido nunca... ¡Yo grita que grita, y él metiéndose bajo las ruedas!

Un obrero revocador llegó con su pincel, y dijo con tono agudo:

—No te irrites... Yo le he visto: él mismo se metió bajo las ruedas, como si lo hiciera á propósito.

Otros hablaron, y se convino en la idea de un suicidio, miéntras el agente de la autoridad tomaba informes. Las señoras bajaban muy pálidas del coche, recordando con horror la blanda sacudida del ómnibus al pasar sobre el cuerpo. Dionisia se acercó, llevada por la lástima que la inspiraban los accidentes de perros aplastados, caballos caídos y obreros derrumbados desde los an-

damios. Sobre el empedrado reconoció al desgraciado que estaba desmayado y con el *redingot* manchado de barro.

—¡El señor Robineau!—gritó con doloroso asombro.

El agente de la autoridad interrogó en seguida á la jóven. Dió su nombre, profesion y señas. Gracias á la energía del cochero, el ómnibus habia cejado un poco, y sólo las piernas de Robineau fueron cogidas; pero era de temer que estuviesen rotas. Cuatro hombres de buena voluntad llevaron al herido á una botica de la calle Gaillon, miéntras el ómnibus seguia su marcha.

—¡Ya he hecho el dia!—dijo el cochero arreando á sus caballos.

Dionisia siguio á Robineau á la botica. El boticario declaró, miéntras venia un médico, que no creia existiera peligro inmediato, y que lo mejor era llevar al herido á su casa, puesto que vivia cerca. Un hombre fué al puesto de policía á pedir camilla. Entónces pensó la jóven en adelantarse para preparar á la señora Robineau; pero la costó gran trabajo llegar hasta la calle entre la gente que se apiñaba en la puerta. El gentío, ávido de emociones, aumentaba por momentos; niños y mujeres que sufrian empujones brutales; cada recien venido contaba el lance á su modo, y Robineau era en aquel momento un marido arrojado por la ventana por el amante de su mujer.

En la calle Neuve-des-Petits-Champs vió Dionisia de léjos á la señora Robineau en la puerta de la seccion de sedería. Aquélla inventó un pretexto para detenerse, buscando medio de darla la terrible nueva. El almacen se resentia del desórden de las últimas luchas; era el desenlace previsto de la batalla de las dos sedas rivales: *Paris-Bonheur* habia ganado despues de una nueva rebaja de cinco céntimos. Se vendia á noventa y cinco y la seda de Gaujean habia hallado su Waterlóo. Desde hacia dos meses llevaba Robineau una vida infernal para impedir una declaracion de quiebra.

—He visto pasar á vuestro esposo por la plaza Gaillon—dijo Dionisia entrando en la tienda.

La de Robineau, que pareció mirar inquieta á la calle, dijo vivamente:

—Ahora, ¿verdad? Le espero, y ya debia estar aquí. Esta mañana vino Gaujean y salieron juntos.

La señora Robineau seguia siendo encantadora, delicada y alegre; pero la preñez adelantada la cansaba y se sentia mal en aquel ambiente, que no se avenia con su naturaleza. Como ella decia muchas veces, ¿no era mejor vivir tranquilos en una casita aunque sólo se comiera pan?

—Querida niña—dijo con su sonrisa triste—no debemos ocultaros nada. Esto va mal, y mi pobre esposo duerme poco. Hoy precisamente le ha dado matraca Gaujean á propósito de unas letras vencidas... Me moriria de inquietud si estuviera sola.

Se volvia hácia la puerta, y Dionisia la detuvo; sintió á lo léjos la gente y adivinó la camilla seguida de la multitud. Con la garganta seca, no hallaba las consoladoras palabras que queria, y dijo:

—No os asusteis: no hay peligro inmediato. He visto á su esposo... Una desgracia... ahora le traen; pero no os asusteis por Dios...

La otra la oia pálida, sin comprender claramente. La calle se llenaba de gente; los cocheros, detenidos, juraban, y unos hombres colocaban la camilla ante la tienda para abrir las vidrieras.

—Es un acidente—siguió Dionisia, resuelta á ocultar la tentativa de suicidio.—Estaba en la acera y resbaló bajó las ruedas de un ómnibus... Sólo los piés... Ya se busca médico; no os alarmeis...

La señora Robineau se estremeció. Dió dos ó tres gritos inarticulados, luégo calló, y se abalanzó á la camilla, cuyas fundas abrió con mano trémula. Los hombres esperaban que llegase el médico para llevarse la camilla. No se atrevian á tocar al herido, vuelto en sí, quien sufria atrozmente al menor movimiento. Cuando vió á su mujer, corrieron dos gruesas lágrimas por sus ojos. Ella le abrazaba y lloraba, mirándole fijamente. En la calle seguia el gentío, y las caras miraban como en un espectáculo, amenazando romper los cristales de los escaparates, á fin de librarse de aquella fiebre de curiosidad; y no creyendo conveniente tener abierto el almacen, pensó Dionisia bajar la puerta metálica. Ella misma dió vuelta á la manivela, y cayó la cortina como un telon despues del desenlace de un quinto acto. Cuando volvió á entrar cerrando tras de sí la puerta, halló á la señora Robineau apretando á su marido entre los brazos, casi perdida en la media luz que entraba por las mirillas abiertas en las puertas. La tienda, arruinada, parecia hundirse en la nada: sólo las dos mirillas brillaban sobre aquella catástrofe rápida y brutal del suelo de París. La señora Robineau recobró la palabra para decir:

—¡Vida mia... vida mia... vida mia!..

No decia más que esto, y él dijo la verdad al verla arrodillada, desesperada, apretando su cintura de embarazada contra la camilla. Cuando no se movia, sólo sentia el plomo ardiente de sus piernas.

—¡Perdóname! he estado loco!... Cuando el abogado me dijo delante de Gaujean que los avisos se harian mañana, vi como unas llamas que encendian las paredes. Luégo... no me acuerdo; bajaba la calle Michodière, y me parecia que la gente de *La Dicha* se fijaba en mí: aquella casa me aplastaba. Entónces vi el ómnibus, me acordé de Lhomme y de su brazo, y me arrojé debajo...

La de Robineau cayó sentada al suelo ante aquella confesion. ¡Se habia querido matar! Cogió la mano de Dionisia, que se habia inclinado, conmovida, sobre ella. El herido habia perdido otra vez el conocimiento. ¡Y el médico que no llegaba! Dos hombres recorrian el barrio, y el portero tambien buscaba.

—No tengais cuidado—repetia Dionisia maquinalmente, y llorando tambien.

Entónces la de Robineau, sentada en el suelo, con la cabeza á la altura de la camilla y la cara sobre la almohada en que descansaba su marido, la abrió su corazon.

—Yo os contaré... Ha querido matarse por mí... Me decia sin cesar: «¡Te he robado, no tengo el dinero.» Y soñaba con aquellos sesenta mil francos, se despertaba sudoso, y se trataba de bruto; cuando se es así, no se arriesga la fortuna de los demas. Ya sabeis que siempre ha sido nervioso y preocupado. Acabó por ver cosas que me daban miedo, y se figuraba verme en la calle mendigando... á mí, á quien él queria ver rica y feliz.

Volvió la cabeza, y al verle con los ojos abiertos, continuó:

—¿Por qué has hecho eso, vida mia? ¿Me crees tan mala? Deja que estemos arruinados, si estamos juntos; deja que lo lleven todo. Vámonos á cualquier parte, donde no oigas hablar de ellos. Tú trabajarás, y verás qué bien...

Cayó su frente cerca del pálido rostro de su marido, y ambos callaron en el enternecimiento de su agonía. Hubo una pausa: la tienda parecia dormir en aquella noche artificial que la envolvia, miéntras al otro lado de la puerta se oia el ruido de la calle, la vida que pasaba con el rumor de los coches y el de las aceras. Dionisia, que iba á cada momento á echar una ojeada por la puertecilla del portal, volvió diciendo:

—¡El médico!

Era un jóven de ojos vivos, á quien acompañaba el portero. Prefirió ver al herido ántes de que se acostase. Una de las piernas, la izquierda, estaba rota sobre el tobillo; pero la rotura era simple y no debian temerse complicaciones. Se disponian á llevar la camilla á la habitacion, cuando se presentó Gaujean. Venia á dar cuenta de una última gestion: la declaracion de quiebra era definitiva.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

Con dos palabras se lo explicó Dionisia.

Él quedó confuso, y Robineau le dijo débilmente:

—Alguna culpa teneis vos de ello.

—¡Diablo, querido!—repuso Gaujean.—Es preciso ser más fuertes de lo que somos. Ya sabeis que yo tampoco quedo bien.

Se llevaron la camilla. El herido halló fuerzas para decir:

—No; otros más fuertes que nosotros hubieran sucumbido tambien. Comprendo que los viejos tercos como Bourras y Baudu sucumban; pero nosotros, que somos jóvenes y aceptamos la nueva marcha de las cosas... Creedme, Gaujean, éste es el fin del mundo.

Se le instaló, y la de Robineau abrazó á Dionisia en un trasporte en el que habia casi alegría de verse libre del fárrago de los negocios, á los que se avenia mal su temperamento pacífico. Cuando Gaujean se fué con Dionisia, le confesó que aquel pobre Robineau tenia razon. Era estupido querer luchar con *La Dicha de las Damas*. Él se sentia perdido, y la víspera habia querido entenderse con Hutin, que partia para Lyon. Pero no confiaba, y trataba de interesar á Dionisia, cuyo poder conocia sin duda.

—Á fe mia—repitió—tanto peor para la fabricacion. Se reirán de mí si me arruino luchando contra el interes de los otros, cuando ellos luchan por ver quién fabrica más barato. ¡Ah! como deciais vos ántes, la fabricacion debe seguir el progreso con mejor organizacion y nuevos procedimientos. Todo se arreglará: basta que el público esté contento.

Dionisia sonrió y repuso:

—Decidselo á Mouret en persona. Vuestra visita le agradará, y no os rechazará si le ofreceis un solo céntimo de beneficio.

En Enero murió la señora Baudu, en una tarde clara. Hacia quince dias que no podia bajar á la tienda, que estaba al cuidado de una mujer. Sentada en su cama, con almohadas en los riño-

nes, sólo se veian vivir sus ojos, y la cabeza que volvia para mirar obstinadamente á *La Dicha* á traves de los visillos de la ventana. Baudu tambien sufria aquella obsesion, y queria correr con la mirada las cortinas; pero ella le detenia con suplicante gesto: queria verla hasta su última hora. El monstruo se lo habia llevado todo: su casa, su hija, y ella misma se iba poco á poco con *El Viejo Elbœuf*, que perdia la vida á medida que se iba la clientela: el dia que muriese, moriria ella. Cuando se sintió morir, tuvo fuerzas para exigir que se abriesen las dos ventanas. Hacía hermoso tiempo, y un alegre sol doraba *La Dicha*, miéntras la casuca temblaba en la sombra. Se quedó con la mirada fija, llena de aquella vision del monumento triunfal, de aquellos limpios cristales, tras de los cuales pasaban los millones. Lentamente sus ojos se llenaron de tinieblas, y cuando se extinguieron en la muerte, quedaron abiertos, mirando siempre, y llenos de llanto.

Una vez más desfiló el pequeño comercio en el cortejo. Se vió allí á los hermanos Vaupouille, rendidos por el esfuerzo hecho en los pagos de Diciembre, cuyo esfuerzo no podria renovarse; Bedoré y hermana se apoyaban en un baston, arrastrando su padecimiento del estómago; Deslignières habia tenido un ataque; Piot y Rivoire marchaban en silencio, con la cabeza baja, totalmente acabados. Nadie se atrevia á preguntar por los desaparecidos: Quinette, la señorita Tatin y otros, que de la mañana á la noche habian sido arrastrados por aquella ola de desastres, sin contar á Robineau, que seguia en la cama con la pierna rota. Se miraba con interes á los comerciantes amenazados por aquella peste: el perfumista Graquet, la señora Chadeuil la modista, la florista Lacassagne y el zapatero Naud, que se mantenian en pié esperando ansiosos el golpe que habia de llevárselos. Detras del coche mortuorio iba Baudu, con el mismo paso de res asombrada con que acompañó á su hija, miéntras en el fondo del primer coche de luto se veian los ojos brillantes de Bourras bajo sus pestañas y cabellos blancos como la nieve.

Dionisia estaba muy disgustada. Hacía quince dias que estaba llena de zozobras. Habia tenido que meter á Pepé en el colegio, y Juan la traia á mal traer, tan enamorado de la hija del pastelero, que queria que su hermana la pidiese en matrimonio. La muerte de la tia y tan repetidos reveses acabaron de anonadarla. Mouret se habia ofrecido nuevamente á ella, diciendo que lo que ella hiciese por su tio y los demas, estaria bien hecho. Una mañana, ante la noticia de que Bourras estaba en la calle, y que su tio cerraba la tienda, tuvo con él una conferencia. Luégo salió despues de almorzar, con la esperanza de consolarles.

En la calle Michodière estaba Bourras plantado en la acera, frente á su casa, de la que habia sido expulsado la víspera, despues de una hazaña del abogado contrario. Como Mouret poseia los créditos contra él, habia obtenido fácilmente la declaracion de quiebra del paragüista, y compró en quinientos francos el derecho al arriendo en la venta hecha por el síndico. Así, el viejo habia dejado coger en quinientos francos lo que no quiso dar en cien mil. El arquitecto, que llegó con los obreros, tuvo que pedir el auxilio del comisario para echarle. Los géneros fueron vendidos, y desocupada la casa: el viejo se resistia en el rincon en que dormia, de donde no se atrevian á echarle por un resto de piedad. Los obreros atacaron el techo sobre su cabeza. Se quitaron las podridas tejas; los techos se hundian; crujian las paredes, y él, firme entre las carcomidas vigas. Al fin, se fué al llegar la policía. Pero á la mañana siguiente reapareció en la acera de enfrente, despues de pasar la noche en una casa de huéspedes.

—Señor Bourras...—dijo dulcemente Dionisia.

No la oyó: sus ojos encendidos devoraban á los obreros, cuyos picos atacaban la fachada. Por sus ventanas se veia el interior miserable, la negra escalera en la que el sol no penetraba hacía doscientos años.

—¡Ah, sois vos!—dijo al verla—¡Qué bien trabajan esos ladrones! ¿eh?

Ella no se atrevió á hablarle, conmovida por la tristeza de aquella casucha, de cuyas piedras mohosas no podia apartar la vista. Arriba, en un rincon del techo de su antiguo cuarto percibió Dionisia el nombre de *Ernestina* pintado con la llama de una bujía, y el recuerdo de los dias de miseria la hizo sentir piedad por todos los dolores. Los obreros, á fin de derribar de un golpe un trozo de pared, la atacaban por su base, y la pared vaciló.

—¡Si les aplastase á todos!—murmuró Bourras con voz salvaje.

Hubo un terrible crujido. Los obreros, temerosos, salieron á la calle, y la pared al caer deshizo aquella ruina, que se sostenía por milagro, pues la hacía caer un simple empuje. Fué como el desplome de una casa de barro que la lluvia se lleva. No quedó nada en pié: sólo se veía un monton de escombros, la hoguera extinguida del pasado...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Dios mio!—gritó el viejo como si el golpe le repercutiese en el alma.

Se quedó mudo. Nunca hubiese creido que acabase tan pronto. Miraba el hueco abierto en el flanco de *La Dicha*, libre de la verruga que la deshonraba. Era el triunfo definitivo sobre la terquedad de lo infinitamente pequeño, la conquista de toda la manzana. Los transeuntes hablaban con los obreros, que renegaban de aquellas ruinas que sólo servian para aplastar gente.

—Señor Bourras—repitió Dionisia tratando de llevárselo—ya sabeis que no se os abandonará, y que se satisfarán vuestras necesidades.

—No tengo ninguna—dijo él irguiéndose.—Os envian ellos, ¿verdad? Decidles que el viejo Bourras sabe trabajar y que hallará ocupacion donde quiera... ¡Qué cómodo es eso de dar limosna á quien se asesina!

—Aceptad, os lo ruego—díjole ella suplicante;—no me causeis ese disgusto.

Él sacudió su bíblica cabeza.

—No, no; hemos concluido. Vivid feliz vos que sois jóven, y no impidais á los viejos que sigan con sus ideas.

Arrojó la última mirada al monton de escombros, y echó á andar penosamente. Ella le siguió hasta que dió vuelta al ángulo de la plaza Gaillon.

Dionisia se quedó un momento inmóvil, y al fin entró en casa de su tio. El pañero estaba solo en la sombría tienda de *El Viejo Elbœuf*. La asistenta sólo iba por mañana y noche á cocinar y ayudarle á cerrar. Pasaba las horas en aquella soledad, y sin tener tino para buscar las mercancías cuando entraba casualmente una compradora. En aquel silencio y penumbra andaba sin cesar, con el paso de los entierros, cediendo á una especie de fiebre de marcha, como si quisiese arrullar y dormir su dolor.

—¿Estais mejor, tio?—preguntó Dionisia.

Él se paró un momento y la miró; luégo siguió paseando.

—Sí, sí; estoy bien; gracias.

Ella buscaba palabras consoladoras sin hallarlas.

—¿Habeis oido el ruido? Ya está la casa por el suelo.

—¡Es cierto!—contestó él con aire asombrado.—Debia ser la casa aquel ruido que oi... Esta mañana vi á los albañiles en el tejado y cerré mi puerta.

Hizo un vago gesto, como que aquello no le importaba. Cada vez que se acercaba á la caja, miraba la vacía banqueta de terciopelo en que se sentaban su mujer y su hija. Cuando su paseo le llevaba á otro lado, miraba la anaquelería llena de sombra, en la que se enmohecian algunas piezas de paño. Era aquella la casa viuda: las que amaba habian partido, su comercio habia caido vergonzosamente, y él paseaba solo su muerto corazon y su abatido orgullo entre aquella catástrofe. Levantaba los ojos al techo y sentia el silencio sepulcral de aquel comedor, rincon familiar del que él amaba en otro tiempo hasta el ambiente malsano. Ni un soplo se oia. Sólo su paso regular hacia sonar las viejas paredes, como si anduviese sobre la tumba de sus ternuras.

Dionisia abordó al fin el objeto que la llevaba.

—Así no podeis estar, tio. Hay que tomar una determinacion.

—Sin duda—respondió sin pararse;—pero ¿qué quieres que haga? He querido traspasar, y nadie acude... Un dia cerraré la tienda y me iré.

No temia una quiebra, porque los acreedores preferian entenderse con él, conmovidos por su desgracia. Pagándolo todo, se encontraria sencillamente en la calle.

—¿Y qué haréis luégo?—murmuró Dionisia para llegar por medio de una transicion á la oferta que no se atrevia á formular.

—No sé—contestó él;—me recogerán...

Habia cambiado su paseo é iba desde el comedor al escaparate; aquel escaparate olvidado ya. No levantaba los ojos á *La Dicha*, cuyas líneas arquitectónicas se perdian á derecha é izquierda de la calle. Parecia anonadado y sin fuerzas para mirar.

—Escuchad, tio—dijo al fin Dionisia miedosamente;—tal vez hubiera para vos una plaza...

Se detuvo y añadió:

—Vengo encargada de ofreceros una plaza de inspector...

—¿Dónde?

—Enfrente... entre nosotros... Seis mil francos sin trabajo alguno.

Él se paró bruscamente ante ella. Pero en vez de sublevarse como ella temia, se puso muy pálido presa de dolorosa emocion, de resignacion amarga.

—Enfrente...—balbuceó várias veces.—¿Tú quieres que yo éntre ahí enfrente?

Dionisia se sintió muy conmovida. Vió de pronto la lucha de las dos tiendas, los entierros de Genoveva y su tia; tenia ante

los ojos *El Viejo Elbœuf* trastornado, vencido por *La Dicha*, y la vision de su tio entrando allí enfrente y paseando de corbata blanca, la apretó el corazon.

— Vamos, Dionisia, hija mia, ¿es posible eso? — decia él cruzando sus manos temblorosas.

—¡No, no, tio mio! — exclamó ella en un arranque de su corazon; — sería mal hecho... Perdonadme...

Él paseó de nuevo con su paso tardo que llenaba el fúnebre vacío de la casa. Cuando Dionisia se fué, seguia en aquel andar terco de las grandes desesperaciones.

Dionisia tuvo insomnios aquella noche. Tocaba de cerca su impotencia. No encontraba consuelo para los suyos; debia asistir hasta el fin á aquella renovacion de la vida por medio de la muerte. Aceptaba aquella lucha, pero su corazon de mujer se llenaba de bondad y de lágrimas por la humanidad que sufria. Hacía años que ella misma estaba cogida por los engranajes de la máquina. ¿No habia sangrado? ¿No la habian martirizado y azuzado con injurias? Aun al presente se espantaba de verse entre los escogidos por la lógica de los hechos. ¿Por qué habia sucedido esto siendo tan poca cosa ella? ¿Por qué su pequeña mano pesaba tanto en la tarea del monstruo, cuyo empuje la arrastraba cuando su presencia allí debia ser una ayuda para los otros? Mouret habia inventado aquel mecanismo para tragar gente; mecanismo cuyo funcionar brutal la indignaba. Habia sembrado de ruinas el barrio, despojando á los unos, arruinando á los otros, y ella le amaba por la grandeza de su obra, y más aumentaba su amor á cada exceso de su poder, á pesar de la ola de lágrimas que la ahogaba ante la sagrada miseria de los vencidos.

XIII

La calle del Dix-Décembre, recien abierta, con sus casas de deslumbrante blancura y andamios áun no desmontados, se templaba bajo el claro sol de Febrero. Pasaba una oleada de carruajes como tren conquistador á traves de aquella faja luminosa que cortaba la oscuridad húmeda del viejo barrio de Saint-Roch. Entre la calle Michodière y la de Choiseul se agolpaba la multitud, conmovida con un mes de reclamos, con los ojos asombrados y pasando várias veces ante la monumental fachada de *La Dicha de las Damas*, que aquel lúnes se inauguraba, juntamente con la gran exposicion de lencería.

Era aquello como una arquitectura policroma fundida en oro que anunciaba el estrépito y brillo del tráfico interior, deslumbrando como un escaparate inmenso en que hirviesen todos los colores. En la planta baja y para no eclipsar las telas expuestas, el decorado era sobrio: un basamento de mármol verde mar. Los pilares de ángulo estaban cubiertos de mármol negro, cuya severidad se templaba con cañas doradas, y el resto con cristales sin emplome que descubrian el fondo de las galerías á la vista exterior. Á medida que subian los pisos eran más vivos los colores. El friso del piso bajo se desenvolvia en mosáicos y guirnaldas de flores rojas y azules, alternadas con planchas de marmol, sobre las que se veian grabados los nombres de las mercancías hasta el infinito, ciñendo al coloso. Más arriba, en el basamento del primer piso, brillaban tambien los espejos hasta el friso, sembrado de escutones dorados con las armas de ciudades francesas, y detalles de barro cocido cuyo tallado repetia las flores del basamento. En la parte superior reaparecian los mosaicos y *faiences* con tonos más vivos: el zinc se retorcia y doraba sosteniendo un pueblo de estatuas representando las ciudades industriales y recortando sus líneas escultóricas en pleno azul de cielo. Los curiosos se dete-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los ojos *El Viejo Elbœuf* trastornado, vencido por *La Dicha*, y la vision de su tio entrando allí enfrente y paseando de corbata blanca, la apretó el corazon.

— Vamos, Dionisia, hija mia, ¿es posible eso? — decia él cruzando sus manos temblorosas.

—¡No, no, tio mio! — exclamó ella en un arranque de su corazon; — sería mal hecho... Perdonadme...

Él paseó de nuevo con su paso tardo que llenaba el fúnebre vacío de la casa. Cuando Dionisia se fué, seguia en aquel andar terco de las grandes desesperaciones.

Dionisia tuvo insomnios aquella noche. Tocaba de cerca su impotencia. No encontraba consuelo para los suyos; debia asistir hasta el fin á aquella renovacion de la vida por medio de la muerte. Aceptaba aquella lucha, pero su corazon de mujer se llenaba de bondad y de lágrimas por la humanidad que sufria. Hacía años que ella misma estaba cogida por los engranajes de la máquina. ¿No habia sangrado? ¿No la habian martirizado y azuzado con injurias? Aun al presente se espantaba de verse entre los escogidos por la lógica de los hechos. ¿Por qué habia sucedido esto siendo tan poca cosa ella? ¿Por qué su pequeña mano pesaba tanto en la tarea del monstruo, cuyo empuje la arrastraba cuando su presencia allí debia ser una ayuda para los otros? Mouret habia inventado aquel mecanismo para tragar gente; mecanismo cuyo funcionar brutal la indignaba. Habia sembrado de ruinas el barrio, despojando á los unos, arruinando á los otros, y ella le amaba por la grandeza de su obra, y más aumentaba su amor á cada exceso de su poder, á pesar de la ola de lágrimas que la ahogaba ante la sagrada miseria de los vencidos.

XIII

La calle del Dix-Décembre, recien abierta, con sus casas de deslumbrante blancura y andamios áun no desmontados, se templaba bajo el claro sol de Febrero. Pasaba una oleada de carruajes como tren conquistador á traves de aquella faja luminosa que cortaba la oscuridad húmeda del viejo barrio de Saint-Roch. Entre la calle Michodière y la de Choiseul se agolpaba la multitud, conmovida con un mes de reclamos, con los ojos asombrados y pasando várias veces ante la monumental fachada de *La Dicha de las Damas*, que aquel lúnes se inauguraba, juntamente con la gran exposicion de lencería.

Era aquello como una arquitectura policroma fundida en oro que anunciaba el estrépito y brillo del tráfico interior, deslumbrando como un escaparate inmenso en que hirviesen todos los colores. En la planta baja y para no eclipsar las telas expuestas, el decorado era sobrio: un basamento de mármol verde mar. Los pilares de ángulo estaban cubiertos de mármol negro, cuya severidad se templaba con cañas doradas, y el resto con cristales sin emplome que descubrian el fondo de las galerías á la vista exterior. Á medida que subian los pisos eran más vivos los colores. El friso del piso bajo se desenvolvia en mosáicos y guirnaldas de flores rojas y azules, alternadas con planchas de marmol, sobre las que se veian grabados los nombres de las mercancías hasta el infinito, ciñendo al coloso. Más arriba, en el basamento del primer piso, brillaban tambien los espejos hasta el friso, sembrado de escutones dorados con las armas de ciudades francesas, y detalles de barro cocido cuyo tallado repetia las flores del basamento. En la parte superior reaparecian los mosaicos y *faiences* con tonos más vivos: el zinc se retorcia y doraba sosteniendo un pueblo de estatuas representando las ciudades industriales y recortando sus líneas escultóricas en pleno azul de cielo. Los curiosos se dete-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nian, sobre todo, ante la puerta central, alta como un arco de triunfo, ornamentada con profusion de mosáicos y de barros cocidos, todo coronado por un grupo alegórico cuyo dorado destellaba: la Fama rodeada por una nube de amorcillos.

Á eso de las dos, tuvo que intervenir un piquete de agentes para restablecer la circulacion. El palacio en que reinaba el gusto despilfarrador de la moda, estaba hecho, dominando y cubriendo al barrio con su sombra. La herida hecha en su costado por la demolicion de la casuca de Bourras estaba cicatrizada; en vano se hubiera buscado aquella verruga. Las cuatro fachadas corrian al largo de las cuatro calles sin solucion de continuidad, con un aislamiento soberbio. En la opuesta acera, y despues de la retirada de Baudu, se habia cerrado *El Viejo Elbœuf* como una tumba que no se abre jamas. Las ruedas de los coches la arañaban y los carteles la cubrian, como una ola de publicidad que era la última paletada de tierra que caia sobre el viejo comercio. Sobre aquella fachada muerta descollaba un inmenso cartel amarillo, que anunciaba con letras de á vara la gran exposicion de *La Dicha*. Parecia que el coloso, despues de engrandecerse, sentia ascos por el barrio en que modestamente habia nacido, le volvia la espalda y presentaba su rostro de advenedizo al nuevo París. Al presente aparecia tal como le mostraban los grabados de los carteles, como el ogro del cuento, que sostenia los cielos con sus hombros. En el primer término de estos grabados aparecian las calles de Dix-Décembre, Montigny y Michodière, llenas de negras figurillas, y como abriendo paso al mundo entero. Luégo el edificio, con sus techumbres á vista de pájaro marcando las galerías, los patios acristalados, todo el panorama de zinc y cristal brillando á la luz del sol. Más lejos se extendia París, pero París devorado por el monstruo: las casas, humildes como chozas á su lado, se desvanecian en polvareda de chimeneas. Los monumentos se señalaban apénas: á la izquierda, en dos rasgos, Nôtre-Dame; á la derecha, y como un acento circunflejo, los Inválidos, y en el fondo el Panteon como medroso y perdido. El horizonte sólo era una lejanía desdeñada, hasta las alturas de Chatillon y la campiña indicando la servidumbre.

Desde por la mañana aumentaba la concurrencia. Ningun otro almacen habia conmovido con semejante estruendo de publicidad. *La Dicha* gastaba al año ya cerca de seiscientos mil francos en carteles, anuncios y reclamos de todo género; el número de catálogos repartidos subia á cuatrocientos mil, y ascendia á más de cien mil francos el valor de las telas gastadas en muestras. Se invadian definitivamente los periódicos, las paredes y los oidos del público, como si una trompeta inmensa llevase á los cuatro vientos el estrépito de las grandes ventas. La nueva fachada, ante la que todos se agolpaban, era como el reclamo final con su lujo chillon de bazar, sus amplios escaparates en que se exponia el precio de la *toilette* de la mujer, sus muestras infinitas pintadas, grabadas, talladas, desde los mármoles de la planta baja hasta los gallardetes que en el tejado llevaban el nombre de la casa recortado en la tela. Para festejar la inauguracion se habian añadido trofeos y banderas: cada piso estaba empavesado con estandartes llevando las armas de ciudades francesas, y en lo alto los pabellones extranjeros se movian en pleno cielo.

Abajo, y en todos los escaparates, la exposicion de lencería tomaba un tono blanco irresistible. Todo de este color: un *trousseau* completo y una montaña de sábanas á la izquierda, cortinas y pirámides de pañuelos á la derecha. En la puerta, piezas de hilo, algodon y muselinas que semejaban avalanchas de nieve. Sobre ellas, dos maniquíes de tamaño natural, vestidos con sedas y encajes, sonreian con sus labios pintados. El círculo de los vagos aumentaba contribuyendo á encender el deseo en la multitud.

Acrecia la curiosidad en torno á *La Dicha* un siniestro del que hablaba todo París: el incendio de *Las Cuatro Estaciones*, el nuevo almacen fundado por Bouthemont, hacia tres semanas, cerca de la Ópera. Los periódicos hervian en detalles. El fuego se produjo á media noche, por un escape de gas, huyendo las oficialas en camisa; se comentaba el heroismo de Bouthemont, que habia salvado personalmente á cinco; pero las pérdidas se habian cubierto y la gente empezaba á encogerse de hombros, diciendo que el reclamo era estupendo. Por el momento, *La Dicha* reclamaba la atencion, presa todo el mundo de la fiebre que producia aquel bazar que tan gran espacio ocupaba en la vía pública. ¡Qué suerte la de aquel Mouret! París saludaba la nueva estrella, corriendo á ver su triunfo, que el incendio del otro aumentaba; se calculaba la ganancia de la temporada y la parroquia que el fuego en casa de Bouthemont le llevaria. Mouret tembló un momento sintiendo frente á él á aquella Enriqueta Desforges, á la que debia en cierta medida su fortuna. El diletantismo financiero del Baron, que mezclaba su dinero en los dos negocios, le inquietaba un poco. Le

irritaba no haber pensado ántes que Bouthemont en lo siguiente: este vividor habia hecho bendecir sus almacenes por el párroco de la Magdalena, seguido de todo su clero; ceremonia asombrosa, paseo religioso desde la guantería á la seda, mezclando á Dios entre los corsés y los pantalones de mujer. Todo lo cual no habia impedido arder el almacen; pero valia aquello un millon de anuncios por el efecto producido en la clientela. Mouret empezó á pensar en llevar al arzobispo.

Dieron las tres en el reloj que coronaba le puerta principal. Los compradores se ahogaban en las galerías en número de más de cien mil. Fuera estacionaban los coches de uno á otro extremo de la calle de Dix-Décembre, y del lado de la Ópera, otra espesa masa ocupaba el sitio de la futura avenida. Coches de alquiler junto á cupés de lujo; cocheros que hablaban junto á las ruedas; filas de caballos que relumbraban. Las hileras se rehacian sin cesar á los llamamientos de los lacayos, y nuevos coches traian contingente nuevo. Los peatones andaban azorados, y las aceras estaban negras de gente hasta perderse de vista. Surgia clamor extraño entre las blancas casas, y aquella ola humana andaba con murmullo suave que parecia una gigantesca caricia.

La señora de Boves y su hija Blanca, acompañadas de la de Guibal, miraban un escaparate de trajes á medio hacer.

—¡Mirad!—dijo.—Trajes por diez y nueve francos setenta y cinco céntimos...

Los trajes estaban plegados sobre los cartones, de modo que sólo mostraban las guaniciones, bordadas de azul y rojo. En el ángulo de cada caja, un grabado representaba el traje hecho, llevado por un figurin con aires de princesa.

—No valen gran cosa—murmuró la de Guibal;—cuando se toman en la mano no son más que retazos.

Eran amigas íntimas desde que la gota habia clavado á Boves en una butaca. La mujer sufria á la querida, prefiriéndola en casa, porque esto la producia ciertas sumas que el marido se dejaba robar, sintiéndose necesitado de indulgencia.

—Entremos—dijo la de Guibal.—Hay que ver la exposicion. ¿No os ha citado dentro vuestro yerno?

La de Boves no contestó, absorta ante la fila de coches que pasaban y dejaban á sus amos, unos detras de otros.

—Sí—dijo Blanca con su voz suave;—Pablo vendrá á buscarnos á las cuatro á la sala de lectura, cuando salga del Ministerio.

Se habian casado hacía un mes, y despues de una licencia de tres semanas, habia vuelto Vallagnosc á su puesto. La jóven tenía ya el aspecto de su madre, y el matrimonio la habia engruesado.

—Allá abajo está Mme. Desforges—dijo la Condesa fijándose en un cupé que llegaba.

—¿Ella?—murmuró la de Guibal.—Á pesar de todo lo que se ha dicho... Aun estará llorando el incendio de *Las Cuatro Estaciones*.

Era Enriqueta, en efecto. Vió á las señoras y se adelantó alegremente, ocultando su decepcion bajo sus maneras de buen tono.

—He querido enterarme de esto; más vale saberlo por mi misma. ¡Oh! áun somos buenos amigos Mouret y yo, por más que dicen que está furioso desde que me interesé por la casa rival. Por mi parte, sólo tengo que reprocharle que haya precipitado el matrimonio de José con mi protegida la señorita de Fontenailles.

—¿Es cierto?—interrumpió la de Boves.—¡Qué horror!

—Sí, amiga mia. Lo ha hecho por tener el gusto de decirnos que las señoritas de nuestra clase sólo sirven para los mozos de su almacen.

Enriqueta se animaba. Estaban las cuatro en la acera sufriendo los empujones; pero poco á poco las envolvió la ola, y dejándose llevar, pasaron la puerta como en volandas y hablando alto para entenderse. Se preguntaban por la de Marty, y decian que su marido, despues de grandes disgustos domésticos, habia dado en la manía de las grandezas, creyendo sumergirse en minas de oro y cargando á cestos los diamantes y las pedrerías.

—¡Pobre hombre!—añadió la de Guibal.—Siempre tan humilde, tan bueno... ¿Y su mujer?

—Ahora devora á un tio suyo—contestó Enriqueta;—un infeliz viudo que se fué á vivir con ella despues de enviudar... Debe haber venido hoy.

Las señoras se quedaron suspensas. Delante de ellas estaban los almacenes más grandes del mundo, como decian los carteles. La gran galería central iba desde la calle del Dix-Décembre hasta la Neuve-Saint-Augustin, y á los lados, como naves de iglesia, las galerías Monsigny y Michodière, paralelas á estas calles. De trecho en trecho se ensanchaban en patios acristalados, bajo la armadura metálica de las escaleras de caracol. Se habia variado la disposicion interior: ahora estaban los retales sobre la calle

del Dix-Décembre, la seda en el centro y la guantería ocupaba el fondo del patio Saint-Augustin. Desde el nuevo vestíbulo de honor, al levantar la vista se veia la lencería, ocupando todo el segundo piso. Las secciones eran ya cincuenta, muchas inauguradas aquel dia, y otras que habian sido simplemente divididas para facilitar la venta. Ante aquel continuo desarrollo, habia habido que aumentar el personal hasta tres mil cuarenta y cinco empleados.

Las señoras se paraban ante la gran exposicion de lencería. En el vestíbulo se detenia la gente ante los escaparates con rebaja. Las galerías se fundian en aquella brillante blancura, inmensa como una llanura de nieve, desenvolviéndose hasta lo infinito en los espejos alumbrados por el sol. La lencería seguia en los escaparates exteriores, más viva aún. Todo era allí blanco; una inundacion de lienzo. La vista se acostumbraba al fin; á la izquierda, la galería Monsigny mostraba promontorios blancos de sábanas, pañuelos y servilletas, miéntras á la derecha, la galería Michodière, ocupada con la mercería, estaba cubierta con calcetines y muleton blanco alumbrado con un golpe de luz. Pero el foco estaba en la galería central, en las cintas, los *fichús*, la guantería y la seda. Sus mostradores desparecian bajo el blanco de estos géneros. Las columnas subian rodeadas de muselinas tramadas de *foulards*, y las escaleras guarnecidas de colchas de piqué que subian hasta el piso segundo, y esta orgía de blanco subia y se perdia como una bandada de cisnes. Caia de los techos como lluvia de plumas ó cascada nívea, en largos copos: colchas blancas y cubre-piés del mismo color flotaban en el aire como pendones de iglesia: anchas fajas de guipures iban de lado á lado como alas de gigantescas mariposas: los encajes asomaban por todas partes, flotando como las tocas de la Vírgen sobre un cielo de verano. El altar de aquella religion de lo blanco estaba en el patio central, y era un pabellon, hecho con cortinones blancos suspendidos de la marquesina. Las muselinas, las gasas, los guipures, corrian en ondas ligeras, miéntras los tules bordados y las piezas de seda oriental, sembradas de plata, servian de fondo á aquella ornamentacion gigantesca que tenía algo de tabernáculo y de alcoba. Asemejábase á un gran lecho blanco que parecia esperar, como en las leyendas, á la princesa que debia llegar con el velo blanco de las desposadas.

—¡Extraordinario!—decian las señoras.—¡Inaudito!

No se cansaban de aquel himno en blanco que entonaban todas las piezas de la casa. Mouret no habia hecho hasta entónces nada igual: aquel era un golpe maestro. Entre el aparente desórden de las telas salidas como al azar de las cajas, habia notas armónicas que nacian y se desenvolvian como una instrumentacion complicada. Todo era blanco, y sin embargo, un blanco completaba otro, llegando á brillar como la misma luz, empezando en el blanco mate del algodon, pasando al blanco espeso de las franelas, y de éstas al de los terciopelos y los satenes, como una llama ascendente que se iluminaba más cada vez. La luz filtraba bien en los tules ligeros, que eran como la nota extrema y perdida, miéntras la plata de las telas de seda oriental parecia la nota aguda en el fondo de la alcoba gigantesca.

Los almacenes hervian de gente que asaltaba los ascensores, se amontonaba en el *buffet* é invadia el salon de lectura entre aquellos espacios nevados. La multitud parecia negra, como los patinadores de un lago de Polonia en Diciembre. En la planta baja agitábase una masa sombría, en que sólo se distinguian los rostros animados de las mujeres. En las crujías, sobre las escaleras y las pasaderas, parecian figurillas negras subiendo picachos nevados. Sorprendia sentir calor. El ruido de las voces parecia el murmullo de un rio. Los dorados del techo eran como los rayos de sol que caian sobre aquellos Alpes de la exposicion de lencería.

—Vamos adelante—dijo la de Boves;—no podemos permanecer aquí.

Desde que entraron, no quitaba ojo el inspector Jouve á la de Boves. Ella se volvió y sus miradas se cruzaron. La de Boves se puso en marcha y el inspector la siguió sin parecer ocuparse de ella.

—¡Toma!—dijo la de Guibal deteniéndose ante la primera caja, á pesar de los empujones;—¡buena idea la de las violetas!

Hablaba de una nueva idea de Mouret, que habia metido ruido en los periódicos. Se habian comprado en Niza millares de ramitos de violetas, y se regalaban á todo el que hacía la menor compra. Cerca de cada caja habia un servidor con librea, que las entregaba, bajo la vigilancia de un inspector. Poco á poco se halló la multitud cubierta de florecillas, despidiendo todas las mujeres penetrante perfume.

—Sí—añadió la de Desforges con acento celoso—es buena la idea...

Cuando iban á alejarse, oyeron bromear á dos dependientes sobre lo de las violetas. Uno de ellos, alto y flaco, se admiraba. ¿Conque era cierta la boda del principal con la primera de las confecciones?.. Miéntras el otro, bajito y grueso, respondia que nada se sabia, pero que las flores ya estaban compradas.

—¡Cómo!—dijo la de Boves;—¿se casa Mouret?

—Es la primera noticia que tengo—contestó Enriqueta afectando indiferencia;—pero todos concluyen por ahí.

La Condesa miró fijamente á su nueva amiga. Las dos comprendieron por qué habia venido la de Desforges, á pesar de la ruptura. Cedia, sin duda, á la necesidad de ver y sufrir.

—Me quedo con vos—murmuró la de Guibal, cuya curiosidad se habia despertado.—Ya encontrarémos á Mme. de Boves en el salon de lectura.

—Corriente—dijo ésta.—Tengo que hacer en el primer piso... ¿Vamos, Blanca?

Subió con su hija, miéntras Jouve, siempre detras, tomaba otra escalera para no infundirla sospechas. Las otras dos se perdieron entre la multitud.

En todos los mostradores se hablaba de los amores del principal. La aventura que hacia un mes ocupaba á los dependientes, admirados de la resistencia de Dionisia, hacia crísis. Se supo la víspera que la jóven, á pesar de los ruegos de Mouret, iba á marcharse pretextando necesidad de descanso. Las opiniones eran diversas: ¿se iria ó no? Habia quien apostaba por la marcha para el domingo próximo. Los más maliciosos apostaban un almuerzo por el matrimonio, y los que creian en la marcha, no arriesgaban su dinero sin buenas razones. Dionisia tenía la fuerza de la mujer adorada que se resiste; pero tambien el principal era fuerte por su riqueza, por su feliz viudez y por su orgullo, que podia exasperarse ante una exigencia final. Unos y otros convenian en que la jóven se habia portado como mujer sagaz, y que jugaba su última carta: «ó te casas conmigo ó me voy».

Dionisia se ocupaba poco de esto. No habia tenido nunca una exigencia, ni hecho un cálculo. Lo que la decidia á irse, era precisamente el juicio que se formaba de su conducta. ¿Lo habia querido ella? ¿Era, como decian, astuta, coqueta y ambiciosa? Habia vencido, y era la primera en admirarse de que la quisieran así. ¡Y áun decian que era una habilidad su marcha! ¡Y ella lo creia natural! Se encontraba mal y sobreexcitada entre los chismes de la casa, las ardientes obsesiones de Mouret y los combates consigo misma. Preferia irse, temiendo ceder un dia, y sentirlo toda la vida. Si esto era táctica, lo ignoraba, y se preguntaba cómo habia de conducirse para que no pareciese que buscaba marido. La idea del matrimonio la irritaba, y estaba decidida á negarse resueltamente, en el caso de que él llevase su locura hasta este punto. Sola ella debia sufrir. La idea de una separacion la acongojaba, pero con su gran valor se repetia que era preciso para su tranquilidad.

Cuando Mouret recibió su dimision, se quedó frio é hizo un esfuerzo para contenerse. Luégo la dijo que la daba ocho dias para que meditase semejante tontería. Al cabo de este tiempo, y cuando Dionisia se afirmó en querer irse despues de hecha la exposicion de lencería, afectó él hablarla en interes suyo: jugaba su suerte y no encontraria en ninguna parte la posicion que ocupaba en su casa. ¿Tenía otra colocacion? Él la daria cuantas ventajas la ofreciesen en otra parte. La jóven respondió que no tenia otra colocacion, y que pensaba pasar un mes de descanso en Vallagnosc con las economías hechas. Mouret la preguntó si habia algo que la impidiese volver á *La Dicha* al fin de aquel mes. Ella se calló, sufriendo con aquel interrogatorio. Mouret creyó entónces que Dionisia iba á unirse á un amante ó á un marido. ¿No le habia confesado ella una vez que amaba á uno? Desde entónces llevaba él aquella confidencia clavada en el corazon como un puñal. Si, aquel hombre debia casarse con ella, y por eso lo abandonaba todo: estaba explicada su obstinacion. Se acabó... Añadió friamente que no la retenia más, puesto que no queria confesarle las verdaderas razones de su marcha... Esta escena fria, la conmovió más que la violenta que ella esperaba.

La semana que pasó ántes de irse, conservó Mouret su rígida palidez. Afectaba no verla al atravesar las secciones: nunca pareció más abstraido en el trabajo, y los más valientes eran los únicos que apostaban el almuerzo por la boda. Bajo aquella frialdad desacostumbrada en él, ocultaba Mouret terrible sufrimiento. La sangre le golpeaba el cerebro: todo lo veia rojo, y soñaba con encerrar á Dionisia á pesar suyo. Luégo queria ser razonable, y buscaba medios que la impidieran irse; pero se detenía, rabioso ante su impotencia. Una idea surgia entre aquellos proyectos imposibles, y se imponia á pesar de sus rebeliones. Despues de la muerte de la señora Hedouin, juró no volver á casarse, pen-

sando que empezando su fortuna en una mujer, debia aumentarla á costa de las demas. Para él y Bourdoncle era esto como una supersticion: el director de un almacen de novedades debia ser soltero, si queria conservar su autoridad sobre su pueblo de parroquianas: una mujer espantaria á las demas. Mouret resistia á la invencible lógica de los hechos, y preferia morir á ceder, presa de extrañas cóleras contra Dionisia, sintiendo que de ella era la revancha, y temiendo caer vencido sobre sus millones, roto como una paja por el *eterno femenino* el dia que se casára. Despues se acobardaba y discutia sus repugnancias. ¿Por qué temblar? Era ella tan dulce y razonable que podia abandonarse sin temor. Veinte veces cada hora se renovaba este combate; su orgullo irritaba la herida y perdia la razon que le quedaba al pensar que no obstante hacer él la última concesion, podia ella negarse porque amaba á otro. El dia de la exposicion no habia decidido nada aún, y Dionisia se iba al siguiente.

Cuando entró Bourdoncle en su despacho á las tres, segun costumbre, le sorprendió de codos sobre la mesa, con la frente apoyada en las manos, y tan abstraido, que tuvo que tocarle en el hombro. Mouret levantó el rostro mojado en llanto: los dos se miraron, se tendieron las manos y hubo una escena muda entre aquellos hombres que tantas batallas comerciales habian librado juntos.

Hacía un mes que la actitud de Bourdoncle habia variado completamente; se plegaba ante Dionisia, y hasta incitaba al principal hácia el matrimonio. Maniobraba así para no ser arrollado por una fuerza que ya consideraba superior. En el fondo, latia el antiguo sueño de devorar á su vez á Mouret, ante quien tantas veces habia cedido. Esto era regla en la casa, y la lucha por la existencia caldeaba la venta en derredor de todos. Era arrastrado por el engranaje de la máquina, y presa de la voracidad que empujaba á los flacos en pos de la conquista de los gordos. Sólo la religion ó supersticion de la buena suerte de Mouret le habia impedido clarearse y obrar. El principal hacía tonterías y se enredaba en una boda estúpida cambiando su suerte. ¿Para qué impedirlo? Él recogeria la sucesion del caido en brazos de una mujer. Apretó fuertemente las manos de su jefe, y dijo:

—Vamos, valor; ¡qué diablo! Casaos con ella de una vez...

Mouret estaba avergonzado de su momento de debilidad, y se levantó protestando:

—No, seria una estupidez... Vamos á dar nuestra vuelta á los almacenes; esto marcha, ¿verdad? El dia será magnífico...

Salieron y empezaron su inspeccion vespertina entre la multitud. Bourdoncle le miraba de reojo, inquieto por aquella nueva energía y observando en él el menor síntoma de dolor.

La venta parecia sacudir el edificio como la máquina de un buque lanzado á todo vapor. En la seccion de Dionisia habia multitud de mamás paseando á sus niños y probándoles vestidos. La seccion habia sacado todos sus artículos en blanco, y sobraba tela para vestir un ejército de bebés; paletós de paño blanco, vestidos de piqué de cachemira, trajecitos de marinero y hasta de zuavo. En el centro estaban los trajes para primera comunion: el velo y vestido de muselina blanca, los zapatos de saten blanco; toda una eflorescencia de candor y de pureza. La señora Bourdelais con sus tres niños, Magdalena, Edmundo y Luciano, se enfadaba con éste porque se resistia á que Dionisia la pusiese una chaquetilla de muselina de lana.

—¡Estáte quieto! ¿No os parece un poco estrecho, señorita?

Y con su mirada de mujer práctica, miraba y remiraba la prenda.

—No, está bien—añadió.—Es obra de romanos vestir á esta gentecilla... Ahora necesitaré un abriguito para ésta.

Dionisia tuvo que ponerse á despachar en vista de las prisas. Estaba buscando el abrigo, cuando dió un ligero grito de sorpresa.

—¡Cómo, tú! ¿Qué hay?

Su hermano Juan, con un paquete en el brazo, estaba delante de ella. Se habia casado hacía ocho dias, y su mujer, una morenita encantadora, habia hecho una visita á *La Dicha* para hacer compras. La recien casada debia acompañar á Dionisia á Valognes; viajes de novios y mes de vacaciones entre antiguos recuerdos.

—Figúrate—dijo Juan—que Teresa ha olvidado una porcion de cosas. Hay que cambiar unas y tomar otras, y como tiene prisa, me ha mandado con este paquete... Yo te explicaré...

Dionisia le interrumpió al ver á Pepé.

—¿Pepé tambien? ¿Y el colegio?

—Verás—dijo Juan.—Ayer domingo, despues de comer, no tuve valor para llevarle... Irá esta noche... El pobre está muy triste porque se queda aquí miéntras nosotros nos paseamos allá abajo...

Á pesar de su disgusto se sonrió Dionisia. Encomendó á la señora Bourdelais á una de sus oficialas, y se fué con ellos á un rincon. Los pequeños (así les llamaba ella aún) eran ya unos buenos mozos. Pepé tenia doce años, era más alto y grueso que ella, y siempre simpático con su traje de colegial, miéntras Juan, grueso y fornido, conservaba su belleza mujeril con sus rubios cabellos peinados de un modo artístico. Ella seguia siendo mezquina, poco más gruesa que una cogujada, y tratándoles como si fuesen niños de quienes hay que cuidar, abotonando el gaban á Juan para que no pareciese un azota-calles, y cerciorándose de que Pepé llevaba pañuelo limpio. Aquel dia, cuando vió los hinchados ojos de éste, le sermoneó suavemente.

—Has de ser juicioso; no pueden interrumpirse los estudios. Ya te llevaré por vacaciones. ¿Quieres algo? ¿dinero, eh?

Luégo se dirigió al otro:

—Tú eres quien le engríes haciéndole creer que nos vamos á divertir... Á ver si tienes más juicio...

Habia dado al mayor cuatro mil francos, mitad de sus ahorros para que pusiese casa. El pequeño le costaba mucho en el colegio, y todo su dinero se iba en ellos como ántes. Sólo por ellos trabajaba y vivia, y se juró á sí misma no casarse jamas.

—Pues bien —dijo Juan.—En este paquete está el paletó que Teresa...

Se detuvo; Dionisia se volvió para ver qué le hacía callar, y apercibió á Mouret. Hacía un instante que la miraba hacer su papel de madre, gruñendo y abrazando á sus hermanos y manejándolos como niños. Bourdoncle se habia apartado, pero sin perder de vista lo que sucedia:

—¿Son vuestros hermanos?—preguntó á poco Mouret.

Conservaba la actitud rígida, y Dionisia hizo un esfuerzo para aparecer indiferente. Borróse su sonrisa y contestó:

—Sí, señor... He casado al mayor, y sú mujer me le envia para unas compras.

Mouret seguia mirándoles, y dijo al fin:

—El pequeño ha crecido mucho. Me acuerdo haberle visto con vos una tarde en las Tullerías.

Su voz tembló ligeramente. Dionisia, sofocada, se bajó con pretexto de arreglar el cinturon de Pepé. Los dos hermanos sonreian al principal.

—Se os parecen—dijo éste.

—¡Oh, no! Son más guapos que yo.

Mouret pareció comparar los rostros. Estaba á punto de desfallecer. ¡Cómo la queria! Dió unos pasos y luégo volvió y les dijo al oido:

—Subid á mi despacho despues de la venta. Quiero hablaros ántes de que os vayais.

Esta vez se alejó siguiendo su inspeccion. Comenzaba á luchar otra vez: aquella cita le irritaba. ¿Por qué habia cedido al verla con sus hermanos? Era un loco, puesto que carecia de voluntad... En fin, serviria para despedirse de ella. Bourdoncle parecia ménos inquieto, observando á ojeadas á su principal.

Dionisia volvió junto á la de Bourdelais.

—¿Está bien el abrigo?

—Sí, muy bien... Por hoy ya basta... ¡Estas criaturas son un censo!

Libre ya, oyó Dionisia las explicaciones de Juan y luégo le acompañó á los mostradores para que no se extraviase. Teresa queria cambiar el paletó marron por otro blanco de igual coste. La jóven volvió luégo al departamento de confecciones con sus hermanos.

La seccion habia expuesto su surtido de trajes de verano y lanas de fantasía; pero los compradores no abundaban. Casi todas las oficialas eran nuevas. Clara se habia ido hacía un mes con un parroquiano, segun unos, y segun otros, caida al barro. Margarita iba por fin á dirigir el almacen de Grenoble, donde la esperaba su primo. Sólo quedaria la señora Aurelia, inmutable bajo su coraza de seda negra, con su rostro imperial, que tomaba el color del mármol viejo. La mala conducta de su hijo Alberto la sublevaba, y ya se hubiera retirado sin las brechas que aquel vago hacía en las economías de la familia: sus terribles dientes amenazaban llevarse, trozo á trozo, hasta la propiedad de Rigolles. Era como la revancha del hogar abandonado; la madre volvia á sus acomodamientos de faldas, y el padre seguia tocando la trompa. Bourdoncle miraba ya con despego á Aurelia, sorprendido de que no se hubiese ido ya. ¡Era vieja para la venta! Pronto sonaria esta frase llevándose la dinastía de los Lhomme.

—¿Sois vos?—dijo á Dionisia con exagerada amabilidad.—¿Quereis que os cambien este abrigo? ¡En seguida! ¡Ah! vuestros hermanos... ¡ya son unos hombres!

Á pesar de su orgullo, se hubiera puesto de rodillas. En las

confecciones como en todas partes, sólo se hablaba de la marcha de Dionisia, y la primera de la seccion se encontraba mal, porque contaba con la proteccion de su antigua oficiala. Bajó la voz y la dijo:

—Dicen que nos dejais... ¿es posible?

—Sí—contestó la jóven.

Margarita escuchaba. Desde que habia fijado su boda parecia más ágria aún su cara de leche cortada. Se acercó y dijo:

—Teneis razon. La estimacion propia ántes que nada...

Llegaban parroquianas y la señora Aurelia la dijo con dulzura que se cuidase de la venta. Luégo, y al ver que Dionisia tomaba el abrigo para poner por sí misma el *devuelto*, llamó á una auxiliar. Esto fué tambien idea de la jóven: poner mujeres que llevasen los paquetes, para descargar de trabajo á las oficialas.

—Acompañad á la señorita—dijo Aurelia dándole el abrigo.

Y volviéndose á Dionisia:

—Reflexionad, os lo ruego... Estamos tristes por vuestra marcha.

Juan y Pepé, que esperaban sonrientes entre tantas mujeres, siguieron á su hermana. Habia que ir á los *trousseaux* para tomar seis camisas parecidas á otras tomadas por Teresa el dia ántes. Pero era difícil avanzar en los mostradores de lencería.

En la seccion de corsés se arremolinó un poco la gente. Era el caso que Mme. Boutarel, que habia llegado del Mediodía con su marido y su hija, recorria las galerías desde por la mañana en busca de un *trousseau* para ésta, que iba á casarse. Se consultaba al padre y aquello no acababa nunca. La familia llegó al fin á la lencería, y miéntras la niña se extasiaba ante unos pantalones, desapareció la madre tras el capricho de un corsé. Boutarel, hombre sanguíneo, dejó á su hija y se dió á buscar á su mujer, á la que halló al fin en un salon de prueba, en el que le invitaron á sentarse. En estos salones habia estrechas celdas cerradas por vidrios raspados y no podian entrar en ellas ni áun los maridos, por un exceso de moralidad de la Direccion. Las oficialas entraban y salian vivamente, dejando entrever siluetas de mujeres en camisa ó con enaguas, con la garganta y los brazos al aire, unas gruesas y con las carnes rebosantes, flacas otras, con el cútis amarfilado. Una fila de hombres esperaban sentados y aburridos. Cuando Boutarel comprendió se enfadó de véras, diciendo que queria su mujer, que ya sabia qué era aquello, y que no la dejaria

desnudarse sin él. En vano se trató de calmarle. Él sostenia que allí dentro pasaban cosas inconvenientes, y la señora Boutarel tuvo que salir, miéntras todas reian y comentaban.

Dionisia pudo al fin pasar con sus hermanos. Todo lo que la mujer gasta en blanco y no se ve, estaba distribuido en várias secciones. Los corsés sencillos en un sitio, los complicados en otro. Un ejército de maniquíes sin piernas ni cabeza, no enseñando más que torsos y gargantas de muñeca de una lubricidad perturbadora, se alineaban en filas. Luégo venía el *deshabillé* galante que llenaba las vastas piezas, como si allí se hubiese desnudado un ejército de muchachas alegres y bonitas, dejando hasta su satinado cútis. Aquí los artículos de lencería fina, los puños y chambras, los *fichús* y cuellos. Allí las camisolas, los jubones, los peinadores, los trajes blancos de mañana, que parecian adivinar la laxitud que sigue á una noche de ternura. Luégo venian los bajos, enaguas de todos tamaños, cortas, largas, una inundacion de enaguas. Despues los pantalones de percal, hilo y piqué, holgados para un hombre. Por fin, las camisas abotonadas hasta el cuello por la noche y sueltas de dia, con hombreras de tela de Irlanda ó encaje, último velo blanco, que caia desde los hombros al suelo por las caderas. Era la exposicion indiscreta de la mujer, desde la aldeana á la princesa, alcoba pública cuyo lujo oculto era como una sensual depravacion á medida que se iba viendo. La ola blanca seguia con el misterio de las faldas, de las camisas hechas por mano de costurera, percales y batistas muertas sobre los mostradores, apiladas, reanimándose sólo con la carne, al calor del amor, blancura sagrada y cuyo menor vuelo, dejando ver el rosado de la rodilla, aturde y excita. Habia una sala con equipos de recien nacidos, en que el blanco voluntuoso de la mujer se convertia en el blanco del niño, como el gozo de la enamorada que se despierta madre: capas de piqué, camisillas de franela, gorritas, faldas de bautizar, la almohadita del chiquitin, parecida á una lluvia de pluma blanca.

—Estas son camisas de dormir—dijo Juan, que se encontraba allí muy á gusto.

En cuanto vió en los *trousseaux* á Dionisia, corrió Paulina á ella, y ántes de saber qué queria, la habló en voz baja participándola los rumores que corrian. En la seccion negaban unas y afirmaban otras lo de su marcha.

—Os quedais, ¿verdad? Apuesto la cabeza... ¿Qué sería de mí?

Y como dijese Dionisia que se iria al dia siguiente:

—No... Así lo creeis vos, pero yo sé lo contrario. ¡Caramba! Ahora que tengo yo un niño teneis que hacerme nombrar segunda... Baugé cuenta con ello...

Paulina sonreia con aire convencido; entregó las seis camisas y al oir á Juan que iban á los pañuelos, llamó á una auxiliar para que llevase las camisas y el abrigo. La auxiliar no era otra que la señorita de Fontenailles, casada con José hacia poco. Habia obtenido por favor aquel humilde puesto y llevaba blusa azul con una cifra de lana roja en el hombro.

—Seguid á la señorita—la dijo Paulina.

Y añadió volviéndose á Dionisia en voz baja:

—¿Quedamos en que seré segunda encargada?

Dionisia lo prometió riendo y bromeando. Bajó con Juan, Pepé y la auxiliar. En la planta baja llegaron á la lencería; un trozo de galería cubierto enteramente de muleton y franela blanca. Lienard, á quien en vano llamaba su padre desde Angers, hablaba con el hermoso Mignot, hecho corredor y presentándose sin escrúpulo en *La Dicha*. Hablaban sin duda de Dionisia, porque callaron al verla, para saludarla apresurados. Á medida que avanzaba á traves de las secciones, los dependientes la saludaban en la duda de lo que podria ser al dia siguiente. Se cuchicheaba; parecia que tenia el aire de triunfo, y los apostadores arriesgaron en su favor un almuerzo con vino de Argenteuil. Entró en la lencería para buscar los pañuelos y vió el desfile de la seccion: en el algodon, los madapolanes, los piqués, los percales; en el hilo, las muselinas, los nankins, y luégo las piezas grandes, apiladas como enormes piedras sillares, de lino crudo, retortas y lencería fina; se subdividian en secciones: en una, lencería casera, de mesa; en otra, lencería para servicio de altar. Por todas partes, modelos innumerables de servilletas, de almohadones, de manteles. Seguian los saludos al paso de Dionisia, y Baugé se adelantó para sonreirla como á reina de la casa. Despues de atravesar la seccion de colchas que parecian enormes banderas, entró en la de pañuelos, cuyo decorado ingenioso obligaba á detenerse. Todo era allí columnas blancas, pirámides blancas, castillos blancos... Arquitectura complicada hecha de pañuelos de linon, batista, seda, bordados guarnecidos de encaje, todo un pueblo hecho con ladrillos blancos que se recortaban sobre un cielo oriental.

—¿Dices que necesitas una docena?—preguntó Dionisia á su hermano.—¿Los quieres de Cholet, verdad?

—Sí... iguales á éste—contestó Juan enseñando uno de los del paquete.

Juan y Pepé no se apartaban de ella, ceñidos á su hermana como el dia que llegaron á Paris. Aquellos vastos almacenes, que eran para ella como su casa, les turbaban y se ponian instintivamente bajo la proteccion de su *mamaita*. Todos la miraban pasar entre aquellos dos buenos mozos; Juan azorado con su barba, Pepé como perdido en su blusa; los tres igualmente rubios, de un rubio que se comentaba.

—Son sus hermanos... sus hermanos...

Buscando andaba Dionisia un dependiente cuando tuvo un encuentro. Mouret y Bourdoncle entraban en la galería; el primero se detuvo ante la jóven sin hablarla, cuando pasaban las señoras Desforges y Guibal. Enriqueta reprimió un estremecimiento y miró á Mouret y Dionisia. Éstos la miraron tambien, y fué aquello como el fin y desenlace de aquel drama de amor: una mirada cambiada entre la multitud. Mouret se alejó, miéntras Dionisia hacia otro tanto por opuesto lado con sus hermanos en busca de un dependiente desocupado. Entónces vió Enriqueta á la señorita de Fontenailles con su cifra en el hombro, y se desahogó diciendo con irritacion á la de Guibal:

—Ved qué han hecho de esa infeliz... ¿No es atroz esto? ¡Una marquesa siguiendo como un perro á criaturas sacadas por él del fango del arroyo!

Trató de reponerse y añadió con afectada indiferencia:

—Vamos á las sederías.

La seccion de éstas era como una alcoba nupcial, tendida de blanco por un capricho de enamorado. Todos los tonos del cuerpo querido estaban representados: desde el aterciopelado de las caderas, hasta el sedoso de la garganta. Sobre las piezas de terciopelo, adosadas á las columnas, se destacaban las sedas y los satenes con un blanco metálico. Caian en arcos las sicilianas de grano grueso, los *foulards* y los *surahs*, desde el blanco mate de una noruega rubia al blanco trasparente, pero tostado, de una española.

Favier estaba midiendo *foulard* blanco para aquella rubia elegante, parroquiana de la seccion, á la que los dependientes llamaban la «hermosa rubia.» Hacía años que iba, sin que supiesen

ni su vida, ni su nombre siquiera. Nadie trataba de averiguarlo, aunque se hacian conjeturas por pasar el tiempo, tal como si estaba más gruesa ó más delgada, si parecia haber dormido bien ó mal, y cada incidente de su vida ignorada se comentaba sin conocerlo. Aquel dia parecia muy contenta, y cuando volvió de acompañarla á la caja, comunicó sus reflexiones á Hutin.

— Tal vez se vuelva á casar.

— ¿Pero es viuda? — preguntó Hutin.

— No lo sé... pero ya recordarás la vez que vino de luto... Á ménos que haya ganado dinero en la Bolsa.

Hubo una pausa y añadió:

— ¡Si pudiese tutearse á todas las mujeres que vienen aquí!

Hutin se quedó pensativo. Habia tenido la víspera una viva explicacion con la Direccion y se sentia vacilar: su despedida era casi segura para despues de la exposicion. Hacía tiempo que su posicion era poco firme: en el último inventario no habia llegado á la cifra de venta presupuestada, y á esto se añadia la guerra sorda, el empuje de los apetitos que estaban por bajo de él. Sentia el trabajo de zapa de Favier, á quien habian prometido la plaza de primer jefe. Hutin, que conocia esto, en vez de despreciarle le temia. Aquel hombre frio y mesurado de quien él se habia servido para hacer saltar á Robineau y Bouthemont, le imponia respeto.

— Á propósito — dijo Favier — ya sabeis que se queda... Han visto al principal ablandarse... Yo apuesto una botella de Champagne.

Hablaba de Dionisia. En todos los mostradores pasaba lo mismo entre las oleadas de los compradores. En la sedería era mayor la emocion, porque allí se apostaban cosas caras.

— ¡Por vida!.. — dijo Hutin, como saliendo de un sueño; — ¡fuí un tonto en no dormir con ella! ¡hoy estaria bien... pero bien!

Se avergonzó de haberlo dicho al ver venir á Favier y fingió sonreir tambien. Para justificar sus palabras, añadió que ella le habia puesto mal con la Direccion. Sentia una irritacion sorda y la emprendió con los dependientes que se asustaban ante el asalto de la gente, pero se calló y volvió á sonreir al ver á Enriqueta y la de Guibal que atravesaban lentamente la seccion.

— ¿No necesitais nada hoy, señora?

— No, gracias — contestó Enriqueta. — Me paseo; he venido sólo por curiosidad.

Hutin la detuvo y bajó la voz: tenía su plan. La aduló y dijo pestes de la casa: estaba ya harto y preferia ver de léjos el desastre. Ella escuchaba complacida, y creyendo robarle á *La Dicha*, le ofreció la plaza de primero en la sedería de *Las Cuatro Estaciones* cuando se abriese de nuevo. Cerraron el trato, cuchicheando miéntras la de Guibal examinaba los escaparates.

— ¿Quereis aceptar uno de estos ramitos de violetas? — dijo Hutin en alta voz, enseñándola tres ó cuatro *bouquets* sobre una mesilla, y que él habia llevado para sus amistades personales.

— ¡Oh, no! — contestó Enriqueta, retrocediendo. — No quiero ser de la boda...

Se comprendieron y se separaron sonriendo y cambiando miradas de inteligencia.

Enriqueta buscó á la de Guibal, y se sorprendió al verla con la señora de Marty. Ésta, con su hija Valentina, hacía dos horas recorria el almacen, presa del afan de gastar, como siempre. Habia salido de la seccion de muebles, convertida en habitacion de soltera con mobiliario de laca blanca, pasando por las cintas y los *fichús*, la pasamanería y la mercería, en las que se veian ingeniosos trofeos hechos con cartones de botones y paquetes de agujas. Siguió por los tejidos de punto, en donde resplandecia el nombre de *La Dicha de las Damas*, hecho con calcetines blancos sobre fondo de calcetines rojos. Pero lo que más la atraia eran las secciones nuevas; no se inauguraba ninguna sin ella, y entraba y hasta compraba. Habia pasado una hora en las modas, instaladas en un nuevo salon del primer piso, haciendo vaciar los armarios, y probándose y probando á su hija todos los sombreros. Luégo bajó á la seccion de zapatos, en donde revolvió los escaparates, presa de furiosos deseos ante las zapatillas guarnecidas de felpa y las botinas de saten blanco con tacon Luis XV.

— Amiga mia — balbuceaba — hay un surtido extraordinario de capotas; he tomado una para mí y otra para mi hija. ¿Pues y los calzados, Valentina?

— ¡Preciosos! — dijo ésta con entusiasmo de mujer. — ¡Hay botinas á veinte francos!

Un dependiente las seguia con la inevitable caja rebosando de géneros.

— ¿Cómo está Mr. Marty? — preguntó Enriqueta.

— No está peor — contestó la de Marty, turbada con aquella

pregunta que caia sobre su fiebre de despilfarro.—Sigue allá, y mi tio habrá ido á verle hoy...

Interrumpiéndose, rompió en esta exclamacion de éxtasis:

—¡Divino!

Habian adelantado un poco, y estaban ante la nueva seccion de flores y plumas, instalada en la galería central, entre la seda y los guantes. Parecia una eflorescencia enorme bajo la viva luz de la marquesina; ramitos de rosas guarnecian la parte inferior; violetas, jacintos, margaritas, todo el delicado blanco de los arriates. Luégo estaban las rosas blancas de Mayo con tinte rosa, crisantemas blancas irisadas de amarillo, y más arriba las lises místicas, la flor del manzano, las olorosas lilas, todo hasta el primer piso; y allí penachos de pluma de avestruz que eran como el soplo de las flores de abajo. En un ángulo se veian casi exclusivamente flores de naranjo, y entre aquel bosque de hojas de seda y terciopelo salpicadas de gotas de goma semejando rocio, volaban los pájaros para sombreros; pitirrojos purpurados y aves del paraíso.

—Compraré una rama de flor de manzano—dijo la de Marty; —¿es preciso, eh? ¿Y este pajarito, Valentina? Tambien me lo llevo.

La de Guibal se cansaba de estar de pié, y dijo:

—Os dejamos con vuestras compras; nosotras nos vamos arriba.

—Esperadme, yo tambien subo. Arriba está la perfumería y tengo que ir á ella.

Esta seccion, abierta la víspera, estaba junto al salon de lectura. Para evitarse las escaleras propuso Enriqueta que subiesen por el ascensor; pero habia que hacer cola. Llegaron al fin y pasaron por delante del *buffet*; era tal allí el gentío, que un inspector hacía pasar á los parroquianos glotones por tandas. Desde el *buffet* se adivinaba la perfumería por el olor que llenaba la galería. Todas compraban una nueva especialidad de la casa el *Jabon-Bonheur*. En los escaparates y sobre los mostradores se alineaban los botes de pomadas, los cosméticos, las cajas de polvos, los frasquitos de aceite y agua de Colonia. La cepillería fina y los peines tenian sitio aparte. Los dependientes habian puesto en los anaqueles sus tarros de porcelana blanca, los mejores. En el centro habia una fuente figurando una pastora sobre un ramo, con un surtidor que lanzaba agua de violetas, que al caer sonaba musicalmente en el tazon. Exhalaba exquisito perfume y las señoras mojaban en ella el pañuelo al pasar.

—¡Oh!—dijo la de Marty cuando se proveyó de lociones, dentífricos y cosméticos—¡ya soy vuestra! Vamos en busca de Mme. de Boves.

El género del Japon la detuvo aún en la meseta central. Esta seccion habia crecido desde que Mouret habia puesto, para probar, una mesilla con algunos objetos, sin prever un éxito tan grande. Pocas secciones tuvieron más modesto principio y al presente desbordaba en bronces antiguos, en objetos de marfil, en lacas. Hacia ya negocios por un millon quinientos mil francos y revolvia el extremo Oriente por medio de viajantes que rebuscaban para ella en los templos y los palacios. Las secciones crecian sin cesar, y en Diciembre se habian creado otras dos para compensar las pérdidas de mala época del invierno: una de libros y otra de juguetes, que amenazaban crecer y tragarse los comercios similares del barrio. En solos cuatro años la seccion del Japon habia acaparado la parroquia artística de Paris.

Á pesar de su ódio y su propósito de no comprar nada, Enriqueta cedió ante un marfil de una finura extraordinaria.

—Enviádmele á una caja próxima—dijo rápidamente.—¿Son ochenta francos, verdad?

Vió á la de Marty y su hija enredadas con la compra de unas porcelanas, y tomando el brazo á la de Guibal, dijo á aquéllas:

—Nos verémos en el salon de lectura... Necesito sentarme un poco.

Llegadas al salon de lectura, tuvieron que estarse de pié. Todas las sillas estaban ocupadas al rededor de la mesa de los periódicos. Los hombres ventrudos leian echados hácia atras y ostentando sus panzas, sin ocurrírseles cederlas su sitio. Algunas mujeres escribian con la nariz sobre el pliego como para ocultarlo con las flores de los sombreros. La de Boves no estaba, y ya se impacientaba Enriqueta, cuando apercibió á Vallagnosc, que tambien buscaba á su mujer y á su suegra. Saludó y dijo:

—Estarán, de seguro, en los encajes; no hay quien las saque de allí. Voy á ver...

Tuvo la amabilidad de buscar dos sillas y se fué.

En los encajes, el gentío crecia de minuto en minuto. Allí triunfaba la exposicion de género blanco con sus más delicados tonos. Era como la tentacion más fuerte, á la que sucumbian todas las

mujeres. La seccion se habia convertido en blanca capilla. Los tules y guipures caian de lo alto, formando en el techo como jirones de nubes alumbradas por el sol de la mañana. Descendian por las columnas los volantes de Malinas y Valenciennes y las faldas blancas para bailarinas como una oleada blanca hasta el suelo. El color blanco seguia brillando por todas partes, con las blondas españolas ligeras como un suspiro, las aplicaciones de Brusélas con sus anchas flores sobre la trama ligera, el punto de aguja, el de Alenzon y los encajes de Bruges, de una magnificencia Real. Parecia aquello el tabernáculo del dios de los caprichos mujeriles.

La señora de Boves, despues de rodar largo rato con su hija ante las anaquelerías, y sintiendo el deseo de hundir las manos en los tejidos, se habia decidido porque Deloche la enseñase punto de Alenzon. El dependiente sacó imitacion, pero queria Alenzon verdadero. No se contentaba con guarniciones de á trescientos francos metro: queria volantes de á mil francos, pañuelos y abanicos á setecientos y ochocientos francos. Bien pronto hubo una fortuna sobre el mostrador. En un rincon de la seccion, el inspector Jouve, que no quitaba ojo de la de Boves á pesar de que ésta aparentaba sólo pasear, estaba inmóvil á pesar de los empujones, sin perderla de vista.

—¿Teneis *fichús* de punta de aguja?—preguntó la Condesa á Deloche.—Haced el favor de enseñármelos.

El dependiente, ocupado hacia ya veinte minutos, no supo negarse ante la voz y el gesto de princesa de la señora. Dudó, no obstante, un poco, porque se habia encargado á los dependientes que no amontonasen los encajes de precio. La semana anterior, se habia dejado robar diez metros de malinas. Pero la de Boves le turbaba y cedió, abandonando un instante el monton de punto de Alenzon, para tomar de una caja los *fichús* pedidos.

—Mira, mamá—decia Blanca hojeando en un muestrario de valenciennes baratas.—Podriamos tomar de esto para almohadas.

Su madre no respondió. Blanca se volvió y vió á su madre con las manos en los encajes, á punto de hacer desaparecer en la manga de su abrigo unos volantes de punto de Alenzon. La niña no se sorprendió y se puso instintivamente á su lado para taparla, cuando se interpuso bruscamente Jouve entre ella, é inclinándose hácia la Condesa, la dijo muy cortésmente:

—Dignaos seguirme, señora.

Ella pareció resistirse.

—¿Para qué, caballero?

—Dignaos seguirme— repitió el inspector sin alzar la voz.

La Condesa miró angustiada en derredor suyo. Luégo se resignó, se irguió, y echó á andar junto á él como una reina que va con su gentil-hombre. Nadie se apercibió de la escena. Deloche, al volverse, se quedó lelo al ver que se la llevaban..... ¡Cómo! ¡ella tambien! ¡una dama noble! Blanca siguió á lo léjos á su madre, retardándose, lívida, dudando entre seguirla y el temor de ser encerrada con ella. La vió entrar en el despacho de Bourdoncle y se quedó á la puerta.

Bourdoncle, de quien se habia separado Mouret, estaba allí. Segun práctica, él era quien sentenciaba en los hurtos hechos por gente distinguida. Hacía tiempo que Jouve le habia comunicado sus sospechas sobre la Condesa, y así pues, no se asombró cuando el inspector le puso al corriente de lo ocurrido. Pasaban casos como aquél todos los dias, y Bourdoncle creia á la mujer capaz de todo. Como sabía que entre la Condesa y Mouret mediaban relaciones sociales, se mostró atentísimo.

—Señora... nosotros perdonamos estas debilidades, pero os ruego considereis hasta dónde puede conduciros tal olvido de vos misma. Si álguien os hubiese visto.....

Pero ella le interrumpió indignada. ¡Cómo! la tomaban por una ladrona. ¡Era la Condesa de Boves, y su marido, inspector general de remontas, tenía entrada en la córte!

—Lo sé, señora—repetia suavemente Bourdoncle.—Ya tenía el honor de conoceros... Tened la bondad de devolver los encajes...

Ella volvió á indignarse sin dejarle hablar, hermosa áun en su enojo, y hasta dejando caer lágrimas de dama ultrajada. Otro que Bourdoncle se hubiera amilanado al oirla decir que acudiria á los tribunales para vengar semejante injuria.

—¡Tened cuidado, caballero! ¡Mi esposo irá á ver al ministro!

—Sois tan poco razonable como las demas—respondió Bourdoncle impaciente.—Habrá que registraros...

La Condesa no se intimidó y dijo con calma:

—¡Eso es... registradme! ¡Pero os aseguro que comprometeis la casa!

Jouve fué á buscar dos oficialas, y al volver dijo á Bourdoncle que Blanca estaba á la puerta, y que si se la debia detener aunque nada habia sustraido. Bourdoncle, en nombre de la moral,

decidió que no, para no obligar á la madre á que se avergonzase delante de su hija. Los dos hombres se retiraron miéntras las oficialas despojaban hasta de su vestido á la Condesa para reconocer el corsé inclusive. Ademas de los doce metros de Alenzon á mil francos ocultos en la manga, la encontraron en el cuello y pecho un pañuelo, un abanico, una corbata y encaje por valor de catorce mil francos. Hacía un año que robaba así, presa del irresistible deseo de poseer, que era en ella como una voluptuosidad necesaria á su existencia. Nada podia la reflexion, y por aquel áspero goce arriesgaba ante la gente su posicion, su nombre y la situacion de su marido. Ahora que éste la dejaba las llaves, ella robaba en sus bolsillos, por robar, como se ama por amar, bajo el latigazo del deseo, presa de la neurósis que el lujo habia producido en ella, la vista de los grandes almacenes.

—¡Esto es un lazo!—gritó cuando entraron Bourdoncle y Jouve.—¡Juro que álguien me ha puesto estos encajes!

Lloraba de rabia sobre una silla, sofocando el llanto con su traje mal arreglado. Bourdoncle despidió á las oficialas, y siguió tranquilamente:

—Queremos echar tierra á este asunto, por respetos á vuestra familia; pero es preciso que firmeis un papel así concebido: «He robado encajes en *La Dicha de las Damas*», con el detalle del género y la fecha... Yo os devolveré este papel en cuanto me traigais dos mil francos para los pobres.

—¡No firmaré eso jamas!—dijo ella levantándose y rebelándose de nuevo.—¡Prefiero morir!

—No moriréis, pero os prevengo que enviaré á buscar al comisario de policía.

¡Qué escena siguió! La Condesa le llenó de injurias, gritando que era una cobardía atormentar así á una mujer. Su belleza de Juno y su cuerpo majestuoso, vibraban. Despues ensayó el ruego y les suplicó en nombre de sus madres y habló de ponerse de rodillas. Los dos hombres no se movieron, y ella se sentó de golpe y escribió temblorosa. La pluma crujió rabiosamente al escribir: *He robado* y rasgóse el papel, miéntras decia con voz entrecortada:

—¡Cedo á la fuerza... á la fuerza!...

Bourdoncle tomó el papel, lo dobló con cuidado, lo guardó en una mesa, y dijo:

—Ya veis que no es el único. Todas esas señoras hablaron de morir ántes que firmar, y luégo se olvidan de venir á recogerlas... Vos veréis si vuestra firma vale dos mil francos.

La Condesa acabó de arreglarse, y recobró su arrogancia una vez que habia expiado su falta.

—¿Puedo salir?—preguntó con tono breve.

Bourdoncle se ocupaba ya de otra cosa. Decidió se despidiese á Deloche, porque se dejaba robar y no tenia autoridad con las compradoras. La Condesa repitió su pregunta, y como ellos afirmasen con un gesto, los envolvió en una mirada que echaba chispas. En el flujo de palabrotas, surgió ésta, puramente de melodrama:

—¡Miserables!

Y se fué dando un portazo.

Blanca no estaba léjos. No sabía lo que pasaba en el despacho; pero las idas y venidas de Jouve y la entrada de las oficialas la asustaron y pensó en los gendarmes y la cárcel. Se quedó fria al ver á Vallagnosc, marido de hacía un mes y cuyo tuteo áun la extrañaba. La preguntó qué ocurria al ver su estupor.

—¿Y tu madre? ¿Os habeis perdido? Vamos, contesta.

No supo mentir, y murmuró:

—¡Mamá... mamá, ha robado!...

—¡Cómo! ¡Robado!—comprendió por fin.

El rostro lívido y aterrado de su mujer le asustó.

—Encajes... como éste... en la manga...—balbuceó Blanca.

—¡Tú lo has visto! ¡La mirabas tú!—dijo Pablo, aterrado de ver su complicidad.

Se callaron porque la gente volvia la cabeza. Vallagnosc dudó angustiado. ¿Qué hacer? Se decidió por ver á Bourdoncle, cuando apercibió á Mouret que atravesaba la galería. Dijo á su mujer que le esperase, y cogiendo del brazo á su amigo, le puso al corriente con frase entrecortada. Mouret le llevó á su despacho y le tranquilizó sobre las consecuencias del hecho. Se dijo que no era precisa su intervencion, y le contó cómo se desarrollaria el asunto, sin parecer conmovido por el robo, como si le hubiese previsto. Pero cuando Vallagnosc no tuvo que temer una prision, no juzgó la cosa con igual tranquilidad. Habia caido sobre una butaca y rompió en amargas lamentaciones. ¡Era posible! ¿Conque habia entrado en una familia de ladronas? ¡Matrimonio estúpido que habia hecho por complacer al padre! Sorprendido Mouret de verle llorar, recordó su antiguo pesimismo. ¿No habia sostenido veinte veces que la vida era nada y que sólo hallaba el mal en ella? Para

distraerle bromeó un rato sobre esto, pero Vallagnosc se enfadó y su educacion estalló en invectivas contra su suegra. Ahora que la experiencia iba entrando en él, y que la miseria humana le roia tan cerca, el escéptico fanfarron cedia y sangraba. Era abominable arrastrar así por el lodo el honor de su raza.

—Vamos, cálmate—dijo Mouret compasivo;—no te diré que todo llega porque no te consolaria ahora, pero creo que debes ir á dar tu brazo á la señora de Boves, lo que es más cuerdo que dar un escándalo. ¡Qué diablo! Tú profesas un desprecio frio á la canallería humana.

—Sí—exclamó sencillamente Vallagnosc—pero es cuando la veo en los demas.

Se levantó y siguió el ejemplo de su antiguo condiscípulo. Volvieron á la galería cuando la Condesa salia del despacho de Bourdoncle. Aceptó majestuosamente el brazo de su yerno, y como Mouret la saludase galantemente, la oyó decir:

—Me han presentado sus excusas... Esas equivocaciones, espantan verdaderamente.

Blanca se fué tras de ellos, y á poco se perdieron entre la gente.

Mouret, solo y pensativo, atravesó nuevamente los almacenes. Esta escena, que le habia hecho olvidar sus luchas, aumentaba su fiebre, determinando en él, el combate supremo. Vago recuerdo llenaba su espíritu: el robo de aquella desgraciada, última conquista de la mujer vencida á sus piés, evocaba la imágen valiente y vengadora de Dionisia, cuyo pié victorioso sentia en su garganta. Se detuvo en lo alto de la escalera central, y miró á la inmensa nave, en que pululaba un mundo de mujeres.

Iban á dar las seis, y el crepúsculo de la tarde dejaba en sombra las galerías, ensombreciendo los patios lentamente. Las lámparas eléctricas se encendian una á una, y brillaban como astros en las profundidades de las secciones, con una luz que cegaba y reverberaba. Cuando brillaron todas, hubo un alegre murmullo en la multitud; la exposicion del género blanco parecia arder bajo aquella luz nueva, y ser luz á su vez. El reflejo rielaba sobre los calicots de la galería Monsigny, como la faja de luz en la alborada, miéntras del lado de la calle Michodière, la mercería, la pasamanería, los artículos de París, lanzaban como reflejos metálicos lejanos, procedentes de los botones de nácar y los bronces niquelados. La nota de luz se avivaba en la galería central, en los piqués blancos tendidos sobre las escaleras y las colchas que

flotaban como banderas, en los guipures y los encajes que surcaban el aire formando un cielo soñado, como el de un paraíso en que se celebrasen las bodas de la reina desconocida. La tienda de la seccion de sederías era la gigante alcoba nupcial, que con sus gasas y tules blancos, ocultaban la desnudez nivea de la desposada. Todo aquel color se fundia en el blanco deslumbrador de la luz, como polvo de estrellas nevando sobre aquella claridad.

Y Mouret seguia mirando aquel pueblo de mujeres bullir en tanta luz. Las sombras negras se destacaban fuertemente; se producian remolinos en el gentío, y la fiebre de la venta pasaba sobre la multitud que empezaba á salir del almacen. Seguia el saqueo de telas en los mostradores, y sonaba el oro en la cajas, miéntras la clientela despojada, se iba con la voluptuosidad medio satisfecha. Él, Mouret, poseia el secreto que las retenia en su poder por su continuo surtido, por sus bajas en el precio, por sus devoluciones, su galantería y su reclamo. Habia conquistado hasta las madres, y reinaba sobre todas con la brutalidad de un déspota, cuyos caprichos arruinaban las casas. Su obra traia una religion nueva, y las iglesias que la fe, poco firme, dejaba desiertas, se reemplazaban con su bazar en las almas vacías. La mujer pasaba en su almacen las horas de ocio que ántes deslizaban en las capillas: gasto necesario de pasion nerviosa, lucha de un dios contra el marido, culto sin cesar renovado del cuerpo y de la belleza. Si hubiese cerrado sus puertas, hubiesen gritado en la calle las devotas, como si las privasen del altar y el confesonario. Veia el desfile á pesar de la hora deteniéndose aún bajo la enorme armazon metálica y á lo largo de las escaleras. Madame Marty y su hija vagabundeaban en lo alto, en la seccion de muebles. La de Bourdelais, con su tropa menuda, no podia separarse de los artículos de París. Despues iban los demas: Mme. de Boves, siempre del brazo de Vallagnosc y seguida de Blanca, deteniéndose en cada seccion, y con valor para mirar aún soberbiamente las telas. Pero entre la clientela apiñada, entre los cuerpos rebosantes de vida y deseo, llenos de violetas como en las bodas de una soberana, sólo destinguia el cuerpo de Mme. Desforges que se habia detenido con la de Guibal en los guantes. Á pesar de su ojeriza celosa, compraba tambien. Meuret sentia que una vez más, las tenía en su poder, como un rebaño que le hubiese labrado la fortuna.

Con paso maquinal siguió Mouret las galerías de tal modo ab-

sorto, que se dejaba llevar por la gente. Levantó la cabeza, y se vió en la nueva seccion de modas, cuyas vidrieras daban á la calle Dix-Décembre. Con la frente apoyada en el cristal, estuvo mirando la salida. El sol poniente doraba las fachadas de las casas, el cielo azul palidecia y como que se refrescaba con el puro hálito de la tarde, miéntras en el crepúsculo que invadia la calzada brillaban las lámparas eléctricas de *La Dicha* con el fulgor de las estrellas vespertinas. Hácia la Ópera y la Bolsa se veian silenciosas é inmóviles las tres filas de coches reunidas en la sombra, reflejándose en las guarniciones la luz de las linternas. De cuando en cuando sonaba la voz de un lacayo, salia un coche, tomaba una parroquiana, y se alejaba con ruido. La cola disminuia; ya avanzaban de frente seis carruajes entre el restallar de los látigos, el golpear de las portezuelas y las reclamaciones de los transeuntes que pululaban entre las ruedas. Parecia que allí aumentaba la concurrencia y llenaba los cuatro puntos cardinales, saliendo por las puertas del almacen con el ruido del agua por una compuerta. Las techumbres, las letras de oro de las muestras y las banderas de *La Dicha*, ardian en la viva lumbre que les prestaba el sol poniente, agigantándose en aquella luz oblícua, evocando al monstruo del reclamo, y recordaban al falansterio que devoraba sin cesar los barrios próximos y las lejanías de extramuros. Y el espíritu de París se dormia en aquel dulce aliento del anochecer, corriendo como una enorme caricia sobre los últimos coches y por la calle oscura que iba abandonando la multitud.

Mouret acababa de sentir, absorto, algo grande dentro de sí mismo. Aquel estremecimiento de triunfo de su carne frente al París devorado y la mujer conquistada, se anegó en una debilidad y falta de voluntad que parecia ponerle á su vez en manos de otro poder superior. Era lo que sentia como una necesidad irracional de ser vencido á pesar de su victoria, como la falta de sentido de un soldado conquistador cediendo ante un niño al dia siguiente del triunfo. Él, que se resistia hacia algunos meses, que aquella mañana áun queria sofocar su pasion, cedia de golpe, presa del vértigo de las alturas, feliz por decidirse á hacer aquella tontería. Su resolucion, que crecia de minuto en minuto, era tan enérgica, que Mouret creia que era poco ménos que indispensable.

Por la noche esperó en su despacho despues de comer. Temblaba como un jóven que juega su felicidad; no podia estarse quieto

é iba á la puerta escuchando los rumores del almacen, en donde la dependencia se ocupaba en poner órden. Á cada ruido de pasos latíale violentamente el corazon, y de pronto se estremeció porque habia sentido sordo y creciente murmullo.

Era Lhomme que se acercaba lentamente cargado con el ingreso de la venta. Era tan pesado aquel dia, habia tanto cobre y tanta plata, que tuvo que pedir auxilio á dos mozos. Detras de él iban Pepé y otro mozo llevando acuestas sacos enormes, y él, delante, conducia el oro y los billetes, en una cartera que reventaba, y dos saquitos colgados del cuello, lo que le hacia inclinarse á la derecha sobre su brazo manco. Venia sudoroso y resoplando del fondo de las almacenes, causando profunda emocion en la dependencia. Los de los guantes y la seda se ofrecieron riendo á ayudarle, y en los paños y lencería hubieran agradecido un resbalon que sembrase oro por todos partes. Tuvo que subir una escalera, atravesar una pasadera, y pasar por la lencería, el género de punto y la mercería, que le miraban extasiados ante aquella fortuna que pasaba. En el primer piso se alineó devotamente la dependencia de la perfumería, los encajes y los chales como ante el paso de un dios, y la aclamacion crecia como el clamor de un pueblo adorador del becerro de oro.

Mouret abrió su puerta. Apareció Lhomme seguido de los mozos, y aunque sin aliento, áun tuvo fuerzas para gritar:

—¡Un millon doscientos cuarenta y siete francos ochenta céntimos!

¡Por fin! ¡Ya estaba allí el millon hecho en un dia, con el que tantas veces habia soñado Mouret! Pero... hizo un gesto de disgusto, y dijo con la impaciencia del que recibe un importuno:

—Un millon... Bien; dejadlo ahí.

Lhomme sabia que le gustaba ver sobre su mesa las sumas grandes ántes de llevarlas á la caja central. El millon cubria la mesa, aplastaba los papeles, vertia la tinta. El oro, la plata y el cobre rompian los sacos y salian de ellos como el importe vírgen de las ventas, caliente aún con el calor de las manos femeninas que lo habian dado.

Cuando el cajero se retiraba, amoscado por la indiferencia del principal, llegó Bourdoncle exclamando alegremente.

—¡Ya lo tenemos! ¿eh? ¡ya está aquí el millon!

Notó la preocupacion febril de Mouret, la comprendió y se calló. Brillaron de alegría sus ojos, y añadió despues de una corta pausa:

—Os habeis decidido, ¿verdad? ¡Bien hecho!

Mouret se puso bruscamente delante de él, y exclamó con su voz terrible de los dias de crisis:

—Estais alegre, amigo mio... me creeis anulado, y se os alargan los dientes, ¿verdad? ¡No os fieis, porque soy difícil de mascar!

Bourdoncle, desconcertado por el ataque rudo de aquel diablo de hombre que todo lo adivinaba, balbuceó:

—¡Cómo! ¿Os chanceais? ¡Yo, que tanto os admiro!

—¡No mintais! —repuso Mouret con más violencia— Oid: es una supersticion ridícula la vuestra sobre el matrimonio. ¡Es la fuerza, la salud y el órden necesarios para la vida! Pues bien: me caso, y os pongo á todos en la calle si murmurais... ¡Pasaréis á la caja como los demas, Bourdoncle!

Le despidió con un gesto. Bourdoncle se sintió condenado y arrollado por aquella victoria de la mujer, y se fué. Dionisia entraba en aquel momento, y la saludó.

—¡Sois vos, por fin! —dijo Mouret con dulzura.

Dionisia estaba pálida y conmovida. Acababa de experimentar el último disgusto al saber la despedida de Deloche. Ella le prometió que hablaria en su favor, pero Deloche se obstinaba en irse. ¿Para qué quedarse y estorbar á las gentes felices? Dionisia se despidió de él con lágrimas en los ojos. ¿No aspiraba tambien á que la olvidasen? Todo iba á concluir, y sólo deseaba tener valor para la separacion. Dentro de breves momentos, si era valiente, podria apretarse el corazon é irse á llorar sola y léjos...

—Deseabais verme, señor— dijo con su continente sosegado —pero yo hubiera venido de todos modos á daros gracias por todas vuestras bondades.

Al entrar vió el millon sobre la mesa, y aquella exhibicion de dinero la mortificó. Sobre la mesa, y como contemplando la escena desde su marco dorado, sonreia el retrato de la señora Hédouin con sus labios pintados.

—¿Estais resuelta á dejarnos? —preguntó Mouret con la voz temblona.

—Sí, señor... es necesario.

Entónces la cogió él las manos con explosion de ternura que fundió la frialdad que se habia impuesto, y la dijo:

—¿Y si yo os hiciese mi esposa... os iriais?

Ella retiró las manos y se estremeció como si sufriese.

—¡Callaos, señor Mouret, os lo ruego! ¡No me hagais sufrir más! ¡No puedo, no puedo! ¡Dios es testigo de que me voy por evitar semejante desgracia!

Siguió defendiéndose con frase entrecortada... ¿No habia sufrido las murmuraciones de la casa? ¿Queria que pasase á los ojos de todos por una intrigante? ¡No! Tendria valor para impedir que él hiciese tal tontería. Mouret la escuchaba apenado y repitiendo apasionadamente:

—Yo lo quiero... lo quiero...

—¡Es imposible! ¿Y mis hermanos? He jurado no casarme... no puedo traeros dos hijos...

—Serán mis hermanos... ¡Decidme que sí, Dionisia!

—¡No, no! ¡Dejadme! ¡Me haceis sufrir!

Mouret se estrelló ante aquel obstáculo que le enloquecia. ¡Rehusaba áun á aquel precio! Á lo léjos sentia el rumor de sus tres mil empleados removiendo su régia fortuna. ¡Y aquel estúpido millon!.. De buen grado lo hubiera tirado á la calle.

—¡Idos, pues! —exclamó sollozando.— ¡Idos á buscar al que amais! Esta es vuestra razon, ¿verdad? Me lo habiais dicho, y yo debí recordarlo y no haceros sufrir...

Dionisia se aterró ante aquella violenta desesperacion. Estalló al fin su corazon, y con ímpetu de niña se arrojó al cuello de Mouret sollozando, y balbuceó:

—¡Oh, señor Mouret! ¡Si es á vos á quien yo amo!

Rumor lejano subió de *La Dicha de las Damas*, como la aclamacion de una muchedumbre. El retrato de la señora Hédouin seguia sonriendo. Mouret habia caido sentado en la mesa, sobre el millon, que ni siquiera veia. No soltó á Dionisia; la apretó firmemente contra su pecho, y la dijo que ya podia irse, que pasase un mes en Valognes para cerrar la boca á todo el mundo, y que él iria en seguida á buscarla para llevarla á sus brazos, triunfante y victoriosa.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS